



Contra
la fuerza
del
viento

Victoria Álvarez

Lectulandia

Inglaterra, 1905. Han pasado unos años desde los acontecimientos narrados en *Tu nombre después de la lluvia* y la vida ha sido generosa con el equipo del periódico *Dreaming Spires*. Nada parece poder perturbar su tranquilidad, pero a finales de mayo los tres amigos reciben la visita de la bella y misteriosa señorita Stirling, que luce sus mejores galas y acude a la ciudad con una tentadora oferta para ellos. Alexander, Lionel y Oliver, acompañados por la excéntrica Veronica, acceden a acompañarla a una aldea cercana a Nueva Orleans para descubrir qué hay de cierto en la leyenda alrededor del Perséfone, un bergantín hundido misteriosamente en el río Mississippi en 1862. Nada queda del barco, y al principio la gente del pueblo parece poco dispuesta a recordar el pasado, pero al cabo de unos días sabremos mucho más del trágico destino de sus marineros, y cabe que incluso se revele la verdadera historia de la señorita Sterling...

Después de *Tu nombre después de la lluvia*, llega la segunda parte de esta espléndida saga de Victoria Álvarez, una joven autora que nos devuelve a la mejor literatura del siglo XIX.

Lectulandia

Victoria Álvarez

Contra la fuerza del viento

Ciclo de Dreaming Spires - 2

ePub r1.0

Titivillus 14.07.15

Título original: *Contra la fuerza del viento*

Victoria Álvarez, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Clara y Celia

Sé para ella, Perséfone,
lo que yo no puedo ser.
Pon su cabeza en tu regazo.
Ella, tan orgullosa y salvaje,
descarada, arrogante y libre,
ella, que no me necesitaba,
no es más que una niña solitaria
perdida en el infierno. —Perséfone,
pon su cabeza en tu regazo
y dile: «Querida mía,
no se está tan mal aquí».

Edna St. Vincent Millay, *Oración a Perséfone*

Caer al fondo del abismo, infierno o cielo, ¿qué importa?
¡Al fondo de lo desconocido con tal de encontrar lo nuevo!

Charles Baudelaire, *El viaje*

Los viajes concluyen con el reencuentro de los amantes.

William Shakespeare, *Noche de Reyes*

Prólogo

La primera vez que embarcó se obligó a pensar que podría ser la última. Su padre siempre le había dicho que la mar era una amante traicionera a la que no convenía tomarse a la ligera, y ningún marinero respiraría tranquilo hasta estar seguro, como sus compañeros en aquel momento, de que el peligro había quedado atrás y de que en unas pocas horas el enorme río que remontaban los conduciría sanos y salvos a puerto. Había motivos para estar satisfechos, y él lo sabía de sobra: la expedición había tenido el éxito que esperaban, sus bolsillos estaban llenos y seguramente la ciudad les recibiría con honores en cuanto pusieran un pie en ella.

Suspirando, estiró los dedos para tratar de desentumecerlos antes de aferrar de nuevo las asas. ¿Por qué se sentía entonces tan inquieto? ¿De dónde venía aquel presentimiento que le atenazaba el estómago desde que había abierto los ojos por la mañana, como si alguien le estuviera susurrando al oído que habían pecado de soberbios y que lo peor aún estaba por llegar?

Todavía le costaba reconocer sus propias manos cuando las veía apoyadas sobre la rueda del timón, como si fueran demasiado pequeñas para aquel trabajo, o demasiado grandes para pertenecer a un muchacho que había abandonado su casa solo unos meses antes. «Acabarás acostumbrándote —le había dicho Smith, el antiguo timonel que de vez en cuando subía de las cocinas para echarle una mano—. Todos hemos tenido miedo la primera vez que nos tocó hacernos cargo de una bestia como esta.»

Bestia, aquella era la palabra. Un monstruo que ronroneaba mansamente entre sus dedos pero que apenas unas horas antes había cabalgado entre bramidos sobre las olas del golfo de México. El sol se había puesto hacía tiempo sobre los cuerpos y maderos a la deriva que habían dejado a sus espaldas, y en aquellos momentos la noche era negra como el pecado. Las velas se agitaban como fantasmas sobre sus cabezas, meciéndose con la brisa que hacía crujir la arboladura y arrastraba hasta ellos el aroma del pantano.

«El aroma del hogar.» El joven se preguntó si alguna vez sería capaz de pensar en la ciudad a la que se dirigían como en un auténtico hogar. Habría dado cualquier cosa por compartir el buen humor de los marineros que charlaban en la toldilla, matando las horas que quedaban para que acabara la guardia de prima con sus cartas y sus petacas.

—Una mulata auténtica, pero tan blanca que a la luz de las velas la confundirías con una damisela recién venida de Europa. No me extraña que esté siempre tan solicitada... —dijo un joven.

—Creo que Dave tiene tantas ganas de desembarcar que si no le sujetamos se tirará al agua en cuanto aparezcan las luces de Nueva Orleans —comentó otro hombre, arrancando un coro de risotadas a su alrededor—. Tu amiguita seguirá esperándote, no importa lo que aún tardemos en llegar. ¡Por lo menos mientras no te

presentes en su casa con las manos vacías!

El joven, sin soltar las asas del timón, se volvió para echar un vistazo al círculo de marineros sentados en el suelo. Habían colocado un candil sobre la cubierta y sus rostros parecían flotar en medio de un resplandor anaranjado. Lo único que iluminaba el resto del bergantín era el resplandor de las estrellas.

—Maldita sea, con tanto hablar de mujeres se nos ha ido el santo al cielo —protestó otro de los hombres mientras recogía las cartas desperdigadas—. Hemos escogido la peor noche del viaje para apostar. Ahora mismo todos tenemos una única idea en la cabeza.

—No es para menos —rezongó Dave—. Una semana más encerrados aquí dentro y acabaría enamorándome de Smith.

—Estáis escandalizando al muchacho —oyó que les advertía el antiguo timonel, y las carcajadas se hicieron aún más fuertes. Incluso el aludido se permitió esbozar una sonrisa—. No nos hagas caso, chico; creo que todos tenemos la sangre demasiado caliente esta noche.

Rezongando entre dientes, el anciano apoyó una mano en la cubierta para tratar de ponerse en pie. El crujido de sus articulaciones siempre le recordaba al de los mástiles.

—Charlie —le oyó decir en voz más baja, aproximándose al timón—. ¿Va todo bien?

—Claro que sí —contestó el joven, un poco sorprendido—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, llevamos cerca de dos horas haciendo el idiota a tu lado y me parece que no te he oído reír más que un par de veces. No es que seamos muy ingeniosos, pero me llama la atención que estés tan sombrío precisamente hoy, cuando regresamos a casa...

El joven guardó silencio durante unos instantes.

—Tú lo has dicho, Smith —repuso, consciente de cómo su acento extranjero siempre solía traicionarle en los momentos tensos—. Algunos aún no podemos considerarla nuestra casa.

Hubo ruido de pasos descendiendo la escalera del castillo de popa y la corpulenta silueta del capitán apareció en cubierta ante ellos. Los dos marineros guardaron silencio hasta que se hubo alejado unos metros, recortándose en negro contra las estrellas.

—Hay algo oscuro esta noche con nosotros, y no hablo del cielo —dijo de repente el joven a media voz. Al mirarle con más atención Smith reparó en lo pálido que estaba—. Hemos navegado más veces con luna nueva, pero hoy todo parece distinto... como si hubiera algo extraño a nuestro alrededor. Lo llevo pensando desde que empezamos a remontar el Mississippi, pero no me atrevía a decíroslo. Ya sé lo que pensáis de los presentimien...

Antes de que acabara de hablar, una sacudida recorrió el barco, una vibración que

hizo temblar cada uno de los palos de la arboladura y que arrojó sobre la cubierta a los marineros que acababan de ponerse en pie. El joven tuvo que hacer un esfuerzo por no perder el equilibrio, aferrándose aún más a las asas del timón mientras Smith, soltando una maldición, agarraba a su vez uno de los brazos de su compañero. Parecía perplejo.

—Por el amor del cielo, ¿qué demonios ha sido eso?

—No lo sé —murmuró Charlie, cuyos dedos temblaban sobre la rueda—. Quizá solo se trate de algún pecio hundido. Los restos de otro barco que acabamos de dejar atrás...

—No hay pecios hundidos en esta parte del Mississippi —exclamó Dave al otro lado de la toldilla. También ellos estaban pálidos—. Y esta sacudida no ha sido producida por una colisión contra nuestro casco. ¡Los palos temblaban casi como si fueran a partirse!

—¿Qué significa esto? —oyeron bramar al capitán. De nuevo les llegó el sonido de sus pasos, esta vez acercándose a la popa—. ¿No sois vosotros los encargados de hacer la guardia de prima esta noche? ¿Cómo es posible que no os hayáis dado cuenta de qué...?

Un nuevo estruendo ahogó sus palabras, esta vez tan intenso que ni siquiera se oyó gritar a los marineros. La madera del barco crujió como si alguien estuviera a punto de arrancarla y las velas remolinearon en las alturas, luchando por soltarse de las jarcias.

Al muchacho le pareció que se le iba a parar el corazón cuando miró por encima del hombro del capitán y comprendió qué estaba ocurriendo. Las estrellas se acababan de esconder tras unos repentinos nubarrones, y el viento empezaba a rizar la superficie del río como si aún estuvieran surcando el golfo de México. La corriente hacía zozobrar el barco de un lado a otro, saltando a merced de los vaivenes como un caballo encabritado.

Aquello era inexplicable. Un minuto antes todo estaba en calma, y lo único que mecía las velas era la brisa que recorría el río. ¿Cómo podía haberse desatado una tempestad de ese calibre si ni siquiera estaban en alta mar?

—¡Por Dios! —volvió a gritar Smith cuando la primera ola rompió contra la proa, inundando casi por completo la cubierta. El bergantín se inclinó de repente hacia un lado, y los marineros se apresuraron a agarrarse a los aparejos para no caer al agua—. ¡Es el infierno que se está abriendo ante nosotros para hacernos pagar por nuestros pecados!

—Eso habrá que verlo —rugió el capitán—. ¡Estamos a unos minutos de Nueva Orleans y aunque este cascarón se haga trizas, aunque debamos hacer el resto del viaje a nado...!

Enmudeció cuando al otro lado del navío, por encima de la proa anegada, asomó una nueva ola, demasiado alta para que pudieran escalarla. Horrorizados, se limitaron a observar cómo la muralla de agua crecía en altura, oscureciendo aún más el

horizonte, y se cernía sobre ellos mientras el bergantín se elevaba poco a poco en la misma dirección.

—¡Todo a estribor! —vociferó el capitán. Charlie se apresuró a obedecer, aunque sus dedos se agitaban tanto que no comprendía cómo podían seguir sujetando el timón. No hubo tiempo para más; justo cuando el barco empezaba a virar, la enorme ola se deshizo en un torrente que arrastró todo lo que encontró a su paso por la cubierta.

Hubo gritos entre el palo mayor y el trinquete, y tres hombres salieron despedidos por el costado de estribor. Smith gimoteó mientras Charlie apretaba los párpados con fuerza, rezando todas las oraciones que sabía para despertarse de repente y darse cuenta de que solo había sido una pesadilla. Pero lo que sentía era dolorosamente real: el azote de las olas contra la cara, el balanceo demencial de la nave, las maldiciones del capitán. En medio de aquel infierno de agua dulce, se encontró pensando de repente en su padre y en su hermano pequeño, y en cómo lo había abrazado su madre antes de que se marchara de casa con un hatillo colgando del hombro.

Le pareció que su patrón gritaba de nuevo, pero esta vez nadie pudo entender qué les decía. El agua no se había conformado con barrer la superficie de la nave, sino que había logrado llegar hasta el interior del casco, y el inconfundible borboteo que se propagaba por las entrañas del bergantín no dejaba lugar a dudas sobre lo que iba a suceder. Aquel sonido equivalía a una condena a muerte, y todos lo sabían.

Smith estaba en lo cierto: el infierno les había abierto sus puertas de par en par.

I

La casa de las orquídeas

1

Alexander Quills había oído decir muchas veces que la historia siempre se repite, pero hasta entonces no había creído en el destino más de lo que creería alguien de casi cuarenta años en los cuentos de hadas. Él era un hombre de ciencias y siempre se había jactado de serlo; en su mente no había espacio para las supersticiones, y cuando se embarcaba en la investigación de un fenómeno sobrenatural, se aseguraba de hacerlo del modo más pragmático posible. Las casualidades no eran para él más que unas curiosas coincidencias que no había que tomarse en serio... o al menos así fue hasta el día en que al llegar a su casa de Oxford volvió a encontrarse con una carta de un desconocido que trastocaba no solo su universo sino también el de todos cuantos formaban parte de él.

Era una soleada tarde de finales de mayo y en Caudwell's Castle reinaba una calma sorprendente, teniendo en cuenta la cantidad de personas que por entonces vivían bajo su techo. La sobrina de Alexander, Veronica, había conseguido entradas para el teatro y se había llevado con ella a Oliver Saunders y a su esposa Ailish, amigos de la familia que desde hacía dos años se alojaban en casa de los Quills. Lo único que se oía a lo lejos era al ama de llaves cotilleando en las habitaciones del servicio con Maud, la nueva cocinera. «No me puedo creer que por una vez mi propio reino me pertenezca —pensó Alexander con un suspiro de satisfacción. Se quitó el sombrero y se pasó una mano por el cabello, del mismo castaño claro salpicado de canas que su barba—. Seguramente esto volverá a ser pronto una jaula de grillos, así que más me vale apurar estas horas de paz.»

Silbando entre dientes un aria de ópera, se dirigió hacia la sala de estar de la planta baja para relajarse con una copa. La habitación de grandes ventanales abiertos al río Isis parecía más pequeña que antes por el arpa de Ailish colocada en una esquina. A su lado Alexander había puesto en una mesita lacada el gramófono que Oliver y ella le habían regalado las pasadas navidades. Estuvo buscando un rato entre sus discos hasta dar con el que le interesaba, una grabación de *El holandés errante* interpretada por la Filarmónica de Berlín que había comprado hacía poco, y se dispuso a disfrutar.

Adoraba a Wagner casi tanto como lo había hecho su esposa Beatrix. El paso del tiempo aún no había conseguido paliar el dolor de haberla perdido cinco años antes, pero Alexander se había acostumbrado a convivir con él; a aquellas alturas la tristeza era algo tan suyo como podía serlo el sonido de su propia respiración. Se disponía a agarrar la botella de brandy más cercana cuando reparó en un montón de cartas que le había dejado allí el ama de llaves. Todas estaban remitidas a la imprenta del *Dreaming Spires*, el periódico dedicado a las nuevas ciencias del que Alexander se hacía cargo junto con sus amigos Oliver y Lionel.

El recuerdo de todo lo que les había pasado en su momento en la costa irlandesa, después de haber recibido una misiva aparentemente inofensiva firmada por una tal

Lisa Spillane, aún le hacía sonreír cuando abría el correo. Nadie había podido imaginar por entonces hasta qué punto cambiaría sus vidas viajar al pequeño pueblo de Kilcurling para investigar una muerte relacionada con la *banshee* que moraba en su castillo. Sobre todo en el caso de Oliver, que había regresado a Oxford con una esposa y una historia que contar. No obstante, aquella tarde Alexander no encontró en su correspondencia nada remotamente parecido a lo que les había conducido a Irlanda, no hasta que rasgó un pequeño sobre con matasellos de Edimburgo que le llamó la atención por estar bastante manoseado. Pero lo que realmente le sorprendió no fue tanto lo que les contaba el desconocido que había decidido escribirles sino la gran arrogancia con que lo hacía.

Miércoles, 27 de mayo de 1905

A la atención del equipo editorial del *Dreaming Spires*:

Me pongo en contacto con ustedes para hacerles una propuesta convencido de que resultará de su interés, teniendo en cuenta la línea que ha seguido su publicación en estos últimos años. Soy un lector asiduo que disfruta enormemente con sus crónicas de sesiones de espiritismo y sus artículos dedicados a los últimos descubrimientos realizados en el campo de las nuevas ciencias. La profesionalidad con la que siempre han llevado a cabo sus investigaciones me ha hecho comprender que por mucho que lo intentara no podría encontrar a nadie más idóneo que ustedes para colaborar en cierto asunto que me traigo ahora mismo entre manos. Un asunto que, si me permiten el atrevimiento, resultaría a la larga tan provechoso para el *Dreaming Spires* como para mí mismo, porque coincide con los temas que según tengo entendido ustedes suelen tratar más frecuentemente en su publicación.

No obstante, la cuestión que me ocupa es demasiado trascendental para despacharla por carta. Probablemente pensarán que se trata de un exceso de confianza por mi parte, pero les aseguro que me sentiría muy honrado si aceptaran entrevistarse conmigo en Edimburgo, la ciudad en la que me encuentro pasando unos días. En estos momentos me alojo en la habitación 552 del hotel North British, a la que pueden escribirme para concertar una cita. Mientras este sea mi hogar me gustaría que ustedes también pudieran considerarlo suyo.

Con la esperanza de que esta misiva sea la primera de una fructífera correspondencia entre nosotros, se despide atentamente,

MONSIEUR E. SAVIGNY

«Lo que me faltaba por ver —se dijo Alexander, resoplando para sí—. ¿En su hogar tienen problemas con espíritus o *poltergeist*? ¡Contacte con los redactores del periódico *Dreaming Spires* y asegúrese de que le dejan en paz para siempre!» Supuso que aquello era inevitable teniendo en cuenta la difusión que había alcanzado la publicación; en los dos últimos años las ventas se habían cuadruplicado y no había ni un college en Oxford en el que sus artículos no fueran comentados con alborozo entre los estudiantes. Por supuesto, el éxito suele atraer a los oportunistas como la miel a las moscas, y últimamente la cantidad de cartas que recibían solicitando los servicios de los investigadores del *Dreaming Spires* se había incrementado de una manera alarmante. Normalmente era August Westwood, otro de los amigos de Alexander que colaboraba con el periódico, quien se encargaba de contestar, pero como hacía seis meses que se había marchado de misionero a Rajastán no podía seguir echándoles una mano con aquella tediosa tarea.

En cualquier caso, esa no era una carta que se pudiera tomar en serio nadie, sino una soberana tomadura de pelo en la que Alexander no estaba dispuesto a pensar más de lo necesario. Cuando los primeros compases de *Mit gewitter und storm* resonaron en la habitación, monsieur Savigny había quedado relegado al olvido y su mente se mecía en un agradable duermevela que ni siquiera las tempestades y tormentas de las que hablaba el timonel de *El holandés errante* conseguían enturbiar. Pero para su desgracia, monsieur Savigny no parecía ser uno de esos hombres que se resignan a ser olvidados así como así.

Tres días más tarde volvió a tener noticias suyas. Cuando Alexander se dejó caer por la nueva y amplia imprenta del *Dreaming Spires* instalada en High Street para dar a sus empleados los artículos para el siguiente número, comprobó que entre las cartas que les estaban esperando volvía a haber una enviada desde Edimburgo. Y era la misma que había leído en Caudwell's Castle, sin cambiar ni una sola coma; saltaba a la vista que el concienzudo Savigny quería contactar con ellos costara lo que costara. Cada vez más irritado, Alexander se ajustó las gafas, sacó una pluma y se apoyó en una de las máquinas de la imprenta para garabatear unas líneas con las que zanjar de una vez aquella situación.

Lunes, 1 de junio de 1905

A la atención de monsieur E. Savigny:

Le escribo en nombre del equipo editorial del *Dreaming Spires* con la intención de agradecerle sus buenas palabras y la confianza que al parecer ha depositado en nuestra labor. No obstante, sentimos tener que comunicarle que en estos momentos nos resulta imposible aceptar su invitación. Si lo que tanto le preocupa tiene que ver con el mundo espiritista, o está interesado en realizar alguna clase de exorcismo, le aconsejamos ponerse en contacto con la Sociedad de Investigaciones Psíquicas. Ellos son los mayores especialistas con los que contamos en Inglaterra ahora mismo, y sin duda estarán encantados de atenderle.

Reiterándole nuestro agradecimiento, se despide atentamente,

LA REDACCIÓN

Pero el asunto no concluyó ahí. Ni muchísimo menos. Alexander no tenía manera de saber si Savigny había seguido su consejo y había comenzado a acribillar a cartas a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, aunque no era muy probable dado que esa misma semana volvió a saber de él. El jueves por la mañana entró de un excelente humor en su despacho del Magdalen College, donde había recuperado su antigua plaza de profesor de Física Energética después de la muerte del rector Claypole a comienzos de curso, y tras colgar su levita descubrió que aún no había logrado librarse del acoso de aquel tipo.

Porque allí estaba de nuevo, sobre su escritorio: otra carta de Savigny. Alexander empezaba a estar tan furioso que tardó un momento en darse cuenta de un detalle que le congeló poco a poco la sangre. Esta vez Savigny no se había dirigido al equipo editorial del *Dreaming Spires*, sino al profesor Quills en persona. ¡Pero nadie sabía que se hallaba al frente de la publicación! Los artículos siempre aparecían firmados

con las iniciales de sus autores, incluidas las ilustraciones de su sobrina Veronica. El único que había abandonado el anonimato después de publicar la novela que lo había convertido en uno de los autores más prometedores de Oxford era Oliver..., pero en el caso de Alexander era sencillamente imposible que alguien lo relacionara con un profesor del Magdalen College.

Sin embargo, Savigny lo había conseguido. Puede que aquel francés metomentado fuera capaz de conseguir lo imposible. Tratando de mantener la calma, alargó una mano para abrir la carta cuando de repente reparó en algo inquietante. En el sobre aparecía un membrete que le resultó muy familiar: el del hotel Randolph, uno de los más elegantes de Oxford. «No —se espantó Alexander mientras lo rasgaba—. No puede ser verdad...»

Jueves, 4 de junio de 1905

Estimado profesor Quills:

No he podido evitar sonreír al reconocer su estilo en la carta en la que tan amablemente rechazaba mi propuesta; solo usted podría ser tan diplomático. Sin embargo, y a pesar de que la diplomacia sea una cualidad por la que no siento más que admiración, me temo que no me queda más remedio que insistir. En mi caso suelen decirme que la persuasión es uno de mis rasgos más distintivos, y encontrará que no soy alguien acostumbrado a que le lleven la contraria, ni siquiera cuando lo hace un caballero con el que simpatizo tanto como usted.

¿Debo suponer que ha sido la perspectiva de un viaje a Escocia lo que le ha disuadido de entrevistarse conmigo? Si la distancia suponía un problema, no tiene que preocuparse más por ello; precisamente ayer por la tarde llegué a Oxford para alojarme unos días en el hotel Randolph antes de regresar al continente. Seguramente conozca este establecimiento; está situado enfrente del museo Ashmolean en el que tengo entendido que trabaja actualmente su amigo Lionel Lennox.

Pronto me volveré a poner en contacto con usted para establecer sin más dilaciones los términos de nuestra entrevista. Confío en que no tardemos demasiado en mantenerla.

Atentamente,

MONSIEUR E. SAVIGNY

Los dedos de Alexander estrujaron la carta hasta convertirla en una bola que arrojó a la papelería del despacho. Aquella broma estaba yendo demasiado lejos, y no le encontraba ni pizca de gracia la mirara como la mirara. Si se daba a conocer en su ciudad a qué se dedicaba cuando no impartía clases en la universidad... Bueno, a él no le parecía que escribir en un periódico dedicado a las nuevas ciencias fuera nada de lo que tuviera que avergonzarse, pero estaba seguro de que no todos los miembros del claustro de profesores lo verían de la misma manera. Y había tardado demasiado en recuperar su antigua plaza para permitir que por una pequeña venganza tramada por un desconocido todo su trabajo cayera en saco roto. Rezongando para sí, Alexander cogió de nuevo su levita, se la puso tan rápidamente que casi tiró unos cuadernos de notas al suelo y se precipitó hacia la puerta del despacho, resuelto a acabar con aquel asunto de una vez.

El hotel Randolph no quedaba demasiado lejos del Magdalen College. Alexander avanzó rápidamente por High Street, siguiendo la pronunciada curvatura de la calle y

dejando atrás las fachadas arenosas rematadas por agujas y gabletes puntiagudos de una docena de colleges. Los estudiantes abarrotaban las calles, celebrando a voz en grito el final de los exámenes y el comienzo del verano; el profesor se abrió camino como pudo entre ellos y en menos de diez minutos se encontraba ante la fachada del hotel. Efectivamente, el soberbio palacio neogótico en que se alojaba Savigny estaba situado frente al museo Ashmolean en el que Alexander suponía que Lionel estaría trabajando en esos momentos. Decidido a averiguar como fuera qué se proponía aquel personaje tan fastidioso, empujó con decisión la puerta para penetrar en la lujosa recepción del hotel.

Dentro todo era cristal, terciopelo, velas encendidas en las arañas del techo. Había un mostrador a la derecha de una escalera alfombrada en rojo, y Alexander saludó con una sonrisa al muchacho uniformado que permanecía de pie al otro lado. Al verle le había parecido que sería pan comido sonsacarle alguna información sobre quién era realmente el caballero que le escribía, pero por desgracia estaba equivocado.

—¿Monsieur Savigny? No, no se hospeda con nosotros nadie con ese apellido.

—¿Está seguro? Por lo que tengo entendido llegó a Oxford ayer por la tarde. Si pudiera hacerme el favor de echar un vistazo al registro de entrada, tal vez supiéramos...

Pero el muchacho negó con la cabeza, cruzando las manos encima del mostrador.

—Me gustaría poder serle de ayuda, caballero, pero me temo que no estoy autorizado a darle esa información. La discreción siempre ha sido una de las principales cualidades del hotel Randolph, y si hubiera alguna queja al respecto, por insignificante que fuera...

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente. —Alexander se puso de nuevo el sombrero que se había quitado al entrar—. Siento haberle hecho perder el tiempo. Debe de ser un error.

Pero no lo era. El profesor sabía que no lo era. El ruido de los cubiertos y el aroma del beicon y los huevos revueltos que los clientes del Randolph estaban degustando en el comedor lo acompañó de regreso al exterior, donde se detuvo unos instantes antes de encaminarse de nuevo hacia el sur. Pero esta vez prefirió marcharse a su casa en lugar de a su despacho del Magdalen. Estaba demasiado confundido para concentrarse en su trabajo, y sabía que no serviría de nada pasar las siguientes horas emborronando un montón de papeles si no tenía la cabeza puesta en sus investigaciones.

De manera que Savigny no existía. No era más que un nombre falso. Seguramente lo habría escogido para que Alexander no pudiera averiguar de quién se trataba hasta que fuera demasiado tarde para echarse atrás. «Pronto me volveré a poner en contacto con usted», le había prometido en su última carta.

Dejó escapar una maldición entre dientes, pero aquella mañana tan extraña aún le deparaba unas cuantas sorpresas. Cuando se disponía a empujar la verja de entrada a su propio jardín, se encontró con que un niño de unos ocho años salía en aquel

momento de la casa. Llevaba unos pantalones mugrientos sujetos con un tirante y una gorra llena de remiendos en la cabeza, y parecía tener tanta prisa que se dio de bruces con el profesor.

—¿Estás bien? —le preguntó Alexander, agarrándolo por un hombro antes de que se pudiera caer. Pero el niño, sin pronunciar palabra, se soltó de un tirón y echó a correr de nuevo como alma que lleva el diablo—. ¡Oye! —exclamó él—. ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—¡Profesor Quills! —le llamó desde la puerta la señora Hawkins, el ama de llaves.

No se había dado cuenta de que la mujer estaba de pie en el umbral. Alexander se quedó mirando cómo se alejaba el niño por la misma calle que acababa de recorrer y después se reunió con ella en la escalera. El ama de llaves le alargó un sobre que tenía en la mano.

—Lo acaba de traer ese pilluelo al que casi ha tirado al suelo. No ha querido decirme quién lo ha enviado ni de qué se trata; solamente que me asegurara de dárselo a usted en persona. Le han debido de prometer una buena propina si se daba prisa en hacer el recado...

A Alexander casi no le sorprendió encontrarse de nuevo con el membrete del hotel Randolph, ni con aquella caligrafía con la que empezaba a estar muy familiarizado. Ni tampoco que el tono de las misivas se estuviera volviendo más burlón a cada momento.

Jueves, 4 de junio de 1905

¿Hasta cuándo vamos a jugar al ratón y el gato, profesor Quills? No negaré que me esperaba una reacción similar por su parte (desde que le conozco me ha dado muestras más que sobradas de su prudencia, y con eso se ha ganado para siempre mi respeto), pero encuentro muy poco elegante que tratara de sonsacarle al personal del Randolph lo que podría conocer de primera mano si accediera a reunirse conmigo.

Seamos amigos, profesor. No tiene nada que temer de mí. Si quisiera dar a conocer sus coqueteos con lo sobrenatural a sus colegas del Magdalen College lo habría hecho mucho antes, se lo aseguro. Pero no ganaría absolutamente nada con su caída en desgracia, y no tengo por costumbre emprender acciones que no me proporcionen a la larga alguna clase de beneficio. Me temo que estoy demasiado ocupado para perder el tiempo con una *vendetta* tan pueril como la que teme que acabe llevando a cabo contra usted.

Supongo que lo más prudente será acabar cuanto antes con esto. Si le parece bien podemos encontrarnos esta tarde a las cinco y media en el Jardín Botánico. He oído decir que las inquilinas de la Casa de las Orquídeas tienen unos colores magníficos esta primavera.

Por su propio bien, espero que no vuelva a defraudarme.

MONSIEUR E. SAVIGNY

La maldición que soltó Alexander esta vez fue tan explícita que la señora Hawkins enrojeció intensamente. Desde que trabajaba en su casa nunca lo había visto tan furioso.

—Esto ha dejado de ser una broma —masculló el profesor, arrugando casi la carta.

—¿A qué... se refiere? —se atrevió a preguntar ella—. ¿No serán malas noticias?

—No. Tal vez. Aún es pronto para saberlo. Aunque empiezo a sentirme como una marioneta a la que alguien está haciendo bailar para entretenerse —contestó Alexander entre dientes, guardándose el papel—. En fin, supongo que lo único bueno de todo esto es que no tardaré en salir de dudas, tanto si me gusta lo que tengo que oír como si no.

Entró en el recibidor seguido por la señora Hawkins y se desprendió de la levita y el sombrero para dejarlos en sus manos; ella seguía observándole con cierta prevención.

—Qué silencioso vuelve a estar todo esta mañana... ¿Es que no hay nadie en casa?

—El señor y la señora Saunders dijeron que volverían antes de comer. Creo que hoy tenían que continuar con sus pesquisas en el norte. Y su sobrina está encerrada arriba, pintando en el ático. Me avisó hace un par de horas de que tenía mucho trabajo pendiente y de que no se me ocurriera molestarla si no quería que me tirara los pinceles a la cara.

—Siempre tan dulce y delicada. Confiaba en que la señora Saunders fuera una buena influencia para ella, pero no le hace más caso que a ninguno de nosotros, por mucho que la adore. Bien —suspiró apoyando una mano en la barandilla de la escalera—, creo que no me queda más remedio que convertirme en el blanco de esos pinceles. Deséeme suerte.

A juzgar por la expresión de la señora Hawkins, lo que hacía falta para plantar cara a Veronica Quills no era suerte, sino una armadura completa con guanteletes y yelmo incluidos. Alexander subió un tramo tras otro de escalera, con el ceño fruncido todavía por el asunto de las cartas, y se detuvo ante la única puerta que había en el tercer piso de la casa. El característico olor a pintura que se había convertido con el paso de los años en la seña distintiva de su sobrina (*Eau de Veronique*, solía llamarla Lionel) inundaba casi por completo el rellano. Llamó un par de veces con los nudillos.

—¡Le he dicho que no me molestara a menos que hubiera un incendio en la casa!

—Veronica, soy yo —le contestó su tío, tratando de armarse de paciencia—. Ya sé que estás muy atareada esta mañana, pero necesito que me hagas un pequeño favor.

Hubo un resoplido al otro lado de la puerta, un ruido de pasos, el sonido de una tela sacudiéndose, y al cabo de unos segundos la hoja se abrió unos centímetros. El rostro de Veronica asomó por la rendija, enmarcado por una masa de rizos castaños desordenados. Tenía la mejilla derecha manchada de algo negro y sus piernas desnudas asomaban por debajo de una camisa masculina.

—Sois peores que el papa Julio Segundo presentándose cada día en la capilla Sixtina para acosar a Miguel Ángel —le espetó ella—. ¿No tendrías que estar en el Magdalen College?

—Ha habido un cambio de planes hace un rato —contestó Alexander. Dio un paso hacia la puerta, pero Veronica no le dejó entrar—. ¿Eso que tienes en la cara es carbón?

—Carboncillo. —Alzó una mano para mostrarle el ramillete de barritas negras que sujetaba—. Estoy haciendo unos estudios anatómicos. ¿Qué me ibas a pedir?

—Necesito que te acerques un momento al museo Ashmolean para darle a Lionel un mensaje de mi parte. Dile que deje todo lo que tenga entre manos esta tarde y que se reúna conmigo a las cinco y cuarto delante del Magdalen. Se trata de algo importante.

—¿Y por qué no vas tú, si no piensas pasar la mañana trabajando en tu despacho?

—Han pasado ciertas cosas inesperadas... acontecimientos sobre los que me gustaría reflexionar con calma antes de que Oliver y Ailish vuelvan a casa y nos reunamos para comer. Además, conoces el Ashmolean como la palma de tu mano; no tendrás problemas para localizar a Lionel si no se encuentra ahora mismo en el despacho del conservador.

Veronica guardó silencio durante unos instantes. Su cuervo Svengali dejó escapar un desagradable graznido y apareció aleteando para posarse sobre su hombro derecho.

—Empiezo a pensar que solo me ves como una recadera —comentó la joven, aunque acabó encogiéndose de hombros—. Está bien, pero primero quiero terminar lo que estoy haciendo. Faltan dos meses para la exposición de la Royal Academy, y si quiero que me dé tiempo a presentar mi *Endimión* tengo que dedicarle las veinticuatro horas del día.

—No te preocupes; le diré a la señora Hawkins que haga acopio de paciencia —dijo Alexander esbozando una sonrisa antes de dirigirse hacia la escalera—. Gracias, Veronica.

—Espera un momento —oyó que le llamaba su sobrina, y se volvió hacia ella. Salió de la habitación con los pies descalzos y Svengali moviéndose nerviosamente sobre su hombro para mantener el equilibrio—. ¿Estás seguro de que todo va bien?

—Más o menos —contestó Alexander con cierta sorpresa—. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, tendrías que mirarte en un espejo. No te había visto tan malhumorado desde que el año pasado dejamos caer por la escalera uno de esos detectores de ectoplasmas que patentaste.

Alexander sonrió de nuevo a su pesar. Se acercó a Veronica para apartar un rizo que le caía por la cara, haciendo caso omiso a su ceño fruncido. Le parecía increíble que hubiera cumplido veintidós años ya; para él seguía siendo la misma niña malencarada a la que había acogido en su casa después de que su hermano Hector muriera de un ataque al corazón. Una niña que había hecho de su ático una auténtica leonera, que arrojaba huevos podridos a los políticos y que usaba como modelos para sus cuadros a aristócratas con los que probablemente había tenido más que palabras,

pero una niña al fin y al cabo.

—No te preocupes por mí. Simplemente estoy confundido, eso es todo. Cuando las cosas se aclaren, te contaré lo que ha pasado; por ahora no hace falta que pienses en ello.

Svengali respondió por Veronica dándole un picotazo en la mano. Alexander tomó aquello como una señal de que aquel día aún iba a dar para mucho. Se despidió de su sobrina y regresó a la planta baja de Caudwell's Castle, aunque mientras bajaba por la escalera, frotándose los dedos contra el chaleco, no podía dejar de pensar en lo que seguía llevando en el bolsillo, ni en los ases que aún guardaría en la manga monsieur Savigny.

2

—Ya lo has oído: a las cinco y cuarto delante del Magdalen College —dijo Veronica después de asegurarse de que los pasos de su tío se perdían escaleras abajo. Se volvió hacia la silueta desnuda que yacía perezosamente tumbada en su cama, entre moldes de yeso de diferentes partes del cuerpo, lienzos a medio pintar y caballetes a punto de descoyuntarse—. Haz el favor de no olvidarlo otra vez o me volverá a echar en cara que nunca me acuerde de darte sus recados. Aunque no entiendo por qué he de hacerlo yo.

Lionel Lennox soltó un gruñido. Dejó en el suelo el corazón de la manzana que se estaba comiendo y estiró ambos brazos por encima de la cabeza para desentumecerlos.

—Has vuelto a cambiar de postura —se lamentó la joven. Svengali alzó el vuelo para posarse con otro graznido en el alféizar de la ventana—. No sé cómo pudo parecerme una buena idea dibujarte a ti. A este paso mi pobre *Endimión* nunca pasará de ser un boceto.

—La próxima vez podrías pedírselo a uno de tus compañeros de la escuela de arte.

—La próxima vez puede que lo haga, y también otras cosas aparte de posar. Pero me temo que ninguno de ellos se las apañaría tan bien como tú para trepar por el enrejado del jardín.

Regresó junto a su caballete para examinar con aire crítico el estudio anatómico en el que llevaba trabajando cerca de una hora. No podía quejarse de cómo había quedado el perfil de Lionel, pero la proporción de los brazos no la convencía, y el ángulo de la cabeza tampoco era el que estaba buscando. Algo lógico, pensó con cierto fastidio, si su improvisado modelo no era capaz de estarse quieto ni un cuarto de hora, sobre todo teniendo cerca a una mujer que solo llevaba puesta la camisa que le había cogido prestada después de uno de sus acostumbrados escauceos entre las sábanas.

En el fondo Lionel tenía razón: le habría ido mejor pidiéndole el favor a alguno de los amigos pintores con los que Ailish y ella coincidían cada tarde en la Escuela de Arte Ruskin, pero la mañana no habría sido tan divertida. Cogió el lienzo para enseñárselo.

—¿Ves a qué me refiero? ¿Ves todas estas líneas paralelas? Son las que me has hecho trazar cada vez que te has movido. Así no hay quien haga un buen trabajo...

—Yo lo encuentro estupendo —contestó Lionel con una sonrisita—. Has sabido captar lo mejor de mí. ¡Espero que no se te ocurra estropearlo poniéndome una hoja de parra!

Veronica hizo el amago de darle una patada en las costillas. Lionel agarró su pie a tiempo para hacerle perder el equilibrio. La muchacha cayó a su lado en la cama, riendo.

—Eres un presumido, pero me temo que tendré que cambiarte la cara. El pelo y los ojos oscuros le sientan muy bien a un personaje mitológico, pero la barba de varios días...

—Eso me da lo mismo. Las mujeres que vean tu cuadro seguirán reconociéndome.

—Pero mi tío no —sonrió Veronica, dejando el lienzo en el suelo. Se volvió hacia su amigo apoyándose en un codo—. Y espero que no lo haga nunca. Sabes tan bien como yo que el día que descubra en qué consiste nuestra relación me encerrará bajo siete llaves.

—No entiendo a qué viene tanta mojigatería. Tú misma dices que Oliver y Ailish se pasan la mitad de las noches metiendo ruido y nunca he visto que les llame la atención.

—Oliver y Ailish están unidos por el sagrado lazo del matrimonio. —Veronica hizo la señal de la cruz ceremoniosamente—. Para alguien como mi tío eso es más que suficiente.

—Entiendo... Entonces, señorita Quills, lo más sensato es que nosotros también nos casemos para no seguir ofendiendo al Altísimo con actos tan impuros como el de hoy.

Había tratado de decirlo en tono serio, pero la expresión de pavor que se pintó de repente en el rostro de Veronica le arrancó una carcajada. La rodeó por la cintura para atraerla más hacia sí, deslizando una mano bajo la camisa que apenas cubría sus caderas.

—¡Solo era una broma! ¡Parece mentira que a estas alturas todavía no me conozcas!

—Claro que sí, pero hay cosas con las que no se puede bromear —replicó ella. Lionel volvió a reírse cuando se puso una mano teatralmente encima del corazón—. Casi me ha entrado taquicardia por tu culpa. Hablarle de matrimonio a alguien como yo es como...

—Como proponerle a Guy Fawkes ser miembro del Parlamento. Ya lo sé, y pienso exactamente lo mismo que tú. Habría que estar loco para echarse esa soga al cuello por propia voluntad. Aunque apuesto a que tu tío sigue esperando que cualquier día sientes la cabeza, aceptes a uno de tus pretendientes y te conviertas en una amante esposa por convivir cada día con ese perfecto modelo de felicidad conyugal que son los Saunders.

—Demasiado perfecto —repuso Veronica, reclinando la cabeza con languidez sobre las almohadas—. Te aseguro que mis tés se endulzan solos cada vez que me acerco a ellos.

La mano de Lionel había seguido ascendiendo por la pronunciada pendiente de su cadera, arremangándole la camisa alrededor de la cintura. Cuando su piel quedó completamente expuesta, se incorporó para comenzar a recorrerla con los labios, dejando un rosario de pequeños besos que remató con un mordisco. Veronica sonrió

con los ojos medio cerrados. Al otro lado de la ventana, las abejas zumbaban sobre las aguas del Isis salpicadas de flores por las que se deslizaban las barcazas que se dirigían a Folly Bridge.

—Me pregunto qué será eso tan importante que quiere contaros mi tío —comentó la joven pasados unos minutos—. Parecía bastante alterado... casi enfadado, por raro que resulte en una persona tan apacible como él. ¿Qué crees que puede haber descubierto?

—No tengo ni idea, pero dentro de unas horas nos enteraremos. —Lionel le dio una palmada en el trasero antes de incorporarse—. Debería regresar al Ashmolean antes de que se me haga tarde, y tú deberías salir de casa dentro de un rato con la excusa de ir a buscarme al museo. De lo contrario tu tío acabará sospechando que hay gato encerrado.

—¿Seguro que nadie te pondrá problemas por faltar al trabajo también esta tarde?

Lionel soltó una risotada, aunque cuando se acordó de que la señora Hawkins aún seguiría merodeando por el primer piso de Caudwell's Castle se apresuró a bajar la voz.

—Cielo, me encanta tu sentido del humor. Yo soy ahora mismo la única persona en esa institución con el derecho a reprender al resto del personal por no acudir a trabajar.

—Tú y sir Arthur Evans —le recordó Veronica—. Me parece que a veces olvidas que te han nombrado ayudante del conservador del Ashmolean, no conservador en persona.

—Tú dame un par de años, cinco como mucho. A Evans cada vez le gusta menos el estilo de vida oxoniense; esta primavera no ha hecho más que hablarme de las ganas que tiene de dedicarse exclusivamente a sus excavaciones en Cnosos. No aguantará mucho más tiempo en un despacho. Cuando quieras darte cuenta, te encontrarás asistiendo a la inauguración del museo Ashmolean-Lennox, acuérdate de mis palabras.

—Tampoco creo que tú estés hecho para pasar el resto de tu vida en un despacho —le contestó Veronica, mirando cómo Lionel se sentaba en el borde de la cama y buscaba sus pantalones entre el caos que apenas permitía distinguir el suelo—. Te gustan demasiado la aventura, las emociones fuertes... Puede que sujetar las riendas de un museo como ese te haga sentir poderoso, pero ambos sabemos que no es lo que mejor se te da.

—Si te refieres a saquear tumbas, supongo que sí, sigue siendo mi especialidad. Gracias por el cumplido.

—Sería un cumplido si no supiera lo inconsciente que eres. Algún día cometerás un error del que no te sacarán tu talento para la improvisación ni tu labia con las mujeres.

—¿A qué viene eso? —se extrañó él—. ¿Qué tratas de...?

—Ya sabes a qué me refiero. Parece mentira que no aprendieras la lección hace

dos años, cuando esos saqueadores del Valle de las Reinas estuvieron a punto de matarte de un disparo para hacerse con la reliquia que acababas de sacar a la luz. Pensé que eso te haría ser más sensato, pero me equivocaba. Sigues siendo tan temerario como siempre.

Un profundo silencio siguió a sus palabras. Veronica había imaginado que Lionel protestaría asegurándole que era capaz de cuidar de sí mismo, no que se quedaría completamente mudo al escucharla. De repente la corriente que se colaba por la ventana resultaba mucho más desapacible de lo que cabría esperar de un sople de aire primaveral.

—¿He dicho alguna inconveniencia? —preguntó, sorprendida ante aquel cambio—. ¿O es que andas metido en un asunto aún más peligroso del que no te apetece hablarme?

—No te preocupes; no me he buscado problemas últimamente —murmuró Lionel sin volverse hacia ella—. No más de los que tenía desde lo del Valle de las Reinas, al menos.

Se puso en pie mientras se abrochaba el cinturón, tratando de hacer caso omiso a la mirada de inquietud que le seguía dirigiendo su amiga. Lionel fue caminando poco a poco hasta la ventana, y al encontrarse ante los cristales entreabiertos se detuvo con los ojos clavados en su propio reflejo. Fue inevitable: su mirada se acabó posando de manera instintiva sobre la cicatriz que adornaba uno de sus hombros, un tatuaje más claro que la piel que lo circundaba y que parecía latir con saña cada vez que pensaba en la responsable de aquella herida.

Trató de apartar de su mente los recuerdos que le asaltaron de repente: el calor de unos labios pintados de rojo rozándole por última vez, cerca de la boca; el perfume a sándalo que exhalaban unos cabellos en los que en algún momento había deseado perderse; la luz de unos ojos que se habían reído de él entre los pliegues de un pañuelo siroquero, entre las plumas de un sombrero negro. Que el saqueador que casi había acabado con su vida hubiera resultado ser la mujer más sensual que había conocido nunca aún seguía pareciéndole una cruel broma del destino. Tanto como el hecho de que ella hubiera guardado silencio durante todo el tiempo que pasó en Irlanda con sus amigos y con él, escuchándole contar su hazaña del Valle de las Reinas con una sonrisa que a Lionel por entonces le había parecido de admiración.

Ni siquiera el hecho de ser considerado un héroe por haber plantado cara a los ladrones que la acompañaban en Egipto le hacía sentirse mejor consigo mismo. Ni tampoco que sir Arthur Evans, impresionado por la valentía con la que había defendido la excavación que en realidad Lionel estaba saqueando a espaldas del director, le hubiera nombrado su mano derecha en el Ashmolean. Una parte de él temía que reapareciera en cualquier momento, dispuesta a marcarle de nuevo sin dejar de enarbolar aquella sonrisa tan peligrosa como su pistola.

—Será mejor que me marche antes de que tu tío suba de nuevo —se oyó decir a sí mismo pasado un rato—. Tienes razón; últimamente paso más tiempo del debido

fuera del Ashmolean. Y si esta tarde voy a estar con Oliver y con él no debería dejar que Evans...

—Espera un momento. —Veronica también se levantó de la cama, y se acercó a él para rodearle con los brazos de una manera que a Lionel le pareció más propia de una hermana que de una amiga con derecho a roce. Alzó sus grandes ojos de color avellana hacia él—. Supongo que a estas alturas no hará falta que te lo recuerde, pero ya sabes que si alguna vez necesitas hablar de algo..., bueno, puedes contar conmigo para lo que sea.

—¿La señorita Quills se está volviendo sentimental? Esto sí que es un suceso digno de aparecer en el *Dreaming Spires* —contestó Lionel con una sonrisa torcida—. Al final va a ser verdad que se te está pegando algo de los Saunders. En el fondo eres una romántica.

Veronica sacudió la cabeza con burlona resignación y le ayudó a recuperar el resto de la ropa desperdigada por el ático. Se quitó la camisa que le había prestado para abrirle la puerta a Alexander, le abrochó los botones del chaleco y después de que Lionel se calzara las botas se quedó mirando cómo trepaba hábilmente al alféizar de la ventana, atento a que no pasara nadie cerca de Caudwell's Castle en aquel momento.

—Ten cuidado con lo que haces, y presta atención a todo lo que te cuente mi tío en la reunión de esta tarde —le recordó en voz baja—. Me muero de ganas de saber qué ocurre.

—Mañana mismo te lo contaré delante de una pinta de cerveza si vienes a buscarme al museo.

Lionel se agarró con las dos manos al alféizar mientras comprobaba que sus pies estaban firmemente afianzados en la parte superior del enrejado cubierto de rosas que trepaba por el muro norte de la casa hasta la ventana de Veronica. Antes de empezar a bajar estiró el cuello para que la joven apretara una vez más sus labios contra los de él.

—Hasta la próxima, Julieta. Puedes hacer lo que quieras con el conde Paris en mi ausencia, y también con Mercucio, y hasta con tu primo Tebaldo; no me pondré celoso.

—Idiota —susurró Veronica sonriendo—. Lárgate antes de que te dé un empujón.

No obstante, no se apartó de la ventana hasta que Lionel hubo superado el mirador de la sala en la que suponía que estaría su tío, dejándose caer sin hacer ruido en el césped recién cortado. Entonces Veronica se dio cuenta de que se había dejado su sombrero de ala ancha en el ático, y corrió para quitárselo de la cabeza a un maniquí articulado de tamaño natural que había al lado del caballete en el que había estado dibujando. Lo soltó con cuidado por entre las cortinas, y Lionel lo cazó al vuelo, se lo encasquetó y después de dedicarle una reverencia versallesca se alejó de la casa para dirigirse hacia Folly Bridge.

Svengali esperó a que se hubiera marchado para descender de las chimeneas en

las que se había construido su propio reino. Veronica le alargó un brazo para que se posara en él, acariciando pensativa las plumas que le hacían cosquillas en el pecho desnudo.

—¿Tú también crees que lo que le da más miedo son sus propios sentimientos?

—La casa fue una de las primeras construidas en Polstead Road —explicó la anciana con orgullo—. Durante mucho tiempo perteneció a mi hijo mayor, el que combatió con el Quinto Regimiento de Fusileros de Northumberland en Maiwand, aunque apenas tuvo tiempo para dejarse caer por aquí. Podría decirse que el edificio está sin estrenar, pero prefiero que lo comprueben ustedes mismos. Acompañenme al piso de arriba; seguro que les gustará.

Empezó a subir con grandes esfuerzos la escalera adosada a una de las paredes del recibidor, y los dos jóvenes la siguieron cogidos de la mano. Formaban una hermosa pareja, de eso no había duda; ella era pequeña, delicada y rubia como un hada, y él tenía el pelo castaño y curiosamente largo, recogido en una coleta. Pasaron delante de una vidriera por la que se derramaba la luz del sol, moteada y danzante por el movimiento de las ramas de los árboles que envolvían Polstead Road como una campana de cristal.

—Está todo como lo dejó mi Alfred cuando tuvo que marcharse a Afganistán. Fue una suerte que la herida de la pierna no le dejara inválido, pero como desde entonces no puede subir más de cuatro peldaños, ha tenido que trasladarse con mi nuera y mis nietos a la planta baja de la casa que tenemos el señor Murray y yo al otro lado de la calle. Nos hemos asegurado de que todo siga estando a punto, y vigilamos el agua corriente y el estado de las chimeneas cada año. Vengan por aquí, les enseñaré los cuartos...

La señora Murray atravesó el rellano del primer piso para abrir una de las puertas. Daba a una habitación pequeña pero tan luminosa como las demás, con muebles de palo de rosa que relucían al sol. Paseó a su alrededor una mirada entre satisfecha y nostálgica.

—Esta era nuestra antigua sala de estar. Se encuentra orientada al sur, por lo que siempre resulta cálida, incluso en las noches más frías del invierno. Además, cambiamos los muebles hace poco y apenas han sido usados. La verdad es que está como nueva...

—Es preciosa —susurró Ailish con los ojos brillantes—. Una habitación de ensueño.

Dio unos cuantos pasos por la sala, girando sobre sus talones mientras se quitaba con disimulo los guantes que llevaba puestos a pesar de estar en primavera. A Oliver, apoyado en el marco de la puerta, le costó contener una sonrisa cuando la vio rozar con los dedos el respaldo de uno de los divanes, y más tarde la chimenea adornada con figuras de porcelana. La expresión emocionada que había aparecido en su rostro le hizo comprender qué pensaba de la habitación, o mejor dicho, qué le parecían los recuerdos adheridos a los muebles como si se tratara de una segunda capa de barniz.

—¿Cuántos dormitorios hay exactamente en este piso? —siguió diciendo su esposa.

—Ese de la izquierda es el principal, y al otro lado de la sala de estar se encuentra el cuarto de juegos desde el cual se accede a los de los niños. —La señora Murray señaló con un índice regordete en aquella dirección—. En ellos hay espacio para tres camas, pero si en alguna ocasión necesitaran más podrían acondicionar una pequeña habitación que cuando vivíamos aquí solía ocupar la niñera. Lo digo más que nada —añadió locuazmente mientras hacía un gesto con la barbilla en dirección a Ailish— para que no se agobien en el momento en que empiecen a darle hermanitos. ¡Aún tienen muchos años por delante!

La joven se echó a reír. Al volverse hacia Oliver, el contraluz acentuó la pronunciada curva de su vientre e hizo que sus cabellos rubios brillaran como un halo a su alrededor.

—¿Qué piensas tú, mi amor? ¿Será un buen lugar en el que criar a nuestra prole?

—Será exactamente lo que hemos imaginado —contestó él—. No tengo ninguna pega que ponerle al edificio, y la zona me parece perfecta para vivir en paz. Además, no queda lejos del centro de Oxford; como mucho tardaremos quince minutos en llegar allí.

Ailish asintió. Se volvió hacia la propietaria cruzando las manos sobre su vientre.

—Creo que los dos nos hemos enamorado de Polstead Road, señora Murray. Pero si no le importa nos gustaría acabar de ver la casa antes de darle una respuesta definitiva...

—¡Por supuesto que sí! —corroboró la anciana—. ¡Tómense todo el tiempo que quieran para hacerlo! No se apuren por mí; no tengo nada más de lo que ocuparme esta mañana.

Ailish guardó los guantes en una de las mangas de su vestido violeta de popelín y se dirigió hacia la habitación de la izquierda, que la señora Murray acababa de señalar como el dormitorio principal. Ella aprovechó para acercarse a Oliver y susurrarle:

—Su esposa es una criatura encantadora, señor Saunders. Una auténtica preciosidad.

—Sí que lo es —sonrió él sin poder disimular una pizca de orgullo—. Es lo mejor que me ha sucedido en la vida, se lo aseguro. Me encanta verla tan emocionada.

—¿Y cuándo esperan que se produzca el feliz acontecimiento? ¿Falta mucho aún?

—Casi dos meses. Nos enteramos horas antes de la última cena de Nochebuena, así que se imaginará cómo fue aquella celebración para nosotros. Una velada para recordar.

Realmente no lo decía por decir; seguía recordando cada uno de los momentos compartidos con su esposa y sus amigos aquella Nochebuena. Recordaba cómo la cocinera había soltado un grito de alegría y cómo la señora Hawkins había estado a punto de dejar caer el pavo con compota de manzana y cómo había habido brindis por el pequeño Saunders que estaba por venir y cómo Veronica, a eso de las doce, había hecho que Ailish se tumbara en un diván para colocar su anillo de casada encima de su vientre, atado al extremo de una serpentina. Todos se mostraron de acuerdo en que

se movía en círculos, así que no había ninguna duda: sería una niña. Esto hizo que la felicidad de Oliver alcanzara cotas tan altas que se acabó subiendo al respaldo del diván con Lionel para cantar a pleno pulmón *God Rest Ye Merry Gentlemen*, hasta que unos vecinos se presentaron en Caudwell's Castle protestando porque el barullo les impedía concentrarse en sus oraciones. Y la noche había acabado como todas las de su nueva vida, con Ailish acurrucada contra su pecho y los dedos de Oliver enredándose en sus cabellos desordenados por el amor...

Tuvo que hacer un esfuerzo por abandonar esas ensoñaciones cuando se dio cuenta de que la señora Murray seguía mirándole de hito en hito con una expresión muy peculiar.

—Le pido perdón si lo que voy a decir le parece una inconveniencia, pero me estaba preguntando... ¿no será usted ese Saunders, el autor de *Tu nombre después de la lluvia*?

De repente comprendió por qué se había entusiasmado tanto al abrirles la puerta.

—Pues... pues sí, soy yo. No imaginaba que pudiera haber leído usted mi novela...

—¡Tres veces! ¡Oh, le habría reconocido en cualquier parte, pero al mismo tiempo no podía creer que realmente fuera usted! ¡Oliver Saunders comprando nuestra casa!

Él casi llegó a sonrojarse. Después de casi un año seguía sin saber cómo reaccionar en momentos así, de modo que se limitó a sonreír a la señora Murray y a escuchar cómo su querido Alfred se había convertido en ferviente admirador suyo y su único nieto varón, un lector empedernido de catorce años, también adoraba su novela.

—Y a mi nieta Emily le pasa lo mismo, pero en su caso, claro, es distinto, porque primero lo conoció a usted a través del *Oxford Times* y cuando comenzó con *Tu nombre después de la lluvia* ya sabía lo joven que era y cuál era su aspecto, y perdone que sea tan sincera, pero la verdad es que es muy apuesto, mucho más en persona. ¡No me extraña que Emily haya llenado una caja con todas sus fotografías aparecidas en la prensa! ¡Ya verá cuando le cuente que ha venido a visitarme, no va a querer moverse de aquí!

Oliver sintió pánico de repente. ¿Dónde estaba Ailish cuando más la necesitaba?

—Esa historia de la *banshee* es lo más escalofriante que he leído nunca, sobre todo teniendo en cuenta lo que contaba usted en el prólogo, lo de que realmente existía una criatura como esa en el pueblo irlandés en el que conoció a su esposa. ¿Eso quiere decir que todo lo que cuenta en su novela pasó en la realidad? ¿Sucedió igual que en el libro?

—Bueno... —Oliver esbozó una sonrisa, confiando en que no se notara demasiado su incomodidad—. Ya sabe lo que suele decirse de los escritores: uno nunca puede tomarse en serio sus declaraciones. Preferiría guardarme la verdad para mí.

—Ah, ya lo entiendo. —La señora Murray le guiñó un ojo—. Son como los magos que nunca aceptan revelar sus trucos. Hace usted muy bien, aunque confío en no tener que esperar demasiado para leer otra historia suya. ¿Tiene algo entre manos ahora mismo?

—Algo hay... unas cuantas ideas, pero aún no he podido... ¿le importaría que me reuniera con mi mujer y dejáramos esta conversación para más adelante? —Oliver dio un paso en la dirección en que había desaparecido Ailish—. Me parece que le haría ilusión que acabáramos de recorrer juntos la casa. Está tan emocionada con la idea de comprarla...

—¡Claro que sí! Por Dios, perdóneme, si es que soy una cotorra. Vaya, vaya con ella, y no tengan prisa en darme una respuesta. Con estas decisiones no hay que precipitarse.

La buena mujer regresó al piso de abajo haciendo ondear la cinta que le colgaba del bonete. Oliver esperó a que desapareciera para entrar en el dormitorio, donde encontró a Ailish subida encima de una enorme cama que ocupaba casi por completo uno de los lados de la habitación. Había dejado los zapatos junto al tocador para recorrer con las manos los postes que sostenían el baldaquino, adornado con unas cortinas de color crema. Se le escapó una sonrisa al darse cuenta de que, por mucho que hubieran cambiado las cosas en los dos últimos años, seguía siendo la misma criatura de cuento de hadas que había abandonado la Isla Esmeralda para convertirse en su esposa.

Todavía se le aceleraba la respiración al recordar cómo habían subido la escalera de la pequeña posada de Dores en la que pasaron la luna de miel. Todas las inquietudes que los habían acompañado en el tren hacia las Tierras Altas se desvanecieron como la espuma cuando por fin cerraron la puerta de la habitación y se arrojaron el uno en brazos del otro, avanzando a tientas hasta caer en la cama que convertirían en su santuario durante los siguientes días. Antes de emprender el viaje, Lionel le había estado tomando el pelo dándole toda clase de consejos que, tal como Oliver había sospechado, demostraban que en el fondo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Lionel sabía tanto de lo que podía llegar a pasar más allá de la piel entre un hombre y una mujer como alguien que no ha cuidado más que de un cactus de las flores tropicales más esplendorosas del Amazonas.

La verdad era que no vieron gran cosa de las Tierras Altas, y cuando Alexander les preguntó a su regreso a Oxford qué les habían parecido aquellos paisajes tan bellos, no supieron muy bien qué decir. El paisaje que Oliver se había dedicado a recorrer día tras día durante su estancia en el norte no tenía nada que ver con las montañas en las que su amigo le había recomendado fijarse «por si alguna vez se te presenta la oportunidad de describirlas en un relato». En cualquier caso, no tardaron en comprender que aquella nueva vida que acababan de empezar juntos prometía estar plagada de maravillas, y la primera apareció unos cuantos meses más tarde encarnada en un amigo al que Alexander había invitado a cenar con la esperanza de

que sucediera lo que efectivamente sucedió.

Se trataba de un antiguo compañero de estudios del Magdalen College que se había convertido recientemente en responsable de una pequeña editorial. Había quedado fascinado por el relato de la *banshee* que Oliver había escrito para el periódico *Dreaming Spires*, y el profesor pensó que por una vez merecía la pena quebrantar el anonimato de sus colaboradores si gracias a eso podía aprovechar una buena oportunidad. Ocho meses más tarde aparecía en las librerías *Tu nombre después de la lluvia*, la novela en la que se relataban sus aventuras en Irlanda, que, para orgullo de sus amigos y de Ailish y perplejidad de Oliver, causaron sensación entre los lectores.

Curiosamente, los halagos que a cualquier otra persona se le podrían haber subido a la cabeza no tuvieron el menor efecto en él. Había cosas mucho más apremiantes que reclamaban su atención por entonces, y entre ellas estaba el hecho de que por fin podía convertirse en la clase de esposo que le habría gustado ser para Ailish. Oliver había pasado siete años encerrado en un cuarto diminuto del Balliol College, trabajando en la redacción de un Diccionario de Proverbios Latinos que había llegado a odiar con toda su alma porque lo apartaba de lo que siempre había querido hacer: ganarse la vida con su imaginación. Ahora el momento había llegado, y también la oportunidad de dejar la casa en la que los Quills los habían acogido para construir por fin su propio nido.

Mientras observaba cómo Ailish recorría con las manos desnudas la estructura de la cama de matrimonio de la casa de Polstead Road se preguntó, no por primera vez, qué había hecho de bueno para que la vida le recompensara de tal manera. Era más de lo que podía ambicionar un niño huérfano que nunca había conocido a sus padres; mucho más de lo que él mismo se había atrevido a soñar incluso en sus momentos más optimistas.

—Limpia —proclamó Ailish cuando Oliver entornó silenciosamente la puerta para que la señora Murray no pudiera oír lo que decían—. Completamente limpia, y plagada de vibraciones positivas. Los Murray deben de ser una buena familia; todo es luminoso aquí.

—¿Así que realmente te has enamorado de esta casa? —preguntó Oliver, sonriendo.

—Ha sido amor a primera vista; te lo dije nada más empujar la puerta del jardín. Y lo mejor es que creo que a esta casa también le caemos bien. Ha visto muchas cosas en los últimos años, pero muy pocas han sido tristes, y ninguna traumática. Es como la señora Murray: una anciana sonriente que huele a miel, pan recién hecho y ropa limpia.

Se acercó a otro de los postes de la cama, caminando sobre el colchón, y desató la cortina para extenderla entre las manos. Los rayos de sol que se colaban por entre los visillos de la ventana arrancaron unos destellos mórbidos a los adornos del estampado.

—Me gustaría que el dosel y las cortinas fueran azules, como los que tenía en mi antigua casa..., pero supongo que ya habrá tiempo de cambiar esas cosas. Veronica podría pintarnos unos paisajes irlandeses para las paredes, y cada mañana llenaremos de flores los jarrones que pondremos sobre esa cómoda... Y justo aquí —alargó una mano hacia el centro del dosel— colgaré muérdago como en la última Nochebuena, ¿te acuerdas de eso?

—¿Cómo no iba a acordarme? Es increíble lo rápido que pasan los meses; parece que fue ayer cuando me diste la noticia.

—Cuando queramos darnos cuenta tendremos a la niña con nosotros. Y en cuestión de un segundo echará a correr por el jardín, se empezará a recoger el pelo, se enamorará...

—No mientras yo pueda impedirlo. ¡Hay demasiados Lionels sueltos por el mundo!

Ailish se echó a reír. Volvió a atar la cortina y bajó con cuidado del colchón.

—Te he oído charlar con la señora Murray. ¿Habéis estado hablando de la niña?

—Al principio sí..., pero después —Oliver bajó aún más la voz— se puso a contarme que toda su familia ha devorado mi novela y que tiene una nieta loca que ha recortado fotografías mías de los periódicos y las ha metido en una caja. Me parece estupendo que te hayas enamorado de esta casa, pero si eso implica tenerla merodeando por el jardín...

Tal como sabía que sucedería, Ailish se echó a reír de nuevo. Rodeó con la mano uno de los postes para girar a su alrededor, dejándose caer con dramatismo sobre la cama.

—Y esto es lo que me espera a partir de ahora, señoras y señores. Toda mi vida he estado soñando con convertirme en pintora, escritora, compositora... y al final acabaré pasando a la historia como la esposa de un escritor de éxito, no como una artista por derecho propio.

—Me da lo mismo que acabemos pasando a la historia o no —le aseguró Oliver en un tono de voz mucho más serio—. Lo único que me importa es que seas feliz.

Ailish alzó la cabeza para mirarle. Una sonrisa inundó de luz sus ojos plateados.

—Siempre lo soy —le susurró—. Contigo a mi lado todo el tiempo... ¿cómo no serlo?

Dio unas palmaditas sobre la colcha para que se tumbara a su lado, y Oliver no se hizo de rogar. Durante un rato se quedaron mirando el dosel que había sobre sus cabezas con las manos enlazadas, oyendo cómo la señora Murray abría la puerta de la casa y salía al jardín para hablar con una vecina que pasaba en aquel momento por la calle. Era una zona mucho más tranquila que la de Caudwell's Castle; casi podría decirse que los únicos ruidos, aparte del parloteo de las dos ancianas, eran los de los pájaros que habían construido su hogar en las ramas de los árboles que acariciaban los cristales de la casa.

—Así que, señora Saunders, esta es la cama en la que le haré el amor a partir de

ahora...

—Eso parece, señor Saunders. Aunque encuentro muy impropio que me hable de ese modo. Casi me ha hecho ruborizarme como si volviera a ser una ingenua colegiala.

—Aún no ha llegado el momento de que te ruborices. Cuando por fin tengamos las llaves en nuestro poder, y hayamos reformado esta casa a nuestro gusto, y estemos los dos solos aquí... —Se volvió hacia ella, y Ailish también lo hizo, dirigiéndole la clase de mirada traviesa que siempre le hacía perder los papeles—. Entonces nos encargaremos de inaugurar nuestro hogar en condiciones —siguió susurrando—. Con un acto memorable.

—Me temo que ese acto tendrá que esperar —contestó Ailish divertida, agarrando una mano de Oliver para colocarla sobre su abultado vientre—. Por mucho que te empeñes en decir que sigo siendo hermosa incluso embarazada... parezco una ballena.

—Menuda tontería. Nunca te había brillado tanto el pelo, ni la piel. Estás preciosa.

—Pero no deberíamos molestar tanto a la niña. Creo que ha llegado el momento de tomarnos las cosas con más calma. No quedan más que dos meses para que nazca... y a fin de cuentas tenemos toda la vida para estar juntos. Seguro que merecerá la pena esperar.

Oliver refunfuñó, pero no pudo dejar de darle la razón. Como si se hubiera dado cuenta de lo que estaban diciendo, algo se movió de repente debajo de sus dedos. Algo demasiado parecido a un diminuto pie que se estiraba en la oscuridad, tensando la tela violeta que cubría el vientre de Ailish. Oliver se incorporó de inmediato sobre la cama.

—¿Lo has notado? ¿Has sentido cómo se movía? ¡Casi he podido agarrarle el pie!

—Claro que lo he hecho —rio Ailish—. Se pasa las mañanas así, y solo se calma cuando me siento a pintar en la escuela de arte con Veronica. Creo que quiere ser acuarelista.

Pero Oliver no la estaba escuchando. Cada vez más maravillado, siguió mirando cómo aquella pequeña protuberancia se volvía a hacer visible, se encogía sobre sí misma y finalmente desaparecía entre los pliegues del vestido. Entonces volvió a posar sus ojos en los de Ailish, sacudiendo la cabeza como si aún no fuera capaz de procesar lo que ocurría.

—¿Cómo puedes decir que esto no es hermoso? —le preguntó en voz baja, y movió la mano de arriba abajo para señalarla, de los pies a la cabeza—. Toda tú, tal como estás ahora mismo...

En lugar de responderle, Ailish le agarró por los hombros para atraerle más hacia sí. Oliver se colocó sobre ella, apoyándose en los codos, y no se hizo de rogar: juntó su boca con la de Ailish en aquel contacto que en los últimos dos años se había convertido en algo tan familiar para él como el latido de su propio corazón.

Pero era la primera vez que sentía que aquel círculo mágico de protección se había ampliado, que ahora había tres personas dentro en vez de dos. Cuando Ailish se apartó pasados unos segundos se dio cuenta de que se le habían humedecido los ojos.

—Y ahora, señor Saunders, vuelva abajo con la señora Murray y dígame que sí. Dígame que queremos esta casa y que queremos también la vida que nos espera en ella.

Cuando Alexander salió a las cinco y cuarto del Magdalen College, dando aún las últimas caladas a su pipa, encontró a Lionel apoyado en la arcada decorada con rosas de piedra de la puerta que daba a High Street.

—¡No me lo puedo creer! —se maravilló—. ¡Por una vez no nos va a tocar esperarte!

—No tenía nada más interesante que hacer esta tarde, y las alumnas a las que estás dando clase este año son un regalo para la vista —contestó Lionel esbozando una sonrisa ladina que Alexander conocía demasiado bien—. Creo que la cosecha de mil novecientos cinco es la más prometedora que he visto. Debería venir a recogerte más a menudo después del trabajo.

Unas chicas que salían en ese momento debieron de oír lo que decía, porque rompieron a reír mientras una de ellas, una guapa muchacha con pecas y cabello rizado, sonreía a Lionel antes de seguir a las demás. Él le guiñó un ojo, y ella le devolvió el guiño.

—Esa es la hija de Thomas Hunt, el actual rector del college —replicó Alexander.

—Razón de más para que intime con ella, y con todas las amigas que le apetezca presentarme. Seguro que sería muy beneficioso para tu carrera que estrecháramos lazos.

—Si supiera que mi carrera depende de ti, Lionel, me iría directamente al puente Magdalen para tirarme de cabeza al río —contestó el profesor guardando su pipa. Mientras lo hacía observó por encima del hombro de Lionel cómo Oliver se acercaba a ellos por el otro extremo de High Street—. Ah, estupendo, ya no tenemos que esperar a nadie más.

—Aquí está nuestro Papageno, aunque por una vez no viene con Papagena. —Lionel le saludó con un pequeño puñetazo en el hombro—. ¿Es que la has perdido por el camino?

—Tenía demasiadas cosas que hacer esta tarde como para acompañarnos —contestó su amigo—. Está deseando saber qué nos traemos entre manos esta vez, pero se toma tan en serio las lecciones en la Escuela de Pintura Ruskin que no quiere perderse ni una.

—La verdad es que no descansa ni un momento —reconoció Alexander. Echaron a andar por la acera del Magdalen College antes de cruzar la carretera que lo separaba del Jardín Botánico, un recinto meticulosamente trazado al que los alumnos acudían diariamente para admirar los miles de ejemplares que crecían en sus invernaderos y parterres—. No me explico de dónde saca energías para poder con todo, especialmente en su estado actual. Entre las clases de pintura, las horas que pasa aprendiendo a tocar el piano que le regalamos y las que dedica a su arpa...

—Y las clases de cocina con Maud también están siendo muy productivas —sonrió Oliver—. Ha mejorado mucho en los últimos meses. Al menos —añadió tras

dudar un momento— ahora las cosas no se le queman tanto como antes.

—Sí, aún me acuerdo de aquella tarta de ruibarbo que preparó para la última fiesta de cumpleaños de Veronica —repuso Lionel—. Mi estómago no ha vuelto a ser lo que era.

—A mí me pareció prometedora —comentó Alexander, siempre conciliador—. Pero creo que podremos debatir más tarde sobre las habilidades culinarias de Ailish. Hay algo de lo que debo hablaros, algo muy preocupante que tiene que ver con el *Dreaming Spires*.

Mientras dejaban atrás el majestuoso arco de piedra que servía de acceso al Jardín Botánico les puso en antecedentes de lo que le había sucedido con Savigny. Tal como imaginaba, sus amigos se indignaron tanto como él cuando supieron que había mandado espiar a Alexander para estar al tanto de cada uno de sus movimientos. Y la amenaza que entrañaba el hecho de que supiera quiénes eran tampoco hizo que se sintieran muy tranquilos. Lionel parecía especialmente contrariado con aquella noticia.

—Ese tipo es un cretino —exclamó—. No sé cómo has accedido a encontrarte con él.

—No he accedido —replicó Alexander mientras avanzaban sin prisas por el sendero que desembocaba en el estanque principal del jardín. Una fuente proyectaba tres chorros de agua en su centro, rodeada por cuatro grandes jarrones de piedra y por unos cuantos bancos en los que se habían sentado algunas parejas—. No me ha dejado más opciones, y aunque me asegurara en su última carta que no tiene intención de contarle a nadie del Magdalen lo que hago con el *Dreaming Spires...*, no debería correr el riesgo de provocarle.

—Ya sabéis que a mí nunca me ha preocupado que la gente descubra que soy uno de los redactores —comentó Oliver, encogiéndose de hombros—. Pero no me hace ninguna gracia que un desconocido juegue con nosotros como lo está haciendo él.

—Sobre todo porque lo que querrá será lo de siempre: contarnos la historia de cómo el fantasma de su tatarabuelo caído en la batalla de Waterloo se ha quedado anclado a la buhardilla de su casa de campo —siguió diciendo Lionel—. ¡Menuda pérdida de tiempo!

—Aún no sabemos qué quiere contarnos —le recordó Alexander—. Aunque reconozco que no tengo muchas esperanzas puestas en su historia. Alguien que hubiera pasado por una experiencia sobrenatural escalofriante no se pondría en contacto con la redacción de un periódico como el nuestro. Es más probable que acudiera a la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, o que pidiera ayuda directamente a un médium como August.

—Bueno, por suerte no habrá que esperar demasiado para saberlo —rezongó Lionel.

Habían torcido a la izquierda después de dejar atrás el estanque y se encontraban delante de la hilera de invernaderos adosada a uno de los laterales del jardín.

Alexander comprobó en su reloj de bolsillo que mientras hablaban habían dado las cinco y media, así que empujó la puerta del invernadero conocido como la Casa de las Orquídeas donde le había citado Savigny.

Le recibió una vaharada de aire caliente que empañó los cristales de sus gafas. De repente no veía nada más allá de sus narices, por lo que se las quitó para limpiarlas con su pañuelo mientras Oliver y Lionel se detenían a su lado, cerrando la puerta tras ellos.

—¿Quién crees que puede ser? —susurró el primero paseando la vista a su alrededor lo más discretamente que pudo—. ¿No te ha dado ninguna pista sobre cuál es su aspecto?

—Nada en absoluto. Otra insolencia teniendo en cuenta que él sí me conoce a mí.

—Francés, pagado de sí mismo, con interés por la botánica y con suficiente dinero para alojarse en el Randolph durante una visita a la ciudad —murmuró Lionel—. Me juego un brazo a que es un tipo de mediana edad, con andares afeminados, un montón de gomina en los bigotes y mucho tiempo libre para dedicarse a incordiar a los demás.

Pero en la Casa de las Orquídeas no había nadie que se ajustara a la descripción de Lionel. Cuando se abrieron camino hacia el centro del invernadero, comprobaron que de hecho eran los únicos hombres adultos que había allí. Al fondo tres estudiantes del Balliol a los que Oliver conocía de vista tomaban notas bajo los brillantes racimos turquesas de un ejemplar de *Strongylodon macrobotrys* que colgaba sobre sus cabezas como una decoración navideña. Al lado de un gran tanque colocado en el centro, una anciana admiraba unos nenúfares amazónicos tan enormes que podrían haber sido lucidos como tocados en las carreras de Ascot. A su derecha una segunda dama con sombrero de plumas se inclinaba de espaldas a ellos sobre unos lirios de agua tropicales.

—A las muchas virtudes que parece tener nuestro amigo, no se suma la de la puntualidad —murmuró Alexander, contrariado. Como buen caballero inglés, pocas cosas le sacaban más de quicio—. Supongo que no habrá más remedio que esperar aquí dentro.

Era más fácil decirlo que hacerlo. Aquellas temperaturas agobiantes amenazaban con marearles, por lo que se pusieron a caminar sin rumbo alrededor de las plantas que luchaban por alcanzar la luz. La anciana no tardó en salir al exterior, abanicándose, y un poco más tarde lo hicieron los estudiantes. Alexander estaba cada vez más indignado.

—Esto empieza a parecerme una tomadura de pelo —acabó diciendo. Oliver asintió con la cabeza, echando hacia atrás su larga coleta—. Creo que lo más sensato será regresar a casa y quemar cualquier otra carta que se atreva a enviarme ese hombre.

—Estaba a punto de decírtelo —coincidió Oliver. Se volvió hacia Lionel—. Vámonos de una vez; estamos perdiendo el tiempo. Ahora podríamos estar...

Se quedó callado al darse cuenta de que Lionel había palidecido.

—Lionel —dijo Oliver en voz más baja, aproximándose a su amigo—. ¿Qué te...?

Pero él negó en silencio, con los ojos clavados en la única persona que quedaba en el invernadero. El profesor también se acercó para apartar con una mano los exuberantes pétalos de unas orquídeas que, ahora podía verlo con sus propios ojos, los separaban de la dama con un aparatoso sombrero de plumas negras que les había dado la espalda desde que entraron. Alexander enarcó las cejas al reparar en ella, y estaba a punto de echarle en cara a Lionel que pensara siempre en lo mismo cuando la oyó decir:

—Siento haberles hecho esperar, profesor Quills, pero no me quedaba más remedio que hacerlo si realmente quería asegurarme de que disfrutaríamos de un poco de intimidad.

Ninguno de los tres habría necesitado oír más que una palabra de sus labios para reconocerla. Su acento, además de exótico, era inolvidable. Las hojas de las orquídeas susurraron a su paso cuando se dirigió hacia ellos, con una cadencia que hacía pensar en una pantera surgiendo de la espesura en la que era la reina absoluta.

Como tantas veces le había ocurrido en Irlanda, los siete lunares que adornaban sus mejillas se apretaron entre sí de una manera adorable cuando les dedicó una sonrisa.

—¡Señorita Stirling! —exclamó Alexander, aturdido—. ¡No puedo creer que sea usted!

—Ya veo que no —se rio la joven con picardía—. Tendría que mirarse ahora mismo en un espejo. ¡Cualquiera pensaría por su expresión que ha visto un fantasma!

Seguía siendo la encarnación del concepto de belleza femenina, con su abundante cabello negro elegantemente recogido, la piel morena como la de una diosa griega y los ojos almendrados del color de la medianoche. Alzó graciosamente una mano envuelta en un guante de encaje negro, a juego con el chal que se había echado encima del vestido de seda plateada que arrastraba entre las macetas, y Alexander se inclinó para besarla, a pesar de no haber salido aún de su sorpresa. Ninguna de las identidades que había estado barajando para monsieur Savigny en las últimas horas era más extravagante que aquella. Si hubiera mirado a Lionel se habría dado cuenta de que en su caso no era sorpresa lo que se reflejaba en su rostro: era algo que se parecía demasiado al horror.

—No saben cómo les agradezco que tuvieran paciencia conmigo. Por un momento pensé que no nos quedaríamos nunca a solas..., pero, en fin, aquí me tienen. —Abrió los brazos haciendo que su chal se desplegara como las alas de un cuervo—. Y sin gomina en los bigotes, aunque no voy a negar que mis andares resultan decididamente afeminados.

—Es usted increíble —reconoció Alexander mientras Oliver se echaba a reír—. Pero debería haber reconocido su sello personal en todo esto. Monsieur E. Savigny,

M. E. S...

—Margaret Elizabeth Stirling —concluyó Oliver por él—. Debe de habérselo pasado en grande con todo este asunto de las cartas, pero no me explico por qué ha tenido que recurrir a un truco como ese. Si conocía desde el principio la dirección de Alexander, ¿por qué no le escribió directamente con su propio nombre?

—Al principio pensé hacerlo —admitió la joven encogiéndose de hombros—, pero se me ocurrió que mi interés por encontrarme con el profesor Quills podría no ser visto con buenos ojos por según qué personas. En cambio, si contactaba con él un desconocido...

—¿A qué se refiere con eso? —se asombró Alexander—. ¿Es que conoce a más gente en Oxford aparte de nosotros? ¿Por qué razón cree que querrían ponerme en su contra?

—Ah, eso me gustaría saber a mí también. Bien pensado, puede que lo mejor sea salir de dudas ahora mismo. —Y mientras hablaba la señorita Stirling se volvió hacia el silencioso Lionel con un resplandor irónico en los ojos—. ¿No creen que el señor Lennox tiene muy mala cara esta tarde? Espero que se trate de los efectos del calor que hace en esta condenada sauna, o de lo contrario pensaré que no le agrada nada volver a verme...

—Yo no podría haberlo dicho mejor —le espetó él—. Preferiría encontrarme esta noche una serpiente de cascabel entre mis sábanas antes que a usted en compañía de mis amigos.

Después de lo que le había dado a entender en el puerto de Dublín, después de haberse cerciorado de que Lionel la reconocía como su misterioso atacante del Valle de las Reinas, ¿cómo tenía la poca vergüenza de aparecer en Oxford para reírse en su cara?

—¡Lionel! —se escandalizó Alexander—. ¡Esa no es manera de hablarle a una dama!

—Lo sé perfectamente, pero ahora mismo no veo a ninguna por aquí.

La señorita Stirling seguía mirándole evaluadoramente. Era evidente que no le había contado la verdad a nadie todavía.

—Creo —dijo pasados unos instantes— que el señor Lennox, por muy bien que nos lleváramos durante nuestra estancia en tierras irlandesas, debió de sentirse algo dolido cuando me marché para regresar con mi patrón, el príncipe Dragomirásky. Quizá había olvidado que lo que me había conducido hasta allí era un motivo puramente profesional.

—¿Pero qué está diciendo? —Lionel se quedó perplejo—. ¿Por qué tendría yo que...?

—Debí haber imaginado que se trataría de eso —resopló Alexander, mirándole de un modo que le hizo indignarse aún más—. A estas alturas nos conocemos demasiado bien.

—No puedo creer lo que oigo —profirió el aludido—. ¿No os dais cuenta de que

solo trata de embaucaros de nuevo? ¡Todo lo que esta mujer dice es una sarta de mentiras!

—Ah, la triste estampa de un hombre despechado —suspiró la señorita Stirling. Dio un paso adelante para colocar sus manos enguantadas sobre las de Lionel, sacudiendo la cabeza con compasión—. Supongo que debería estar acostumbrada a estas cosas, pero me siguen enterneciendo tanto como el primer día. Vamos, señor Lennox, no siga haciéndose mala sangre por mi culpa. Es hora de dejar atrás el pasado y de comportarnos como dos personas civilizadas. Al fin y al cabo compartimos intereses comunes, y hemos vivido alguna que otra emocionante aventura juntos... ¿no es suficientemente placentero eso?

Aunque hablaba con su habitual tono ronroneante, el sarcasmo de sus ojos era tan descarado que Lionel se soltó de un tirón. Era aún más sinvergüenza de lo que pensaba.

—Nada que tenga que ver con usted podría resultarme placentero —le aseguró—. Si lo que le contaba a Alexander en su primera carta es cierto, si realmente se ha presentado en Oxford con intención de proponernos algo, puede volver por donde ha venido ahora mismo para...

—Me parece, Lionel, que quien debe decidir eso soy yo —le recordó el profesor, y su amigo no tuvo más remedio que callarse—. Aunque la verdad es que empiezo a sentirme realmente intrigado —reconoció mientras se volvía hacia la joven—. En sus cartas decía tener entre manos un asunto «que resultaría a la larga tan provechoso para el *Dreaming Spires* como para mí». ¿Debo suponer que su patrón, con la pasión por lo sobrenatural que le distingue, ha descubierto algo que pueda ser de nuestro interés?

—Supongo que es una manera de decirlo —sonrió la señorita Stirling—. Aunque no me parece que este sea el sitio más adecuado para hablar de ello, teniendo en cuenta la complejidad del asunto. Será mejor dejar las explicaciones para otro momento.

Acababa de decir esto cuando uno de los guardias del Jardín Botánico abrió la puerta de la Casa de las Orquídeas para avisarles de que eran casi las seis y de que el recinto cerraría sus puertas en breve, por lo que tuvieron que dirigirse hacia la salida. Fuera corría una refrescante brisa que aspiraron con alivio mientras avanzaban hacia el estanque principal, en el que unos chiquillos acompañados por sus niñeras se esforzaban por hacer navegar unos barcos contruidos con cajas de cerillas.

—Me gustaría que la señora Saunders estuviera presente, y no solamente porque me apetezca volver a verla —comentó la señorita Stirling, deteniéndose junto al agua—. Doy por hecho que sigue contando con su prodigioso talento para la psicoscopia, ¿no es así?

—En efecto —confirmó Oliver—. Tan intenso como antes, aunque por suerte en estos dos años ha aprendido a controlarlo mejor. Ya no tiene tantos problemas para percibir el aura que rodea a los objetos; ahora ha aprendido a escoger lo que quiere

leer.

—Me alegra oír eso. Siempre me ha parecido una chiquilla encantadora, y lo mejor que podía pasarle era empezar de cero en otra ciudad, con alguien que velara por ella como usted lo está haciendo. ¿Creen que podríamos concertar una cita esta semana?

—Por supuesto —le respondió Alexander—. ¿Por qué no viene mañana por la tarde a tomar un té a Caudwell's Castle y nos cuenta con calma de qué se trata?

—Será un placer, profesor. Iré a la misma hora que hoy, si le parece bien. Lo tomaré como una oportunidad de regresar a los viejos tiempos, de los que siempre suele decirse que son los mejores... —Y sin dejar de sonreír, sacó de entre los pliegues de su chal algo que debía de haber arrancado en el invernadero: una diminuta variedad de orquídea que seguramente costaría una fortuna—. Aunque les confesaré que tengo grandes esperanzas puestas en el futuro —añadió mientras se acercaba a Lionel para colocarle la orquídea en el ojal de la chaqueta—. Sobre todo cuando ese futuro se construye sobre la confianza mutua.

Y sin que su sonrisa flaqueara ante la mirada furiosa de él, se despidió de los tres amigos hasta el día siguiente y se alejó entre unas flores que no podían competir con ella por el título de la más tóxica.

Lionel no recordaba haber pasado una noche tan mala en años. Por mucho que lo intentó no consiguió pegar ojo, y cada vez que trataba de pensar en otras cosas, dando vueltas una y otra vez sobre el jergón de lana demasiado mullida, volvía a acordarse de la manera en que aquella condenada mujer había surgido de la espesura de la Casa de las Orquídeas como un demonio creado con la única intención de hacerle sufrir. No podía traerles nada bueno su presencia en Oxford, pensó mientras aporreaba la almohada para ablandarla; era una señal de que se les venía encima algo tan pavoroso que a ratos se preguntó si no sería más sensato marcharse de la ciudad hasta que ella hiciera lo mismo.

Pero no podía dejar a Alexander y a Oliver solos. No si su némesis estaba dispuesta a usar sus artes oscuras para ponerlos de su parte y conseguir de sus amigos lo que fuera que quisiera conseguir. Lionel sabía que no estaba en su naturaleza detenerse ante una negativa, por muy convencida que estuviera la persona que se atrevía a plantarle cara, ni tampoco ser compasiva.

Al día siguiente, después de pasar casi toda la mañana dando vueltas por su habitación como un león enjaulado, abrió el cajón de su mesilla y, tras dudar un instante, sacó de él la misma pistola que se había llevado a Egipto dos años antes. No había servido de gran cosa en aquella ocasión, pero ahora conocía mucho mejor a su enemiga y sabía qué podía esperar de ella. Decidido a no dejarse sorprender de nuevo con la guardia baja, la escondió dentro de la chaqueta, se puso el sombrero de ala ancha y se encaminó hacia el hogar de los Quills para tomar el té con la misma expresión con la que un gladiador saldría a la arena.

Para su frustración, ninguno de los habitantes de Caudwell's Castle parecía estar preocupado por lo que pudiera depararles la tarde. Encontró a Oliver y a Ailish sentados tranquilamente en la sala de estar; Oliver se apoyaba en un brazo del sillón en el que su esposa examinaba con atención unos curiosos rectángulos de papel de distintos colores.

—No estoy segura —decía ella, dándoselos uno a uno para que los mirara—. Si las cortinas y el dosel de la cama van a ser azules no creo que quede bien ninguno de estos diseños. Deberíamos echar otro vistazo al catálogo de Morris and Co. mañana por la tarde.

—¿De qué estáis hablando? —preguntó Lionel, dejando chaqueta y sombrero en manos de la señora Hawkins después de que el ama de llaves le acompañara a la sala.

—Ailish ha estado recopilando algunas muestras de papel pintado para las paredes de nuestro dormitorio —le explicó su amigo—. Hay unas cuantas muy interesantes, pero no acabamos de encontrar exactamente lo que queremos. Habrá que seguir buscando...

—O también puedes diseñarlo tú misma —comentó Veronica mientras entraba en la habitación. Iba desatándose el delantal manchado de pintura que se había anudado

encima de una blusa blanca y una falda azul de cintura alta, y llevaba el pelo recogido precariamente con un pincel—. ¿No se supone que estás formándote para ser artista? ¿Por qué tienes que conformarte con lo que hacen los demás en vez de usar tus creaciones?

Cuando acabó con el delantal lo dejó caer encima de uno de los divanes. La señora Hawkins la miró con horror, apresurándose a recogerlo antes de que ensuciara el tapizado.

—Yo no tengo tanta inventiva como tú —contestó Ailish, regresando de nuevo a la primera muestra—. Aunque, bien pensado, el autor de este diseño tampoco la tenía. Esto no es más que un plagio de una de las composiciones de juventud del propio señor Morris.

—Vaya, sí que estás familiarizada con el mundo del papel pintado —comentó Lionel.

—No lo estoy. —Ailish levantó una mano para que viera que no llevaba puestos sus guantes—. Las personas suelen sentirse culpables cuando roban a los demás, por mucho que intenten engañarse a sí mismas. Y esa culpabilidad acaba rodeando sus propias creaciones como un aura.

No tuvieron que esperar demasiado a su invitada. Unos minutos más tarde les llegó el sonido de dos aldabonazos en la puerta, el eco de los pasos de la señora Hawkins en el recibidor y la voz de Alexander, que acababa de bajar la escalera, dando la bienvenida a su casa a la señorita Stirling. Cuando la condujo a la sala de estar, Lionel sintió una punzada de amargura en el estómago. Una vez más, parecía un figurín de moda: llevaba un elegante conjunto de dos piezas a rayas negras y grises cerrado en torno al cuello con un camafeo, y un sombrero aún más aparatoso que el del día anterior que dejó en manos de la señora Hawkins. Iba parloteando alegremente con Alexander sobre lo encantadora que le había parecido aquella zona de Oxford, pero cuando Ailish se levantó para saludarla dejó escapar un grito. Se acercó para darle un fuerte abrazo.

—¡Mi querida señora Saunders! ¡Qué ganas tenía de volver a verla! ¡La encuentro realmente radiante! Supongo que eso quiere decir que el señor Saunders se porta bien con usted... —Las dos se besaron en las mejillas, y al separarse la señorita Stirling reparó en el abultado vientre de Ailish—. ¡Vaya, ya veo que estupendamente! ¡Me alegro mucho!

—La verdad es que hasta ahora no tengo quejas —sonrió Ailish—. Pero habrá que esperar a que nazca el bebé para decirlo. Tenemos la corazonada de que será una niña, y su padre está tan ilusionado que empiezo a pensar que sentiré celos de ella.

Mientras las dos mujeres hablaban, Veronica se volvió hacia Lionel con una ceja elocuentemente enarcada. Su amigo sonrió a regañadientes; se había imaginado lo que pensaría de la recién llegada, y también lo que ella le parecería a la señorita Stirling. Cuando Alexander hizo las presentaciones, y su sobrina se levantó de mala gana del diván para estrechar su mano, los oscuros ojos de la señorita Stirling se

demoraron sobre su desastrado peinado, aunque prefirió no comentar nada.

La señora Hawkins regresó enseguida con un servicio completo de té, y los seis tomaron asiento alrededor de la pequeña mesita que había ante la chimenea. Durante un buen rato hablaron de esto y de aquello, escuchando lo que la señorita Stirling tenía que contarles de sus últimos viajes por Escocia, hasta que Alexander dejó su taza sobre la mesita y comentó:

—Bien, supongo que no soy el único que está deseando saber en qué consiste esa historia tan interesante que quiere contarnos. ¿Su patrón también está al tanto de ella?

—Por supuesto —contestó la joven cruzando las piernas—. Tal como sucedió hace dos años, fue él quien quiso que me pusiera de nuevo en contacto con ustedes. Pero lo que esta vez nos ocupa no tiene que ver con el folclore irlandés, sino con algo muy diferente... y mucho más exótico.

—¿Un suceso paranormal que ha ocurrido lejos de aquí? —se interesó Oliver, y ella asintió con la cabeza—. ¿Es algo de lo que hayamos hablado antes en el *Dreaming Spires*?

—Me parece poco probable, señor Saunders. De hecho, no creo que exista ningún otro periódico que se haya interesado por este asunto en nuestros días, a pesar de que en su momento apareciera mencionado en la prensa. Por supuesto, eso fue antes..., cuando la historia aún no había adquirido el carácter sobrecogedor que posee en la actualidad.

—Señorita Stirling, nos tiene usted en ascuas. ¿Dónde se ha producido ese suceso?

Ella esbozó una sonrisa por encima del borde de su taza de té antes de contestar:

—En Nueva Orleans. O más bien, en Vandeleur. No creo que hayan oído hablar nunca de ese lugar; es tan pequeño que no aparece mencionado en las guías de viaje, y la mayoría de los mapas de Luisiana lo pasan por alto. Suponemos que no debe de ser más que una aldea, uno de esos asentamientos a orillas del Mississippi creados en la época de las colonias francesas. Pero como todos ustedes saben, que un vecindario sea pequeño no le impide convertirse en escenario de sucesos sobrenaturales dignos de ser estudiados por las nuevas ciencias. —La señorita Stirling miró a Ailish, que asintió con la cabeza—. Por lo que tenemos entendido, lo que ocurre en Vandeleur ahora mismo no ha llamado aún la atención de ningún rotativo. Ha sido pura casualidad que lo descubriéramos, aunque cuando investigamos un poco más comprendimos que, de darse a conocer la noticia fuera de Estados Unidos, supondría un filón para cualquier publicación especializada en lo sobrenatural. Por supuesto, nos acordamos inmediatamente de ustedes; sabemos cómo trabajan y nos pareció que quizá podríamos alcanzar un acuerdo beneficioso para todos.

—Ya entiendo —dijo Alexander tras unos segundos en los que lo único que se oyó en la habitación fue el sonido de las cucharillas removiendo el té—. Su patrón pretende adquirir algo que hay en Vandeleur, algo relacionado con ese suceso sobrenatural al que se refiere. Quiere que nosotros nos quedemos con la exclusiva a

cambio de investigarlo.

—Y de decirnos qué hay de cierto en los rumores que han empezado a circular por la zona —confirmó la señorita Stirling—. De ser verídicos, saldríamos ganando todos: ustedes podrían publicar un artículo sobre este tema, y mi patrón tendría la seguridad de que merece la pena hacerse con el objeto en cuestión para su colección.

—Hasta ahora no ha hecho más que hablar en adivinanzas —intervino Lionel tan de improviso que todos le miraron, sorprendidos—. Pero ¿en qué consiste exactamente ese objeto que tanto parece interesarles? ¿Es una reliquia sobre la que pesa una maldición?

—Es un barco, señor Lennox. Un bergantín de mediados del siglo diecinueve que ha estado sumergido desde entonces en las aguas del Mississippi sin que nadie supiera el motivo.

Alexander se había llevado una mano al bolsillo en el que guardaba la pipa, pero cuando oyó esto se quedó muy quieto. Lo mismo les sucedió a Oliver y a Ailish, y hasta Veronica alzó las cejas, apretando los brazos contra el pecho. Divertida por el efecto producido por sus palabras, la señorita Stirling rebuscó en un bolso que había llevado consigo hasta dar con una pequeña carpeta de cuero. De ella sacó una fotografía que parecía bastante antigua a juzgar por lo desmenuzadas que estaban sus esquinas.

—La encontramos hace unas semanas en los archivos de un museo naval situado en la costa sur de Noruega. A mi patrón le llamó la atención el diseño del barco; es mucho más esbelto de lo que era habitual entre las goletas de la época, pero cuando el personal del museo nos contó su historia, aunque apenas se conozcan datos sobre lo que le sucedió, ambos quedamos completamente subyugados. Se llamaba *Perséfone*.

—Como la diosa del inframundo —dijo Ailish en voz baja—. La doncella a la que según la mitología griega secuestró el dios Hades para convertirla en su esposa.

La joven fue a sentarse al lado de Alexander, que había cogido la fotografía de manos de la señorita Stirling. Los dos se quedaron mirando el afilado perfil de un velero amarrado en lo que seguramente sería el puerto fluvial de Nueva Orleans. Contaba con dos altos mástiles de los que colgaban a distinta altura dos docenas de velas cuadradas, y un mascarón de proa con la forma de una figura femenina que se inclinaba sobre el agua como si quisiera calmar su sed. Había una fecha escrita en una de las esquinas: 1861.

—A diferencia de lo que era habitual en Luisiana en aquella época, este barco no funcionaba a vapor —siguió explicando la señorita Stirling—. Seguía siendo un velero que debía toda su rapidez a la fuerza del viento, aunque eso no le hacía estar en desventaja con respecto a los que ya empleaban la propulsión mecánica. En cierto modo era una reliquia de tiempos mejores, los anteriores a la década de los sesenta en que tuvo lugar el mayor conflicto bélico que se ha producido en Estados Unidos. Un conflicto al que el *Perséfone* no fue capaz de sobrevivir; según lo que nos contaron en el museo, el Mississippi se lo tragó en mil ochocientos sesenta y dos, apenas un año

después de que se tomara esta fotografía.

—¿Y hubo víctimas? —preguntó Oliver—. ¿Qué pasó con la tripulación?

La señorita Stirling sacó una segunda fotografía de su carpeta por toda respuesta y se la tendió para que la examinara. En esta ocasión se trataba de un retrato convencional de una pareja, un hombre y una mujer que permanecían de pie ante el *Perséfone*; sobre la cabeza de la dama se podían leer las últimas letras del nombre del navío. Él era alto y atractivo, de unos treinta años, con el abundante cabello partido por una raya y peinado hacia la derecha, y un asomo de barba de color claro. Ella era algo más joven, con el pelo tan oscuro como la señorita Stirling y unos ojos que en la fotografía daban la impresión de ser azules o grises. El hombre tenía un brazo colocado alrededor de los hombros de la mujer, mientras que ella se apretaba las manos con una fuerza que casi hacía que se le marcaran los tendones en las muñecas.

A Oliver le llamó la atención que ninguno de los dos sonriera. No era habitual que una pareja apareciera posando con naturalidad en los retratos que se solían hacer antes, pero aun así había algo en la expresión de los dos que le desconcertó. Era casi como si estuvieran mirando por encima del hombro de Oliver, como si estuvieran atentos a algo que amenazaba con caer sobre ellos como una sombra en el momento menos pensado.

—Este hombre era William Westerley, el capitán del *Perséfone* —explicó la señorita Stirling mientras volvía a coger la taza que había dejado encima de la mesita—. Apenas se sabe nada sobre él; únicamente que participó en la guerra de Secesión que enfrentó a los estados confederados del Sur, el bando al que pertenecía, y los unionistas del Norte.

—La guerra en la que fue destruido el *Perséfone* —dijo Alexander. Dejó la primera fotografía en manos de Ailish; Veronica también se levantó para mirarla—. ¿Fue víctima de la contienda, entonces? ¿El capitán se hundió con su barco en el Mississippi?

—Se hundió, sí..., aunque aún no sabemos por qué.

—Si se trataba de un soldado no había muchas probabilidades de que pudiera salir con vida del conflicto —comentó Oliver—. Al fin y al cabo fueron los estados del Norte los que acabaron ganando la guerra. Las consecuencias fueron devastadoras para los del Sur.

—Y no solamente en lo que atañía al ejército —confirmó Alexander, pensativo—. Yo nací al año siguiente de que el conflicto tocara a su fin, y recuerdo que durante mucho tiempo los periódicos ingleses siguieron hablando de lo que había ocurrido al otro lado del Atlántico. Muchos barcos corrieron la misma suerte que el *Perséfone*, aunque por lo general se hundían en el golfo de México, no en el río. —Entonces el profesor miró a la señorita Stirling—. Todo esto resulta muy interesante, pero no acabo de entender qué hay de sobrenatural en lo que nos está contando. Por muy dramática que sea la historia del capitán Westerley y su tripulación, no me parece que tenga relación con lo que nosotros...

—No la tendría si la historia del *Perséfone* hubiera acabado en el momento en que quedó sepultado en el lecho del Mississippi sin que nadie, en los más de cuarenta años que han pasado desde entonces, haya sido capaz de sacarlo a flote —contestó ella—. Pero desde entonces han circulado muchos rumores en la zona acerca de una silueta oscura que en las noches sin luna se desliza sobre las aguas del río, desapareciendo en cuanto se le acerca una embarcación como lo haría un fantasma. Mucha gente piensa que los barcos también tienen alma; si eso fuera cierto, se explicaría por qué no ha podido descansar desde entonces, ni él ni los quince hombres a los que arrastró a la oscuridad.

—¿Está diciendo que el *Perséfone* es un barco fantasma? —exclamó Ailish, cruzando con Oliver una mirada fascinada—. ¿Aún se le sigue viendo navegar por el Mississippi?

Lionel dejó escapar un resoplido de incredulidad. La señorita Stirling, haciéndole caso omiso, cogió una chocolatina de menta de una bandeja antes de decir con calma:

—Eso es lo que dicen los rumores..., las habladurías en las que muy pocas personas están dispuestas a creer pero que en muchas ocasiones encierran una verdad.

—Esto no tiene sentido —rezongó Veronica de repente—. ¡Parece una de las historias góticas que tanto le gusta escribir a Oliver! Es cierto que hemos investigado toda clase de sucesos sobrenaturales, pero una leyenda tan rocambolesca como esa no se sostiene...

—Su peinado tampoco, por lo que puedo ver. ¿Era un pincel lo que tenía en el pelo?

Veronica se llevó inmediatamente una mano a la cabeza. Había estado tan atenta a lo que decían que ni siquiera se había dado cuenta de cómo sus incontrolables rizos se soltaban de su precaria sujeción. La señorita Stirling, sacudiendo la cabeza con genuina incredulidad, decidió pasar por alto la mirada asesina que le lanzó.

—Evidentemente, ustedes tienen la libertad de elegir si acompañarme o no a Nueva Orleans para descubrir qué hay detrás de todo esto —comentó dirigiéndose a Alexander—. Su Alteza Real tiene que ocuparse esta primavera de algunos asuntos bastante importantes que le retendrán en Europa, así que ha delegado en mí toda la responsabilidad. Lo he preparado todo para que no tengan que preocuparse por ningún trámite: los pasajes hasta Estados Unidos, el alojamiento en Vandeleur... Lo único que me queda por saber es si aceptarán nuestra oferta.

Alexander tardó unos segundos en responder. Se había quedado mirando la otra fotografía en la que el capitán Westerley y la mujer que le acompañaba, probablemente la señora Westerley, aparecían posando con una tensión insólita. Al darle la vuelta encontró la fecha de 1862 en el reverso, al lado del sello del museo de Oslo del que procedían las fotografías.

¿Se imaginaría alguno de los dos lo que acabaría sucediéndole al barco que tenían a sus espaldas? ¿Sospecharían que poco después, probablemente en cuestión de unos meses, Nueva Orleans caería en manos del ejército unionista y el *Perséfone*

desaparecería para siempre en las fangosas aguas del Mississippi?

—Reconozco que lo que nos ha contado resulta interesante, pero si no tenemos más indicios de que la historia es cierta... ponernos rumbo a Nueva Orleans me parece algo que queda fuera de toda lógica —contestó el profesor—. No estamos hablando de cruzar un mar para arribar a las costas irlandesas, como hace dos años; estamos hablando de un océano. Si lo único que puede ofrecernos es una historia de fantasmas, como las que publicamos cada semana en nuestro periódico, no le veo sentido a marcharnos tan lejos para poder dar con ella...

—También obtendrían ayuda para crear en Nueva York una segunda sucursal del *Dreaming Spires*. Oh, ¿me había olvidado de mencionarlo? —La señorita Stirling paseó la mirada por los perplejos rostros de los demás—. ¡Qué memoria la mía! Su Alteza Real me encargó que les hiciera saber que, de salir todo según lo planeado, no solo se podrían quedar con la exclusiva de esta noticia sino también ampliar su mercado en Estados Unidos. Está convencido de que les resultará una oferta tentadora, sobre todo teniendo en cuenta que, como siempre, no piensa reparar en gastos. Cielo santo, profesor, estas chocolatinas son una auténtica delicia. —Y se inclinó para coger otra, cerrando los ojos después de morderla como si quisiera apurar aún más el placer—. ¡Creo que el chocolate es una de las pocas cosas de este mundo capaces de hacerme perder los papeles!

6

Casi era noche cerrada cuando dieron por zanjada la velada en Caudwell's Castle y la señorita Stirling, satisfecha con el resultado de la entrevista, se despidió de ellos para enviar un telegrama a su patrón desde el hotel Randolph informándole de que finalmente el profesor Quills había aceptado hacerse cargo de la investigación. Alexander, a pesar de su reticencia inicial, había acabado reconociendo que probablemente merecería la pena, y Veronica también lo había hecho, aunque a regañadientes. Oliver no lo tenía tan claro.

—Nueva Orleans está demasiado lejos —protestó cuando los Quills le preguntaron si pensaba acompañarles—. ¡No se puede planificar un viaje como este en cuestión de días!

—Eres un exagerado. Ni que fuera una vuelta al mundo como la de Phileas Fogg...

—La propia señorita Stirling nos ha dicho que son seis días en barco hasta Nueva York y otros tres en tren hasta Nueva Orleans —insistió Oliver, sacudiendo la cabeza—. Me parece estupendo que os embarquéis en esta aventura; tú has acabado de corregir por fin los exámenes del curso, y si Veronica puede prescindir de esa exposición de la Royal Academy, no hay nada más que decir. Pero yo no puedo dejar sola a Ailish en su estado.

—Aún faltan dos meses para que dé a luz —le tranquilizó ella—. ¡No puedes tardar tanto en hacer lo que se espera de ti en Nueva Orleans! Y de cualquier modo, si las cosas se alargaran demasiado, siempre podrías regresar a casa antes que los demás...

Oliver seguía debatiéndose en la duda. Ailish se levantó del diván para rodear la cintura de su esposo con los brazos mientras le decía en voz baja:

—Puede que no se trate solamente de un artículo para el *Dreaming Spires*. Puede que con el paso del tiempo se convierta en algo más. Un barco hundido durante la guerra de Secesión, tripulado por las almas en pena de quince soldados que todavía no han logrado alcanzar la paz... ¿No crees que es un argumento evocador para una novela?

—Me parece muy de tu estilo —coincidió el profesor—. Tu próximo éxito tras publicar *Tu nombre después de la lluvia*. ¿Tú qué dices, Lionel?

Pero hacía tiempo que Lionel se había marchado de la casa, tan sigilosamente que Veronica fue la única que se dio cuenta. Esperó agazapado tras la verja del jardín a que la señorita Stirling se alejara a pie por Saint Aldate's y después echó a caminar detrás de ella, procurando escoger las zonas más sombrías de la calle para que no reparara en él si se le ocurría darse la vuelta. Pero la joven no lo hizo en ningún momento; debía de sentirse demasiado pagada de sí misma después de lo sucedido en Caudwell's Castle para sospechar que alguien pudiera estar siguiéndola. Dejó atrás la Torre de Carfax, subió por Cornmarket Street, donde se detuvo unos minutos ante el

escaparate de una perfumería, y después continuó hasta el hotel Randolph.

La sorpresa de Lionel fue mayúscula cuando se dio cuenta de que no pensaba entrar en el edificio. Pasó de largo ante las ventanas apuntadas por las que se alcanzaba a distinguir una constelación de arañas encendidas y continuó caminando por la avenida al mismo ritmo que antes. Lionel, que acababa de detenerse, confundido, se apresuró a seguirla. ¿Qué demonios se traía entre manos? ¿No había dicho que no podía quedarse a cenar porque tenía que poner un telegrama desde allí?

Incapaz de adivinar qué se le podía haber perdido al norte de la ciudad, en una zona mucho menos populosa, sin restaurantes ni tiendas interesantes, avanzó con el mayor sigilo tras ella durante otro cuarto de hora. En todo aquel tiempo apenas se cruzaron con más transeúntes, y eso le hizo comprender que nunca se le presentaría una oportunidad más propicia para acorralarla. Manteniendo siempre la misma distancia, deslizó una mano dentro de su chaqueta para rozar la pistola con los dedos... aunque no tardó en llevarse una sorpresa aún mayor cuando descubrió qué era lo que quería visitar.

Se trataba del pequeño cementerio de la parroquia de Saint Giles, un triángulo de hierba salpicada de cipreses y de lápidas detrás del cual se extendía el área residencial que Oliver y Ailish habían visitado el día anterior, y más allá de esas casas, la campiña de Oxfordshire. La señorita Stirling se deslizó como una sombra por detrás de la iglesia normanda, desapareciendo como lo habría hecho cualquiera de los fantasmas a los que los vecinos de la zona aseguraban haber visto vagar de vez en cuando por el camposanto.

«Esta es la mía», pensó Lionel, y aceleró el paso para dejar atrás el pequeño muro cubierto de hiedra que rodeaba el recinto funerario. La oscuridad era más densa a cada minuto, por lo que cuando dobló la esquina de la iglesia le costó reconocer lo que tenía ante sí..., pero, desde luego, no había ni rastro de ella. El estrecho sendero salpicado de lápidas que mediaba entre la parroquia y el edificio más cercano estaba desierto.

Extrañado, Lionel se adentró poco a poco en el sendero, mirando con precaución a su alrededor. No entendía cómo le había dado tiempo a salir por el extremo opuesto en los segundos que le había llevado alcanzarla, pero no tardó demasiado en averiguarlo. De repente notó algo duro contra su espalda. Algo demasiado parecido al cañón de una pistola.

—¿Volvemos a las andadas, mi querido enemigo? —la oyó susurrar—. ¿Es que aún no ha aprendido la lección que le enseñé en Egipto?

Antes de que pudiera reaccionar, unos brazos extrañamente fuertes para pertenecer a una mujer lo empujaron contra la pared de la iglesia. Lionel se encontró de pronto con la cara apoyada en los sillares mientras la joven se apretaba contra él para inmovilizarle.

Le había hecho caer en su propia trampa. ¡La muy canalla lo había vuelto a lograr!

—¿Cómo demonios... cómo demonios se ha dado cuenta de que estaba siguiéndola?

—¡Hombres! Siempre pensando que somos incapaces de pasar de largo delante de un escaparate. La perfumería de Cornmarket Street tiene unos espejos magníficos y no me costó nada reconocerle a mis espaldas, aunque estaba convencida de que me seguiría desde que me marché de la casa de los Quills. Es usted realmente incorregible, Lennox.

Al percatarse de que volvía a forcejear se apretó aún más contra su espalda. Las rosas negras que adornaban su sombrero le acariciaron la nuca, y el familiar perfume a sándalo de su cabello lo embriagó de nuevo.

Curiosamente, no fue una sensación tan desagradable como cabría esperar en un momento como ese. Ni tampoco el cosquilleo que le produjo su aliento contra el cuello.

—Supongo que esa pistola —siguió diciendo Lionel, tratando de controlar la ira que subía por su garganta— es la misma con la que me disparó en el Valle de las Reinas.

—También es la que le salvó la vida en un cementerio irlandés. Por cierto, se llama Carmilla, y como ya se habrá imaginado, somos inseparables. ¿Todavía sigue teniendo ganas de jugar conmigo?

—No tantas como antes, y no de la misma manera.

Ella se rio entre dientes, tan cerca de Lionel que estaba seguro de que sus labios pintados de rojo le habían manchado la piel. Cuando por fin dejó de apretarse contra su cuerpo sintió que el aire regresaba poco a poco a sus pulmones, aunque seguía notando el frío mordisco de Carmilla en su espalda mientras se daba la vuelta para mirarla. La señorita Stirling sonreía con genuina diversión, como si todo aquello no fuera más que una broma encantadora; como si no siguiera empuñando una pistola.

—Bien mirado, estaba deseando que llegara este momento. Creo que si no hubiera tomado usted la iniciativa habría sido yo quien le siguiera esta noche.

—No podría haberlo tenido más fácil; ya he visto que las ventanas del Randolph dan directamente al museo Ashmolean —replicó Lionel de mala manera—. Me imagino que se lo habrá pasado en grande espionando mis idas y venidas desde su habitación.

—No se crea tan importante, señor Lennox. Estos días he tenido más cosas de las que ocuparme, aunque reconozco que me ha llamado la atención lo liberal que es con su horario de trabajo. ¿Marcharse a las diez de la mañana y no regresar hasta casi la hora del almuerzo? ¿Qué cree que diría su jefe, el señor Evans, si se enterara de esto?

Lionel le lanzó una mirada tan asesina que ella se rio de nuevo.

—Vamos, parece mentira que no me conozca. Soy tan inocente como...

—Como una serpiente de cascabel, ya se lo dije ayer. ¿Qué diantres quiere de mí?

—Lo mismo que usted de mí. Que hablemos, que aclaremos las cosas. Sabe tan bien como yo que no llegaremos a ninguna parte en nuestra investigación si seguimos

desconfiando el uno del otro. —Mientras hablaba se guardó la pistola de cachas de carey y se acercó a la puerta trasera de la iglesia—. Pero un cementerio no es el escenario más adecuado para una conversación así, y además empieza a hacer frío. Será mejor que entremos.

Lionel no tuvo más remedio que seguirla, aunque sin relajar el ceño. El interior de Saint Giles estaba sumergido en la penumbra; dos ancianas rezaban junto a una de las vidrieras que daban al otro lado del cementerio mientras el párroco apagaba una a una las velas que ardían en el altar. La señorita Stirling se sentó sin hacer ruido en uno de los últimos bancos, y Lionel, tras dudar un momento, acabó haciendo lo mismo.

Durante un rato permanecieron en silencio, hasta que la joven dijo en voz baja:

—¿Realmente no va a preguntarme por qué hice lo que hice? ¿Me va a jurar odio eterno sin querer saber siquiera por qué me interpusé en su camino en Egipto?

—¿Qué más necesito saber? A estas alturas reconozco demasiado bien la marca de su patrón. Aunque no imaginaba que le interesaran tanto las tumbas de la XVIII dinastía.

—A mi patrón le interesa cualquier cosa relacionada con lo sobrenatural —le recordó la joven—. Y estará de acuerdo conmigo en que lo que había detrás de una de las paredes de la sepultura de la princesa Meresamenti merecía un puesto de honor en su colección.

—Un espejo que según las antiguas leyendas le había otorgado la belleza con la que volvió locos a todos los hombres del imperio —concluyó Lionel por ella—. Supongo que tiene razón, ¡pero el interés que pueda sentir alguien como él por esa clase de reliquias no le da derecho a servirse de unos vulgares sicarios para tratar de apoderarse de ellas!

La señorita Stirling tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa. Las ancianas que estaban rezando se levantaron de sus reclinatorios y se encaminaron hacia la puerta, con lo que no quedó nadie más que ellos en los bancos de la iglesia.

—De todas las cosas que me han dicho los hombres a lo largo de mi vida, esta es la más original de todas. Vulgar sicario, suena realmente adorable... ¡y tan propio de usted!

—¿Cómo debería llamar a alguien que aparece envuelto en un pañuelo y acompañado por los *fellah* egipcios que se supone que trabajaban para nosotros? Debo admitir que en un principio pensé que sería uno de esos saqueadores que desde hace siglos habitan en las colinas de Kurna. Reconozco que es realmente buena haciendo su trabajo, ¡pero no puede pretender que después de eso le alargue la mano en son de paz!

—Como si yo fuera la única persona con intenciones poco nobles que había esa noche en el Valle de las Reinas —sonrió ella. Tuvo que bajar el tono de voz cuando el párroco les dirigió una mirada de advertencia desde el altar—. Los dos sabemos que fue el espejo de Meresamenti lo que le condujo en plena noche a la excavación. Nuestro problema se debió a un conflicto de intereses, sencillamente..., y por eso me

gustaría que le quedara claro que no fue algo personal por mi parte. No tengo nada en su contra, señor Lennox.

—Vaya, es todo un alivio saberlo. Aunque mi hombro izquierdo no piensa lo mismo.

—Nada aparte del hecho de que estuviera a punto de matarme de un disparo cuando le arrebaté el espejo, y para evitarlo tuviera que adelantarme a usted. No es algo de lo que me sienta especialmente orgullosa, se lo aseguro. Pero no me dejó más opciones.

Lionel hubo de reconocer ante sí mismo que decía la verdad: él fue el primero en enarbolar un arma aquella noche. No obstante, había más cosas por aclarar...

—¿Y qué me dice de lo que ocurrió en Irlanda? Tampoco tenía nada personal contra Archer, y aun así no se detuvo hasta conseguir apoderarse de lo que acababa de adquirir.

—¿Archer? —se burló la señorita Stirling—. ¿Ahora resulta que le caía bien ese tipo?

—Sabe perfectamente que no lo soportaba, y mis amigos tampoco. Pero con lo que he descubierto de usted no me cabe duda de que tuvo algo que ver en... —El párroco dejó escapar un «shhhhh» admonitorio y los dos volvieron a guardar silencio durante un rato. Después Lionel susurró—: ¿Lo que hizo en Irlanda también fue idea de su patrón?

—No exactamente, aunque los resultados fueron los que él tenía en mente, así que ¿qué importa haber tenido que recurrir al engaño para alcanzarlos? Usted mismo acaba de admitir que soy realmente buena en lo mío..., aunque aún no imagina cuánto.

—Pero algún día fracasará. Tarde o temprano, habrá algo que no pueda conseguir, y entonces no le servirán sus engaños ni su talento para la seducción. Acuérdesse de lo que le digo.

—Tal vez tenga razón. Pero —añadió ella, curvando los labios en una de esas sonrisas con las que había aparecido en los sueños de Lionel durante los últimos dos años— aún no ha llegado ese momento. Y algo me dice que tampoco llegará cuando estemos en Vandeleur.

—¡Shhhh! —volvió a chistarles el párroco, que ya casi había apagado todas las velas.

—Está muy segura de que conseguirá arrastrar a mis amigos a Vandeleur. Puede que sean más crédulos que yo, pero no son estúpidos. Nunca se dejarían involucrar en su juego sucio; tienen demasiado arraigados sus principios morales. Y le recuerdo que con una palabra mía, un simple comentario sobre lo que hizo en Egipto y en Irlanda...

La señorita Stirling dejó escapar una suave risa. Apoyó un brazo sobre el respaldo del banco mientras se volvía hacia Lionel, tamborileando con los dedos sobre la madera.

—¿Le parece que conocer la verdad le hace tener algún poder sobre mí? ¿Sabiendo que tengo su futuro en la palma de la mano y que puedo hacerlo añicos si se me antoja?

—¿Va a servirse otra vez de Carmilla para igualarme los dos hombros? —le soltó él.

—No necesito una pistola para hacerlo, señor Lennox. Por desgracia para usted, sir Arthur Evans tiene unos principios morales tan inquebrantables como el profesor Quills y el señor Saunders. Están hechos de una pasta muy distinta a la nuestra. ¿Cuánto cree que duraría en su puesto de ayudante del conservador de Ashmolean si alguien le diera a conocer lo que ocurrió en el Valle de las Reinas? No la versión de la *Pall Mall Gazette* en la que aparece poco menos que como un héroe nacional, sino la auténtica en la que fue contratado por el propio mecenas de la excavación para saquearla por petición suya...

Lionel había oído muchas veces la expresión «helársele la sangre en las venas», pero no había sabido lo que se sentía hasta entonces. Durante unos instantes fue incapaz de reaccionar, y su perplejidad no hizo más que acrecentar la sonrisa de la señorita Stirling.

—Los dos estamos de acuerdo en que sería una lástima, ¿verdad? Pues entonces no me haga tener que empuñar un arma que realmente no me apetece nada usar contra usted.

—Maldita zorra manipuladora —no pudo contenerse Lionel—. ¡Como se atreva a...!

—¡En nombre de Dios, ya es suficiente! —exclamó el párroco de repente, haciendo que los dos se volvieran hacia él. Lo vieron avanzar con cara de pocos amigos y el apagavelas en una mano por entre las dos hileras de bancos—. ¡Esto es un auténtico escándalo! ¡Blasfemando en la casa del Señor, sin ningún respeto por sus feligreses ni...!

La mirada de advertencia que ambos le lanzaron lo acalló en el acto. Sin molestarse en responder, Lionel agarró a la joven por un codo para que se pusiera en pie y salieron con parsimonia al recinto funerario, en el que no se veía a nadie rezando entre las sepulturas. Mientras hablaban la noche había encerrado a la ciudad en su puño y lo único que iluminaba el cementerio eran las estrellas. La señorita Stirling se detuvo en los escalones de la iglesia, recolocando las rosas negras de su sombrero mientras decía:

—Y ahora que lo hemos aclarado todo, supongo que no tiene sentido perder más el tiempo con rencillas del pasado. Le aconsejo que ponga sus asuntos en orden mañana mismo para no tener ningún problema en el Ashmolean. Ya le he dicho lo mucho que me disgustaría que perdiera ese trabajo del que está tan orgulloso por un paso en falso.

—Parece que hablar con usted es como hacerlo con una pared. La única persona con derecho a decidir acerca de mi trabajo soy yo mismo. ¿Qué le hace suponer

que...?

—Partiremos de Liverpool muy pronto, así que más vale que deje sus cosas resueltas enseguida. A propósito, espero que no se maree en los barcos porque eso resultaría de lo más embarazoso en un transatlántico...

—No voy a ir con usted —le advirtió Lionel. Ella se volvió sin añadir nada más y se dirigió hacia el pequeño muro que rodeaba el cementerio—. No voy a ir con usted ni a la vuelta de la esquina, ¿me oye? —siguió diciendo en voz más alta—. Por suerte para mi cordura, hace tiempo que ha dejado de tener cualquier clase de poder sobre mí.

—Si está tan seguro de eso, ¿por qué le da tanto miedo tenerme cerca de usted?

Y sonriendo por encima del hombro, la señorita Stirling abandonó el recinto funerario dejando a Lionel de pie en un mar de sepulturas, maldiciendo el día en que se cruzó por primera vez con aquella mujer.

II

Diamantes negros

Tres días más tarde, a las nueve y media de la mañana, un coche que había estado esperando delante de Caudwell's Castle condujo a los Quills y los Saunders a la estación de tren de Oxford. Oliver aún no sabía cómo Alexander y Veronica habían logrado convencerle, pero se había prometido a sí mismo no ceder: al cabo de un mes se encontraría de nuevo al lado de Ailish sin que nada de lo que descubrieran en Nueva Orleans pudiera retrasar su regreso. Lionel, en cambio, había sido mucho más difícil de persuadir, tanto que sus amigos habían acabado dándose por vencidos. Al parecer había mucho que catalogar en el museo Ashmolean, y no podía permitirse faltar durante tantos días cuando no hacía ni un año que desempeñaba el cargo de ayudante del conservador.

La señorita Stirling les esperaba en el andén, rodeada por un regimiento de baúles, bolsas de viaje y sombrereras. Al ver todo aquel equipaje Alexander lamentó, no por primera vez desde que se habían montado en el coche, no llevar consigo ninguno de los espintariscopios que había patentado para detectar ectoplasmas. Probablemente les habrían resultado útiles en Vandeleur, pero eran tan voluminosos y pesados que había optado por dejarlos en casa. Veronica alzó una ceja al reunirse con la señorita Stirling.

—Pensaba que el plan era marcharnos a Luisiana. ¿Es que en realidad nos vamos de misioneros a la India y todo esto son suministros para los más necesitados?

—Una vez más, señorita Quills, demuestra usted su extraordinaria sutileza —repuso la señorita Stirling—. No sé si ha olvidado que en Liverpool nos espera un transatlántico de la White Star Line para llevarnos a Nueva York. Tal vez no considere importante causar una buena impresión a bordo, pero tratándose de uno de los barcos más elegantes que...

—Tiene razón: no lo considero importante —contestó Veronica—. Y tampoco creo que para estar presentable sea necesario meter un armario entero en media docena de baúles. No, no se moleste; ya lo subo yo misma —le dijo a uno de los mozos de la estación, que se acababa de acercar para echarle una mano con su única bolsa de viaje—. Un cuaderno y unas pinturas no pesan tanto, y al fin y al cabo es lo único que necesito llevar conmigo.

Subió de un salto al vagón con la barbilla levantada. La señorita Stirling exhaló un suspiro y le hizo una señal al mozo para que la siguiera con su equipaje, subiendo detrás de Veronica. Alexander, al darse cuenta de que Oliver y Ailish se habían quedado atrás, decidió acompañarlas al compartimento para que pudieran pasar unos minutos a solas.

La chimenea del tren había empezado a escupir humo, y el andén se había llenado de repente de tantos viajeros que les costaba distinguir a los dos jóvenes a través de los cristales. Aun así pudieron ver cómo se abrazaban durante un largo rato, indiferentes al trasiego que no hacía más que crecer a su alrededor, y cómo Oliver,

después de decirle algo en voz baja a Ailish, la atraía más hacia sí para besarla por última vez en los labios.

—Por favor, esto empieza a ser melodramático —comentó Veronica cuando Oliver se arrodilló para depositar otro beso en la tela de color malva que cubría el vientre de su esposa. Ailish se echó a reír, disimulando como podía sus lágrimas—. Creo que me va a venir estupendamente desconectar de todo este amor empalagoso durante algunas semanas.

—Déjales que se despidan, Veronica —repuso su tío. Un minuto después Oliver se reunió con ellos en el compartimento. Dejó sus bultos en la rejilla que había sobre sus cabezas, tratando de disimular al igual que Ailish que tenía los ojos enrojecidos—. No te tortures tanto, Oliver —le tranquilizó Alexander—. Cuando quieras darte cuenta estarás de vuelta en casa y esta separación solo hará que vuestro reencuentro sea aún más dulce.

—No, por lo que más quieras —se aterrorizó Veronica—. ¡No creo que pudiera soportarlo!

Oliver se obligó a sonreír sin dejar de mirar a Ailish a través del cristal. Pronto el tren se puso en marcha y comenzó a alejarse de la estación, y la muchacha lo siguió a pie durante un rato, recorriendo el andén hasta que cogieron demasiada velocidad y lo único que pudo hacer fue sacudir la mano en el aire para decirles adiós. Oliver se dejó caer entonces al lado de la señorita Stirling, reclinando la cabeza contra el respaldo del asiento. Ella le apretó la mano cariñosamente con sus dedos envueltos en encaje negro.

—El profesor Quills tiene razón, señor Saunders. Un mes se pasa volando, y lo que nos espera en Vandeleur seguramente hará que se le olvide su nostalgia. La historia del *Perséfone* promete ser tan sobrecogedora como cualquiera de los relatos que ha escrito.

—Me alegra que saque a relucir ese tema —dijo Alexander—. Ahora que estamos en camino, y que no hay muchas probabilidades de que nos demos la vuelta, podría contarnos la verdad.

—¿Contarles la verdad? —se extrañó la señorita Stirling, soltando la mano de Oliver.

—Sabe de sobra a qué me refiero. No me creo que unos cuantos rumores sobre una silueta fantasmal navegando por las aguas del Mississippi hayan llamado la atención de su patrón tanto como para decidirse a costear esta expedición. Tiene que haber algo más detrás de su extraordinario interés. Algo que ha estado ocultándonos durante estos días.

Para sorpresa de Oliver y Veronica, la señorita Stirling se echó a reír en voz baja.

—Es usted uno de los hombres más agudos que he conocido nunca, profesor Quills. Efectivamente, hay algo más..., aunque les aseguro que el hecho de que no se lo haya dicho hasta ahora no quiere decir que no confíe en ustedes. Es solo que me pareció que la señora Saunders no se quedaría tranquila si supiera qué es lo que

supuestamente nos espera en Vandeleur. Y dado el estado en que se encuentra, habría sido una crueldad por mi parte alterarla durante las semanas que faltan para que su esposo vuelva a sus brazos.

—Le encanta hacerse la interesante, ¿verdad? —dijo Veronica de malos modos—. ¿A qué viene todo esto? ¿Por qué quiere que pensemos que esta investigación es peligrosa?

—Porque puede que lo sea, señorita Quills. Para todos los que estamos implicados.

Los tres guardaron silencio mientras la señorita Stirling se quitaba a tironcitos los guantes de encaje. Cuando volvió a hablar, su tono fue mucho más comedido que antes.

—Alguien murió hace unas semanas. Un joven que residía en Vandeleur, muy cerca del lugar del hundimiento. Se llamaba John Reeves y por lo que sé aún no han podido esclarecerse las circunstancias de su fallecimiento, aunque parecen haber sido trágicas.

—¿Y qué tiene que ver eso con el *Perséfone*? —preguntó Alexander—. Por esa regla de tres, cada vez que muriera alguien de Vandeleur pensarían que tiene relación con el barco por el mero hecho de haber sucedido cerca del río. Eso no tiene ningún sentido.

—No si John Reeves no hubiera... digamos... hecho algo que pudiera enfurecer a la tripulación del *Perséfone*. Siempre y cuando sea cierto lo que se cuenta de que ninguno de los soldados que iban a bordo ha podido alcanzar la paz. —La señorita Stirling clavó los ojos en las casitas que se sucedían a toda velocidad al otro lado de los cristales—. Al parecer el joven Reeves se acercó demasiado a los restos del pecio enterrados en el lecho del Mississippi. La tarde anterior a su muerte estuvo buceando con unos amigos en la zona en la que se hundió el barco y a la que nadie más se atreve a acercarse; solo los vapores que descienden desde Nueva Orleans perturban esa parte del río. Fue encontrado muerto en su pequeña cabaña, con una expresión de horror que atemorizó incluso a los policías que acudieron a hacerse cargo del cadáver. No había sangre por ninguna parte ni pistas que les permitieran averiguar qué sucedió exactamente allí. Tampoco se sabe por qué se acercó tanto a los restos del barco; por supuesto, podría tratarse de la clásica apuesta entre adolescentes... aunque en este caso no ha podido acabar de peor manera.

—¿Y cómo se supone que ha obtenido toda esta información? —inquirió Veronica.

—Mi patrón hizo algunas averiguaciones antes de enviarme a Edimburgo. No sé si se habrá descubierto algo nuevo en los últimos días, pero de momento la opinión de los vecinos de Reeves es unánime: la auténtica culpable de su muerte fue su curiosidad. Atrajo a la mala suerte por acercarse más de lo conveniente al *Perséfone*.

—De manera que lo que vamos a investigar no es una simple leyenda —dijo Oliver en un susurro—. Es un asesinato cuyos autores supuestamente llevan medio

siglo muertos.

—¿Y realmente le parece que no necesitábamos saber esto? —se indignó Alexander.

—¡No irán a decirme que están asustados! —se maravilló la señorita Stirling—. ¿Dos hombres hechos y derechos como ustedes, acostumbrados a escuchar prácticamente cada día historias de ultratumba como la que les acabo de contar? ¿Y una... —se volvió hacia Veronica, dirigiéndole una mirada que le hizo fruncir aún más el ceño— una sufragista que, por lo que deduje la otra tarde en Caudwell's Castle, no tiene reparos en tirar piedras a las ventanas de la casa del primer ministro como una nueva Emmeline Pankhurst?

—No me puedo creer que sea tan sinvergüenza —oyeron decir a alguien de repente.

Todos se volvieron hacia el lugar del que procedía aquella voz. Lionel se acababa de detener en la puerta del compartimento, agarrándose con una mano al marco superior y sujetando con la otra una bolsa de viaje de aspecto bastante raído. La señorita Stirling no pareció nada sorprendida de verle allí, pero sus amigos se quedaron perplejos.

—¡Lionel! ¡Creíamos que tenías demasiado trabajo para venir con nosotros!

—He estado haciendo horas extra en el Ashmolean —fue su seca respuesta. Había clavado los ojos en los de la señorita Stirling, que sonreía para sí misma—. El proceso de catalogación de las piezas de Cnosos nos ha llevado menos tiempo del que esperábamos.

Prefirió callarse el hecho de que no hacía ni media hora que había tomado aquella decisión y de que Ailish se lo había quedado mirando con perplejidad cuando pasó por su lado a todo correr para subirse al vagón en marcha. Veronica dio unos golpecitos en el asiento que había a su izquierda, y Lionel dejó su bolsa en la rejilla antes de sentarse.

—Además, no podía permitir que os marcharais solos a Nueva Orleans con ella —les siguió diciendo a los demás—. Ya habéis visto de lo que es capaz: miente más que respira.

—Cuánto dramatismo, por el amor de Dios —se rio la señorita Stirling—. Parece usted una niña de cinco años reclamando la atención de sus padres. ¿No sería más correcto decir que lo que realmente le pasa es que no puede soportar que nos divirtamos sin usted?

—No se haga la graciosa conmigo, señorita Stirling. La conozco demasiado bien, y lo que acabo de oír me ha dado la razón. ¿Esa historia de un tal Reeves asesinado por la tripulación del *Perséfone* es realmente la definitiva? ¿Cuántas veces cambiará su versión en las próximas semanas con tal de asegurarse de que nos tiene en el anzuelo?

—No necesitaré hacerlo —le aseguró la joven—. Confía muy poco en el criterio de mi patrón si lo considera capaz de perder el tiempo con una investigación que no

merezca la pena. Si manifiesta tanto interés por los restos de ese barco debe de ser por una razón...

—Y usted, por supuesto, tiene una fe ciega en sus razones, aunque no las conozca más que nosotros. ¿Qué otra cosa podría decir del príncipe Dragomirásky su perrita faldera?

—Lionel, haz el favor de morderte la lengua —le volvió a advertir Alexander, cada vez más incómodo con la situación—. No sé qué te pasa últimamente, pero empiezas a...

—No importa, profesor —suspiró la señorita Stirling—. No puede esperarse del señor Lennox que sea más que el señor Lennox, como no puede esperarse de una ramera de Whitechapel que comience a recitar a Dante en italiano. En fin —añadió mientras se ponía en pie, guardándose los guantes—, creo que me acercaré a la cafetería del tren para tomar una taza de algo caliente. El trayecto hasta Liverpool promete ser muy largo.

Abandonó el compartimento tan tranquilamente como si Lionel y ella no hubieran hecho más que hablar del tiempo que les acompañaría durante el viaje. En cuanto se marchó, Alexander se volvió hacia él.

—Ya sé lo que me vas a decir —se adelantó Lionel cuando lo vio abrir la boca—, pero me temo que ninguna de tus reprimendas surtirá efecto. Esa mujer y yo nunca seremos capaces de compartir el mismo espacio, Alexander. No te molestes en pedirme que me muestre más conciliador; te aseguro que no tengo interés en firmar una tregua con ella.

—De eso me he dado perfecta cuenta —repuso el profesor, sacudiendo la cabeza—, y no consigo entenderlo, por mucho que te doliera perderla de vista en su momento. ¿Qué ha ocurrido entre vosotros en estos años para que de repente no soportes tenerla cerca?

—Que se le ha pasado la calentura al comprender cómo es en realidad —repuso Veronica, compadeciéndose de su amigo—. Lo cual no deja de parecerme lo más sensato que has hecho en tu vida, Lionel. Hasta a mí me cuesta dejar de mirarle el escote cuando la tengo delante, pero eso no hace que sea menos consciente de lo peligrosa que resulta.

Sin dejar de hablar, Veronica sacó su cuaderno de dibujo y comenzó a pasar con apatía las páginas hasta dar con unos bocetos que había dejado a medias el día anterior.

—Es esa mezcla de acentos —siguió diciendo—. Resulta de lo más sensual, debo reconocerlo. Más que una mujer parece una torre de Babel andante.

—Ailish tiene la teoría de que es árabe —comentó Oliver—. La señorita Stirling es la única persona de la que no ha podido averiguar prácticamente nada al tocarla. Pero con la piel tan morena y el pelo y los ojos tan negros parece sacada de *Las mil y una noches*.

—Desde luego, no responde al tipo eslavo —se mostró de acuerdo Alexander—,

pero su nacionalidad debe de ser húngara, al igual que la del príncipe Dragomirásky. Cuando se refiere a la corte de la que se rodean en Budapest, siempre suele hablar de «nosotros».

Veronica no añadió nada más. Sus ojos se encontraron con los de Lionel, aunque solo durante un instante; él apartó enseguida la mirada para clavarla en las extensiones de hierba que se veían tras los cristales, sumido en un silencio que no podía resultar más elocuente.

El *RMS Oceanic* era un mastodonte tan inmenso de hierro y cristal que casi daba la impresión de que en cualquier momento podría partir en dos los muelles de Liverpool en su precipitación por conquistar el Atlántico. Ninguno de los ingleses había visto en persona un transatlántico hasta entonces, de manera que cuando bajaron del coche que los condujo de la estación de tren al puerto de la ciudad se quedaron estupefactos: al lado del oscuro casco que se elevaba como una mole contra el cielo azul parecían diminutos insectos entrando en el arca de Noé, tan pequeños que corrían el riesgo de ser aplastados.

Por supuesto, aquel arca también contaba con leones. La pasarela que conducía por encima de las cabezas de los curiosos a la cubierta de primera clase se había convertido en un improvisado paseo para la aristocracia. Demasiado aturridos para preguntarse qué había que hacer en cada momento, los cuatro se conformaron con seguir a la señorita Stirling hacia el interior del barco, enseñar sus billetes a los oficiales que les dieron la bienvenida y dejarse guiar hasta sus camarotes, adonde no tardaron en llevarles los equipajes. Casi se quedaron sin respiración al abrir las puertas, aunque no tuvieron demasiado tiempo para inspeccionarlos a fondo. La señorita Stirling se había enterado de que James Hurst, el capitán del *Oceanic*, había sido informado de su presencia a bordo y les había invitado a todos a compartir su mesa durante la cena, así que acordó con Alexander encontrarse a las seis y cuarto al pie de la escalera que conducía al comedor de primera clase. De modo que no tenían más que un par de horas para familiarizarse con las cubiertas del barco y el abigarrado microcosmos recreado en ellas, pero no podían rechazar aquella invitación.

—Esto es un despropósito —resopló Veronica cuando pasaron por su camarote para buscarla antes de la cena. Alexander y Oliver se habían puesto esmoquin, como dictaba la etiqueta de la White Star Line, pero Lionel seguía con la misma ropa que había llevado en el tren, al igual que ella—. ¿Habéis visto las maderas con las que está construido todo? ¿Y el tapizado del cuarto de baño? ¿Qué sentido tiene gastar tanto dinero en unos billetes de primera clase si el trayecto hasta Nueva York no va a durar ni una semana?

—Esto no lo ha pagado la señorita Stirling, sino su patrón —contestó Lionel mientras recorrían la cubierta detrás de los demás—. Debe de verlo como una inversión a largo plazo.

—Me da igual de quién sea el dinero. ¿De verdad no veis que lo único que quiere lady Lunares es comprarnos con cada una de las cosas que nos ofrece? Me juego un brazo a que cuando se presentó en Caudwell's Castle para reclutarnos ya había reservado los billetes. Claro que no contaba con que August estuviera en Rajastán, ni con que Ailish se hubiera quedado embarazada y tuviera que acompañaros yo en su lugar...

Se quedó callada al darse cuenta de que Lionel había dejado de escucharla. Al pie de la soberbia escalera de roble, la señorita Stirling se reía de algo que le contaban dos caballeros. Llevaba puesto un vestido de gasa negra espolvoreado de pequeños brillantes, y estaba tan arrebatadora que Lionel se obligó a pensar en la herida de su hombro para que su voluntad no se viera tan doblegada como la de cualquier desdichado que le pusiera los ojos encima aquella noche.

Cuando la joven volvió la cabeza en su dirección, los brillantes que adornaban las ondas esculpidas de su pelo se estremecieron como si tuvieran vida propia. Se despidió de los caballeros con los que estaba charlando y se acercó a los ingleses con una sonrisa.

—Puntual como el Big Ben, profesor Quills. No esperaba menos del señor Saunders ni de usted, ¡aunque reconozco que la etiqueta les sienta aún mejor de lo que imaginaba!

Lionel tuvo que admitir que era cierto. El esmoquin le daba un aspecto un tanto extraño a Oliver, sobre todo porque seguía llevando el pelo recogido en una coleta, pero al mismo tiempo le hacía parecer tan aristocrático que sintió una punzada de envidia. En cuanto a Alexander, vestía aquellas prendas como si realmente fueran una segunda piel.

—Tampoco puedo decir que esperara más de ustedes dos —siguió diciendo la señorita Stirling volviéndose hacia Veronica y Lionel—. No puedo creer lo que veo, señor Lennox.

—Lo sé, lo sé. A mí también me escandalizó que Oliver no aceptara cortarse el pelo.

—Sabe perfectamente de qué les hablo. ¿Pretenden que me crea que no hay un solo sastre en Oxford del que se fíen lo bastante para encargarle sus fondos de armario?

—Ninguno era lo bastante bueno para nosotros —replicó Veronica, devolviéndole la mirada con descaro a una dama que pasaba por su lado del brazo de su marido, y que se había quedado tan estupefacta como la señorita Stirling—. Somos de gustos muy particulares.

—Y muy *avant-garde*, por lo que veo. Tienen suerte de que la moda europea vaya de mal en peor. A este paso las mujeres pronto acabaremos poniéndonos pantalones. —Y dejó escapar un suspiro, agarrando a Alexander con un brazo y a Oliver con el otro para que la escoltaran hasta el comedor—. En fin, supongo que tendré que disculparles ante el capitán Hurst, aunque seguro que lo entenderá. Es un caballero de lo más complaciente.

Subieron la escalera hasta las puertas de cristal por las que se accedía a la sala, que parecía incapaz de contener el alborozo de las más de trescientas personas reunidas en su interior. Un quinteto de cuerda tocaba en una esquina mientras lo más selecto de la alta sociedad norteamericana y la aristocracia inglesa se abría camino como si bailara entre las largas mesas cubiertas por manteles de un blanco

inmaculado. En el centro, una gran cúpula de cristal dejaba ver las estrellas, aunque no podían competir con la luz eléctrica de las arañas que hacía relucir los cubiertos y tintinear alegremente las joyas de las damas.

Mientras avanzaban hacia el otro lado del comedor, la señorita Stirling saludaba con la mano a los comensales de las demás mesas, dando detalles de cada uno de ellos.

—Esos de ahí son los Curtis, una familia bostoniana que tuvo que expatriarse hace algunos años a Europa, aunque aún no he descubierto por qué... El famoso pintor John Singer Sargent, que los retrató en su *palazzo* italiano... ¡Hola, John querido, no me he olvidado de su propuesta...! Y el caballero de la derecha que acaba de hacernos un gesto es lord Ribblesdale, al que acompañan su esposa y sus hijas. Tenía un primogénito que murió el año pasado en una campaña en Somalia, por eso todos están de luto riguroso...

—Veo que se mueve como pez en el agua en este ambiente —comentó Alexander.

—He hecho una docena de veces este viaje, siempre en el *Oceanic*. La mayor parte de las personas que nos rodean son incondicionales de la White Star Line y no es raro coincidir con ellas un par de veces al año. A los norteamericanos les encanta visitar el Viejo Mundo con cualquier pretexto, y sus esposas se vuelven locas con las *boutiques* de los Campos Elíseos... —Entonces reparó en un caballero que se acababa de levantar de la mesa situada al fondo del comedor y exclamó—: ¡Ah, he aquí a mi querido capitán Hurst!

—¡Margaret! —profirió él, acercándose con sus gruesas manos en alto como si no pudiera creer su suerte—. ¡Dichosos sean los ojos! ¡Empezaba a preguntarme si no habría decidido pasar todo el año en Europa, pero ya veo que su espíritu viajero sigue intacto!

—Tan incombustible como su *Oceanic* —respondió la señorita Stirling, ronroneante.

Saltaba a la vista que el capitán Hurst no sentía simplemente aprecio por ella. Las rubicundas mejillas que la barba blanca casi cubría por completo estaban encendidas, y su sonrisa lo delataba mientras ella le presentaba a sus acompañantes; de hecho estaba tan encantado de tenerla a bordo que ni siquiera se extrañó ante el desaliño de Lionel y Veronica. Fueron a sentarse a la única mesa circular que presidía el comedor, donde los esperaba el segundo de a bordo, el señor Stewart, y una familia de ingleses a los que el capitán debía de conocer de algún otro viaje: lord Frederick Silverstone, su esposa lady Arabella Silverstone y la hija de ambos, lady Lillian. Curiosamente, ellos también eran de Oxfordshire, donde se encontraba la propiedad con la que la reina Ana había recompensado a un antepasado suyo a comienzos del siglo XVIII, así que durante un buen rato estuvieron hablando de conocidos comunes hasta que el comedor estuvo lleno a reborar y los pasajeros ocuparon por fin sus asientos para comenzar a cenar.

Mientras los camareros servían el primero de los entrantes, unas ostras a la rusa,

puieron enterarse por lord Silverstone de que también ellos pensaban coger un tren en Nueva York que los condujera a Nueva Orleans. La siguiente semana tendría lugar el enlace de su hija con un joven empresario norteamericano que vivía cerca de la ciudad.

—Es un muchacho estupendo, con una gran visión para los negocios —les contó el aristócrata—. Lo conocimos el año pasado en una recepción en el hotel de los Astor y nos causó una gran impresión. Lillian también debió de causársela a él, porque no tardó ni dos meses en pedirnos su mano. Me alegrará poder considerarle dentro de poco hijo mío.

—¿Tienen más hijos aparte de lady Lillian? —preguntó Alexander—. ¿Algún varón?

—No —respondió él. A nadie pasó desapercibida la repentina tirantez de su voz, ni el hecho de que lady Silverstone se encogiera perceptiblemente en su asiento sin dejar de jugar con las ostras de su plato—. Lillian tiene dos hermanas bastante mayores que ella, Phyllis y Evelyn, que se casaron cuando aún era una niña. También con hombres de negocios muy ocupados en Londres y en Manchester, por lo que no podrán estar con nosotros durante la ceremonia. Tener que celebrar la boda en Estados Unidos es un trastorno para la familia, eso es evidente —lord Silverstone apuró de un trago la copa de clarete que sostenía en la mano—, pero podemos permitirnos hacer un pequeño sacrificio.

Era un hombre enorme, más alto aún que Alexander, que superaba con mucho la media británica. Tenía una mandíbula cuadrada que le daba aspecto de pugilista, un bigote negro muy poblado y unos ojos tan duros como el acero. A su lado las dos Silverstone parecían aún más menudas y apocadas de lo que realmente eran. La señorita Stirling sonrió a la muchacha por encima de las rosas que había en el centro de la mesa.

—Me imagino que estará muy ilusionada, lady Lillian. Le espera una vida muy distinta en Luisiana, seguramente más emocionante que la que deja atrás...

—Sí —dijo ella con una sonrisa tímida—. No dejo de pensar en lo afortunada que soy.

Pero era una sonrisa en la que no participaban sus ojos castaños. Lionel cruzó una mirada con Veronica y constató que los dos pensaban lo mismo: lady Lillian se dirigía al altar tan alegremente como lo haría la víctima de un sacrificio azteca.

Y era una pena, porque la muchacha apuntaba maneras; más pequeña y delgada de lo que solía gustarle a Lionel, pero con una cabeza tan delicada como la de una modelo de Waterhouse. Tenía el pelo del mismo castaño rojizo que su madre y lo llevaba recogido en una trenza enrollada a la altura de la nuca y adornada con pequeños capullos blancos.

—¿Y usted, mi querida Margaret? —preguntó el capitán Hurst jovialmente—. ¿Qué la lleva en esta ocasión a Estados Unidos? ¿Otro de los curiosos encargos de su patrón?

La señorita Stirling dejó de mirar con atención a lady Lillian antes de contestar:

—Exactamente, capitán Hurst. Una investigación en Nueva Orleans que promete ser realmente apasionante. Han llegado a nuestros oídos algunos rumores interesantes sobre algo que está sucediendo a orillas del Mississippi. A Su Alteza Real le pareció que merecería la pena dejarse caer por allí para averiguar si son ciertos o no, de modo que me puse en contacto con unos conocidos de Oxford para que me acompañaran a Luisiana...

—Y como siempre, tuvo mucha mano izquierda —intervino Lionel con sorna—. No recurrió al engaño en ningún momento, ni nos ocultó información importante.

La señorita Stirling le lanzó una mirada de advertencia por encima de la mesa. Se habían sentado justo enfrente el uno del otro, aunque hasta entonces no le había prestado más atención que la que le merecería cualquiera de los camareros que les servían la cena.

—El señor Lennox y yo... diferimos un poco en cuanto a la manera de abordar esta investigación —explicó la dama al capitán Hurst sin perder su sonrisa—. Pero supongo que ahí está la gracia del asunto: en el hecho de que todos somos muy diferentes. El profesor Quills es un científico conocido en el mundo espiritista. Su sobrina, la señorita Quills..., bien, también es muy conocida, aunque me temo que por motivos que no tienen demasiado que ver con su talento pictórico. —Veronica agarró su servilleta y Lionel se apresuró a sujetarle la muñeca para que las cosas no fueran a peor—. En cuanto al señor Saunders, es escritor y se encargará de dejar constancia de los resultados de esta...

—¿El señor Saunders? —interrumpió lady Lillian de repente—. ¿Ese señor Saunders?

Lo dijo en un tono de voz casi entrecortado que hizo que todos la miraran. Oliver estaba distraído, pero al procesar sus palabras regresó poco a poco a la realidad.

—¿Nos... nos conocemos? —preguntó aturdido. Ella se tapó la boca con las manos.

—No me lo puedo creer... Sabía que era de Oxfordshire, como nosotros, pero nunca se me habría ocurrido... ¡precisamente aquí, en medio del océano, entre desconocidos!

—A Lily le entusiasman las historias del señor Saunders —dijo su madre a media voz.

—Ha sido una feliz casualidad, entonces —sonrió Alexander—. Un trayecto de seis días por la ruta del Ártico da para mucho, así que tendrán tiempo para hablar de literatura.

—¡Vaya! —exclamó Oliver, que se había sonrojado casi tanto como la joven—. Pues me alegro de saberlo, lady Lillian. Espero no destrozar la imagen que tenga de mí por comportarme como un patán, pero aún no me he acostumbrado del todo a estas cosas.

—Nada de lo que haga podría decepcionarme —profirió la muchacha. Sus

oscuros ojos relucían por debajo de un flequillo que parecía haber sido cortado para amurallarse tras él—. Solo he leído las primeras páginas de *Tu nombre después de la lluvia*, pero me tiene atrapada...

Los camareros se acercaron para cambiarles los platos por otros con canapés de caviar que Veronica miró con desconfianza. Oliver y lady Lillian se enfrascaron en una entusiasta conversación sobre almas en pena, iglesias en ruinas y cementerios irlandeses de lo más transitados a medianoche, así que la señorita Stirling decidió retomar la conversación con el capitán donde la habían dejado.

—Puede que usted sea capaz de echarnos una mano con este asunto. Según tenemos entendido circulan por los alrededores de Nueva Orleans algunos rumores inquietantes sobre un barco hundido en el río... un bergantín que nunca se ha podido rescatar pero al que sin embargo se ha visto navegar en las noches más oscuras. Es posible que no sea más que una invención de los lugareños, pero dada la persistencia de las habladurías...

—¿Se refiere usted al *Perséfone*? —preguntó el señor Stewart, el segundo de a bordo.

Había permanecido callado hasta entonces con una expresión en su alargado rostro que dejaba claro que preferiría estar en el puente del *Oceanic* ocupándose del timón que en el comedor de primera clase, rodeado de pasajeros con los que no tenía nada en común.

—¿Ha oído contar esta historia antes, señor Stewart? —se asombró la señorita Stirling.

—Más veces de las que me hubiera gustado —replicó el oficial—. Era una auténtica leyenda para los hijos de los soldados de la Unión que participaron en la guerra. Aunque reconozco que nunca creí en ella, ni siquiera cuando era niño; y aunque lo hubiera hecho me habría preocupado más la tripulación del *Perséfone* cuando aún respiraba que ahora.

—El padre del señor Stewart fue comandante en la División Militar del Mississippi durante los últimos años de la guerra —les explicó el capitán Hurst—. Era oriundo de Ohio, como yo. Luchamos codo con codo en la campaña de Atlanta, donde fue gravemente herido durante el incendio de la ciudad. Murió un par de meses antes del fin de la guerra.

—Entonces es comprensible que no sienta simpatía por esa tripulación —comentó Lionel desde el otro lado de la mesa—. Tratándose de unos soldados del bando enemigo...

Para sorpresa de todos y desconcierto de Lionel, el segundo de a bordo se echó a reír al escucharle. Aunque su risa era una de las menos alegres que habían oído nunca.

—¿Soldados del bando enemigo? Santo cielo, señorita Stirling —soltó volviéndose hacia ella—. ¿Nadie les ha contado lo que el *Perséfone* se dedicaba a hacer en realidad antes de que se hundiera en el Mississippi?

—Nosotros... Mi patrón y yo siempre dimos por hecho que había sido destruido por las tropas unionistas cuando remontaba el río —contestó la señorita Stirling. Parecía tan desconcertada como Lionel—. ¿No era un barco militar? ¿No participó en las contiendas?

—Sí que participó..., aunque no como lo haría un navío tripulado por unos hombres honrados —repuso el señor Stewart—. El capitán Westerley era un corsario, señorita. Un corsario confederado, con una patente firmada, sellada y ratificada por el gobierno del Sur, pero un corsario al fin y al cabo. Un pirata al que se le permitió campar a sus anchas por el océano para asaltar a cualquier navío que proporcionase suministros a la Unión.

—Los hubo en muchos más estados, no solamente en Luisiana —explicó el capitán al reparar en la creciente sorpresa de sus compañeros de mesa—. El *Savannah* de Harrison Baker, el *Petrel* de William Perry..., todos eran veleros pequeños y veloces, perfectos para plantar cara a naves más poderosas que podrían causarles problemas en aguas abiertas.

—Durante el primer año de la contienda el *Perséfone* estuvo atacando a los barcos de la Unión por todo el Caribe, desde el golfo de México hasta la Martinica francesa —siguió explicando Stewart a la cada vez más perpleja señorita Stirling—. Y no solamente a los buques de guerra, sino también a los mercantes. Perseguía lo mismo que todos los que luchaban bajo la bandera del presidente confederado Jefferson Davis: acabar con el bloqueo que nuestros barcos del Norte habían establecido como un cordón a lo largo de toda la costa sureste. Davis sabía que su ejército naval no tenía nada que hacer al lado del norteño; casi todos los astilleros estaban en territorio de la Unión, y con la guerra no había tiempo para acondicionar más navíos. Así que creyó dar con la solución perfecta cuando anunció que a cualquier caballero que quisiera pelear por su causa aportando su propio barco le sería concedida una patente de corso. Esto les daría inmunidad en todos los estados confederados, sin importar sus tropelías...

—Una medida muy rastrera, aunque apuesto a que efectiva —comentó Veronica—. Lo que cualquier hombre desesperado aceptaría sin dudar. Me imagino que la mayoría de esos corsarios ni siquiera simpatizaban con la causa por la que en teoría estaban luchando.

—A William Westerley le traía sin cuidado, señorita, eso puede darlo por seguro. No era más que un oportunista que creyó ver el cielo abierto cuando le pusieron en las manos la patente con la que su vida podría cambiar para siempre. Ahora bien, a todos nos llega más tarde o más temprano el momento de saldar nuestras deudas, y el *Perséfone* pagó por sus pecados antes incluso de lo que esperábamos. Nadie atacó a ese barco durante su trayecto Mississippi arriba; se hundió solo, con sus quince hombres, cuando regresaba a Nueva Orleans tras una de sus expediciones. Justicia divina, lo llamó mi difunto padre...

Un escalofrío recorrió la espalda de Lionel al acordarse de la fotografía de

William Westerley que les había enseñado la señorita Stirling. Volvía a ver sus ojos abiertos de par en par, la tensión de sus facciones mientras miraba al horizonte, como si temiera que en cualquier momento pudiera alcanzarle un rayo. Como si en el fondo supiera lo que estaba a punto de sucederles, tanto a él como a los marineros que estaban a sus órdenes.

Ninguno de los ingleses se atrevió a decir nada. Incluso los Silverstone escuchaban en silencio la historia, indiferentes a la música y las conversaciones de las demás mesas.

—Y por si eso fuera poco, Westerley se casó con una Vandeleur —continuó el señor Stewart—, y todo el mundo sabe que esa era la rama más podrida del endogámico árbol genealógico de los estados del Sur. La mala sangre atrae a la mala sangre; siempre es así.

—¿Vandeleur? —preguntó Alexander, confundido. Miró a la señorita Stirling—. ¿No es el nombre del pueblo a orillas del Mississippi delante del cual se hundió el *Perséfone*?

—Efectivamente, profesor Quills —confirmó el capitán—. Pero el pueblo se creó a partir de la plantación Vandeleur, donde se instalaron hace dos siglos los antepasados de la familia que emigraron desde Europa para tratar de enriquecerse en el Nuevo Mundo.

—Una de esas propiedades sureñas con grandes mansiones y campos de añil que prosperaron a costa del sudor de hombres encadenados —añadió el segundo de a bordo, cuyo tono de voz delataba más que nunca su profundo desprecio yanqui—. No eran más que unos esclavistas, unos desalmados a quienes por suerte se les arrebataron todos sus privilegios cuando la Unión acabó ganando la guerra. Solo Dios sabe lo que podría estar ocurriendo ahora en Estados Unidos si las cosas hubieran terminado de otro modo...

Un repentino ruido de cristales rotos le hizo enmudecer. Todos los comensales se volvieron a la vez hacia la señorita Stirling. Sus dedos habían dejado de agarrar la copa de la que bebía, que había caído en su regazo y de ahí había rodado hasta hacerse añicos en el suelo. El clarete empapaba su vestido de gasa, aunque la joven no parecía ser consciente de lo que pasaba.

—¡Margaret! —exclamó el capitán Hurst. Hizo un gesto a uno de los camareros para que acudiera enseguida a la mesa—. ¿Se encuentra bien, querida? ¿No se habrá cortado?

—Tráiganle otra copa a la señorita —ordenó Stewart—. Y dense prisa en limpiar esto.

Algunos de los pasajeros de las mesas vecinas también la miraban, aunque más por la expresión que había aparecido en su rostro que por lo que acababa de suceder. La señorita Stirling se había puesto pálida y contemplaba a Stewart con ojos desencajados.

—¿Esclavistas? —logró preguntar pasados unos segundos. Ni siquiera se dio

cuenta de que el solícito capitán Hurst le quitaba la servilleta empapada del regazo—. ¿Ha dicho que los Vandeleur tenían una plantación en la que usaban como mano de obra...?

—Esclavos, sí —contestó el segundo de a bordo—. Detestable, estoy de acuerdo. Pero me temo que no eran los únicos. Todos los estados confederados del Sur contaban con plantaciones en las que se explotaba a los negros de la misma manera. Puede que ahora resulte inconcebible, pero le asombraría saber cuántas familias como la de los Vandeleur consideraban que no había nada inhumano en un sistema como ese, y que la propaganda abolicionista procedente de la Unión no era más que una artimaña para arruinar su sistema de vida.

Lionel no podía apartar los ojos de la señorita Stirling, aunque por una vez no era debido a su sobrecogedor atractivo. ¿Era aquella joven la misma que le había clavado una pistola en la espalda en el cementerio de Saint Giles?

Vio cómo tragaba saliva una vez, dos veces, tres veces, hasta que apoyó una mano en la mesa para ponerse en pie. El capitán Hurst se apresuró a imitarla. Parecía inquieto.

—Margaret, me está empezando a preocupar. ¿Quiere que haga venir a un médico?

—No tiene importancia —repuso ella—. No es más que un mareo. El *Oceanic*... suele afectarme de la misma manera cada vez que subo a bordo. Pronto se me habrá pasado.

—Puedo hacer que le lleven algo de cenar a su camarote si le apetece tumbarse. Es probable que se encuentre más tranquila que aquí, con tanta gente hablando a la vez...

Pero la joven no le estaba escuchando. Se despidió de ellos inclinando brevemente la cabeza y se dirigió agarrando su vestido empapado hacia las puertas del comedor, que una pareja de camareros se apresuró a abrir para ella. Lionel la siguió con la mirada hasta que hubo desaparecido y solo entonces se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. No habría sabido decir por qué, pero aquel comportamiento le resultaba mucho más preocupante que ninguna de las amenazas de la señorita Stirling. Tal vez porque la mujer que se acababa de marchar, con la mirada perdida, no parecía la señorita Stirling.

Algo se deslizó de repente dentro de su mano: los dedos de Veronica. Su amiga se había inclinado hacia él mientras el capitán tomaba asiento de nuevo y lord Silverstone volvía a entablar conversación con Alexander como si nada extraño hubiera sucedido.

—Estás pensando lo mismo que yo, ¿verdad? —le susurró ella—. ¿Qué mosca le ha picado para empatizar tanto con los sufrimientos de unos esclavos sureños?

—No tengo la menor idea. Me he quedado tan sorprendido como tú. Aunque quizá no sea más que una casualidad... —Lionel guardó silencio durante unos segundos. A su lado, Oliver se había puesto a hablar de nuevo con lady Lillian—.

Puede que en el fondo sea verdad que se ha mareado. No recuerdo haberla visto nunca tan pálida como ahora.

—O puede que de repente no le haga tanta gracia que su patrón quiera adquirir un barco que perteneció a un esclavista —apuntó Veronica.

Cogió uno de los canapés de su plato para mordisquearlo con desgana, pero Lionel había perdido casi por completo el apetito. Mientras los músicos atacaban los primeros compases de otra pieza se obligó a sí mismo a recordar que ella no le habría dedicado ni un pensamiento si estuviera en su situación. Dentro de unas horas estaría durmiendo en su cama como si nada hubiera pasado, soñando con granates de Bohemia, vestidos de encaje y todo lo que su príncipe le ofrecería a cambio del *Perséfone* si finalmente conseguían sacarlo a flote. ¿Qué más daba que su capitán hubiera sido un desalmado si la súbdita más fiel de los Dragomirásky, como siempre, acababa saliéndose con la suya?

Esa noche la señorita Stirling no soñó con granates, sino con diamantes negros.

«Virgen de siete años en venta por quinientas monedas.» Nadie había enseñado a la pequeña a leer, pero había oído repetir tantas veces aquellas palabras a los hombres que pasaban delante de ella en el mercado de esclavos de Antalya que casi reconocía cada uno de los caracteres escritos sobre el pesado cartel de madera que le colgaba del cuello.

Aquella mañana no se diferenciaba en nada de las demás. La niña permanecía arrodillada sobre la misma alfombra áspera, en la misma postura que su amo le había obligado a adoptar desde el primer día en que la llevó consigo al mercado, sujetando con sus pequeñas manos aquel ignominioso cartel con el que a duras penas era capaz de ocultar su desnudez y la cabeza inclinada sobre el pecho. «Nunca les mires a los ojos —le había ordenado—. No a menos que te lo pidan. Y si así lo haces, déjales claro que no has olvidado que eres un objeto.»

Veía pasar a su alrededor a cualquier hora del día las babuchas de los hombres que acudían al mercado, y que a menudo se quedaban de pie delante suyo, hablando de la pequeña esclava como si fuera demasiado tonta para entenderles. Babuchas de color rojo y marrón, pantalones bombachos de un blanco reluciente que hacían que el suelo cubierto de basura y excrementos pareciera aún más sucio. Su amo solía merodear cerca de ella, una mancha más oscura que el resto en los límites de su campo visual. Aunque no siempre lo tuviera delante, seguía sintiendo su respiración en la nuca. Cada una de las cicatrices de su espalda se ponía a latir cuando se acercaba con el látigo colgándole del cinturón.

—Quinientas monedas es un precio de locos —les oía decir a menudo a los demás tratantes que se detenían para charlar con él—. ¡Si no es más que una cría!

—Precisamente —solía ser su respuesta—. No os hacéis una idea de lo que debe costar dar con una esclava de siete años que siga siendo doncella en Antalya. Especialmente si se trata de una que ha visto tantas cosas como la mía. La estoy instruyendo a conciencia.

Otras veces un par de dedos asomaban por debajo de los mechones de pelo negro que le caían a la niña por la cara para sujetarle la barbilla. Cuando la obligaban a alzar la mirada tenía que hacer esfuerzos para no echarse a llorar por el resplandor del sol, con sus oscuros ojos posándose sobre cualquier cosa menos sobre quien la miraba.

—No está nada mal. Promete ser una belleza, pero deberías dejarla crecer un poco más si realmente quieres amasar una fortuna. Nadie te pagará ahora quinientas monedas.

Su amo fruncía el ceño mientras se alejaban, y después refunfuñaba durante

horas, y cuando la llevaba de vuelta a casa con los demás esclavos se aseguraba de borrarle de la cabeza a golpe de látigo cualquier conversación que pudiera haber escuchado. La niña apenas sentía dolor cuando lo hacía (las cicatrices se superponían unas sobre otras y su espalda había empezado a adquirir la resistencia del cuero), pero el mensaje le quedaba bastante claro. No tener oídos para nadie. No tener ojos, no tener labios, no tener alma...

Hacía más de medio siglo que la esclavitud había sido abolida en Turquía, pero si alguien estaba interesado en comprar a una persona sabía que acabaría dando con lo que buscaba en un mercado como aquel. La mayoría habían nacido siendo esclavos, y sabían que probablemente lo serían hasta el momento de su muerte; no habría clemencia para el que se atreviera a tratar de escapar. Tampoco parecía que ninguno de los ricos europeos que se dejaba caer por Antalya estuviera demasiado interesado en contar a las autoridades de su país lo que sucedía en la orilla más alejada del Mediterráneo. El mundo prefería guardar un pulcro silencio al respecto, cruzándose de brazos mientras los hijos y los nietos de aquellos griegos que fueron secuestrados en Quíos por el ejército turco se contentaban con vivir de sus recuerdos. La bisabuela de la niña había sido una de tantas campesinas arrastradas a la fuerza lejos de su hogar, en la lejana primavera de 1822 en que los griegos se habían atrevido a soñar con su independencia. Se había quedado embarazada poco antes de los asedios, y tuvo que dar a luz a su hija entre dos casas de aquel mismo mercado al que la había conducido su nuevo amo, al que no pareció hacerle ninguna gracia encontrarla muerta y desangrada al lado de una recién nacida que estaba molestando a todos los demás mercaderes con sus berreos. La nueva criatura ocupó su puesto entre el resto de su mercancía, y lo mismo haría años más tarde su hija, por cuyas venas corría la sangre turca de algún desconocido que no quiso pagar el precio solicitado por el tratante de turno a cambio de inspeccionar los encantos que se escondían bajo sus harapos. Esta había sido la madre de la pequeña, la misma que murió apenas unos meses después de dar a luz. Desde entonces no había tenido a nadie, ni la habían tocado más manos que las de algunos de los hombres que la contemplaban mientras bailaba desnuda en casa de su amo, recostados sobre almohadones tan mullidos que parecían hundirse en ellos, con los labios entreabiertos para dejar escapar pequeñas vaharadas procedentes de sus *shishas* y los ojos entornados ante las promesas que se adivinaban en su cuerpecillo.

Sus pensamientos la habían conducido muy lejos del mercado aquel día. Un poco amodorrada por el calor del sol, que hacía que le doliera la cabeza, estaba a punto de quedarse dormida cuando una voz femenina la sacó de su ensimismamiento. No eran muy numerosas las mujeres que se dejaban caer por aquel lugar, pero su extrañeza fue aún mayor cuando la dueña de aquel arrullo de paloma se detuvo delante del puesto de su amo. Sabía que no le dejaban alzar la cabeza, así que se quedó mirando los zapatos de cuero blanco que acababan de aparecer ante ella y que debían de estar dándole un calor horrible a su propietaria. De nuevo le llegó su voz, hablando en un

idioma que no había escuchado nunca. Y entonces un segundo par de zapatos apareció en su campo visual. Eran masculinos, tan relucientes bajo el resplandor del sol que la niña parpadeó. ¿La estarían mirando a ella?

—Cuatro en la derecha, y tres en la izquierda. Y el pelo y los ojos tan negros como la noche —dijo una voz masculina en un árabe casi perfecto—. Creo que aquí la tenemos.

La niña se quedó muy quieta. Despacio, casi contra su voluntad, sus pupilas abandonaron las huellas que los cientos de babuchas habían dejado sobre los caminos de arena del mercado. Ascendieron poco a poco para encontrarse con una pareja occidental que le sonreía, ella colgada del brazo de él, él hundiendo levemente en la arena la punta plateada de su bastón. Los dos eran más pálidos que ninguna persona que hubiera visto en su vida. La mujer no era demasiado guapa, pero tenía unos ojos del color del mar y llevaba puesto un precioso vestido blanco con mangas de encaje y un sombrero de paja adornado con una cinta a juego. Y el hombre... el hombre la dejó sin aliento. Alto, con el pelo tan rubio que podría pasar por albino, peinado hacia atrás con gomina y un bigote curvado sobre una amable sonrisa. No se había equivocado: le estaban sonriendo a ella.

La repentina presión de una mano en su nuca le hizo agachar la cabeza. El corazón le latió con fuerza al comprender que su amo acababa de sorprenderla siendo insolente.

—Discúlpeme, *sire*. Es una esclava todavía inexperta —lo escuchó disculparse con voz melosa—. Pónganse debajo de la lona, de ese modo les dará menos el sol...

Era evidente que para su amo también constituía toda una novedad entenderse en su propio idioma con uno de los caballeros europeos a los que tanto criticaba cuando los veía pasear por Antalya. Se quedó de pie al lado de la niña, agarrándola aún por la nuca y preguntándose seguramente por qué habría elegido su puesto entre todos los del mercado.

—Es una esclava griega, ¿verdad? —preguntó el caballero—. ¿De dónde la ha sacado?

—Su bisabuela era de Quíos, *sire*, por lo que me contaron. No de la capital, sino de una de las aldeas más cercanas, Kalimasia. Después de que los revolucionarios hicieran una masacre en Trípoli, nuestro ejército se encargó de que aprendieran la lección. Desde entonces no hemos tenido más problemas a la hora de abastecer los mercados como este.

La niña permanecía muy quieta mientras hablaban de ella. Con un dedo toqueteaba los pequeños lunares que salpicaban sus mejillas y que apenas se podían distinguir bajo la capa de mugre que recubría sus facciones, un gesto que solía hacer cuando se sentía nerviosa. Y en aquel momento lo estaba, realmente nerviosa. ¿Kalimasia? ¿Qué era eso?

—Entonces no es una griega de nacimiento. Tiene que tener sangre turca también.

—Supongo que es inevitable que se produzca algún tipo de mestizaje entre

nuestros esclavos por mucho que tratemos de controlarlos. A veces son como animales incapaces de atender a nada más que sus instintos. Pero si lo que quiere es una pura sangre griega...

—Antes de seguir adelante tenemos que estar seguros, querido. Dame un momento.

Esta vez fue la dama la que habló, y de repente la niña se encontró con su rostro a escasos centímetros del suyo. Había agarrado delicadamente con su mano enguantada la de su marido para ponerse en cuclillas sobre la alfombra. No parecía preocuparle que tal vez el dobladillo de su vestido no recuperara nunca su blanco de antaño. La niña tragó saliva, procurando disimular su desnudez con el cartel que sostenía. Al lado de una mujer como aquella, cubierta de encajes y de joyas, se sentía como un cachorro sarnoso.

Ella respiró hondo, y durante unos segundos se quedó quieta, antes de sonreír con la misma dulzura con la que lo había hecho hacía un momento. Su dominio de la lengua árabe distaba mucho de ser como el de su esposo, pero no tuvo problemas para entender lo que decía.

—Es ella, amor mío. —Y agarró de nuevo su mano para incorporarse—. Estoy segura.

El corazón seguía latiéndole tan salvajemente que por un momento temió marearse.

Su amo también parecía confundido, aunque en su caso la satisfacción que sentía no le había privado de la voz. Se apresuró a agarrar a la pequeña por un brazo para que se pusiera en pie, y aunque los extranjeros le dijeron que no era necesario, se empeñó en mostrarles sus dientes para que comprobaran que no tenía ninguno cariado. Hubo un intercambio de monedas entre los dos hombres mientras la dama se inclinaba para coger la alfombra, la echaba sobre sus hombros para que nadie más pudiera verla desnuda y desataba la cuerda de la que colgaba el cartel antes de dejarlo caer al suelo. La niña no pudo reaccionar, como tampoco lo hizo cuando la condujeron de la mano en medio de la asombrada multitud hasta un coche de caballos que los esperaba en la entrada del mercado, un vehículo con asientos recubiertos por un terciopelo tan brillante que por un momento le dio pánico la idea de tener que sentarse en uno de ellos.

Pero a aquellos extranjeros no parecía preocuparles que pudiera mancharlo todo de arena, ni que tuviera los pies sucios y su pelo olierá muy mal. Una vez que el conductor hubo cerrado la puerta del coche se miraron entre ellos de una manera que la pequeña nunca había presenciado, y el hombre atrajo hacia sí a su mujer para depositar un cálido beso en su frente. Se dio cuenta de que estaban contentos con lo que acababa de ocurrir.

—Bueno —le dijo él después de hablar un momento con la dama en aquel idioma que no era capaz de comprender—, ¿cómo te sientes ahora mismo, querida? Espero que no te asuste quedarte a solas con nosotros dos. ¿No deseabas perder de vista a ese

miserable?

La niña asintió con la cabeza, tan tímidamente que la dama no pudo contener un quedo «¡criaturita!» mientras enlazaba sus manos enguantadas. Al verla sentada delante de ella, en el asiento de enfrente, reparó en algo que antes había pasado por alto. El largo vestido cuyos pliegues casi cubrían por completo los zapatos de cuero blanco se curvaba de una manera muy característica en su cintura. Mientras tanto el coche de caballos se había puesto en movimiento y se alejaba del mercado, sumiéndolos en una Antalya bulliciosa que ni siquiera sabía que existiera.

—A partir de ahora te quedarás con nosotros —siguió diciendo el caballero. La niña hizo un esfuerzo por apartar sus ojos abiertos de par en par del mar que acababa de ver por primera vez, adivinándose tras las dunas de arena de la costa—. No permaneceremos más que unos días en nuestro hotel; pronto volveremos a Europa, y tú nos acompañarás.

—¿Y qué tendré que hacer para ustedes? —se atrevió a preguntar de repente. Ambos se la quedaron mirando con expresión de desconcierto—. Sé bailar, pero... pero no quiero hacerlo nunca más —añadió atropelladamente—. Y también sé coser con hilo y aguja. Y...

Su sorpresa fue mayúscula cuando el caballero se echó a reír de buena gana, y su esposa también, sacudiendo la cabeza con una gran sonrisa. ¿Había dicho algo gracioso?

—¡No te hemos comprado para que formes parte de nuestro servicio! ¡Santo Dios!

—¿No quieren que trabaje? —se asombró la niña—. Entonces... ¿qué tengo que hacer?

—Eso ya lo trataremos con calma —le indicó su nuevo amo, dando unos golpecitos joviales sobre la empuñadura de su bastón de plata—. Por ahora no tienes que preocuparte de nada más. Solamente de alimentarte como es debido, porque pareces desnutrida. Y de darte un baño en cuanto subamos a tu habitación. Me atrevo a decir que en esa pocilga de la que acabamos de sacarte debían de existir quinientas especies distintas de pulgas.

—Amor mío, te olvidas de lo más importante. ¿En qué estás pensando?

—Tienes toda la razón. Necesitamos saber cómo dirigirnos a ti. ¿Cuál es tu nombre?

—No tengo ninguno —murmuró la pequeña. Sintió que se ponía roja como la grana cuando su nuevo amo se la quedó mirando con sorpresa—. Nadie lo tenía en ese lugar.

Aquello no era cierto del todo. Su amo solía ponerles apodos a sus esclavos, pero ella era la única mujer con la que contaba por entonces. Para todos era simplemente «la niña». El carruaje se detuvo con una pequeña sacudida, pero su comprador no se movió para salir al exterior. Su esposa tampoco lo hizo; ambos la contemplaban con atención.

—Eres griega, y lo seguirás siendo mientras permanezcas con nosotros. No tienes por qué renunciar a tus raíces. Te llamaré Theodora —dijo él de repente—. «Regalo de Dios.»

Se inclinó más hacia ella para agarrar su barbilla por encima de la alfombra en la que estaba envuelta. Por primera vez en su corta vida se atrevió a devolverle la mirada a alguien que escrutaba su rostro, y nadie le dijo que estuviera siendo insolente. Se estremeció sin poderlo evitar cuando él deslizó un pulgar por los lunares que su antiguo amo siempre había considerado su mayor defecto. «Ya lo ha decidido —se dijo sintiendo una punzada en el estómago—. ¡Se ha dado cuenta de que no valgo lo que pagó por mí!»

—Tienes la cara cubierta de diamantes. Diamantes de color negro —le dijo sin dejar de acariciarle la mejilla—. Algún día alguien les pondrá un nombre y los adorará como lo más precioso que ha visto en su vida —sonrió—. Una mujer de diamante.

Entonces la sacaron del coche de caballos y la hicieron entrar en el hotel, donde la subieron a la suite en la que ambos se alojaban. Casi enseguida aparecieron dos criadas turcas cargadas con jofainas de agua caliente con las que llenaron una gran bañera. También llevaban una pastilla de jabón y una bolsita con sales de baño que olían tan bien que la niña casi se mareó. Aún no podía creer nada de lo que le estaba pasando mientras una de las criadas le frotaba todo el cuerpo con una esponja, haciendo que el agua casi se tiñera de negro, y la otra le enjabonaba la cabeza sin dejar de canturrear para sí misma. La esposa de su nuevo amo, a la que ambas se refirieron como lady Almina, iba y venía mientras tanto por el lujoso cuarto de baño, haciéndole toda clase de preguntas sobre qué era lo que más le gustaba comer y de qué color quería que fueran los vestidos que pensaba comprarle. En un momento dado sacó una pequeña bola de color marrón de una cajita que tenía al lado de la bañera y se la dio a Theodora para que la mordiera. Chocolate, le dijo que era, aunque nunca había oído esa palabra. Cuando dio el primer mordisco y sintió que la crema que había dentro del bombón le inundaba la boca, y las criadas le enjuagaron el pelo con agua caliente y la sacaron de la bañera para envolverla en una toalla esponjosa y suave, pensó por primera vez que podría acostumbrarse a todo aquello. Que no seguiría cuestionándose el por qué de aquellos placeres mientras los pudiera tener al alcance de la mano por formar parte de la vida que acababa de comenzar al lado de aquella pareja.

Casi no se reconoció cuando se miró en un espejo de cuerpo entero con el vestido de tul plateado que le habían puesto. Lady Almina le ató un lazo de encaje del mismo color en el pelo, que ahora caía en ondas sobre sus hombros, brillante y perfumado, y sonrió.

—Una dama siempre estará preparada para plantar cara a lo que sea —le aseguró, rodeándola con los brazos para compartir el mismo reflejo— mientras lleve puesto algo de encaje.

Tal como le habían prometido, no pasaron demasiado tiempo en el hotel. Cuatro días más tarde sus nuevos amos la llevaron de la mano a un navío que los condujo a la tierra de aquellos antepasados griegos de los que nunca había oído hablar, y de ahí fueron en tren hasta Budapest, donde se instalaron en un palacio a orillas del Danubio que a Theodora le habría parecido sacado de un cuento de hadas si le hubieran contado alguno cuando era más pequeña. Las galerías inundadas por un sol que calentaba de una manera muy diferente al de Antalya parecían sucederse hasta el infinito, y las lunas de los espejos que recorrían las paredes casi rozaban con sus marcos los techos dorados y blancos cargados de molduras. Si abría los brazos y se ponía a dar vueltas apoyada en la punta de un pie, como la bailarina de una caja de música que encontró en el cuarto que habían preparado para ella como regalo de bienvenida, veía cien Theodoras haciendo lo mismo por encima de su cabeza. Theodoras con lazos en el pelo y encajes flotando en el aire que casi se atrevían a pensar que no les pasaría nada malo por bailar de nuevo, por empezar a vivir de nuevo.

El paso del tiempo le demostró que la dulzura que los dos extranjeros le habían manifestado en el mercado no era un espejismo. Lady Almina estaba encantada de tenerla en el palacio con su esposo y con ella, y disfrutaba con el entusiasmo que mostraba por todo como si también ella volviera a tener siete años. Aunque era una adulta, la más elegante que Theodora había visto en su vida. Lady Almina pasaba mucho tiempo sentada en sus habitaciones, arreglándose ante un tocador que para la niña era una especie de santuario. Siempre la dejaba sentarse a su lado para que viera lo que hacía, y se reía cuando Theodora abría sus frascos de perfume para oisquearlos y se embadurnaba la cara con su borla de polvos de arroz, diciéndole que solo una tonta escondería unos lunares que con el tiempo se acabarían convirtiendo en su mejor arma. También le enseñó algunos rudimentos de inglés, su lengua natal, y contrató a una institutriz de Szeged para que empezara a hacer lo mismo con el húngaro.

En cuanto al caballero que la había comprado, pasaba mucho tiempo a solas en su despacho, sumido en reflexiones que hacían que su rostro se oscureciera como si unas nubes cubrieran de repente el sol, aunque siempre tenía una sonrisa para la niña cuando asomaba la cabeza tímidamente en la habitación. La hacía acomodarse a sus pies en un cojín de terciopelo y le hablaba durante horas de las cosas extravagantes que había visto a lo largo de su vida: un palacio veneciano cuyos propietarios siempre acababan muriendo de las maneras más siniestras, un diamante azul arrancado del ojo de un ídolo hindú poseedor de una maldición perpetuada durante siglos, una biblioteca irlandesa en la que el alma en pena del arzobispo fundador arrojaba cada noche al suelo los libros de las estanterías...

—Todas esas historias, esas leyendas en las que casi todo el mundo se niega a creer en la actualidad —le explicaba acariciándole la cabeza—, son más reales que muchas de las cosas de las que nos rodeamos cada día. El mundo es un lugar extraño,

querida, pero son esa extrañeza y esa oscuridad las que hacen que merezca la pena seguir viviendo en él.

—Lady Almina dice que ha visto fantasmas alguna vez —contestó Theodora en voz baja—. Y que por las noches sueña cosas que casi siempre acaban pasando en la realidad.

—Es completamente cierto —sonrió su nuevo amo—. Así fue como dimos contigo. La visitaste en sueños, aunque no pudieras saberlo mientras lo hacías. Te conoció en una de sus visiones y supo de inmediato que algún día nos serías de gran ayuda, pero aún es pronto para hablar de ese tema. Ahora solo tienes que preocuparte de seguir siendo feliz.

Y Theodora habría sido feliz de no ser por algo que sucedió tres meses después de su traslado a Budapest. Lo más doloroso que le había ocurrido en la vida, tanto que en comparación con lo que sintió en aquel momento el ardor de las heridas que su antiguo amo de Antalya le había causado con su látigo no parecía más que un pequeño escozor.

Quiso morir cuando su protector cayó enfermo sin que ningún médico pudiera darle a lady Almina una explicación sobre lo que le estaba sucediendo para consumirse como una vela dejada a la intemperie. Saber que a cada día que pasaba estaba más cerca de la muerte de la que le había hablado tantas veces, sin que ninguno de los adelantos casi mágicos con los que contaban en aquella ciudad consiguiera salvarle, hizo que el delicado mundo de cristal que le habían puesto entre las manos amenazara con romperse en mil pedazos. Theodora no tenía más que siete años por entonces, pero creía estar tan enamorada de su nuevo amo como su esposa, como una mujer hecha y derecha podría estarlo de un hombre. Era demasiado pequeña para comprender que existen diferentes clases de amor, y que lo que estaba sintiendo se parecía más a lo que podría manifestarle al padre que no había tenido, o al Dios en el que le estaban enseñando a creer, que a un hombre cuya edad cuadruplicaba la de ella. Pero en aquel momento aún no comprendía ninguna de estas cosas; solo podía pensar en que lo que más amaba en el mundo estaba a punto de desaparecer sin que pudiera mover un dedo para detener su final. ¿Por qué le habían hecho pensar que era hermosa una vida en la que sucedían cosas como esa?

Se negó a apartarse de su cama durante las semanas que duró su enfermedad y la servidumbre del palacio se acabó resignando a tenerla allí todo el tiempo, acodada sobre el borde del lecho con los ojos anegados en lágrimas. No podía creer que aquel hombre cada día más demacrado fuera el mismo que había cruzado un mar para salvarle la vida.

—No llores por mí, mujer de diamante —fue lo último que le susurró, sonriendo con esfuerzo sobre los almohadones—. Volverás a verme mucho antes de lo que te imaginas.

Ni lady Almina derramó tantas lágrimas como ella cuando su mano se quedó fría entre las de la niña y acudieron la institutriz y dos doncellas para sacarla en volandas

de allí. Esa noche no pudo dejar de llorar, y durante el funeral celebrado en la capilla del palacio, al que parecía haber asistido medio Budapest, los ojos le ardían tanto que ni siquiera era capaz de distinguir el ataúd colocado a los pies del altar. Tuvo que ser la institutriz quien la acompañara porque lady Almina se había puesto de parto apenas unas horas antes. Según lo que oyó susurrar a las doncellas, su pena era tan grande que había precipitado la recta final del embarazo y los médicos que la atendían empezaban a temer seriamente por su vida y la de su bebé.

Aquella fue la primera ocasión en la que se vistió de negro. Pero desde entonces lo siguió haciendo cada día, aunque no fuera más que una prenda suelta, aunque nadie se parara a pensar si estaba de luto por alguien. Y cada vez que lo hacía recordaba todo lo que había sentido durante ese funeral en el que el *Dies Irae* de Mozart se le clavó en el pecho como un puñal del que nunca se liberaría. No después de haber perdido a su único dios.

Cuando Theodora regresó a sus habitaciones, los criados le contaron que el recién nacido era un varón, pero ni siquiera pudo alegrarse de que tanto él como su madre se encontraran sanos y salvos. El palacio parecía extrañamente oscuro desde que su amo se había marchado, casi tanto como la cripta situada debajo de la capilla en la que habían depositado su ataúd. Durante toda aquella semana la niña se estuvo escapando de su dormitorio en cuanto sonaban las campanadas de la medianoche para sentarse a los pies de la tumba, igual que había hecho con el sillón de su despacho mientras le hablaba de las maravillas que había visto a lo largo de su vida. Era angustioso pensar que nunca se levantaría de allí para decirle con su cariñosa voz que se fuera a la cama, que era muy tarde para que una niña como ella vagara descalza y en camisón por un cementerio real.

Allí la encontró lady Almina la sexta noche, sentada en una esquina de la enorme losa de mármol blanco. La trémula luz de dos cirios siempre encendidos a ambos lados de la tumba hacía relucir las letras que la pequeña acariciaba con los dedos. *László Dragomirásky*.

—Me imaginé que estarías aquí al encontrar vacía tu cama —la oyó decir en voz muy baja. Se acercó despacio a la tumba, cruzando los brazos sobre su delgado batín como si quisiera calentarse con ellos—. A mí también me cuesta dejarle solo en un lugar como este.

Theodora se sorprendió al darse cuenta de lo desmejorada que estaba. No la había visto más que una vez desde la muerte de su esposo, cuando la hizo acudir a su cuarto para mostrarle al bebé que pronto bautizarían como Konstantin. Su piel había adquirido un tono ceniciento y sus ojos azules parecían mucho más pequeños debido a las ojeras.

Le hizo un gesto para que se reuniera con ella. La pequeña obedeció, bajando de la losa mientras trataba de secarse las lágrimas que le corrían por las mejillas.

—Dora —dijo arrodillándose ante la niña—. Dorita. —Le acarició la cara con una mano tan fría que podría pertenecer a un cadáver—. Hemos sido buenas amigas

tú y yo, ¿verdad?

«Sí —pensó la niña para sí—, sí que lo hemos sido. Aunque hubiera dado lo que fuera por poder quedarme con lo que tú tenías, sin importarme lo mucho que le quisieras.»

—Dora, me estoy muriendo. Me queda poco de vida. Meses, como mucho un año.

La niña la miró sin comprender. ¿Qué estaba pasándole a lady Almina?

—Eso no puede ser verdad. Los criados me dijeron que se ha recuperado del parto...

—Lo he sabido desde el primer momento. —Ahora la dama sonreía, aunque la suya era la sonrisa más triste que Theodora había visto en su vida—. Nunca trataron de engañarme. Era consciente de lo que tal vez me ocurriría. Y no me arrepiento en absoluto.

—Pero Konstantin la necesita. Es... ¡no es más que un bebé! ¡Tiene que cuidar de él!

—Me temo que no es algo que dependa de mí. Y no te imaginas cuánto siento dejar a Konstantin sin una madre, pero no hay nada más que pueda hacer por él. En cambio tú sí puedes, Dora. —Y ante la estupefacción de la niña le cogió la cara con las manos para observar largamente sus ojos negros. Dejó escapar un profundo suspiro antes de proseguir en voz más baja—: Ha llegado la hora de contarte lo que László me ordenó que callara hasta estar en la antesala de mi muerte. La auténtica razón de que diéramos contigo en Antalya después de que aparecieras en mis sueños con tus ojos inundados de dolor y tus diamantes negros en la cara. Lo que esta dinastía confía en que puedas realizar algún día... a cambio de haberte salvado la vida.

Entonces las dos se sentaron a los pies de la sepultura para hablar en voz baja hasta que el sol se elevó sobre las cúpulas del palacio húngaro y el rumor de las voces de los criados, muy por encima de sus cabezas, les recordó que el mundo seguía girando. Pero tal como lady Almina le había asegurado aquella noche, no por mucho tiempo, por lo menos no para ella. Cuatro meses después de que colocaran el ataúd del príncipe László en la cripta, una solemne comitiva recorrió el mismo camino con otro más pequeño que Theodora había cubierto con flores blancas recién recogidas en los jardines. Mientras entraba con su institutriz en la capilla para asistir al oficio fúnebre, se acordó de que lady Almina le había dicho que en Inglaterra había un nombre femenino, Margaret, relacionado con aquella flor. «No es un mal nombre —pensó la niña—. Suena aristocrático. Margaret.»

Después de dejar a lady Almina al lado de su esposo, se dirigió al dormitorio que había sido de su ama, despidió a la niñera sentada al lado de la cuna y se quedó mirando cómo el pequeño Konstantin movía con esfuerzo las manos y los pies, tan pequeños que parecían a punto de hacerse pedazos en cuanto algo los rozara. Rezó en silencio pidiendo una única cosa: que con el paso del tiempo se convirtiera en lo que

había sido su padre. Que pudiera recuperarle a través del hijo al que tenía que consagrar su vida entera. Mientras acercaba un dedo para que Konstantin lo rodeara con los suyos, y el bebé la miraba fijamente con sus ojos grises, extrañamente sabios, pensó que no le importaría esperar cuanto hiciera falta. Los Dragomirásky le habían dado una nueva vida y no había nada que Theodora no estuviera dispuesta a hacer por aquella dinastía, ni por el pequeño heredero que le habían confiado. Ni siquiera matar, si era necesario. O morir.

Al fin y al cabo, ahora los dos eran príncipes. Un príncipe sin padres y una princesa encadenada, sin reino, sin trono y sin corona, pero príncipes de pleno derecho. No había nada que el mundo pudiera negarles. Ni que ellos no se atrevieran a reclamar algún día.

La luna que dejaba caer su luz sobre el Atlántico era la misma que se había puesto sobre la sepultura de su protector veinte años antes. El mercado de esclavos de Antalya, las casas en las que bailaba desnuda, las sonrisas de las criadas que la habían bañado por primera vez, todo regresó a ella aquella noche. Y acurrucada en la cama de su camarote de primera clase, con las manos temblorosas cubriéndole la cara y el cabello desordenado sobre la almohada más cómoda del océano, Theodora sollozaba.

Oliver gruñó contra la almohada cuando abrió los ojos a las siete de la mañana y recordó dónde estaba. Había tenido un sueño tan profundo que por un momento creyó encontrarse aún en Caudwell's Castle, en la cama con dosel de la habitación que daba al río Isis, con la espalda de Ailish apoyada en su pecho y la nariz hundida en los cabellos rubios de su esposa. El lecho que ahora ocupaba, aunque no era grande, parecía enorme por no tener que compartirlo con nadie. «Solo hace dos años que duermo con otra persona —pensó mientras se daba la vuelta para quedarse mirando perezosamente el techo forrado de madera del camarote—. ¿Cómo es posible que esto me resulte tan raro?»

Conocía demasiado bien la respuesta, y su mal humor no hizo más que crecer al recordar lo lejos que estaba de Ailish. Habría dado cualquier cosa por poder apoyar una mano en su vientre y sentir el latido de aquel segundo corazón que tenía dentro. Pero no tenía mucho sentido seguir acostado estando completamente despejado, y además se le había ocurrido algo que podía hacer por su cuenta antes de que se despertaran los demás.

La noche anterior habían seguido hablando del *Perséfone* con sus compañeros de mesa después de que la señorita Stirling se marchara a su camarote. El capitán Hurst les había recomendado echar un vistazo a los periódicos de la década de 1860 que pudiera haber en las hemerotecas del transatlántico por si encontraban en ellos alguna noticia del hundimiento. Le había contado a Oliver que el *RMS Oceanic* no contaba con una biblioteca a bordo sino con dos, e incluso le había dibujado un plano en la parte de atrás del menú de la cena para que localizara la que se encontraba en la cubierta principal. No quedaba lejos de allí, así que Oliver se dio prisa en vestirse, recogerse el pelo y salir del camarote para desayunar una taza de té en el café más cercano antes de ponerse manos a la obra con la investigación.

Tardó algo más de lo esperado en encontrar lo que estaba buscando; aquel barco era tan grande que resultaba imposible no perderse. Dejó atrás a un grupo de caballeros madrugadores que fumaban el primer cigarrillo del día en unas butacas de mimbre, subió una escalera parecida a la que conducía al comedor y empujó una de las hojas de caoba que había en lo alto. Efectivamente, ahí estaba la biblioteca. Mayor de lo que había imaginado, cubierta casi por entero con paneles de madera oscura y estanterías cargadas de libros, y con molduras de color dorado recorriendo el techo de un blanco inmaculado. En ese momento no había nadie más dentro, para satisfacción de Oliver. Dejó su chaqueta sobre el respaldo de uno de los asientos y se puso a buscar la estantería en la que se almacenaban los periódicos.

No le llevó mucho dar con ella. Estaba situada en una de las esquinas, cerca de la sección dedicada a las ciencias políticas. Allí las carpetas de cartón con los diarios se amontonaban en precarias pilas a las que, a juzgar por el estado que presentaban, no debían de acercarse demasiados viajeros. Muchos de los periódicos no habían sido

abiertos nunca, y la tinta había hecho que las páginas se pegaran entre sí. «Esto no va a ser fácil —se dijo Oliver, y cogió un pequeño abrecartas de una de las estanterías—. Menos mal que se me ha ocurrido madrugar precisamente hoy.»

Llevó media docena de carpetas a la mesa y fue directamente a los ejemplares de 1862, el año del hundimiento del *Perséfone*. Por lo que les había contado la noche anterior el segundo de a bordo, intuyó que la prensa de la época apenas recogería noticias que no tuvieran que ver con la guerra civil, pero el 10 de abril de 1862 sucedió algo en aquella zona que, aunque no tenía que ver estrictamente con la contienda, llamó la atención del *Daily Crescent*. El diario le dedicó una breve nota al pie de la página 5, después de ocuparse de las últimas escaramuzas al norte de Luisiana:

TRÁGICA PÉRDIDA PARA LOS ESTADOS CONFEDERADOS

Nos informan de que hace escasas horas el *Perséfone*, capitaneado por William Westerley, se ha precipitado a su final en las aguas del Mississippi cuando se dirigía al puerto fluvial de Nueva Orleans. Aún se desconoce la causa de este suceso, devastador para todos los que teníamos nuestras esperanzas puestas en estos arrojados hombres del Sur, capaces de plantar cara a la muerte cada vez que se hacían a la mar para servir a la causa que consideramos nuestra. Confiamos en poder informar pronto a nuestros lectores de los pormenores de esta tragedia, aunque al cierre de esta edición todavía se desconocía si el río ha devuelto el cuerpo de alguno de los hombres que iban a bordo.

De manera que no habían sido los cañones del ejército de la Unión los que habían acabado con el bergantín. Tenía que haberse hundido por otro motivo. Lo que el señor Stewart les había contado sobre la justicia divina seguía resonando en sus oídos mientras hojeaba otros diarios de las mismas fechas. El *Meridional* añadía a lo anterior el dato de que el *Perséfone* se dirigía a Nueva Orleans después de haber realizado una expedición al oeste de Francia para abastecerse de suministros destinados al ejército confederado. El *Carrolton Sun* se lamentaba de que durante el naufragio se hubieran perdido las armas de fuego sin las cuales el ejército del Sur no podría seguir plantando cara durante mucho tiempo más al del Norte, además de la clase de mercancías que por culpa del bloqueo de la Unión habían dejado de estar al alcance de muchos, desde comida hasta prendas refinadas importadas de París.

Lo más curioso de todo, reflexionó Oliver mientras cogía otro periódico, era que nadie se hubiera atrevido a alcanzar el pecio sumergido del *Perséfone* en más de cuarenta años para tratar de recuperar los suministros más valiosos, no hasta que aquel John Reeves del que les había hablado la señorita Stirling se atrevió a bucear hasta allí..., pagando por ello con su propia vida. En otro de los periódicos, el *Shreveport Weekly News*, se entonaba una oda a la valentía del capitán Westerley y a las últimas victorias que había conquistado antes de morir, en especial la destrucción de dos barcos de guerra de la Unión y cuatro fragatas mercantes que regresaban a la costa Este.

Oliver se reclinó un momento contra el respaldo de la silla, contemplando a través

de una de las ventanas de la biblioteca cómo el sol se elevaba poco a poco en el cielo y el amanecer pintaba de rosa las estanterías de la habitación. Siempre había oído decir a Alexander que cada hombre construye su propia concepción de la historia y que nadie podría decir a ciencia cierta quiénes eran los héroes y quiénes los villanos. Pero lo que les había contado el señor Stewart le había hecho imaginarse a William Westerley como un hombre despreciable, carente de cualquier moral, cegado por la codicia y deseoso de aprovecharse de los desastres de la guerra sin importarle cuántas víctimas pudieran dejar a sus espaldas. Aquel retrato, desde luego, no se parecía nada al que los periódicos de Luisiana pintaban de él, en los que no pudo hallar más que admiración hacia un valiente capitán que había arriesgado la vida burlando el bloqueo de la Unión por su fe ciega en la causa confederada.

Tuvo que servirse de nuevo del abrecartas para separar las páginas del ejemplar del 11 de abril de 1862 del *Evening Delta*, que también dedicaba un artículo al hundimiento del bergantín. Lo acompañaba una estampa en la que aparecía representado el *Perséfone* descendiendo hacia el delta del río, con sus velas cuadradas asomando como una congregación de nubes entre los brotes de bambú del primer plano. Oliver volvió a inclinarse para leer:

EL PERSÉFONE HA NAUFRAGADO

Tristes noticias para los estados del Sur. Anoche uno de nuestros más valiosos barcos, el famoso *Perséfone* del capitán Westerley, se hundió en el Mississippi cuando regresaba de su última expedición al Viejo Mundo. Los ciudadanos de Nueva Orleans que se habían reunido en el puerto para darle una calurosa bienvenida tuvieron que conformarse con rezar por las almas de los quince valientes que iban a bordo cuando la noticia se dio a conocer en la capital. Hasta el momento no se ha recuperado ningún cuerpo, pese a los esfuerzos realizados por los vapores que han estado recorriendo aquella parte del río durante toda la noche. El presidente Jefferson Davis ha sido informado de la noticia y ha decretado un día de luto por el capitán Westerley y el resto de su tripulación; asimismo, se espera que en los próximos días se realice un oficio fúnebre en su honor en la catedral de Saint Louis en el que esperamos poder transmitirle nuestras más sinceras condolencias a la señora Westerley, anteriormente conocida como Vandeleur, y recordarle que tiene razones para estar orgullosa de un esposo que por desgracia le fue arrebatado demasiado pronto.

La estampa, a pesar de ser mucho menos detallada que la fotografía que les había mostrado la señorita Stirling en Caudwell's Castle, permitió a Oliver reconocer unos cuantos detalles del barco que había pasado por alto. No se había dado cuenta cuando lo vio por primera vez de que la figura femenina que hacía las veces de mascarón de proa era una representación de la diosa Perséfone, la reina del inframundo de los antiguos griegos. El grabado era demasiado pequeño para poder apreciar los detalles, pero Oliver se percató de que tenía el pelo suelto, flotando hacia atrás sobre los hombros que asomaban por el borde de una túnica, y las manos alzadas para apretar algo contra su pecho. Seguramente se trataría de una granada, el fruto con el que siempre se solía representar a Perséfone.

Le había oído contar a Ailish muchas cosas sobre los mascarones de proa de los antiguos barcos piratas que habían atacado los pueblos costeros de Irlanda. Siempre

le habían parecido fascinantes, tanto como las supersticiones de los marineros respecto a aquellas mujeres de madera que los acompañaban en sus travesías. Se decía que en el momento en que una de ellas se desprendiera de la proa de un barco, su tripulación estaría perdida sin remedio, porque dejaría de contar con un ángel de la guarda que la guiara a lo largo y ancho del océano y la protegiera de los corsarios, las tormentas y los monstruos marinos que pudieran salirles al paso. Aunque en el caso del *Perséfone* no parecía que la escultura de la diosa hubiera servido de mucho. Oliver se preguntó qué habría sido de ese mascarón y qué aspecto presentaría en aquellos momentos, medio enterrado en el barro que cubría el lecho del Mississippi, con las manos cubiertas de algas, los cabellos descoloridos como los de una anciana y los ojos abiertos en la oscuridad, rodeado noche y día por peces y caimanes...

Tuvo que regresar a la realidad cuando la puerta de la biblioteca se abrió dando paso a un caballero bastante mayor que lo saludó con la cabeza antes de sentarse a otra mesa. Cogió la prensa del día y se puso las gafas para consultarla, y Oliver decidió que sería mejor dejar la investigación para más adelante. Alexander, Lionel y Veronica no tardarían en levantarse, y tenía muchas cosas que contarles antes de que se les uniera la señorita Stirling, si es que se había recuperado de lo que fuera que le había ocurrido la noche anterior, y empezara a manejarles de nuevo como si fuesen simples marionetas.

Estaba a punto de cerrar aquel ejemplar del *Evening Delta* cuando sus ojos se encontraron con un nombre conocido. Había otro artículo más corto en la siguiente página, una nota relegada al final de una columna en la que se hablaba de las últimas destrucciones causadas por el ejército unionista. Oliver contuvo la respiración al leerla.

INCENDIO EN VANDELEUR

Nos hemos enterado gracias a uno de nuestros corresponsales de que anoche se produjo un hecho lamentable cerca de Nueva Orleans. Al parecer, en la plantación Vandeleur se desató un incendio tan pavoroso que pudo distinguirse incluso desde la capital. Casi toda la casa ha sido presa de las llamas y el resto de la propiedad se ha visto severamente dañada, tanto que según lo que nos han contado los primeros testigos que acudieron al lugar de los hechos es muy poco probable que pueda seguir adelante con la producción de añil que le ha brindado en los últimos tiempos su merecida fama. Como todo el mundo sabe, la plantación Vandeleur había atravesado una etapa de palpable decadencia hasta el momento en que Viola, la heredera de Georges Vandeleur, decidió tomar las riendas de la propiedad. Aún no se ha descubierto la causa del incendio, si es que no se ha tratado de un simple accidente, lo que en nuestra opinión es muy poco probable teniendo en cuenta que menos de una hora antes se había producido el hundimiento del *Perséfone* del capitán William Westerley a escasa distancia del terreno que ocupaba esta hacienda.

Oliver tragó saliva. Había estado a punto de levantarse, pero se sentó de nuevo en la silla para leer la noticia una segunda vez, y después una tercera. ¿Cómo podía haberse dado una casualidad tan macabra? ¿Cómo se había declarado un incendio aquella misma noche en la plantación que pertenecía a la esposa del capitán que acababa de naufragar al pasar con su barco por delante de la propiedad? Se acordó de

repente de la fotografía de los Westerley que les había enseñado la señorita Stirling, y del rostro de la mujer en la que hasta entonces apenas habían pensado por considerar que la historia de la que se tenían que ocupar era la protagonizada por su marido y sus catorce hombres, no por ella misma. Y era un rostro hermoso, o al menos eso recordaba Oliver; redondo y con una barbilla puntiaguda, además de unos preciosos ojos claros que sin embargo mostraban una gran tensión. ¿Intuiría de alguna manera en el momento en que se tomó aquella fotografía el cruel destino que le esperaba a su esposo meses más tarde?

Tenía que regresar cuanto antes con sus amigos. Tenía que sacarles de la cama si era necesario, porque aquello superaba con mucho lo que había esperado encontrar en la biblioteca. Mientras devolvía los periódicos a su estantería y abandonaba la sala no dejaba de pensar en aquel nombre que acababa de conocer pero que parecía haber tenido mucho que ver con el hundimiento del *Perséfone*, tal vez demasiado. Viola Vandeleur...

—De manera que la plantación Vandeleur fue borrada de la faz de la tierra justo a la vez que el *Perséfone*. Desde luego, la primavera de mil ochocientos sesenta y dos no fue propicia para la familia Westerley. Aunque puede que nos estemos precipitando al pensar que los dos sucesos estaban relacionados; tal vez no fuera más que una triste casualidad.

—Al principio pensé que podría serlo, pero ¿cuántas posibilidades había de que las dos cosas sucedieran la misma noche? Ni siquiera los periódicos parecían estar de acuerdo en eso. Cierto que no hicieron más que alusiones veladas al respecto, pero...

—¿Crees que los soldados del ejército de la Unión podrían estar detrás del incendio?

—Lo dudo mucho, Alexander. ¿Qué habrían ganado los norteños prendiendo fuego a una plantación de añil carente de cualquier importancia como objetivo militar?

—¿Vengarse del capitán Westerley por tratarse de los suyos, tal vez? ¿Ajustar cuentas con su familia por haber enviado a demasiados barcos de la Unión al fondo del océano?

Alexander dejó la pregunta flotando en el aire mientras se llevaba de nuevo la taza de té a los labios. Oliver lo había encontrado fumando su pipa en la cubierta principal y lo había acompañado a desayunar. De los demás aún no había ni rastro; Lionel seguía roncando en la cama, Veronica les había susurrado a través de la puerta de su camarote que la cena no le había sentado bien y la señorita Stirling seguía extrañamente desaparecida. Durante un rato permanecieron callados hasta que Oliver dijo:

—Tampoco debieron de encontrar los cuerpos. Me refiero a los de los marineros del *Perséfone*, no a los heridos que pudieran producirse en el incendio, si es que los hubo...

—Lo que se celebró entonces en la catedral de Saint Louis tuvo que ser un oficio fúnebre con ataúdes vacíos —comentó Alexander—. Una parafernalia política que al menos sirvió para honrar la memoria del capitán Westerley y de su tripulación, aunque estoy seguro de que aquello no consoló demasiado a sus viudas. La pobre señora Westerley tenía que estar destrozada; había perdido a su esposo y su plantación en una sola noche...

—No pudo tratarse de una casualidad —insistió Oliver—. Ayer el señor Stewart fue muy claro al hablar de los Vandeleur como de una dinastía corrupta. Si la mala fortuna los perseguía tanto como para hacerse extensiva a todos los que se relacionaban con ellos...

—¿Piensas que los Vandeleur estaban malditos y que por eso el capitán Westerley se hundió con su barco sin que nadie los atacara? —preguntó el profesor, casi sonriendo.

—Sé que suena muy estúpido —reconoció Oliver sonrojándose un poco—, pero no le encuentro otra explicación. Puede que merezca la pena dejarnos caer por las ruinas de la plantación cuando nos instalemos en Vandeleur. La prensa decía que casi toda la casa principal había sido presa de las llamas. Seguramente nadie se haya animado en estos años a adquirir ese solar..., pero no tenemos nada que perder.

—No, en eso tienes razón. Aunque será mejor que no le cuentes a Lionel tu teoría sobre Viola Vandeleur si no quieres que te tome el pelo durante lo que nos queda de viaje.

Se habían sentado en una de las mesas situadas al lado de los ventanales. Alguien tocaba el piano detrás de una de las plantas diseminadas por el local, cuyas largas hojas rozaban las baldosas blancas y negras del suelo. *Tristesse* de Chopin, pensó el profesor mientras clavaba los ojos en la superficie del océano que se extendía al otro lado del cristal. Era de un azul tan intenso que parecía teñido, pero de vez en cuando asomaban entre las olas unas formas grises que acompañaban al *Oceanic* durante un rato antes de desaparecer. Delfines, probablemente. Volvió a mirar a Oliver.

—No puedo dejar de pensar en lo que me has contado sobre el cargamento que se hundió en el río con el *Perséfone*. ¿Qué clase de suministros llevaban consigo de Francia?

—El *Carrolton Sun* hablaba sobre todo de armas de fuego destinadas al ejército del Sur, aunque también de mercancías que por culpa del bloqueo de los barcos de la Unión no podían conseguirse tan fácilmente como antes. Artículos de toda clase, desde prendas femeninas hasta tabaco, café, té... Un contrabando en toda regla, para entendernos.

—Tal vez fuera eso lo que atrajo a ese muchacho, Reeves, al fondo del río —comentó Alexander con aire pensativo—. Un tesoro hundido lo bastante apetecible para tentar a un adolescente, sobre todo si se trataba de uno que no nadaba en la abundancia. Podemos encargarnos también de hablar con los vecinos de Reeves para tratar de descubrir lo que se traía entre manos.

—Me parece estupendo —contestó Oliver, sacando un sobre de uno de los bolsillos de su chaleco—. Pero aún nos queda mucho camino hasta Vandeleur, y tenemos tiempo de sobra para ocuparnos de otras cosas. ¿Sabes dónde podría dejar esta carta para Ailish?

—Hay una oficina de posta en esta misma cubierta —dijo Alexander. Empujó hacia delante su taza y se puso en pie—. Te acompañaré hasta allí; anoche lord Silverstone me dijo que el *Oceanic* cuenta con un servicio de telégrafos y aún no he podido ver ninguno.

Pero cuando se disponían a alcanzar la puerta del café oyeron un «¡Profesor Quills!» que les hizo detenerse. Una voz femenina llamaba a Alexander desde el otro lado de la sala. Tuvieron que regresar sobre sus pasos y rodear una de las exuberantes plantas para descubrir quién era.

—¡Lady Lillian! —dijo el profesor, sorprendido al encontrarla sentada en la

banqueta del piano—. ¡Así que es usted quien nos ha estado deleitando durante todo el desayuno!

«Ahora entiendo por qué la pieza era *Tristesse*», pensó Alexander. Los ojos de la joven seguían mostrando la misma timidez que en la cena de la noche anterior, pero su sonrisa era más abierta al no estar sus padres delante. El cabello cobrizo le caía a lo largo de la espalda, recogido en un ramillete de tirabuzones con un prendedor de plata.

—Temía que los camareros me dijeran que Chopin es demasiado serio para un barco de recreo, pero por suerte hay pocos clientes, y casi todos están demasiado entretenidos hablando entre ellos. —Miró a Oliver y su sonrisa se ensanchó—. Buenos días, señor Saunders. ¡Me alegro de volver a verle tan pronto! ¿Está recorriendo el *Oceanic* en busca de inspiración?

—No exactamente, milady. Más bien estoy buscando la manera de hacerle llegar esto a mi inspiración. —Oliver le enseñó el sobre que sujetaba en la mano—. Anoche le escribí una carta a mi esposa y me dirigía a la oficina de posta.

Los ojos de lady Lillian brillaron al mirar el sobre.

—Supongo que la señora Saunders es la Ailish de *Tu nombre después de la lluvia*...

—Y la protagonista de todos los relatos que he escrito últimamente. Me temo que soy muy poco original con mis personajes.

—Por el mismo motivo, todos los que son huérfanos son Oliver —apostilló Alexander—. Creo que es lo más entretenido de ser amigo de un escritor: poder reconocer cada una de sus obsesiones en sus historias.

—A mí me encantaría tener amigos escritores —reconoció lady Lillian—. En mi casa no son muy aficionados al arte que digamos, en ninguna de sus facetas. Yo soy la única a la que le gusta la música, pero cuando cumplí quince años mi padre se negó a seguir contratando a más profesores de piano, así que desde entonces practico a escondidas...

—Eso no me parece bien —contestó Oliver seriamente—. Siempre he pensado que lo peor que se le puede hacer a un hijo es tratar de moldear su personalidad a nuestro antojo.

—Ya lo sé, señor Saunders. Pero es un tema de conversación agotado, créame. No hay nada que pueda hacer para convencer a mi padre; tiene pánico a que me convierta en una romántica. A veces pienso que teme que me fugue con un músico callejero.

—Es normal que quieran protegerla tratándose de la más pequeña —dijo Alexander, más conciliador—. Creo recordar que su padre nos dijo anoche que tiene dos hermanas...

—Phyllis y Evelyn —confirmó lady Lillian—. Pero son bastante mayores que yo. Las dos están casadas desde hace tiempo, así que no puede decirse que tenga en ellas unas aliadas. La verdad es que muchas veces pienso que a mí nadie me esperaba. Fui para mis padres un accidente, algo con lo que no contaban. A lo mejor por eso me

siento a menudo tan... perdida. —La joven deslizó los dedos de la mano derecha por el teclado—. Hace poco una de mis antiguas institutrices me contó que entre Evelyn y yo hubo un tercer hermano —siguió en voz más baja—. Un varón que nació muerto, por desgracia; era demasiado pequeño y débil. Me dijo que ese fue el peor momento en la vida de mi madre, aunque ella nunca me haya hablado de él: la tarde en que tuvo que decir adiós a la cajita blanca que enterraron en nuestra capilla familiar. Desde entonces no volvió a ser la misma, y su relación con mi padre... tampoco. Estoy segura de que ambos confiaban en que con mi nacimiento las cosas cambiaran entre ellos. Pero, como pueden ver, tuvieron otra hija, así que me imagino que la extinción de nuestra dinastía será culpa mía.

Había tratado de darle un tono ligero a su voz, pero no pudo engañar a Alexander ni a Oliver. Ahora comprendían por qué lady Silverstone parecía tan abatida. Y también lady Lillian, aunque en su caso, pensó el profesor, debía de haber un motivo más personal.

—Por eso no se atreve a llevarle la contraria a su padre en nada —adivinó sin dejar de mirar a la joven—. Porque se siente responsable de su dolor, aunque no sea culpa suya.

—Realmente no es tanto sacrificio, profesor Quills. Nunca sería una pianista tan...

—No hablo del piano, sino de su compromiso. No suelo meterme en asuntos que no me conciernen, pero solo un novio completamente ciego sería incapaz de darse cuenta de que se dirige usted al altar atada de pies y manos.

Un rubor se extendió por el rostro de lady Lillian.

—Siento haberles dado esa impresión anoche. Es cierto que no estoy muy entusiasmada con... la vida que me espera a partir de ahora en Estados Unidos. Pero eso no quiere decir que no esté de acuerdo con la decisión que han tomado mis padres.

—Usted misma lo ha dicho: sus padres —comentó Oliver. Acercó una de las sillas de mimbre blanco para sentarse a su lado—. ¿Qué hay de su propia opinión al respecto?

—Mi opinión... —empezó a decir la muchacha. Unas damas que estaban desayunando cerca de la mesa de Alexander y Oliver se levantaron en aquel momento y se dirigieron hacia la puerta del café, y lady Lillian aguardó a que desaparecieran con un revuelo de plumas, dejándolos completamente solos—. Mi opinión no tiene importancia mientras esa decisión sea la correcta. Sé lo que se espera de mí y no puedo defraudar las esperanzas de mis padres, no después de haber supuesto una decepción para ellos desde el momento en que vine al mundo. —Ahora su voz era casi mecánica, como si fuera un gramófono que repitiera una y otra vez la misma melodía—. Además de que tampoco puede decirse que me vaya a casar con un desconocido. Mi prometido y yo nos entendemos bastante bien, aunque no tengamos... demasiadas cosas en común. Pero se trata de un caballero muy apreciado

por nuestros amigos comunes, y parece gozar de una excelente posición.

—Desde luego, su padre no escatimó elogios hacia él durante la cena —reconoció el profesor—. Vive en Nueva Orleans, ¿no es así? ¿A qué negocios se dedica exactamente?

—Es el heredero de un famoso empresario de Boston que amasó una fortuna con su cadena hotelera. Tal vez les suene su nombre, Reginald Archer júnior, Rex Archer para los que lo conocemos más íntimamente. Todo el mundo lo considera un soltero de oro.

—¿Cómo ha dicho? —exclamó Alexander. Lady Lillian alzó la vista, sorprendida, y después miró a Oliver, que se había puesto pálido—. Su prometido es... ¿un Archer?

—En efecto, profesor Quills —contestó la muchacha, cada vez más extrañada—. Pero no entiendo a qué viene su sorpresa. ¿Es que conocen a Rex de algo?

—No —se apresuró a mentir Oliver con un hilo de voz.

—Puede que les resulte familiar por haber leído su nombre en la prensa. Creo que en los últimos meses se ha hablado mucho del último triunfo de su cadena, un hotel que ha hecho construir cerca de Nueva Orleans en el terreno que antes ocupaba una de esas plantaciones destruidas durante la guerra. Lo inauguraron hace poco más de medio año.

Alexander no podía dar crédito a lo que escuchaba. De todas las personas con las que podrían tener algo que ver, los Archer eran a los que menos le apetecía tratar después de lo que había ocurrido dos años antes en Irlanda. Oliver parecía tan desencajado como él, aunque en su caso tenía motivos de peso para no querer acercarse más a aquel clan.

No obstante, había otra cuestión que preocupaba al profesor en aquel momento...

—¿Por casualidad esa plantación a la que se refiere no estará situada en Vandeleur?

—Me parece que sí. Me imagino que será la misma de la que nos habló anoche el señor Stewart. Lo único que sé de ella es que se encuentra al sur de la ciudad, siguiendo el curso del Mississippi, y que Rex está tan orgulloso de las reformas que insistió en que celebráramos allí la boda la semana que viene. Supongo que le parecerá una inmejorable ocasión de demostrar a mis padres el poderío de los Archer. Pero no entiendo por qué están tan sorprendidos. ¿De verdad que no habían oído hablar antes de ese lugar?

—¿Por qué cree que deberíamos haberlo hecho? —quiso saber Oliver, aún perplejo.

—Bueno, porque si su equipo está investigando la historia del bergantín del que hablaron anoche, no les quedará más remedio que alojarse en Vandeleur, y el hotel de Rex es el único que hay en ese lugar. Nueva Orleans está demasiado lejos para...

No había acabado de hablar cuando la puerta del café se abrió dando paso a lady Silverstone. Iba casi corriendo, balanceando unos largos pendientes de rubíes a

ambos lados de su delgado rostro, muy parecido al de su hija. Dejó escapar un suspiro al verla.

—Lily, por fin doy contigo. Te he estado buscando por todas partes —dijo mientras se acercaba al piano. Detrás de ella entraron Lionel y Veronica, aunque al reparar en su presencia prefirieron esperar en la puerta—. Tu padre está muy impaciente; creo que te quería presentar a unas cuantas personas durante el desayuno al que no has asistido...

—Me apetecía practicar un poco, y en mi camarote no había ningún piano —contestó lady Lillian a media voz—. Pero no te preocupes; no me ha visto ninguno de sus amigos.

—Mejor —murmuró lady Silverstone—. Ya tenemos bastantes preocupaciones. Será mejor que no le hagamos esperar o de lo contrario me dirá de nuevo que fue culpa mía no haber contratado a una dama de compañía para ti. —Se volvió hacia los dos ingleses y les dedicó una fugaz inclinación de cabeza—. Profesor Quills, señor Saunders..., les ruego que disculpen mi falta de cortesía. Estoy segura de que podrán seguir hablando más tarde.

Alexander no estaba tan convencido como ella. Los ojos de lady Silverstone, del color de las avellanas, mostraban una prevención rayana en el miedo, pero en los de su hija no había más que desolación. «Adiós», les dijo en voz baja mientras se levantaba de la banqueta del piano y se acercaba a su madre, que le rodeó los hombros con un brazo.

—Vaya, parece que los ánimos están bastante caldeados por culpa de la boda —dijo Lionel cuando las dos Silverstone abandonaron el café. Se aproximó a Oliver con las cejas enarcadas—. ¿Se puede saber qué le has hecho a lady Lillian para perturbarla tanto?

—¿Yo? —se extrañó Oliver—. Nada en absoluto. Solamente hemos estado hablando...

—¿No te has dado cuenta de cómo te ha mirado su madre cuando te ha encontrado sentado tan cerca de ella? ¿No has visto su expresión? Se ha puesto blanca como la leche.

—Yo también me he fijado en eso —coincidió Veronica ante la creciente sorpresa de Oliver y Alexander—. Pasó lo mismo anoche en la cena, aunque los dos estabais tan ocupados hablando de cementerios y almas en pena que no os percatasteis de nada. Me imagino que no se sentirá muy tranquila sabiendo que su hija tiene cerca a uno de sus ídolos, sobre todo cuando se trata de un hombre joven con el que tiene muchas cosas en común y la pobre chica está atrapada en un compromiso que la hace muy desgraciada.

Oliver se había quedado demasiado perplejo para contestar. Alexander se disponía a tranquilizarle cuando distinguió a través de uno de los ventanales a la señorita Stirling atravesando la cubierta con expresión sombría. El profesor se apresuró hacia la puerta.

—¡Señorita Stirling! —la llamó desde la entrada del café. La joven se dio la vuelta, y al reconocerle regresó sobre sus pasos—. Me alegro de haber podido dar con usted. Estaba a punto de salir a buscarla para que nos explique un par de cosas a mis amigos y a mí.

—¿A estas horas? Es usted despiadado —repuso ella. Entró en el café seguida por el profesor, que volvió a cerrar la puerta a sus espaldas, y miró a su alrededor—. ¿Es que no hay camareros aquí? Necesito tomarme una taza de algo caliente. Chocolate, a poder ser.

—Tiene usted un aspecto horrible esta mañana —le dijo Veronica con malicia—. ¿Ha sido cosa de las ostras a la rusa? Lo digo porque me he pasado la noche en el retrete y...

—Gracias por esa información tan absolutamente necesaria, señorita Quills —replicó la señorita Stirling—. Pero no, no han sido las ostras. Es simplemente que... no he podido descansar en condiciones. He tenido unos sueños bastante perturbadores. —Y respiró hondo, mirando a Alexander con su habitual aplomo—. ¿De qué quería hablarme?

—Hace un momento lady Lillian ha estado charlando con nosotros, y gracias a ella nos hemos enterado de algo bastante desconcertante —contestó el profesor en un tono tan cortante que la señorita Stirling se sorprendió—. Algo relacionado con el hotel en el que supuestamente usted pretende que nos alojemos durante nuestra estancia en Luisiana.

Un brillo de inteligencia iluminó de repente los ojos de la joven. Alexander comprendió que se había percatado de lo que ocurría por mucho que tratara de disimular.

—Ah, claro... ¿se refiere al hotel Vandeleur? ¿Qué problema tiene con él, profesor?

—¿Realmente no se da cuenta? —protestó Alexander—. ¿No se ha parado a pensar en que ninguno de nosotros querría poner voluntariamente un pie en casa de un Archer? ¿O es que va a tener el cinismo de decirnos que ni siquiera sabía quién era su propietario?

—Un momento —dijo Veronica de repente. Miró a sus amigos y su tío con los ojos muy abiertos—. Ese Archer... ¿tiene relación con aquel hombre al que conocisteis en Irlanda?

—Es su hijo —contestó Oliver en voz baja—. El heredero de su fortuna y su imperio.

—¿Qué? —dejó escapar Lionel. Su reacción fue exactamente la que Alexander había imaginado: casi echaba chispas por los ojos—. ¿Es que no hay otro hotel en Nueva Orleans?

—En Nueva Orleans, sí —contestó la señorita Stirling con calma—. Pero Vandeleur no está demasiado cerca de la ciudad; me he informado al respecto y he descubierto que el único modo de llegar al pueblo es subir a uno de esos vapores que

descienden por el Mississippi cada hora. Como comprenderán, no creo que tenga sentido hacer cada día ese trayecto; es mucho más práctico alojarnos en el hotel. Les garantizo que esto no nos causará complicaciones. Lo que ocurrió en Irlanda con Archer sénior es un caso cerrado.

—Puede que lo sea para usted —replicó Oliver—, pero le aseguro que yo aún no me he olvidado de los problemas a los que mi esposa tuvo que enfrentarse por culpa de ese tipo.

La señorita Stirling se limitó a recolocar las sartas de perlas negras que caían sobre su pecho, rozando el fajín de seda que ceñía su vestido gris. No parecía nada preocupada.

—Me parece que están sacando las cosas de quicio. Archer júnior no tiene por qué enterarse de que nosotros estuvimos involucrados en aquel asunto. Les repito que su hotel, por lo que tengo entendido, es la mejor base de operaciones con la que podríamos contar en los próximos días. Está a apenas unos metros del punto exacto en que se hundió el *Perséfone*. ¿No se dan cuenta de que eso es lo más adecuado?

—Lo más lujoso, querrá decir —contestó Veronica de malos modos—. ¡Que a fin de cuentas debe de ser lo único que le importa a alguien como usted!

La señorita Stirling alzó los ojos con aire extenuado. Alexander comprendió que no serviría de nada seguir discutiendo, al menos por el momento; pronto aquella parte del *Oceanic* se llenaría de pasajeros deseosos de tomar un aperitivo y no estaba dispuesto a dar un espectáculo. Les hizo un gesto con la cabeza a los demás para que salieran a la cubierta con él, y Oliver y Veronica le siguieron con cara de pocos amigos. La señorita Stirling se disponía a hacer lo mismo cuando Lionel la agarró rápidamente por un brazo.

—Señor Lennox, ¿qué está haciendo? —exclamó—. ¡Suélteme ahora mismo!

—Lo tenía planeado desde el principio —fue la respuesta de él. Le dio un tirón para que se le acercara más, y la señorita Stirling le fulminó con la mirada sin dejar de revolverse—. Primero nos oculta lo de ese muchacho, John Reeves, ¡y ahora esto!

—Quíteme las manos de encima. ¡Yo no tengo por qué darle explicaciones de nada!

—Es una inconsciente. ¿No se da cuenta de lo que se le puede venir encima? ¿No ve que si ese Archer se entera de lo que pasó realmente con su padre en Irlanda...?

—Creí que habíamos zanjado este tema en Oxford —siseó la señorita Stirling. Lionel siguió sin soltarla, pese a sus forcejeos—. Usted conoce tan bien como yo los resultados de aquella investigación, y sabe que no existe ninguna prueba contra mí. Puede que mi comportamiento en Irlanda no fuera del todo inocente, pero mi expediente está limpio...

—Su vanidad acabará con usted —contestó Lionel a media voz—. Y le aseguro que se lo ha ganado a pulso, ¡pero a nosotros no tiene por qué involucrarnos en sus tejemanejes!

Para su asombro la señorita Stirling se echó a reír, sacudiendo su hermosa cabeza.

—¡Tejemanajes! ¡Me habla de tejemanajes el rey de los farsantes! ¡El hombre que dejó que toda Gran Bretaña lo adorara como a un héroe cuando no es más que un ladrón de tumbas! ¡No sé cómo se atreve a echarme nada en cara alguien que...!

Antes de que pudiera seguir hablando Lionel decidió acallarla. Le dio otro tirón para atraerla más hacia sí y se arrojó contra su boca con tanta rabia que ella ni siquiera fue capaz de gritar. Su voz quedó ahogada por los labios de Lionel, que la hizo retroceder hasta que la señorita Stirling cayó con una estruendosa disonancia sobre las teclas del piano que lady Lillian había estado tocando. Completamente paralizada por la sorpresa, no pudo reaccionar hasta pasados unos instantes, cuando se revolvió furiosa entre sus brazos para quitárselo de encima. Pero Lionel no pensaba dejar que volviera a salirse con la suya. Siguió besándola mientras se apretaba más contra ella para tratar de inmovilizarla contra el instrumento. Cuando por fin se apartó unos centímetros se dio cuenta, con increíble satisfacción, de que estaba roja como la grana.

—Creo que han sido los mejores diez segundos de mi vida —comentó él, sonriendo ante su turbación—. Aunque más por haberla dejado reducida al silencio que por lo otro.

Aún seguía teniéndola aprisionada entre sus brazos, con las manos apoyadas sobre las teclas del piano y su nariz tan cerca de la de la señorita Stirling que casi podía aspirar su aliento. Ella apretó los dientes antes de sacudirle una bofetada con todas sus fuerzas.

—Me lo veía venir —repuso Lionel. Se llevó una mano a la cara, aunque siguió sin apartarse—. No sabe cuántas veces me han hecho esto. Tendrá que ser más original para...

Antes de que le diera tiempo a acabar, el cañón de una pistola se apretó contra su garganta acallando sus bravatas. La señorita Stirling había sacado a Carmilla de su fajín.

—Vaya... —logró decir Lionel sin poder agachar la cabeza; el arma se le clavaba tan fuertemente en la nuez que le hacía daño—. Reconozco que... esto sí es totalmente nuevo.

—Es el único idioma que entiende un miserable como usted —le espetó la señorita Stirling. Había estrechado tanto los ojos que parecían dos rendijas negras, y su pecho subía y bajaba ansioso; Lionel podía sentirlo contra su chaleco—. Parece que no ha aprendido nada en los últimos dos años, señor Lennox. Empiezo a pensar que realmente quiere que le meta un tiro entre las cejas para acabar con nuestros problemas.

—Creo que preferiría que fuera en el otro hombro. Siento debilidad por la simetría.

—¿Por qué no se lo cuenta a mi Carmilla? Ella también está deseando que le dé un besito en la boca.

—¡Qué se le va a hacer! Soy un hombre muy ocupado, pero nunca me han echado

en cara que dejara a una dama desatendida. —Lionel tragó saliva cuando la joven apretó aún más el arma contra su garganta—. Ahora sea buena chica y baje eso de una vez. En cualquier momento entrará algún cliente en el café y no tengo la menor idea de cómo podríamos explicar algo así. Y este tampoco es el uso que se le debería dar a un piano.

La señorita Stirling le dio un empujón para que se apartara de ella. Lionel no tuvo más remedio que hacerlo, aunque aún seguía sintiendo en los labios el sabor del triunfo mezclado con el del beso que le acababa de robar, caliente y perverso a la vez.

—Sabe que no conseguiré nada con esta clase de artimañas —le advirtió ella, que parecía haber leído en su rostro como en un libro abierto—. Tampoco lo harán sus amigos pese a lo mucho que les haya molestado que les ocultara tanta información. Tenía que hacerlo si quería que este plan saliera adelante. —Se guardó la pistola dentro del fajín—. Y a estas alturas me conoce lo bastante para adivinar que no me detendré ante nadie.

—Haga lo que se le antoje; nosotros también haremos lo mismo a partir de ahora —contestó él, encogiéndose de hombros—. Tal vez estemos juntos en esta investigación, pero eso no quiere decir que tengamos que apoyarla en cada una de las decisiones que toma.

—Francamente, señor Lennox, me trae sin cuidado lo que hagan mientras nuestra experiencia en Luisiana acabe sirviendo de algo. Es lo único que me interesa de ustedes.

Se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta acristalada con la barbilla alzada, pero Lionel no pensaba dejar que se marchara así como así. Aún tenía que dejarle algo claro.

—Puede hacer lo que desee con nosotros —le dijo con la mayor tranquilidad—. Puede manipularnos, puede engañarnos, puede tratar de comprarnos, puede hacer eso y más...

La señorita Stirling se volvió de nuevo hacia él con el ceño fruncido. Lionel se tomó su tiempo para acercarse a ella, sin dejar de mirarla a los ojos, hasta que agarró las sartas de perlas negras que caían sobre su pecho. La joven dejó escapar un pequeño grito cuando les dio un tirón para atraerla más hacia sí, tanto que sus bocas casi volvieron a juntarse.

—Pero la he besado, Stirling —concluyó Lionel en susurros—. Y ese es un tesoro que nadie podrá arrebatarme. Ni siquiera usted.

III

Violetas en la lluvia

El viaje por el Atlántico pareció durar un siglo, pero finalmente el *RMS Oceanic* entró en aguas norteamericanas y al amanecer del sexto día vieron asomar la antorcha de la Estatua de la Libertad sobre la línea del océano. Una libertad de la que el equipo del *Dreaming Spires* no podría disfrutar, no mientras siguieran estando en manos de la señorita Stirling. Había permanecido bastante callada durante los últimos días, y casi siempre prefería pasarse las horas sola en los cafés de la cubierta principal, en los baños eléctricos o en la piscina, pero cuando se les avisó de que muy pronto llegarían a su destino volvió a hacerse con el control de la situación.

Nueva York fue un parpadeo, un atisbo de edificios cargados de banderas, mucho más altos que los de Inglaterra, que tuvieron que conformarse con mirar desde el coche que los condujo del puerto a la estación de tren. Se despidieron de los Silverstone con la promesa de volver a verles en unos días y unas horas más tarde se encontraban en un convoy que se dirigía velozmente hacia el sur, siguiendo la curvatura de la costa Este. La ruta Crescent atravesaba tantos estados que incluso Alexander, que había comprado en Oxford una pequeña guía de viaje, acabó perdiendo el hilo. El paisaje fue cambiando gradualmente a medida que se acercaban a Luisiana; las nubes desaparecieron poco a poco, el cielo se volvió tan luminoso que casi hacía daño a la vista y las marismas y pantanos ganaron terreno a las llanuras. De vez en cuando distinguían los meandros del Mississippi a lo lejos, como la cola parduzca de un caimán que se agitara en la espesura antes de desaparecer y volver a salir a la superficie un poco más adelante, acompañando siempre al tren en su recorrido.

A Alexander y Oliver no parecía importarles pasar tantas horas encerrados en un compartimento, pero a Lionel la experiencia no tardó en sacarle de quicio. No estaba acostumbrado a permanecer durante tanto tiempo inactivo y al segundo día ya conocía de memoria cada rincón del tren, desde los coches dedicados a las salas de estar y la biblioteca hasta el comedor. La última tarde le resultó especialmente frustrante porque nadie parecía tener nada interesante que contar: Alexander se pasó la mitad del día con la nariz hundida en un tratado de Rankine sobre termodinámica, Oliver escribía una carta tras otra a Ailish, y Veronica, después de recogerse el pelo con un puñado de cintas, había subido los pies encima del asiento para ponerse a dibujar afanosamente en su cuaderno apoyado en las rodillas. «Esto parece un velatorio —rezongó Lionel para sí mientras abandonaba el compartimento por cuarta vez; nadie le preguntó adónde iba—. Como tardemos mucho en llegar a Nueva Orleans me volveré loco. ¿Por qué me he dejado arrastrar hasta aquí?»

Sabía muy bien la respuesta, pero no estaba dispuesto a admitirlo ni siquiera ante sí mismo. Decidió que lo más sensato sería ahogar sus penas en lo más hondo de una copa durante el tiempo que le quedara a bordo, así que se encaminó hacia el coche cafetería, que estaba dos vagones más allá del que ocupaban sus amigos. Era una sala

estrecha y alargada, con elegantes cortinas de color crema y lámparas Tiffany de todos los colores que se agitaban sobre las mesitas adosadas a la pared de la derecha. En una de ellas estaba sentada la señorita Stirling, dando pequeños sorbos a una copa de champán mientras hojeaba una revista.

—No hace falta que busque una manera de escabullirse; sé que me ha visto —dijo la joven sin alzar los ojos de su lectura—. Por lo menos podría tener la decencia de saludar.

—Estaba dispuesto a hacerlo —reconoció Lionel—. No sé por qué siempre da por hecho que no tengo el menor interés en comportarme como es debido cuando la situación lo requiere.

—Tiene razón; es usted un prodigio de *bon sens*.

Lionel no pudo contener una sonrisa. Cuando el camarero le sirvió un bourbon se acercó a la mesa de la señorita Stirling con la copa en la mano.

—*Ladies' Style Monthly* —leyó en la portada de la revista, encima de una estampa con media docena de complicados recogidos—. Debí habérmelo imaginado. ¿Su mayor preocupación es repetir peinado dos días seguidos?

La señorita Stirling le lanzó una mirada aviesa por encima de la revista. Entonces la dejó caer sobre su regazo para que Lionel se diera cuenta de que en realidad la estaba usando para disimular un periódico muy diferente donde se mostraban los últimos diseños de armas de fuego patentados en Estados Unidos.

—Como puede comprobar, es mucho más tranquilizador para cualquier miembro de su sexo que me interese por los vestidos y los zapatos —contestó con cierta desgana—. Pero estoy tan aburrida ahora mismo que me pondría a leer cualquier cosa. Puede que incluso uno de los tratados del profesor Quills; al menos me serviría para dormir durante un rato.

—Vaya, por una vez estamos de acuerdo en algo. Aunque la verdad es que me la imaginaba matando el tiempo de otra manera. Soñando despierta sobre los almohadones de su cama, por ejemplo, o vagando de un lado a otro del tren entre suspiros de anhelo...

—Lo que me faltaba por oír. ¿Y por qué tendría que comportarme como una idiota?

—Vamos, deje de hacerse la dura por una vez. —Lionel sonrió aún más mientras se sentaba frente a ella. Dejó la copa en la mesa y alzó los brazos para apoyarlos a ambos lados encima del respaldo del diván—. Los dos sabemos lo que está sintiendo ahora mismo. No se moleste en negarlo; sé que no puede dejar de pensar en lo que ocurrió en el *Oceanic* entre nosotros. En nuestro beso.

La señorita Stirling exhaló un suspiro de hastío, pasando una página de la revista.

—¿Así que en Oxford llaman beso a eso? ¿Tan pobre es el vocabulario de su ciudad?

—No se moleste en recurrir al cinismo. Ahora nadie nos escucha, y puede ser sincera conmigo. Sé cuál es la razón de que nos haya estado evitando durante estos

días. Le avergüenza que me dé cuenta de que está deseando repetir la experiencia.

—Oh, sí, señor Lennox, tiene toda la razón. Aunque no sabría decirle qué recuerdo me quita más el sueño desde entonces: si el de su barba mal afeitada, sus labios resecos, su aliento a vino barato o su, siento tener que decírselo así, evidente torpeza en el arte de besar. —Pasó otra página quizá más ruidosamente de lo debido—. Pero, por supuesto, fue una experiencia realmente increíble, tanto que no puedo dejar de pensar en ella ni de... ¿cuáles han sido sus palabras? ¿Vagar por el tren soltando suspiros de anhelo?

—Es usted una víbora —replicó Lionel—. Pero por desgracia se necesita mucho más que eso para minar mi ánimo. Le aseguro que ninguna de las mujeres a las que he besado se ha quejado nunca de mis artes amatorias. Y han sido muchas, muchísimas...

—Dudo que lo hicieran ante usted —comentó la joven—. ¡Las mujeres aprendemos a fingir delante de los hombres antes que a hablar! Pero si tan empeñado está en presumir de sus conquistas, podríamos preguntarle a la señorita Quills en la cena de esta noche. Supongo que se estará preguntando cómo he reparado en eso —añadió ante la confusión de él—. Cualquiera con dos dedos de frente lo haría..., salvo el profesor Quills, lo cual no deja de resultarme fascinante.

—No sé a qué se refiere —replicó Lionel, cada vez más inquieto. ¿Sería capaz aquella arpía de contarle a Alexander lo que había descubierto?—. Veronica y yo no somos más que amigos. Tenemos una relación muy estrecha, pero eso no quiere decir...

—Por supuesto. Una relación muy, muy estrecha. Es usted realmente liberal con sus amistades, por lo que veo. —La señorita Stirling sonrió por encima de su copa de champán—. Suerte que nunca me incluiré entre ellas. Me temo que la próxima vez que le apetezca tocar una pieza de piano a cuatro manos tendrá que recurrir a otros contactos.

—¡Señores viajeros, dentro de media hora llegaremos a la estación de Nueva Orleans! —anunció un revisor que acababa de entrar en el coche cafetería sacudiendo una campanilla—. ¡Fin del trayecto, señores! ¡Comprueben que su equipaje está en orden!

—Ah, ya era hora. ¡Han sido los tres días más largos de mi vida! —suspiró la joven.

Apuró la copa de un sorbo y se puso en pie, seguida por un Lionel que no podía dejar de mirarla con recelo. Al regresar a su compartimento comprobaron que los demás también se habían puesto en marcha. Alexander y Oliver habían recogido sus maletas en sus respectivos dormitorios, y Veronica se peleaba con los cierres de la bolsa de viaje en la que había guardado con prisas sus carboncillos y su cuaderno. Fuera no tardaría en hacerse de noche; el cielo que se distinguía más allá de los cristales era de un intenso púrpura y estaba surcado por delgadas nubes que parecían amapolas deshilachadas.

Cuando el tren se detuvo en la estación de Nueva Orleans, la esfera del gran reloj suspendido sobre las cabezas de la muchedumbre anunciaba las seis en punto. Al bajar del vagón comprobaron con sorpresa que hacía más calor del que habían imaginado; el aire estaba saturado de humedad y las palmeras que rodeaban la estación parecían agonizar. El pelo de Veronica, que tenía fama de ser el barómetro más efectivo del mundo, no tardó ni cinco minutos en encrespase. Debían apresurarse si querían llegar a Vandeleur antes de que se hiciera tarde, de modo que se conformaron con echar a la ciudad un vistazo tan superficial como el que habían dedicado a Nueva York mientras se dirigían al puerto fluvial, donde embarcaron en un vapor de ruedas que los condujo Mississippi abajo.

Pronto el bullicio de las personas que abarrotaban el muelle quedó atrás y los altos edificios de madera fueron sustituidos por la vegetación que se apoderaba de las orillas. Más allá de los bambúes, plátanos y cipreses cubiertos de musgo comenzaban los dominios del pantano, una masa oscura e informe de la que surgía el canto incesante de las garzas y el croar de las ranas. No obstante, todos aquellos sonidos se acallaron cuando dejaron atrás la última curva que los separaba del lugar en que el *Perséfone* permanecía sepultado por el agua, pudriéndose muy por debajo de sus pies con la calma que solo puede atesorar alguien que se sabe condenado para siempre.

Después de lo que les habían contado tanto la señorita Stirling como el segundo de a bordo del *Oceanic*, a ninguno le sorprendió demasiado que Vandeleur no fuera más que un puñado de cabañas criollas pintadas de alegres colores, situadas a medio camino entre la orilla fangosa del río y la espesura del pantano que se extendía más allá. Ya era noche cerrada cuando arribaron al pequeño embarcadero del pueblo, una plataforma de madera cubierta por una techumbre que parecía ser muy anterior a la guerra civil. No había ningún empleado dispuesto a ayudarles a bajar sus cosas, así que se las apañaron como pudieron y se dirigieron hacia la entrada de la antigua plantación, situada detrás de las cabañas. Una verja de hierro cubierta de enredaderas amarillas de Virginia marcaba los límites de la propiedad que había pertenecido a los Vandeleur antes de pasar a manos de los Archer.

—Magnífica—susurró la señorita Stirling con ojos brillantes. Fue la primera en entrar, y los demás la siguieron en silencio—. Es aún más hermosa de lo que me había imaginado.

La gran mansión se erguía al fondo de un sendero flanqueado por unos robles tan enormes que las nudosas ramas se entrelazaban sobre sus cabezas, como si estuvieran atravesando la nave principal de una catedral. Fueron avanzando hacia las altas columnas dóricas que se adivinaban a lo lejos, y que parecían aún más blancas de lo que realmente eran al asomar como huesos entre el manto de unas buganvillas que la noche pintaba de un rojo sangre. Había muchos clientes dando vueltas por los jardines de la plantación; a la derecha de la entrada principal habían construido un cenador donde en aquellos momentos tocaba una pequeña orquesta, y las mariposas nocturnas atraídas por los farolillos que colgaban de las ramas de los árboles

revoloteaban por todas partes.

—Son casi las siete, así que nos dará tiempo a cenar después de arreglarnos un poco en nuestros cuartos —dijo la señorita Stirling, cada vez más animada—. Si las habitaciones están a la altura del exterior del hotel, no me cabe duda de que se acabará convirtiendo en el más visitado de Luisiana. ¡Nunca había visto unas flores tan brillantes como estas!

—¿Qué es ese olor? —preguntó Veronica de repente, deteniéndose en medio del sendero.

—Gardenias, seguramente —contestó la señorita Stirling sin prestar atención—. He de reconocer que Reginald Archer júnior ha hecho un gran trabajo. No debe de haber sido fácil conseguir que en un par de años estas plantas crecieran tanto...

—No me refiero al perfume de las flores. Hay alguna otra cosa cerca... que apesta casi tanto como cuando uno olvida cambiarle el agua a una pecera —insistió Veronica.

Como en respuesta, la suave brisa nocturna cambió de dirección y entonces todos lo sintieron a la vez: un olor a podredumbre que ni siquiera las exuberantes flores lograban enmascarar del todo. Alexander se tapó la nariz con su pañuelo, y Lionel dijo:

—Es el pantano. —Señaló con la mano una franja más oscura que la noche que se extendía como una frontera boscosa más allá de los límites de la propiedad—. Está muy cerca de la plantación, más de lo que sería prudente... Contra eso Archer no pudo luchar.

—Ni tampoco los Vandeleur —comentó Oliver en voz baja—. ¿Cómo se les ocurriría instalar una plantación de añil precisamente aquí, al lado de una marisma tan salvaje?

De la sombría muralla de cipreses se elevaba el mismo coro que habían escuchado durante el trayecto Mississippi abajo. Antes de que pudieran decir nada más, un par de botones elegantemente ataviados descendieron la escalinata que conducía a la entrada del hotel para darles la bienvenida. Todas las arañas eléctricas de la casa parecían estar encendidas y el porche de dos niveles que se abría a los jardines era un océano de luz.

—Bueno, si los demás clientes han podido acostumbrarse a estas corrientes de aire me imagino que nosotros también —declaró la señorita Stirling, y dio un paso hacia los dos botones—. Estoy deseando poder soltar estos bártulos y ponerme cómoda de una vez.

—Lo mismo digo —corroboró Alexander—, aunque en otro lugar. —El profesor dejó caer en el sendero de gravilla las maletas de la señorita Stirling que había ayudado a acarrear desde el embarcadero—. Espero que disfrute de su estancia, señorita Stirling, y que el hotel Vandeleur esté a la altura de sus expectativas. Ya nos contará qué le ha parecido todo.

—¿Cómo dice? —exclamó ella, mirando con los ojos muy abiertos cómo

Alexander se daba la vuelta para regresar por donde habían venido—. ¡Tiene que ser una broma, profesor!

—Le advertí en el *Oceanic* que no estaba dispuesto a alojarme en casa de un Archer por muy beneficioso que fuera para nuestra investigación. No me gusta que me tomen por un idiota, ni que se empeñen en manejarme como a un pelele. Usted puede hacer lo que quiera; yo, por mi parte, me buscaré otro alojamiento en Vandeleur para estos días.

—¡Pero si no habrá ninguno! ¡No es más que una aldea con un puñado de cabañas!

—En ese caso me servirá para meterme más en situación. Y si no consigo dar con ningún hotel, regresaré a Nueva Orleans para hacer el mismo recorrido por el río cada día. Ha sido una suerte haberle echado este primer vistazo a la plantación.

La señorita Stirling se había quedado sin habla. Los botones se habían detenido a sus espaldas, asistiendo sorprendidos a la conversación.

—Señor Saunders —porfió ella, volviéndose hacia Oliver—, ayúdeme a hacer entrar en razón a su amigo. Sé que usted tiene sentido común y que está deseando quedarse aquí...

—Lo siento mucho, pero estoy de acuerdo con Alexander —contestó Oliver—. Creo sinceramente que deberíamos alojarnos en cualquier hotel menos en este. Yo también se lo dejé claro en el *Oceanic*, aunque me da la sensación de que no se tomó en serio nada de lo que le dijimos. No quiero tener nada más que ver con los Archer en toda mi vida.

Se echó de nuevo al hombro su bolsa de viaje y se marchó detrás de Alexander sin añadir nada más. La señorita Stirling dejó escapar un «esto es absurdo, por todos los dioses» antes de volverse hacia Veronica y Lionel. Los dos la miraban con aire divertido.

—Estoy segura de que habrá cosas interesantes que pintar en Vandeleur —declaró la muchacha—. Ese embarcadero me ha parecido muy evocador. ¿Vienes conmigo, Lionel?

—Claro —contestó él—. Cuanto más nos alejemos del pantano, mejor. No me seduce la idea de despertarme con un caimán debajo de la cama, por muy comfortable que pueda ser.

También ellos echaron a andar hacia la verja. Uno de los muchachos del hotel dio un paso titubeante hacia la señorita Stirling, que estaba empezando a enrojecer de rabia.

—Señorita, ¿quiere que vayamos subiendo su equipaje a recepción para que pueda...?

—Ah, haga el favor de cerrar el pico —le espetó ella. Agarró su vestido negro para bajar la escalinata—. ¡Señor Lennox, vuelva aquí inmediatamente! ¡Esto no tiene gracia!

—Pues claro que la tiene —respondió Lionel. Veronica soltó una risita—. Me di

cuenta nada más conocerla en Irlanda de que no sabe perder. Bueno, puede que sea el momento de que empiece a acostumbrarse a no salirse siempre con la suya.

—No va a venir con nosotros —dijo Veronica en voz baja mientras se alejaban por el sendero—. Es demasiado orgullosa, y le gustan demasiado los lujos. Se moriría si tuviera que pasar la noche en una cabaña criolla en la que probablemente ni siquiera contaría con un cuarto de baño.

—Mejor para nosotros, aunque no le vendría nada mal espabilar. ¿Quién dice que no llegará un momento en que tenga que despedirse del estatus del que disfruta ahora?

Pero incluso Lionel sabía lo poco probable que era eso. Tratándose de la empleada más fiel de un Dragomirásky seguramente seguiría nadando en la abundancia toda la vida.

—¿Mejor para nosotros? —repitió Veronica, mirando el perfil de Lionel en la media luz procedente de la entrada del hotel—. ¿O mejor para ti porque en el fondo eres como un niño que no soporta tener cerca el pastel que no le dejan comer?

Lionel estaba a punto de contestarle, pero se calló. Acababa de captar un movimiento entre los robustos troncos de los robles. Medio escondida detrás de uno de los árboles, una chiquilla de unos doce años los observaba completamente quieta, con las manos apoyadas en el nudoso tronco. Pero no había sido su repentina aparición lo que tanto había sorprendido a Lionel, sino lo extraño de su aspecto. Iba vestida con una prenda de color rojo parecida a una túnica, llena de manchas de barro y de briznas de hierba, y pese a la suciedad que cubría sus mejillas, se dio cuenta de que eran oscuras. La piel morena y los rasgos africanos creaban un sorprendente contraste con su enredado cabello, de un rubio tostado, y con sus grandes ojos del color del hielo.

—¿Lionel? —oyó decir a Veronica desde lo que parecía ser un lugar muy lejano—. ¿Se puede saber qué te pasa? ¿No estarás pensando en darte la vuelta para quedarte con lady Lunares?

—¿Mmmm? —Lionel apartó la vista con esfuerzo de la niña. Veronica acababa de desandar sus pasos para regresar junto a él—. Perdona, no te estaba escuchando. Es que...

Cuando se volvió de nuevo hacia la hilera de robles dio un respingo. La niña había desaparecido como si se la hubiera tragado la tierra. Como si nunca hubiera estado allí.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Veronica con extrañeza—. ¿Qué estabas mirando?

—No... estoy seguro. No parecía alguien real —murmuró Lionel, aunque al reparar en el recelo de su amiga sacudió la cabeza—. Habrán sido imaginaciones mías. Vámonos de aquí cuanto antes; este lugar es mucho más inquietante de lo que parece a simple vista.

—Me parece estupendo que hayas decidido ponerle los puntos sobre las íes, tío —le dijo Veronica a Alexander cuando dejaron atrás la verja—, pero nuestra situación actual no es muy buena que digamos. Me veo durmiendo debajo de un plátano esta noche.

—Hablaba en serio cuando decía que preferiría hacer cada mañana el trayecto por el Mississippi antes que alojarme en ese hotel —contestó el profesor, dejando sus cosas en el suelo para prestar mayor atención a las cabañas. Al llegar habían atravesado Vandeleur con tantas prisas que apenas les habían dedicado una mirada, pero ahora se daba cuenta de que todas poseían un pequeño porche de madera parecido al del hotel, y en ellos se distinguían algunas siluetas charlando detrás de mosquiteras. Había un par de carros estacionados al lado de la verja, seguramente destinados al transporte de comida y suministros—. Supongo que podríamos encontrar un modo de regresar a Nueva Orleans esta noche, aunque no pasen más vapores por aquí —siguió diciendo Alexander—. Siento darle la razón a la señorita Stirling, pero no parece probable que haya más hoteles cerca.

—Puede que Archer no sea el único que ha construido uno sobre las ruinas de una antigua plantación —comentó Oliver—. En esta zona tenía que haber más aparte de la de los Vandeleur. Quizá si habláramos con alguno de los vecinos, podría decirnos dónde...

—No encontrarán nada parecido en esta parte del río —intervino una voz desconocida.

Cuando se volvieron a la vez en la dirección de la que procedía, descubrieron a un muchacho sentado en la trasera de uno de los carros, entretenido en pelar una ramita con ayuda de una navaja. Tenía el cabello espeso y abundante, de un rubio arenoso, y la piel de la cara y los brazos tan salpicada de pecas que parecía bronceada. «Al menos no da la impresión de ser un fantasma como la niña de la plantación», se dijo Lionel con alivio.

—El hotel del señor Archer es el único de esta zona —siguió diciendo el chico—. Pero si lo que quieren es encontrar un alojamiento bueno de verdad pueden probar en casa de los Garland, aunque no ofrezca tantos lujos. Es la fonda de Vandeleur y está cerca de aquí.

—Parece que la providencia ha querido enviarnos un mensajero —sonrió el profesor.

—O un espía, aunque para el caso da igual —dijo Veronica—. ¿Quién eres tú, chico?

—Me llamo Christian, aunque pueden llamarme Chris —contestó el aludido mientras se ponía de pie. Le alargó una mano a Veronica en un gesto tan desenvuelto que ella también sonrió mientras se la estrechaba—. Ya sé que no es de buena educación meterse en los asuntos de los demás, pero pensé que a lo mejor podría

serles de ayuda.

—Si esa fonda de la que hablas está cerca de aquí, y si te parece que es de fiar, será una ayuda más que bienvenida —dijo Alexander sin poder ocultar cierta diversión.

—Totalmente de fiar; mis padres son los propietarios. —Christian esbozó una sonrisa que dejó al descubierto un diente un poco mellado—. Vengan conmigo; les acompañaré.

No parecía haber más opciones, así que se miraron unos a otros antes de recoger en silencio sus cosas para seguir a aquel muchacho a donde fuera que quisiera llevarles.

Los condujo por entre las cabañas hasta desembocar en un pequeño espacio abierto al lado del embarcadero. Allí se erguía un edificio de ladrillo en el que antes no habían reparado por estar demasiado concentrados en la plantación, aunque llamaba la atención tanto por su tamaño como por la galería de madera blanca que lo recorría por el exterior.

—Este era el antiguo salón de baile del pueblo —les comentó Christian, empujando la puerta para que pasaran—. Cuando nos instalamos en Vandeleur nos contaron que todas estas casas habían sido construidas por los dueños de la antigua plantación para los hombres libres que trabajaban en ella, aunque casi todos eran esclavos. Había una cabaña para el herrero, otra para el cuidador de los caballos, otra para el carpintero... y este era el edificio que les construyeron para que se reunieran durante los días de fiesta.

—¿Cuando os instalasteis en Vandeleur? —se extrañó Oliver—. ¿Es que no sois de aquí?

—No, mi familia procede de Texas, el estado de al lado. Antes vivíamos en Kansas y teníamos una fonda parecida, pero hace unos años decidimos trasladarnos a Luisiana.

«Garland», se leía en una enseña de madera colocada encima de la puerta. El interior estaba atestado de humo, aunque no les impidió darse cuenta de que era amplio y estaba iluminado por un centenar de velas colocadas en unas lámparas de hierro con cadenas que casi parecían jaulas. Unas delgadas telarañas colgaban de una a otra, balanceándose sobre las mesas redondas en las que se disponían a cenar media docena de hombres que hablaban entre ellos. El padre de Christian se acercó para darles la bienvenida; era alto y corpulento, con un rostro sonriente que le hacía parecer más joven de lo que realmente era, y tan cubierto de pecas como el de su hijo. Christian le explicó que se acababa de encontrar con los ingleses cerca del hotel Vandeleur y que estaban buscando algún otro alojamiento durante los próximos días. Al señor Garland no le hizo falta oír más.

—Son periodistas, ¿verdad? ¿Han venido a nuestro pueblo para escribir un reportaje?

—¿Cómo ha podido enterarse tan pronto de eso? —se asombró Alexander. Los

demás parecían tan desconcertados como él—. ¡Solo hace media hora que nos bajamos del barco!

—No pongan esas caras —se echó a reír Garland—. Ha sido una simple deducción. A lo largo de esta semana se han presentado en nuestra fonda cuatro o cinco periodistas encargados de escribir una crónica de sociedad acerca de la boda de esa lady inglesa y el dueño del hotel Vandeleur. Me imagino que un evento como ese será una de las noticias del año para los periódicos sensacionalistas. ¿Para cuál trabajan ustedes?

—En realidad el nuestro es bastante diferente —comentó Oliver—. Y lo que nos ha traído a Vandeleur tampoco tiene que ver con el matrimonio de lady Lillian Silverstone.

—Bueno, sea cual sea el motivo, espero que se sientan como en casa. Pueden contar con nosotros para cualquier cosa que necesiten. Yo me llamo Christopher Garland, a mi hijo Christian ya lo conocen —el muchacho se despidió con la mano antes de salir fuera de nuevo— y esas de ahí —Garland señaló hacia el mostrador— son mi esposa y mi madre.

—Encantada —les sonrió la señora Garland sin dejar de secar vasos. Era una mujer muy graciosa, rubia y regordeta; su suegra, ya anciana, llevaba el pelo del color de la nieve recogido en una trenza en torno a la cabeza. Se limitó a hacerles un gesto con la barbilla antes de regresar a la cocina, de donde llegaba un delicioso aroma a carne ahumada.

—Precisamente estamos a punto de servir la cena a los demás clientes —continuó el señor Garland—. Si les apetece podemos prepararles también una mesa a ustedes. Sue les acompañará a sus habitaciones mientras mi madre y yo nos hacemos cargo de lo demás.

La señora Garland cogió un manojito de llaves y les indicó que la siguieran por una escalera adosada a un lado de la gran sala. Fue abriendo las puertas de unos dormitorios situados en el primer piso, donde por fin pudieron soltar sus maletas con un suspiro de satisfacción. Las habitaciones no eran muy grandes, pero tenían lo justo y necesario para hacerlas confortables, y unas vistas mucho mejores que las que seguramente habría en el hotel Vandeleur. Cuando Alexander hubo deshecho su equipaje y colgado la ropa en el armario se acercó a la ventana situada al lado de la cama, abriendo los postigos de par en par para que la escasa brisa que corría por el exterior refrescara el cuarto. Era una noche oscura como la tinta, pero aun así se dio cuenta de que la habitación daba al Mississippi, situado a escasa distancia de la fonda, y el embarcadero alrededor del cual relucían las estrellas reflejadas en el agua. «Ahí está ahora mismo el *Perséfone* —pensó el profesor, y sintió un repentino estremecimiento—. Ahí delante, aunque nadie sea capaz de verlo, debajo de toda esa negrura, hundido en el barro como una bala de cañón.» No era un pensamiento demasiado reconfortante, así que decidió dejar para el día siguiente aquellas reflexiones y cambiarse de ropa cuanto antes para que no se les enfriara la cena.

Cuando salió del cuarto se encontró con Veronica y Lionel esperándole apoyados en la pared. Oliver se les unió enseguida, y bajaron todos juntos de nuevo a la sala. Pero al dirigirse hacia la mesa que los Garland habían preparado para ellos se dieron cuenta de que ya había una silla ocupada, y por alguien a quien no esperaban ver aquella noche.

—¡Señorita Stirling! —exclamó Alexander—. ¡Esta sí que es una auténtica sorpresa!

—Sí, ya me imagino que sí —replicó la joven de mal humor. Estaba reclinada en el asiento con los brazos cruzados sobre el pecho—. Supongo que estará contento, profesor.

—No me esperaba menos de usted —sonrió Alexander, apartando la silla que había a su lado para sentarse junto a ella—. Es demasiado inteligente para dejarse cegar por un capricho tan pueril. Me alegro mucho de que al final haya entrado en razón.

—Ahora no trate de adularme. No conseguirá que me olvide de que podríamos estar en este momento en el restaurante de un hotel de lujo, con una orquesta tocando para nosotros y un menú con lo mejor de la gastronomía sureña, en lugar de en una posada de la que lo mejor que se podría decir es... —paseó una expresiva mirada a su alrededor— que resulta pintoresca. Lástima que tuviera que asegurar mi inversión.

—¿Su inversión? —quiso saber Veronica, que aún seguía de pie—. ¿A qué se refiere?

—¿Cómo voy a estar segura de que seguirán las instrucciones de Su Alteza Real y me harán partícipe de todo cuanto descubran si no estoy constantemente con ustedes?

Veronica puso los ojos en blanco mientras Oliver y Lionel se sentaban. Lionel no pudo ocultar una sonrisita de suficiencia que hizo entornar los ojos a la señorita Stirling.

—¿Se cambia de ropa sin pedirle primero su opinión a Su Alteza Real? —preguntó Veronica con interés—. ¿Se atreve a ir al baño sin asegurarse antes de que le parece bien?

—Al menos yo me cambio de ropa cada día —contestó la señorita Stirling, mirando a Veronica con desdén—. Y cuando lo hago no cometo atentados contra el sentido común como usted.

—¡Bueno, me muero de hambre! —exclamó Oliver con un entusiasmo que no logró convencer a nadie, aunque sirvió para zanjar la discusión—. ¡Vamos a cenar de una vez!

Los Garland no se hicieron de rogar: cinco minutos más tarde les fueron servidas unas bandejas rebosantes de costillas ahumadas con sirope de maíz que consiguieron que se les hiciera la boca agua. La única que seguía sin estar demasiado contenta con aquella comida tan contundente era la señorita Stirling, aunque se reconcilió un poco con los dueños de la fonda cuando la señora Garland en persona acudió a la mesa con

otro plato.

—Es una especialidad cajún conocida como jambalaya —sonrió mientras le mostraba una mezcla de jamón, pollo, langostinos y arroz—. Reconozco que la cocina de Luisiana no tiene mucho que ver con la de Texas, pero seguramente le guste más. Pruébela, ya verá...

—Mi Sue tiene unas manos de oro puro —dijo Christopher Garland, atrayendo a su mujer hacia sí para besarla en la mejilla. Ella se echó a reír, tratando de soltarse—. Creo que los vecinos de Vandeleur tenían ciertas reservas cuando nos instalamos aquí, pero los hemos ganado para la causa. Ahora se mueren por asistir a nuestras barbacoas.

—Su hijo nos contó cuando nos encontramos con él que son de Kansas —comentó Alexander—. ¿Hace mucho que se trasladaron a este lugar?

—Ocho años, creo recordar —contestó Garland—. Christian tenía cinco por entonces.

—La familia de mi marido poseía un aserradero al sur de la ciudad —siguió diciendo Sue Garland—. Y por lo que me ha contado mi suegra les iba bastante bien, pero cuando su esposo fue reclutado durante la guerra civil y cayó combatiendo contra la Unión en la segunda batalla de Sabine Pass, no quedó nadie para hacerse cargo del negocio.

—Mi madre se deshizo del aserradero al mejor precio que pudo —continuó su esposo— y nos mudamos a la capital, donde años más tarde nos conocimos Sue y yo. En Kansas no nos iba mal, pero mi madre estaba cansada de la ciudad, y según nos dijo le apetecía pasar sus últimos años en un sitio más tranquilo. Casualmente descubrimos que la antigua fonda de Vandeleur había sido puesta en venta cuando su anterior propietario murió sin dejar herederos. No estaba demasiado lejos, así que decidimos probar suerte.

—Y por lo que veo no les falta clientela —comentó Alexander mientras señalaba con la barbilla a unos cuantos lugareños que entraban en ese momento, saludando a la anciana señora Garland—. Siendo un vecindario tan pequeño me imagino que todos se conocerán.

—En eso lleva razón. La verdad es que en este pueblo somos como una gran familia.

La anciana le hizo un gesto con la mano a Sue Garland, que se despidió de ellos para regresar junto a su suegra. Alexander, Lionel y Oliver se miraron; los tres estaban pensando lo mismo, aunque Veronica se les adelantó preguntando en voz alta:

—¿Y por casualidad no habrá oído nada sobre un barco llamado *Perséfone*?

—¿El bergantín del capitán Westerley? Estaba en boca de todo el mundo desde mucho antes de que nos trasladáramos aquí, aunque últimamente no se habla de otra cosa. La gente cuenta historias increíbles sobre una silueta que aparece algunas noches sobre el río como si tratara de remontarlo hacia Nueva Orleans, aunque siempre se desvanece antes de que se haga de día. Mi Christian y sus amigos están

obsesionados con esa historia...

—Pero ahora, por lo que nos han contado, las personas que se atreven a acercarse a los restos del pecio hundido acaban muriendo de una manera extraña —comentó Lionel.

—Ah, ya veo que se han enterado de lo que le ocurrió al pobre Reeves —confirmó el señor Garland—. Supongo que ese es el asunto que les ha traído aquí: investigar lo que le pasó hace unas semanas a ese muchacho. Fue una tragedia para el vecindario, aunque todos están de acuerdo en que se lo buscó por haberse acercado demasiado a ese barco.

—Sí, eso es exactamente lo que nos dijeron —coincidió Oliver mirando a la señorita Stirling, que asintió con la cabeza—. ¿De modo que creen que la curiosidad acabó con él?

—La gente de Luisiana cree en cosas muy extrañas —sonrió Garland, encogiéndose de hombros—. Les sorprendería saber la cantidad de gente que realiza rituales vudú, y lo convencidos que están todos de la existencia de fuerzas superiores que conceden deseos y castigan a sus enemigos, según lo que se les pida. Una vez vino por aquí un mulato con tantos talismanes colgados alrededor del cuello que casi no podía levantar la cabeza.

—Según eso, existiría una maldición que no solo hizo que el *Perséfone* se hundiera en el Mississippi sino que también afecta a todo aquel que se atreva a perturbarlo —comentó Alexander pensativamente—. Y dígame otra cosa, ¿sabe si Reeves creía en esas historias?

—La verdad es que no sabría decirle. No hablé más que en un par de ocasiones con ese chico. Christian sí que se llevaba bien con él, aunque nunca formó parte de su grupo de amigos más cercanos. Reeves era un poco mayor; tenía casi dieciséis años y hacía lo que se le antojaba porque sus padres murieron mucho antes, cuando aún era un chiquillo. Vivía solo en una cabaña que se había construido muy cerca del río, en la orilla en la que se encuentra el embarcadero. No era mal muchacho, aunque sabe Dios a qué se dedicaba para sobrevivir. Fue una pena que no contara con familiares que se hicieran cargo de su cuerpo cuando la policía acabó con él, después de llegar a la conclusión de que no había manera de averiguar cuál fue la causa de su fallecimiento.

El profesor asintió con la cabeza. Lo que estaban oyendo le había hecho olvidarse por completo de la cena, a pesar de que cuando se sentaron a la mesa estaba hambriento.

—Si les interesa averiguar más cosas sobre Reeves, creo que podría hacer algo por ustedes —dijo Garland rascándose el mentón—. Conozco a alguien que sabe bastante del asunto y que estuvo con ese chico cuando se acercó el *Perséfone* horas antes de fallecer.

—Si pudiera ponernos en contacto con él, se lo agradeceríamos mucho —dijo Oliver.

—Le diré que se acerque a la fonda mañana a mediodía para responder a unas cuantas preguntas; será más que suficiente. Con un poco de suerte conseguiremos que se quede a comer. Los platos de Sue y de mi madre le vuelven loco.

—¿Se trata de algún descendiente de los Westerley? —preguntó la señorita Stirling.

A Lionel le sorprendió que estuviera pensando exactamente lo que él se disponía a preguntar. Su hermoso rostro estaba iluminado por la curiosidad, pero Garland frunció el ceño.

—Qué raro —comentó—. Me extraña que estando al tanto en Inglaterra del asunto del *Perséfone* no sepan cómo acabó aquella historia. Me refiero a la de la familia Westerley.

Y ante las miradas confundidas que le dirigieron, siguió diciendo en voz más baja:

—No queda ningún Westerley con vida, ni aquí ni en ningún otro lugar, ni tampoco ningún Vandeleur. La esposa del capitán murió en el incendio que asoló la plantación la misma noche en que se hundió el barco. Encontraron su cuerpo carbonizado en una de las habitaciones del primer piso, y la misma suerte corrió el niño que en ese momento llevaba en su vientre. Ahora los dos descansan en el panteón que la familia Vandeleur se hizo construir en el cementerio de Lafayette, incapaces de reunirse con el capitán hasta que el ancla que lo mantiene atado a esta dimensión se suelte y su alma alcance la salvación eterna. —Y esbozó una triste sonrisa—. Según los vecinos de Vandeleur, claro.

Por muy inquietante que fuera todo lo que les había contado Christopher Garland, aquella noche estaban tan agotados que cuando se metieron en la cama no tardaron en dormirse. Después de haber pernoctado de mala manera durante tres días en los vagones del tren de la ruta Crescent, poder disfrutar de unas horas de sueño en una cama de verdad fue un auténtico regalo para todos. Cuando se despertaron a la mañana siguiente el sol llevaba un rato recorriendo el cielo y los vecinos de Vandeleur se habían echado a la calle para no perderse nada de lo que estaba sucediendo en el hotel. El chico de los Garland y sus amigos se habían encaramado a la verja, y desde allí miraban el despliegue de maletas y de criados que los invitados a la boda de lady Lillian y Reginald Archer júnior traían consigo. Había un trasiego continuo de coches procedentes de las demás plantaciones de Luisiana con las que el novio mantenía alguna relación, y los vapores que bajaban desde Nueva Orleans no hacían más que dejar en el embarcadero del pueblo a una remesa tras otra de asistentes. Semejante acontecimiento era único en la historia de Vandeleur, por lo que les costó bastante atraer la atención de los vecinos durante un rato para entrevistarles acerca del *Perséfone*.

Fue una sorpresa que estuvieran dispuestos a echarles una mano, pero aún lo fue más la extraordinaria capacidad que parecían tener para adornar sus testimonios.

—Una silueta negra, eso es, del tamaño de un barco mercante, no de guerra... Mis hermanos participaron en la contienda y se acordaban bien del *Perséfone*, y vaya si era un navío hermoso, como no había otro en Luisiana. Yo nunca he conseguido verlo después de que el río se lo tragara, pero sé que ellos lo hicieron en más de una ocasión...

—Aparece rodeado por la niebla como un fantasma, en las noches en las que no hay más que estrellas en el cielo. ¿Saben que también había luna nueva cuando se hundió?

—Una forma un poco fosforescente, reluciendo como un farol sobre el agua. Si se dedican a las nuevas ciencias tienen que haber participado en alguna de esas sesiones en las que los muertos se aparecen con ese resplandor... Ectoplasmas, creo que se llaman.

—Mi cuñado y yo quisimos acercarnos una vez con su canoa, pero nos acabó dando tanto miedo que al final no lo hicimos. Claro que no saben cómo me alegro de que nos echáramos atrás en el último momento después de lo que le ha pasado al pobre Reeves...

—¿Cómo es posible que esta gente sepa tanto acerca de las apariciones del *Perséfone* pero luego no nos pueda contar nada interesante sobre cómo era su tripulación cuando aún vivía? —rezongó Lionel mientras se tomaban un descanso.

—Tal vez no quede en Vandeleur nadie que conociera en su momento al capitán Westerley —contestó Veronica—. Cuarenta años son más que suficientes para que

todos los testigos del naufragio estén tan muertos como esos marineros.

Faltaba poco para el mediodía cuando regresaron a la fonda de los Garland para reunirse con el amigo de John Reeves del que les había hablado su anfitrión. La anciana señora Garland, que estaba charlando en la puerta con dos vecinas, les dijo que podían disponer de la sala de estar de la familia que había en el mismo piso en el que estaban sus cuartos, de modo que atravesaron el atestado comedor para subir la escalera. Cuando llegaron a la habitación se sorprendieron al encontrar a la señorita Stirling sentada con Sue Garland al lado de una mesa camilla, vigiladas por el retrato de un caballero con poderosos mostachos y uniforme del ejército del Sur que debía de ser su difunto suegro.

—Ah, aquí están sus amigos. ¡Empezábamos a pensar que se habían perdido por ahí!

—La señora Garland me estaba mostrando algo que creo que les interesará —les dijo la señorita Stirling mientras los demás se quitaban las chaquetas y se acercaban a la mesa. Puso un libro sobre la tela de ganchillo que la cubría para que lo vieran—. Hemos estado hablando del *Perséfone* y de las historias que circulan por Vandeleur acerca de ese barco, y casualmente se acordó de que tienen en casa una guía de viaje que habla de él.

—No es más que una pequeña historia local del pueblo —se disculpó la mujer—. Mi marido y yo nos la sabemos de memoria ya; pueden quedarse con ella si les resulta útil.

—Vaya, no tenía ni idea de que la leyenda del *Perséfone* fuera lo bastante conocida para aparecer en guías de viaje —se asombró Alexander—. ¿De dónde la han sacado?

—Ya estaba en esta casa cuando la compramos —dijo Sue Garland—. Supongo que el anterior propietario de la fonda debía de estar interesado en las tradiciones de Vandeleur.

—Hay dos páginas dedicadas al capitán Westerley —añadió la señorita Stirling—. Pero no cuentan nada que no sepamos, y a los Vandeleur no se los menciona. Creo que lo más interesante es esta fotografía con un detalle del *Perséfone*. Vengan a echarle un vistazo.

—Sue, te necesito en la cocina. —La madre de Christopher Garland había subido la escalera detrás de los ingleses y acababa de asomar la cabeza en la sala—. No sé dónde se ha metido Christian, pero nunca está cerca cuando me vendría bien otro par de manos.

—Ese muchacho está hecho un Huckleberry Finn —resopló Sue Garland—. No veo el momento de que se acabe el verano y regrese a la escuela para que lo metan en cintura.

Se despidió de ellos y se marchó detrás de su suegra, entornando la puerta. Lionel se acercó a la mesa para observar la fotografía de la que les hablaba la señorita Stirling.

—Es el mascarón de proa del barco, ¿no? —preguntó—. ¿Qué sujeta entre las manos?

—Una granada —dijo Oliver sentándose en la silla que había ocupado Sue Garland.

—¿Y qué tiene que ver esa fruta con Luisiana si se cultiva en el Mediterráneo?

—Con Luisiana nada, pero con el mito de Perséfone, mucho. Según la mitología griega Perséfone fue secuestrada por su tío Hades, el dios del inframundo, que surgió con su carro de una grieta abierta en la tierra para llevarse a la muchacha consigo y convertirla en su reina —explicó Oliver—. Deméter, la madre de Perséfone, se quedó tan desconsolada que prohibió a la tierra seguir dando frutos hasta que su hija le fuera devuelta, y finalmente los demás dioses tuvieron que intervenir para que los hombres no murieran de hambre. Hades acabó accediendo a que Perséfone volviera a su mundo, pero con una condición...

—Que no hubiera probado nunca la comida del mundo de los muertos —concluyó Alexander por él; Oliver asintió—. Pero Perséfone ya lo había hecho. Había comido seis semillas de una granada con la que la tentó su esposo. Y por eso tuvo que cumplir con su parte del trato y pasar seis meses a su lado en el inframundo y otros seis con su madre.

—Y por eso durante el invierno la tierra se muere y con la llegada de la primavera renace de nuevo —añadió la señorita Stirling—. Pero no me refería a la granada. ¿No hay nada más que les llame la atención? ¿Nada relacionado con el aspecto de este mascarón?

Oliver no supo qué decir. La imagen se parecía mucho a la que había encontrado en uno de los periódicos del *Oceanic*, aunque había sido tomada más cerca de la proa del bergantín, tanto que la escultura de la diosa Perséfone parecía mirarles desde lo alto, colocada en una postura casi horizontal debajo del bauprés. Los largos cabellos echados hacia atrás, como si avanzara contra el viento, estaban pintados de un color oscuro que no podía reconocerse en la fotografía, y decorados con una corona de hojas de hiedra. Los ojos eran grandes, graves... y claros...

—Viola Vandeleur —murmuró Alexander de repente. Los demás le miraron—. Tuvo que haber servido como modelo para esta escultura. Esta es la cara de Viola Vandeleur.

—Es idéntica a la mujer que aparecía al lado del capitán Westerley en la fotografía que les mostré en Caudwell's Castle —asintió la señorita Stirling—. Fue lo primero que me vino a la cabeza cuando la señora Garland me enseñó esta otra imagen. La misma cara redondeada, la misma barbilla puntiaguda... Hasta la forma de los párpados es parecida.

—Me imagino que sería algo normal entre los marineros —comentó Veronica—. Una forma de que las esposas de los capitanes pudieran acompañarles durante las travesías.

—Bueno, sabemos que esta lo hizo —añadió Lionel—. Lo acompañó al fondo del

río.

Antes de que pudieran decir nada más oyeron ruido de pasos en la escalera y las voces de dos personas que se acercaban. Poco después la puerta de la sala de estar se abrió para dar paso a un sonriente Christopher Garland y a otro hombre que iba con él.

—¡Buenos días, señores! O tal vez debería decir buenas tardes. Mi madre y Sue me acaban de decir que los han dejado aquí arriba entretenidos con uno de nuestros libros.

—Su esposa ha sido muy amable con nosotros, señor Garland —dijo Alexander—. De hecho, puede que nos haya puesto sobre una pista importante sin sospecharlo siquiera.

—Ah, les dije que vale su peso en oro. Ya me he enterado de que sus investigaciones marchan sobre ruedas; al venir hacia aquí me he encontrado por lo menos con media docena de vecinos empeñados en contarme cómo han ido sus entrevistas. Creo que están muy emocionados por poder colaborar con ustedes. —Entonces pasó un brazo sobre los hombros a su acompañante, que se había quedado un poco rezagado—. Pero será mejor hablar de eso más tarde. Aquí tienen al hombre que prometí presentarles anoche; es uno de nuestros incondicionales casi desde que abrimos la fonda. Hadley, te presento a los redactores del *Dreaming Spires*. Puedes fiarte de ellos; te aseguro que son buena gente.

—Encantado —murmuró Hadley con los ojos clavados en sus remendados zapatos.

Era un hombre de edad aproximada a la de Christopher Garland, tan grande como un armario y con una hirsuta barba negra que le daba un aspecto un tanto salvaje, una impresión que desmentía su evidente timidez. Solo después de mucho insistir Garland consiguió que tomara asiento, y Alexander condujo la conversación con mucha mano izquierda hacia la amistad de Hadley con el difunto John Reeves, que casi podría haber sido su hijo a juzgar por las edades de ambos. Sin atreverse a alzar demasiado la voz, el hombre les contó que conocía a Reeves desde que era un chiquillo, antes de que muriera su madre y unos años más tarde su padre, que se había dedicado a la pesca como el propio Hadley. Fue precisamente él quien ayudó al chico a construirse su pequeña cabaña a orillas del Mississippi cuando los acreedores de su padre arrasaron con las pocas cosas que le había dejado, incluida la casa heredada de un abuelo que había trabajado como herrero para la familia Vandeleur en los tiempos de la antigua plantación. Reeves era un buen muchacho, les aseguró, y listo como el aire, así que no puso muchos reparos cuando su amigo empezó a darle consejos sobre los trabajitos que podría realizar para salir adelante.

—¿Trabajitos? —inquirió Lionel—. Eso huele a ilegalidad a una legua, señor Hadley.

—Por una vez en la vida, creo que estoy de acuerdo con el señor Lennox —comentó la señorita Stirling—. Si existe alguien que entienda de esa clase de cosas

sin duda es él.

Lionel se inclinó hacia delante para lanzarle una mirada corrosiva. Alexander puso una mano en su hombro para que se echara hacia atrás mientras Hadley seguía diciendo:

—Nunca hicimos nada delictivo, señores, se lo aseguro. Nadie quería meterse en problemas y además... —El hombre se puso aún más rojo mientras murmuraba—: Una vez tuve que pasar una semana en la comisaría de policía por algo que hice, y cuando salí a la calle me prometí que no volvería a suceder. Cierto que a veces se me va la mano con la cerveza y eso es algo de lo que no me siento orgulloso, pero soy un hombre honrado...

—Hadley, vas a hacer que estos caballeros piensen que eras un asesino despiadado o algo por el estilo —dijo Garland, y añadió mirando a los ingleses—: Lo único que ocurrió fue que lo pillaron saqueando de noche el huerto de uno de nuestros vecinos. Todos en Vandeleur sabíamos que estaba pasando por un mal momento; no nos habría importado hacer la vista gorda, pero el muy idiota de Richardson se empeñó en avisar a la policía.

—Bueno, Johnny Reeves y yo nos dedicábamos a pescar delante de su cabaña —continuó Hadley, un poco más tranquilo— y como pasábamos tanto tiempo en el Mississippi aprendimos a sacar el máximo partido al río y a aprovechar todo cuanto nos trajera la corriente. Con la crecida de junio aquella zona se llenaba de troncos que arrastrábamos hasta la orilla y que poníamos a secar para venderlos como leña en los pueblos de los alrededores. Muchas veces venía con nosotros otro chico de Vandeleur, un muchacho de la misma edad que el hijo de Garland llamado Jay Jackson; también estaba solo en el mundo porque se había escapado de la casa en la que vivía con su tío en Nueva Orleans. Por lo que nos dijo era cura y quería que siguiera sus pasos, pero a Jay no le gustaba ni un pelo la iglesia. Así que nos acostumbramos a pasar juntos casi todo el día, recogiendo madera y encontrando de vez en cuando cosas de más valor que el Mississippi arrastraba consigo. —Hadley guardó silencio unos segundos, mirándose las grandes manos que apretaba incómodo en su regazo—. Una vez nos llamó la atención algo que brillaba entre el barro y cuando Johnny y Jay se pusieron a escarbar sacaron un pendiente de oro con una perla del tamaño de un garbanzo. Nos fuimos a Nueva Orleans para tratar de venderlo, y conseguimos que nos dieran a cambio una buena cantidad en una tienda del Barrio Francés que Jay conocía de cuando vivía con su tío en la ciudad. Pero eso hizo que los chicos se volvieran cada vez más atrevidos...

—Y cuando la recogida de madera dejó de parecerles un negocio rentable —adivinó Alexander— se acordaron de las historias que circulaban por Vandeleur acerca del barco que se había hundido a pocos metros del pueblo. Y del cargamento que llevaba consigo.

—Yo no quería acercarme al *Perséfone* por nada del mundo —les aseguró Hadley—. Conocía la mala fama que tiene en esta zona y las cosas que se cuentan sobre una

maldición que ha impedido a su tripulación descansar en paz. Johnny y Jay se burlaron de mí, claro; me dijeron que parecía un crío asustadizo y que a ellos no les daba miedo nada de lo que pudieran hacerles esos marineros. «Están más muertos que esto», recuerdo que me dijo Johnny dando una patada a uno de nuestros troncos. Así que no me quedó más remedio que quedarme en la orilla viendo cómo se dirigían en la canoa de Jay hacia el centro del río, donde se lanzaron al agua con sus pantalones de pescar y un cuchillo en la mano y empezaron a bucear hacia el lugar donde según los ancianos se había hundido el barco.

»Tuvieron que hacerlo de día para distinguir algo bajo el agua, aunque primero se aseguraron de que no hubiera vecinos cerca. Tardaron como media hora en regresar a la orilla, y cuando lo hicieron llevaban consigo unas cuantas cosas que habían sacado de entre los maderos podridos y las cuerdas. Por lo que me contaron, el *Perséfone* estaba hecho una pena: se había quedado encallado en el lecho del río, con la popa hundida en el barro y la proa apuntando hacia lo alto, y por ahí entraron los chicos, a través de una trampilla que había quedado abierta. La verdad es que parecían más emocionados que asustados.

—¿Y qué habían encontrado dentro del barco? —preguntó Veronica con curiosidad.

—Nada tan valioso como un pendiente, me temo. Un par de latas de té abolladas, una botella de ginebra... unos platos llenos de arañazos con un escudo que no habíamos visto nunca, con un ancla sobre dos cañones cruzados y una guirnalda rodeándolo todo...

—Era el escudo de la marina de los estados confederados —comentó la señorita Stirling—. Lo vi impreso en los documentos que nos enseñaron en el museo de Oslo en el que mi patrón y yo escuchamos la historia del *Perséfone*.

—Me imagino que esta vez no tendrían tanta suerte vendiéndolo todo —dijo Oliver.

—No sé cuánto nos habrían dado, señor. Nunca llegamos a hacerlo. —Ahora la voz de Hadley era mucho más débil, casi un susurro—. La cabaña de Johnny era la que estaba más cerca del río, así que acordamos guardar las cosas en ella para llevarlas a la mañana siguiente al Barrio Francés. Pero cuando Jay y yo llegamos... Johnny estaba... estaba...

Hadley calló, hundiendo la cara entre las manos. Christopher Garland le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda mientras el hombre se esforzaba por serenarse.

—Estaba muerto —concluyó Lionel, tan bruscamente que Oliver chasqueó la lengua.

—Muerto, sí, señor, y sin ninguna herida, ni nada que hiciera pensar que se hubiera producido una pelea en la cabaña. La policía también dijo que no tenía sentido, pero el caso es que ya estaba frío cuando Jay y yo lo tocamos. Y las cosas habían desaparecido.

—¿Cómo dice? —se extrañó Alexander—. ¿Alguien se las había llevado de la cabaña?

—Sí, señor. Tuvo que suceder durante la noche, a la vez que la muerte de Johnny.

—Pero no entiendo por qué piensan que la tripulación del *Perséfone* estaba detrás de ambas cosas —contestó Lionel, frunciendo un poco el ceño—. Seguramente fuera obra de algún ladronzuelo que merodeaba por la zona. Se enteraría de que habían encontrado un botín en el fondo del río y querría quitárselo a Reeves antes de que pudiera venderlo.

—¿Y crees que merecería la pena acabar con un muchacho de quince años para hacerse con unas latas de té y unos platos medio rotos? —preguntó Veronica, escéptica.

—No fue ningún ladronzuelo —siguió diciendo Hadley en susurros, y todos volvieron a prestarle atención—. Fue cosa de ese condenado barco. De los hombres que se hundieron con él. El río fue el que acabó con Johnny y hará lo mismo con cualquier persona que se acerque demasiado a los restos del *Perséfone*.

Un profundo silencio siguió a sus últimas palabras. La luz que se filtraba por entre los visillos de la ventana era ahora más tenue, y apenas acertaba a iluminar los rasgos del padre de Christopher Garland, que seguía presidiendo la conversación desde su retrato.

—¡Es lo más absurdo que he oído en toda mi vida! —acabó diciendo la señorita Stirling—. ¡No puedo creer que un hombre hecho y derecho como usted preste atención a semejante superchería! Esto no ha sido obra de un barco fantasma, sino de un ladrón...

—Les repito que las cosas del *Perséfone* habían desaparecido —contestó Hadley, tan acobardado en presencia de la joven que ni siquiera se atrevía a mirarla a la cara —, pero las de Johnny seguían estando en la cabaña. Y nadie había tocado tampoco sus ahorros.

—Entonces es que ese muchacho quiso hacer negocios por su cuenta, sin contar con ustedes dos. Se puso en contacto con otra persona que se prestó a echarle una mano en la transacción pero que lo acabó eliminando para no tener que compartir los beneficios con nadie más. Seguramente todos esos objetos estén circulando ahora mismo por las tiendas de antigüedades de Nueva Orleans, si es que han conseguido interesar a alguien.

—No —dijo Hadley de inmediato—. Johnny nunca haría algo así. No nos traicionaría.

—¿Y qué fue del otro chico, Jay Jackson? —quiso saber Alexander—. Me imagino que a él no le pasaría nada, ¿no? ¿Sigue viviendo en Vandeleur como antes de este asunto?

—No, señor, Jay se asustó tanto con lo sucedido que se marchó a Nueva Orleans después de que la policía nos tomara declaración. Hace casi un mes que no sé nada de él.

—Antes dijo que su tío es sacerdote. ¿Sabe cuál es la parroquia que tiene a su cargo?

—Jay nunca me lo contó, pero me imagino que sería la de Saint Patrick, la que está en Camp Street. Sus padres eran irlandeses, así que supongo que su tío también lo sería.

No parecía haber mucho más que pudieran sonsacarle a Hadley, así que le dieron las gracias por haberles contado lo que sabía y Christopher Garland se lo llevó al piso de abajo de la fonda para que Sue le preparara un buen asado. Cuando se fueron, los cuatro ingleses se miraron; Alexander y Oliver se habían quedado pensativos, pero Veronica y Lionel no parecían nada impresionados. Para la señorita Stirling aquello seguía siendo una tomadura de pelo, así que cogió de nuevo el libro de los Garland con la fotografía del mascarón de proa del *Perséfone* para prestarle más atención, reclinada en su asiento.

—Bueno, no podemos decir que todos los testimonios de los vecinos de Vandeleur hayan resultado inútiles —comentó Oliver—. Pobre Hadley; está totalmente aterrorizado.

—No es para menos tratándose de alguien que ha crecido en Luisiana —reconoció Veronica a regañadientes—. ¿Recordáis lo que nos dijo Garland anoche sobre la fe ciega en el vudú que tiene la gente de esta región? ¿Cómo no van a creer en el poder del río?

—Pero tú tampoco piensas que lo que nos ha dicho sea verdad —le contestó Oliver.

—Claro que no, pero es su verdad, y seguramente también lo sea para los vecinos a los que la policía interrogó acerca de la muerte de Reeves. Por aquí circulan demasiadas historias de fantasmas. ¿Qué otra explicación podrían darle a lo que le pasó?

—Ninguna que tenga sentido, tratándose de unos lugareños —replicó la voz de la señorita Stirling desde detrás de su libro—. Pero el hecho es que un inocente murió, un asesino escapó de la justicia y como la policía de Nueva Orleans preste atención a los rumores de Vandeleur no tendrá más remedio que detener al Mississippi por este crimen.

—En cualquier caso, no creo que nos corresponda a nosotros hacernos cargo de esa investigación —comentó Alexander, quitándose las gafas para limpiarlas—. Se supone que hemos cruzado el océano para averiguar qué le pasó al *Perséfone* hace casi medio siglo...

—¿Y si las dos investigaciones están relacionadas? —dejó caer Oliver—. ¿Y si Hadley tiene razón y la tripulación de ese barco está condenada y arrastró a Reeves a la muerte?

—Si eso es cierto, lo descubriremos muy pronto. —Alexander se puso de nuevo las gafas y apartó su silla para levantarse—. Es hora de que bajemos también nosotros a comer algo. Y cuando lo hayamos hecho pediremos a los Garland que nos señalen

en un mapa dónde está la iglesia de Saint Patrick antes de embarcarnos hacia Nueva Orleans.

Una hora más tarde, después de haber almorzado, Alexander, Lionel y Oliver se dirigieron al embarcadero mientras la señorita Stirling se retiraba para tumbarse un rato argumentando que tenía un poco de jaqueca. A Veronica se le ocurrió algo más interesante que hacer hasta que su tío y sus amigos estuvieran de vuelta.

Cuando la dejaron sola salió de la fonda, despidiéndose con la mano de la anciana señora Garland, y comprobó que mientras hablaban con Hadley se habían concentrado unos espesos nubarrones en el cielo que anunciaban una inminente tormenta de verano. Se alegró de haberse atado una cinta en la frente para echar hacia atrás sus gruesos rizos castaños, que rebotaban alegres mientras se encaminaba hacia la antigua plantación de los Vandeleur. El sendero seguía atestado de coches de caballos, tantos y tan poco espaciados que acabó echándose a un lado para que no la hicieran apartarse a cada momento. «¡Los muy presumidos! —se dijo Veronica mientras avanzaba sin prisas hacia la mansión—. Y a juzgar por el equipaje que traen, deben de pensar que pasarán en este hotel el resto de sus vidas. No me extraña que lady Lunares los envidie.»

Al ser de día podía apreciar muchos detalles de la propiedad que había pasado por alto durante su primera visita. Los jardines eran un auténtico cuadro impresionista, con toques de color diseminados por todas partes sobre el verde de una vegetación frondosa. Además de los robles que flanqueaban el sendero había mirtos y eucaliptos, y cipreses más abundantes cuanto más cerca estaban del maloliente pantano, aquella cenefa oscura que parecía sobrevolar las extensiones de hierba como una presencia fantasmal. Había lirios silvestres, ramilletes de glicinas que se balanceaban en las alturas y las enmarañadas buganvillas en las que se habían fijado la noche anterior por cubrir casi la mitad del segundo nivel del porche. Veronica se detuvo de repente, casi al pie de la escalera que conducía a la columnata de la entrada, al darse cuenta de que entre los capullos de las buganvillas se apreciaba algo muy curioso: una diferencia de color en los bloques de mármol con los que se había construido la fachada, que delataba que toda aquella parte de la antigua plantación se había visto arruinada. La casa seguía mostrando las huellas del incendio de 1862, por mucho que Reginald Archer júnior se hubiera esmerado en devolverle su esplendor de antaño; era como una enferma de viruela tratando de disimular sus cicatrices con polvos de arroz. No costaba imaginar al alma en pena de Viola Vandeleur deambulando por las nuevas salas y asomándose a los ventanales para preguntarse qué estarían haciendo aquellos desconocidos en su casa.

—¡Pero si es la señorita Quills! ¡Acérquese, señorita Quills! ¡Venga con nosotros!

Veronica se volvió hacia el cenador situado a la derecha de la fachada. También hervía de agitación en aquel momento, por lo que tardó unos instantes en reconocer la cara que le sonreía y la mano que se agitaba entre la muchedumbre. Lady Lillian estaba sentada a una mesita, preciosa en su vestido de color salmón, tomando una

taza de té con un caballero que no le quitó los ojos de encima a Veronica mientras se les acercaba.

—Me alegro de volver a verla tan pronto, lady Lillian. Y también de que pudiera sobrevivir al tren; ese viaje fue tan aburrido que me dieron ganas de saltar en marcha.

—A mí me pasó lo mismo —se rio la joven—, con el añadido de que mi madre y yo siempre nos mareamos. Casi no pude salir de mi compartimento hasta que dejamos atrás Atlanta. —Entonces se volvió hacia su acompañante y le dijo—: Rex, deja que te presente a la señorita Veronica Quills. Señorita Quills, este es Reginald Archer, mi prometido...

—Un placer —la saludó el aludido, cogiéndole una mano para rozarla con los labios.

Veronica no había conocido a Reginald Archer sénior, pero el aspecto de su hijo se ajustaba bastante a la descripción que le había hecho Lionel del norteamericano. Era un hombre de unos treinta años, alto y moreno, con el pelo peinado hacia la derecha con mucha gomina y unos ojos oscuros que a la joven le recordaron a los de un depredador.

—La señorita Quills viajó con nosotros desde Liverpool en el *Oceanic* —le explicó lady Lillian—. Nos conocimos la primera noche y lo pasamos muy bien charlando a bordo.

—El caso es que me suena su apellido, aunque no sé de qué. Me alegro de tenerla con nosotros; siempre estoy encantado de conocer a las amistades de mi querida Lillian.

«Apuesto a que sí lo estás», pensó Veronica, arqueando una ceja cuando los ojos de Archer abandonaron su rostro para seguir recorriendo su silueta. No parecía molesto por la sencillez con la que iba vestida, aunque seguramente se debiera a que las pequeñas protuberancias marcadas en su blusa delataban la ausencia de un corsé.

Lady Lillian no parecía darse cuenta de lo que sucedía. O no quería darse cuenta, algo bastante probable considerando lo poco que participaba su corazón en aquel asunto.

—Espero que mi hotel esté siendo de su agrado, señorita Quills, y que conserve un buen recuerdo de su estancia cuando regrese a Inglaterra —siguió diciendo Archer en un tono tan zalamero que casi la hizo reír—. ¿Dónde están exactamente las habitaciones que le han dado?

—En realidad no me alojo aquí, señor Archer. No he venido sola; me acompañan otras cuatro personas y por cuestiones logísticas nos quedaremos en la fonda del pueblo.

—¿Cuestiones logísticas? ¿No piensan asistir a nuestro enlace mañana por la tarde?

—Me temo que no será posible —contestó Veronica, cada vez más divertida con lo absurdo de la situación—. Hemos venido a Vandeleur a trabajar. Formo parte del equipo editorial de un periódico de Oxford que debe hacerse cargo de cierta

investigación aquí.

—La señorita Quills es artista —le aclaró lady Lillian a su prometido—. Pero sería mejor que nos sentáramos para seguir con nuestra conversación. ¿Le apetecería un té?

—Gracias, lady Lillian, pero no debería entretenerles. En un día como el de hoy...

—¡Tonterías! Quédese un rato con nosotros; estoy cansada de saludar a todos los Silverstone que han cruzado el océano por mí y de decir las mismas cosas una y otra vez.

A Veronica le daba la sensación de que lo que realmente pasaba era que la pobre chica estaba aterrorizada ante la idea de quedarse a solas con Archer. No se le ocurría ninguna otra explicación para su insistencia, ni para el hecho de que le cogiera la mano cuando se sentó a su lado como si hubieran cruzado más de dos palabras en el *Oceanic*.

Los padres de lady Lillian deambulaban mientras tanto por entre las mesas. Lady Silverstone pareció sorprendida de encontrar a Veronica allí, aunque estaba tan ocupada hablando con los invitados que no pudo acercarse. Mientras sorbían un té con mucho azúcar en delicadas tazas de porcelana, Veronica se esforzó por sonsacarle a Archer todo cuanto pudo acerca de la plantación. No fue demasiado complicado: aquel tipo estaba tan encantado de conocerse que se habría pasado horas hablando de sus negocios, aunque por desgracia no le contó nada que no supiera sobre los Vandeleur. El destino de las personas que habían vivido antes en ese lugar no parecía preocuparle en absoluto.

—Ha hecho un gran trabajo restaurándolo todo, desde luego —reconoció Veronica, y cogió una pasta de la bandeja que le ofreció lady Lillian—. Por lo que tengo entendido la antigua propiedad quedó arrasada casi por completo por un incendio durante la guerra civil.

—«Reconstruir» sería más correcto que «restaurar» —matizó Archer—. Lo que hemos hecho con esta casa es parecido a la resurrección de un fénix. Tendría que haberse dejado caer por aquí hace cinco años para comprobar cómo estaba por entonces: apenas quedaban paredes en pie, toda la buhardilla se había venido abajo... Algunos arquitectos se negaron a participar en este proyecto; decían que lo que quería hacer era una locura y que sería más rentable construir un hotel desde cero en cualquier otro lugar, pero se me había metido entre ceja y ceja hacerlo aquí. Y como puede ver, acabé saliéndome con la mía.

—¿Está interesada en hacer algún dibujo de la propiedad? —preguntó lady Lillian.

—Esa es la idea con la que he venido. —Veronica asintió con la cabeza—. También me gustaría poder realizar algunos apuntes del interior, aunque no he traído mi cuaderno conmigo. Como me imaginaba que estarían tan ocupados atendiendo a sus invitados...

—No veo a quién podría molestar que echara un vistazo al hotel —contestó lady Lillian antes de volverse hacia Archer—. Rex, ¿habría algún problema en que la señorita Quills entrara en la casa, aunque no se haya registrado en recepción como un cliente?

—En absoluto —contestó su prometido—. Puede recorrerla a su antojo, y le aseguro que nadie la importunará. Aunque ahora que lo pienso —continuó como si se le acabara de ocurrir— quizá sea mejor que la acompañe para poner sobre aviso al personal. No me gustaría que le llamaran la atención por no estar enterados de que tiene mi autorización.

«¿Qué haría la señorita Stirling en esta situación?», se encontró pensando Veronica de repente, y enseguida dio con la respuesta. Dejó que sus labios esbozaran una sonrisa mezcla de esperanza y de indecisión, mirando primero a lady Lillian y después a Archer.

—Son ustedes enormemente amables, pero nunca me atrevería a molestarles tanto...

—No será una molestia —aseguró Archer, y se levantó de la silla. Dio un beso en la mejilla a lady Lillian—. Enseguida estaremos de vuelta, querida. Solo será un momento.

A juzgar por cómo se le iluminó el rostro a la muchacha, no le habría importado que Archer tardara una hora en volver, ni que tardara una vida entera. Veronica se dejó conducir hacia la escalera; era consciente de cómo seguía mirándola él y de la manera en que su mano la rozaba más de lo debido en la espalda, pero no pensaba protestar. Había acudido al hotel con un propósito y estaba más que preparada para jugar a aquel juego.

—Antes ha dicho que casi no quedaba nada en pie de la antigua plantación. ¿Qué fue de los efectos personales de la familia que vivía aquí? ¿También fueron destruidos?

—¿Las cosas que pertenecieron a los Vandeleur? Quedaban muy pocas intactas, y en los años que siguieron a la guerra se produjeron muchos saqueos en las propiedades sureñas —le explicó Archer—. Los soldados confederados habían regresado a sus casas sin gloria y sin dinero, los esclavos negros estaban descontrolados... Los pocos muebles que se salvaron han acabado en la buhardilla, amontonados en uno de los nuevos trasteros.

—Puede que me viniera bien echarles un vistazo. Ya sabe, para recrear mejor cómo era la plantación en aquella época, el estilo de vida que solían llevar aquellas personas...

—Ningún problema, señorita Quills. Espere en el vestíbulo mientras pido las llaves de los trasteros. Ese piso no cuenta con habitaciones y solo suelen visitarlo los criados.

Uno de los botones acudió a abrirles la puerta. Archer se dirigió a la recepción que había a mano derecha mientras Veronica aguardaba dócilmente al pie de la

majestuosa escalera de mármol que ocupaba todo el ancho del vestíbulo.

Se llevó una sorpresa cuando Archer regresó con un manojo de llaves y, en vez de acompañarla escaleras arriba, la escoltó hasta un pequeño receptáculo que había al lado de la recepción. Otro botones les abrió la puerta, y Veronica entró un poco desconcertada.

—¿Un ascensor? ¿Ha instalado un ascensor en un edificio que solo tiene tres pisos?

—El más rápido que hay ahora mismo en el mercado —sonrió él—. No podía ofrecerles otra cosa a mis clientes siendo un hotel de la cadena Archer. Puede que no lo sepa, pero el primer ascensor de Massachusetts fue instalado en uno de nuestros edificios por expreso deseo de mi padre. Era un visionario.

Veronica se mordió el labio inferior, conteniendo la risa al pensar en lo que habría dicho Lionel si estuviera allí. Tendría mucho que contarle cuando le viera aquella noche.

—¿Sabe que nunca había entrado en un ascensor? En Oxford no he visto ninguno.

—¿No? En ese caso, será toda una experiencia para usted. —El botones cerró la verja que había delante de la puerta y accionó un interruptor situado a la derecha—. Espero que no se asuste cuando comience a subir. Uno se acaba acostumbrando a que el traqueteo...

No había terminado de decirlo cuando el receptáculo comenzó a moverse con un temblor que casi hizo que Veronica perdiera el equilibrio. Archer se apresuró a rodearla con un brazo para atraerla más hacia sí mientras el techo del vestíbulo empezaba a bajar y el pasillo alfombrado del primer piso aparecía por la parte superior. Veronica se quedó quieta unos segundos y después alzó la vista hacia Archer. Lo tenía muy cerca... mucho más de lo que dictaba la buena educación. Sus ojos eran negros como dos escarabajos.

—Señor Archer, no creo que esto sea correcto —susurró con la mayor coquetería que pudo reunir—. Lady Lillian... Dudo que se sintiera muy feliz si nos viera ahora mismo...

—Y yo dudo que haya algo que pueda hacerla feliz —contestó Archer también en un susurro—. Supongo que tengo toda la vida por delante para descubrirlo, así que espero no parecerle un pésimo prometido si decido mirar por mis propios intereses hasta entonces.

Su mano derecha descendió poco a poco por la espalda de Veronica, comprobando que efectivamente no había nada debajo de la tela de su blusa. Olía de una manera que le recordó a otros hombres poderosos que había conocido..., a gomina, a tabaco, a dinero, y también a lo poco que le había costado manejarlos. Tal vez la historia podía repetirse.

—En absoluto —sonrió ella—. Y yo espero no parecerle a usted la peor de las amigas.

Cuando el ascensor se detuvo con un último traqueteo, a Archer no le quedó más

remedio que soltarla. En la buhardilla del hotel no había ninguna verja, así que Veronica empujó la puerta y salió al corredor de paredes encaladas que recorría la parte delantera de la casa, consciente de que su acompañante la seguía como un cachorrito a un hueso.

—Este pasillo es enorme, señor Archer. ¿Por dónde cree que podríamos empezar?

—Supongo que por el trastero donde guardamos los muebles de los Vandeleur, si es que le interesan tanto —contestó él; era evidente que tenía otras cosas en mente—. Aunque le advierto que los criados no limpian tan a menudo estas habitaciones como deberían, y es probable que acabemos perdidos de polvo. Comprendo que para una dama no resulte...

—Oh, no se preocupe por eso. No me quita el sueño que mi ropa pueda ensuciarse un poco, y si fuera así... —le sonrió por encima del hombro— siempre podría quitármela.

Casi se echó a reír cuando Archer agarró el manajo de llaves con renovado brío y se puso a buscar precipitadamente la del primer trastero. Cuando dio con ella abrió la puerta y la invitó a pasar con un gesto de la mano. Veronica no se hizo de rogar, aunque al cruzar el umbral se quedó sorprendida por la cantidad de cosas que había al otro lado.

—Vaya... —dijo en voz baja, girando sobre sus talones. La luz que caía en diagonal desde las ventanas de la buhardilla estaba inundada de motas de polvo, que se revolvían a su alrededor como luciérnagas encerradas en una botella—. Creía que el incendio habría acabado con casi todo, ¡pero con lo que guardan aquí dentro podría abrirse un museo!

Había una colección completa de muebles de mimbre chamuscados, montones de baúles de viaje desvencijados, cajas de cartón repletas de prendas con puntillas, dos sillas de montar con las correas de cuero mordisqueadas por las ratas, unas cuantas alfombras apoyadas en la pared, tan grandes que en ellas podría esconderse un cadáver, o incluso dos... Veronica empezó a abrirse camino por aquel laberinto de reliquias que aún parecían oler a humo, sintiendo los ojos de Archer, que se había apoyado en la puerta, clavados en su espalda.

—Todas estas cosas, estos recuerdos de los Vandeleur... —comenzó a decir mientras se aproximaba a un arcón que había al pie de la ventana más cercana—. Es como si el tiempo no hubiera pasado por ellos, por muy deteriorados que estén —siguió diciendo—. Como si pudieran contarnos su historia.

—Creo que lo que hay en ese arcón procede de la antigua biblioteca —repuso Archer con indiferencia—. Estaba en el primer piso, donde ahora se encuentra uno de los comedores del hotel. Por lo que tengo entendido fue la parte más dañada durante el incendio. —Se quedó callado unos segundos antes de añadir—: Ahí fue donde encontraron el cadáver de la anterior propietaria, Viola Vandeleur. Murió abrasada sin que nadie pudiera acudir en su auxilio. Las cortinas de la biblioteca se habían incendiado y al querer abrir las ventanas para salir al exterior su vestido también se

prendió. Cuando dieron con ella al día siguiente se había convertido en un amasijo de huesos calcinados, rodeándose el cuerpo con los brazos como si tratara de proteger así a la criatura que llevaba en su vientre.

Veronica se quedó quieta al escuchar aquello. Muy a su pesar, se le puso un nudo en la garganta, y acabó devolviendo un globo terráqueo al arcón, dejándolo con cuidado entre una colección de cuadernos con tapas de cuero chamuscadas y un busto de frenología quebrado como la cáscara de un huevo. Archer, en cambio, no parecía nada afectado. También se abrió camino como pudo entre los objetos de la buhardilla, deteniéndose a sus espaldas.

—Por suerte para nosotros, estamos mucho más vivos que ella, ¿no cree? —Y rodeó lentamente con sus brazos la cintura de Veronica—. ¿Por qué no aprovechamos de ello?

—Señor Archer, como siga así va a hacer que me ruborice. Vuelvo a recordarle que en menos de veinticuatro horas se habrá convertido en el esposo de una amiga mía y...

—Y empezará mi calvario, lo sé perfectamente. Pero como usted misma ha dicho, aún faltan veinticuatro horas para eso. —Su respiración le calentaba la nuca mientras las manos ascendían por su cuerpo, deteniéndose a ambos lados de su cuello—. Y dado que con todos los pormenores de los que tengo que ocuparme esta noche no podré disfrutar de una merecida despedida de soltero, no será tan cruel de negarme un poco de diversión...

«Lady Lillian, sus padres se han lucido encontrándole un marido.» Veronica tuvo que reconocer a regañadientes que la situación empezaba a parecerle excitante, aunque no fuera lo que tenía en mente al dirigirse al hotel. Los canallas eran su mayor debilidad.

—Pero le prometió que enseguida estaríamos de vuelta. Y si tardamos demasiado enviará a alguien a buscarnos, y no sé cómo podríamos explicar una escena como esta...

—Mi querida señorita Quills, ¿aún no lo ha comprendido? A Lillian le da lo mismo lo que pueda hacer, igual que a mí me traerá sin cuidado cuando estemos casados que se acueste con uno, dos o tres hombres distintos. —Mientras hablaba deslizó una mano por el escote de la blusa de Veronica, avanzando hacia sus pechos—. Bien pensado, tal vez podría buscárselos yo. Ya se habrá dado cuenta de que la chica no es muy avispada.

—No sea tan despiadado con ella. A mí me parece una criatura encantadora que no se merece que la engañemos así. Supe desde el principio cuáles eran sus intenciones, pero...

—¿Señor Archer? —oyeron decir de repente a alguien desde la puerta de la buhardilla.

Veronica se apresuró a sacar las manos del hombre de su blusa. Al volver se encontraron con uno de los camareros del hotel. Se había detenido en el umbral con

la mano alzada como si se dispusiera a dar unos golpes en la puerta, pero al reparar en lo que estaba haciendo su patrón se puso muy rojo. Archer dejó escapar un gruñido.

—¿Qué demonios pasa ahora? ¿Es que no podéis hacer nada por vosotros mismos?

—Señor, su... su futuro suegro me ha enviado en su busca. Lord Silverstone quiere saber cuántos vapores han sido contratados para que los invitados puedan trasladarse a la catedral mañana por la tarde. Dice que hay tanta gente que no cree que sea posible...

—Los Silverstone —rezongó Archer—. Empiezo a estar harto de los Silverstone, y esto no ha hecho más que empezar. —Entonces miró a Veronica, que se estaba recolocando la cinta con la que sujetaba sus rizos, y volvió a sonreír—. Supongo que tendré que bajar un momento, pero enseguida estaré de vuelta. No trataré de escaparse de aquí, ¿verdad?

—Le doy mi palabra de que no —le contestó Veronica, sintiendo cómo su estómago saltaba de emoción—. Tengo demasiadas cosas interesantes alrededor como para hacerlo.

Cuando Archer se fue con el camarero, dejando la puerta entornada, la joven soltó un suspiro de alivio. Se había metido en un lío del que no sabía muy bien cómo salir, y de hecho, ni siquiera sabía si quería salir, pero lo realmente importante era que su plan había funcionado. Estaba en una habitación del hotel a la que el *Dreaming Spires* no podría haber accedido de otra manera..., completamente sola con los despojos de los Vandeleur.

Veronica se puso inmediatamente en movimiento. Durante el siguiente cuarto de hora se dedicó a inspeccionar la buhardilla, abriendo todos los cajones y las puertas de los armarios, vaciando cajas de costura y sombrereras medio quemadas, escarbando entre muñecas que habían perdido ojos de cristal y pedazos enteros de sus caras de biscuit...

Y acabó encontrando lo que había tenido en mente desde el principio. Detrás de un diván tapizado de satén rojo, arrinconados contra una de las esquinas, se distinguían un montón de lienzos dados la vuelta. Veronica casi se cayó al suelo en su precipitación por acercarse a ellos, derribando sin darse cuenta un perchero y una pequeña mesita auxiliar.

Tiró del diván para apartarlo de la pared y poder colarse tras él. Efectivamente, se trataba de una colección de retratos de los Vandeleur, de los tamaños más variopintos y tan cubiertos de polvo que incluso Veronica, que era cualquier cosa menos escrupulosa, hizo una mueca de asco al cogerlos. Empezó a darles la vuelta para tratar de reconocer lo que había debajo de las pátinas oscurecidas por el humo, aunque los nombres de todos aquellos desconocidos no le decían nada..., hasta que, cuando empezaba a impacientarse, dio con un cuadro más pequeño en el que se encontró con el rostro que estaba buscando.

Una Viola Vandeleur de unos siete años le devolvió la mirada con una dignidad que parecía más propia de una mujer de treinta. Veronica contuvo el aliento mientras pasaba con cuidado la manga de su blusa sobre la superficie del cuadro para arrancarle el polvo y las telarañas. No se había equivocado: la pequeña placa de bronce que había en el marco inferior lo dejaba muy claro. «Viola Vandeleur, 1844.» La niña que años más tarde moriría abrasada en aquella misma casa había sido representada en lo que sin duda serían los jardines, con un vestido de color negro que indicaba que guardaba luto por alguien y sujetando una muñeca de porcelana con un brazo. «Es como estar mirando una versión infantil del mascarón del *Perséfone* —se dijo Veronica—. Los ojos son idénticos, y hasta la forma de la cara... El escultor que lo talló debió de ser un gran artista.»

Estuvo mirando el retrato durante casi un minuto antes de seguir adelante con su inspección, que reveló que Viola había sido una niña acostumbrada a posar para los pintores. Había una Viola de unos doce años, ya sin vestido de luto, sentada en una silla de mimbre muy parecida a las que había en el desván. Una Viola un poco mayor ataviada con un traje de montar, sujetando a un caballo por las riendas delante de unas caballerizas. Una Viola adulta, convertida ya en una hermosa muchacha de formas redondeadas y mirada severa, adornada como una princesa para su puesta de largo, con una mano enguantada apoyada en el pecho y la otra descansando sobre la repisa de la chimenea de la biblioteca en la que murió. Dio también con unos cuantos retratos de una pareja que por las fechas supuso que habrían sido sus padres, y de un muchacho muy parecido a Viola, un tal Philippe, con toda la pinta de haber sido hermano suyo. El último cuadro era tan grande que Veronica no pudo darle la vuelta y tuvo que tirar de un extremo para tumbarlo encima del diván. Una Viola mayor, de nuevo enfundada en un vestido de noche de tul azul, lucía un aderezo de esmeraldas a juego con una tiara en lo que parecía una terraza. Pero esta vez no estaba sola; Philippe Vandeleur se encontraba a su lado, impecable con su traje oscuro y su chaleco plateado, y a la derecha de los hermanos, apenas visible por culpa de las llamas que habían devorado la mitad del retrato, había una tercera persona. Una que también llevaba un vestido azul...

Concentrada en los retratos, Veronica no oyó regresar a Archer hasta que el hombre cerró poco a poco la puerta de la buhardilla, procurando no hacer ningún ruido.

—Bueno, parece que mi suegro se ha quedado conforme. Le dije que estaría ocupado en mi despacho hasta la hora de la cena, así que no enviaré a nadie más para molestarnos.

Veronica, sin prestarle atención, alargó una mano para estirar la parte chamuscada del lienzo. El fuego lo había reducido a apenas un jirón descolorido, pero aun así pudo reconstruir el semblante de aquella mujer... y al hacerlo se quedó de piedra.

Porque se trataba de una segunda Viola Vandeleur, con los mismos ojos claros, los mismos cabellos oscuros y los mismos rasgos altaneros dispuestos en un rostro

unos años más joven.

—¿Señorita Quills? —oyó decir a Archer a sus espaldas. Se había detenido de nuevo detrás de Veronica, y sus manos se habían posado sobre sus hombros, parecidas a las arañas que correteaban por el desván—. ¿Va todo bien? ¿Por qué se ha quedado tan sorprendida?

—No es nada —logró decir la joven, más confundida a cada momento—. Debe de ser el efecto de todos estos recuerdos...

Se quedó callada cuando sus ojos se detuvieron sobre la placa del retrato. También estaba cubierta de polvo, pero no tuvo problemas para descifrar las palabras grabadas en ella: «Viola, Philippe y Muriel Vandeleur, 1856». Muriel. Viola había tenido una hermana.

Eran más de las cuatro de la tarde cuando uno de los vapores que remontaban el Mississippi los dejó en Nueva Orleans. El puerto no quedaba lejos de Saint Patrick, así que Alexander desplegó el manoseado mapa que les habían prestado los Garland, con la iglesia de los irlandeses rodeada por un círculo rojo, para guiar a sus amigos hacia allí.

—Me pregunto qué se traerá Veronica entre manos exactamente —comentó Oliver mientras abandonaban el muelle y se sumergían en la riada de personas que se dirigía a la bulliciosa Canal Street. El calor era aún más agobiante que en el río, y el cielo que se vislumbraba entre los letreros de las tiendas y los cables de los tranvías estaba cada vez más cubierto de nubarrones—. ¿Por qué pensáis que ha preferido quedarse en el pueblo?

—Creo que dijo algo sobre volver otra vez al hotel Vandeleur —contestó Alexander.

—Para lo que le servirá... Dudo que los botones de la entrada la dejen pasar sin ser una clienta, y menos aún ponerse a investigar. Además de que ahora mismo deben estar demasiado ocupados con los preparativos de la boda de mañana para hacerle caso.

—A mí me preocupa más lo que pueda estar haciendo la señorita Stirling —comentó Lionel con el ceño fruncido—. No me entra en la cabeza que quiera perderse lo de esta tarde.

Alexander se aseguró de que acababan de torcer por Poydras Street antes de decir:

—La señorita Stirling no ha olvidado que, según lo que acordamos en Caudwell's Castle en su primera visita, nosotros nos ocupamos de la investigación mientras que ella se hace cargo de correr con todos los gastos. No tiene que estar respirándonos en la nuca noche y día; de hecho creo que lo consideraría una auténtica pérdida de tiempo.

—Pero tampoco se quedaría encerrada en su habitación por un dolor de cabeza. Tal vez parezca a veces una remilgada, pero no os hacéis una idea de cómo es en realidad...

—¿Y tú sí? —preguntó Alexander distraídamente—. ¿Tanto has llegado a conocerla?

—Más de lo que pensáis. Más de lo que cree conocerme ella a mí, desde luego. Me hierve la sangre al acordarme de lo que dijo mientras hablábamos con Hadley...

—Ah, ya... Algo sobre que eres un experto en ilegalidades, ¿no? —comentó Oliver.

—¿Cómo puede tener una cara tan dura? —dejó escapar Lionel—. Es lo más increíble que he escuchado nunca. Que precisamente ella, ¡ella!, se atreva a decir de mí que soy...

—Tienes razón; es un auténtico despropósito —le interrumpió Alexander sin

dejar de mirar el mapa—. La señorita Stirling no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Suerte que tus amigos sabemos perfectamente que nunca serías capaz de hacer esas cosas de las que te acusa. No saquearías nunca una excavación de la que formas parte, por ejemplo...

—Eso son gajes del oficio, Alexander. Y aunque no fuera así, ella no tiene derecho a echarme nada en cara. ¡Una persona tan opuesta a mí no puede juzgarme!

—¿Tan opuesta a ti? —exclamó Oliver—. ¡Pero si estáis cortados por el mismo patrón!

—Twist, deja de decir tonterías. Somos tan distintos como la noche y el día —protestó Lionel—. Ella es una engreída, una manipuladora y una mentirosa, mientras que yo soy...

—Una versión masculina de Margaret Elizabeth Stirling —concluyó su amigo por él.

—Más impulsiva y menos sofisticada, pero la horma de su zapato. Más vale que te desengañes, Lionel: nunca encontrarás a una persona que se parezca más a ti, y a la que en consecuencia soportes menos. —Alexander se detuvo en medio de la calle y volvió a desplegar el mapa—. Y ahora, pasemos a otra cosa: Camp Street debería estar por aquí...

Haciendo caso omiso a los refunfuños de Lionel, giraron a la izquierda y siguieron avanzando por una calle que los condujo a la arbolada Lafayette Square, que en aquel momento estaba llena de personas que se reían y bailaban al son de una orquesta. Allí había un buzón en el que Oliver aprovechó para dejar las cartas que le había escrito a Ailish durante el viaje en tren. Casi enseguida dieron con lo que estaban buscando: la iglesia de Saint Patrick estaba a dos manzanas de distancia, con su altísima torre blanca apuntando hacia el cielo.

Cuando Alexander empujó la puerta y penetraron en su fresco interior se llevaron una sorpresa. El templo era mayor de lo que habían imaginado, y estaba inundado por la trémula claridad de los candelabros colocados en los altares. Olía a incienso y a las flores depositadas a los pies de las figuras de los santos, y alguien tocaba el órgano por encima de sus cabezas, haciendo que la música ascendiera por las columnas y se perdiera en los nervios góticos que cruzaban las bóvedas, delgados como los de las hojas de las plantas.

—Qué iglesia tan hermosa —susurró Oliver mientras avanzaban por la nave, entre los bancos en los que rezaban algunos fieles—. ¿Creéis que deberíamos hablar con el párroco?

—No será necesario —contestó Alexander en el mismo tono. Había clavado los ojos en el presbiterio—. No tendremos que ir demasiado lejos para poder dar con Jay Jackson.

Había un monaguillo detrás de la reja que separaba la nave de la iglesia del altar principal. Debía de haberse celebrado un funeral poco antes, porque las baldosas estaban cubiertas por los pétalos arrugados de unos crisantemos que el muchacho

barría con una escoba. Iba vestido con una sotana roja con roquete de encaje, y a pesar del flequillo que le cubría uno de los ojos se percataron de que su expresión era realmente sombría.

Alexander y Oliver siguieron avanzando por la nave, mientras que Lionel se quedó algo rezagado. El chico no alzó la cabeza hasta que el profesor se detuvo junto a la reja.

—Perdona que te molestemos —dijo en voz baja—. Nos preguntábamos si serías Jay.

—Sí, señor —contestó él en el mismo tono, dejando de barrer—. ¿Quieren hablar con el párroco? Está ahora mismo en la sacristía, pero supongo que enseguida...

—No, no es a tu tío a quien queremos ver —siguió diciendo Alexander—. Nos gustaría charlar contigo un rato sobre algo que sucedió en Vandeleur hace unas semanas. Sobre la muerte de John Reeves, que tenemos entendido que era amigo tuyo, y lo que los dos sacasteis del *Perséfone* la tarde anterior. Parece que ahora tienes cosas que hacer, pero...

Los ojos claros de Jay se clavaron primero en Alexander, más tarde en Oliver y por último regresaron a Alexander. Dejó caer la escoba sin pronunciar palabra, y entonces, para sorpresa de los dos, saltó la reja del presbiterio para echar a correr como alma que lleva el diablo por la nave de la iglesia.

—¡Oye! —dejó escapar Alexander. Cuando pasó por su lado Oliver trató de agarrarle un brazo, pero el chico se soltó de un tirón y siguió corriendo—. ¡Muchacho, vuelve aquí!

—Hadley tenía razón: está aterrorizado por lo que les sucedió —se asombró Oliver.

Los feligreses de Saint Patrick alzaron la cabeza cuando el monaguillo pasó como una exhalación entre las dos hileras de bancos. Por suerte para ellos, no logró alcanzar la puerta de la iglesia. Cuando estaba a punto de hacerlo se dio de bruces con Lionel, que había visto lo que estaba sucediendo y se había acercado rápidamente para interceptarle.

—Vamos, ¿a qué vienen esas prisas? ¿Dónde vas a estar más seguro que en sagrado?

—¡Suélteme ahora mismo! —casi gritó Jay, luchando por zafarse de Lionel—. ¡Yo no tengo por qué hablar con ustedes de nada! ¡No sé quiénes son y tampoco quiero saberlo!

—Deja de revolverte: pareces una cría asustadiza —le echó en cara Lionel, sujetándole los brazos a la espalda con tanta facilidad como si tuviera cinco años—. Ahora haz el favor de tranquilizarte antes de contestar a unas cuantas preguntas. Ninguno de nosotros te va a criticar por haber saqueado un pecio hundido, o al menos yo no pienso hacerlo.

—¡Lo que le pasó a Johnny no fue culpa mía! ¡La idea de bucear hasta el barco se le ocurrió a él! ¡A mí me daba tanto miedo como a Hadley, aunque no quisiera

admitirlo!

Mientras tanto Alexander y Oliver se les habían acercado, y también alguien que acababa de abandonar la sacristía, alarmado probablemente por aquel repentino alboroto.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —Era el párroco de Saint Patrick, un hombre alto y robusto, de espeso cabello gris, que se apresuraba por la nave haciendo ondear su sotana—. ¡Dejen en paz a mi sobrino si no quieren que avise a la policía!

Todas las personas que había en la iglesia estaban mirándoles. Lionel soltó de mala gana a Jay, que se había quedado tan quieto de repente como una marioneta sin cuerdas.

—Le ruego que nos perdone, padre Jackson —se disculpó Alexander. El cura pareció sorprendido de que un perfecto desconocido supiera su nombre—. No teníamos ni idea de que las preguntas que nos disponíamos a hacerle a su sobrino pudieran alterarle tanto...

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió el sacerdote—. ¿Y de qué se supone que le conocen?

—Somos periodistas, y nos hemos trasladado a Vandeleur para hacernos cargo de una investigación. Estamos intentando averiguar qué le pasó a un amigo suyo hace poco.

—¿Al pobre John Reeves? ¿Otra vez con ese asunto? El chico ya le contó en su momento a la policía todo lo que sabía, y acordaron no volver a molestarnos mientras se encontrara bajo mi techo. —Sin dejar de hablar el padre Jackson atrajo al muchacho hacia sí; a su lado parecía esmirriado como un pajarillo—. ¿No se dan cuenta de que aún está traumatizado por lo que ocurrió? ¿Realmente serían capaces de hacerle revivir aquella experiencia de nuevo con tal de conseguir material con el que redactar una de esas crónicas morbosas?

—Padre Jackson, le aseguro que se está equivocando con nosotros. El periódico para el que trabajamos no es una publicación sensacionalista. —«¿Cuántas veces hemos tenido que repetir esto?», se preguntó Alexander con cierta resignación—. Nos ocupamos de los sucesos paranormales y del modo en que las nuevas ciencias se encargan de estudiarlos.

A juzgar por cómo temblaron las cejas del sacerdote, no se habría escandalizado más si Alexander hubiera pronunciado la palabra «brujería» en su parroquia. Jay, por el contrario, movía los ojos sin cesar de uno a otro.

—Lo último que nos interesa es asustar aún más a su sobrino —añadió Oliver, que empezaba a sentir lástima por el chico—. Es evidente que usted está tratando de echarle una mano, y eso nadie podría hacerlo mejor que un familiar..., pero seguramente le haría sentirse más tranquilo compartir sus preocupaciones con personas que las comprendan.

—Muy amable por su parte, pero Jay no necesita más ayuda. Tiene a su tío para que cuide de su salud y a Dios para que cuide de su alma, y con eso es más que

suficiente...

—¿De verdad se dedican a... a estudiar lo paranormal? —preguntó Jay tan de repente que los cogió por sorpresa—. ¿Son de esas personas capaces de hablar con las almas en pena?

—No de la manera en que pueden hacerlo los médiums —le explicó Alexander—, pero estamos familiarizados con asuntos como el del *Perséfone* y su tripulación. Nos hemos ocupado de casos parecidos y sabemos cómo conviene actuar en momentos como este.

—Entonces... ¿ustedes no piensan que lo que le ocurrió a Johnny fue por mi culpa?

Solo cuando le quitaron aquella idea de la cabeza el chico pareció respirar, y fue como si la sangre circulara de nuevo por sus venas. Pero su tío seguía sin estar tranquilo.

—Miren, no sé nada de esas nuevas ciencias de las que hablan, pero me parece que la casa de Dios no es el mejor lugar para tratar esos asuntos. ¡No pueden presentarse en mi iglesia con sus historias de fantasmas y pretender que me las crea, sobre todo cuando se dedican a distraer a mis feligreses de sus oraciones! ¡Esto es un auténtico escándalo!

—Vamos, como si no desearan que hubiera un poco de diversión para variar —sonrió Lionel mientras unas ancianas envueltas en toquillas cuchicheaban mirando hacia ellos.

El padre Jackson dejó escapar un resoplido. Les lanzó a las mujeres una mirada que las hizo regresar de inmediato a sus misales mientras su sobrino decía en voz muy baja:

—Tío, a lo mejor no es tan mala idea que... que hable con ellos de lo que ocurrió...

—¡No irás a decirme que te apetece contar otra vez la misma historia! —se asombró el cura mirando al muchacho—. ¡Pensaba que estabas deseando pasar página de una vez!

—Claro que lo estoy —reconoció Jay—. Pero hasta ahora no había hablado con nadie que estuviera dispuesto a creerme. Todo el mundo, los policías, hasta tú... todos creéis que la muerte de Johnny me afectó tanto que me hizo imaginarme cosas imposibles. Si lo que están diciendo es verdad, sería un alivio poder estar seguro por fin de que no me va a pasar... lo mismo que le pasó a mi amigo.

—Estoy convencido de que no —le tranquilizó Alexander, poniéndole una mano en el hombro a Jay—. Pero tu tío está en lo cierto al decir que este no es el mejor lugar para mantener una conversación así. ¿Dónde podríamos sentarnos para hablar con calma?

—Supongo que no tendré más remedio que dejarles pasar a la sacristía —rezongó el sacerdote—, aunque me siga pareciendo completamente inapropiado. Vengan por aquí...

Se dio la vuelta para regresar por donde había venido, y Jay le siguió acompañado por los ingleses. El padre Jackson empujó una puerta situada a la derecha del presbiterio y después de guiarles por un estrecho corredor los condujo a una pequeña habitación que daba a la trasera de la iglesia. El sacerdote, sin perder su expresión de profundo disgusto, les sirvió unas tazas de té irlandés de mala gana antes de marcharse para continuar con sus obligaciones, diciendo a Jay a media voz que le llamara si sucedía cualquier imprevisto.

—Siento mucho haber querido escaparme antes —murmuró el muchacho cuando se quedaron a solas, después de unos segundos de incómodo silencio. Se había hundido en una de las sillas y apenas se atrevía a mirarles a la cara—. Al escucharles tuve miedo de que me llevaran otra vez a la comisaría. No quiero volver a pisar nunca más ese lugar.

—No tienes que pedirnos perdón por nada —sonrió Alexander, echando una buena cantidad de azúcar en la taza del chico—. Ha sido culpa nuestra por habernos dirigido a ti con tan poca mano izquierda. Pero, como te hemos dicho antes, no hemos acudido a vuestra iglesia para aumentar tus preocupaciones. Esta mañana hemos estado hablando en Vandeleur con un conocido tuyo, un hombre llamado Hadley que también era amigo de Reeves, y que al parecer estuvo presente la tarde en que os acercasteis al *Perséfone*.

—¿Hadley sigue estando en el pueblo? —se asombró el chico—. Pensaba que se habría ido a vivir a otro lugar, como hice yo. Puede que sea más valiente de lo que imaginaba.

—O puede que no tenga tanta suerte como tú —comentó Oliver—. Estoy seguro de que daría lo que fuera a cambio de contar también con un pariente dispuesto a cuidar de él.

Jay pareció aún más avergonzado, pero se conformó con sorber su té mientras los demás aguardaban pacientemente a que empezara a contarles su historia. Coincidió con lo que les había dicho Hadley: les explicó lo que los tres se dedicaban a hacer para ganarse la vida durante los meses que siguieron a su escapada de la parroquia, sacando cosas del Mississippi con ayuda de la canoa que Jay había encontrado abandonada en la ribera. También les habló de cómo habían buceado John Reeves y él hasta el *Perséfone* la tarde anterior a su muerte, y del aspecto que presentaba el cadáver de madera cubierto de algas en que se había convertido aquel barco. Pero cuando tuvo que relatarles cómo dieron con su cuerpo a la mañana siguiente su voz se volvió tan débil que apenas se oía.

—Hadley y yo habíamos acordado reunirnos en el embarcadero de Vandeleur para ir juntos a casa de Johnny. La cabaña está muy cerca de allí, así que no tardamos ni cinco minutos..., pero cuando llegamos lo encontramos echado en la cama, con los ojos muy abiertos y clavados en el techo, y frío como un témpano. Hadley se fue corriendo al pueblo para pedir ayuda, y a mí me tocó quedarme con Johnny hasta que regresaron. Ya sé que ustedes estarán acostumbrados a los muertos —añadió Jay

alzando la vista hacia los tres amigos—, pero yo... yo nunca había visto a ninguno antes. Y aún me acuerdo de todos los detalles cuando me meto en la cama por la noche: el agua que había por todas partes y el barro que manchaba la ropa de Johnny... y la cara que se le había quedado...

—¿Había agua en la cabaña? —se extrañó Lionel—. Ahora entiendo por qué Hadley cree que el Mississippi acabó con Reeves por haberle arrebatado algo que le pertenecía.

—Yo no creo que fuera cosa del río —susurró el chico—, sino de los marineros del *Perséfone*. Esos charcos de barro... debieron de llevarlo con ellos cuando salieron del agua.

—¿Estás diciendo que piensas que lo mataron unos espíritus? —preguntó Alexander tras un momento de vacilación—. Si se trataba de ellos, ¿cómo pudieron haberse llevado de la cabaña las cosas que sacó Reeves del barco?

—Yo también me he hecho esa pregunta —reconoció el chico—. Se supone que los fantasmas no tienen corporeidad como para agarrar cosas, ¿no?

—¿Qué ocurre, temes que puedan forzar tu ventana por la noche? —sonrió Lionel.

—No —se apresuró a decir Jay, aunque su voz no resultó muy convincente—. Pero no quiero arriesgarme a que me pase lo mismo que a Johnny por haberme acercado más de lo debido al barco. Él tuvo la mala suerte de estar cerca del río aquella noche; yo por lo menos he podido regresar a Nueva Orleans, y por mucho que me paguen no volveré a poner un pie en el Mississippi. Y en cuanto sea lo bastante mayor me marcharé de aquí para poner tierra por medio de una vez por todas. —Jay dejó su taza encima del plato con una mano tan insegura que la hizo tintinear. Después miró de nuevo a Alexander—. Mi tío dice que lo que tengo que hacer es pedir a Dios que me perdone. ¿Ustedes creen que lo que hice ese día... lo de saquear los restos de un barco hundido hace tiempo... puede ser realmente un pecado mortal? ¿Creen que Johnny y yo nos ganamos un pasaje al infierno y que los marineros del *Perséfone* quieren arrastrarnos con ellos como castigo?

—Me parece que no —se rio Lionel, y Jay pareció un poco más tranquilo—. ¡Si robar a los muertos fuera pecado mortal yo estaría desde hace tiempo en el infierno!

Oliver también sonrió a regañadientes, pero Alexander continuó mirando al chico.

—Me da la sensación —dijo al fin— de que ese miedo tuyo no tiene tanto que ver con lo que le pasó a Reeves como con lo que temes que aún pueda pasarte a ti. ¿Hay algo que no le contaras a Hadley, o a la policía? ¿O incluso a tu tío bajo secreto de confesión?

Supo de inmediato que había dado en el clavo; Jay se puso tan pálido como antes.

—Creo que no entiendo a qué se refiere. Ya les he contado todo lo que sé sobre el...

—Te lo diré de otra manera: ¿has hecho algo, por insignificante que parezca, que la tripulación del *Perséfone* pueda considerar una provocación, como lo fue lo de

Reeves?

Cuando Jay tragó saliva hizo tanto ruido que todos lo oyeron. De repente volvía a parecer pequeño y asustado, tan encogido en su asiento como si estuviera en un juzgado.

—Tienen que entenderme. Yo nunca he querido seguir los pasos de mi tío. Es un buen hombre, pero no quiero estar en un seminario, ni tener que decir misa cada día...

—¿Quién querría? —repuso Lionel—. Pero no cambies de tema. Vamos, suéltalo.

—Yo... necesitaba dinero. Y aún sigo necesitándolo, si quiero que mi vida no sea la que él ha elegido para mí. —Jay se quedó callado unos instantes antes de seguir diciendo en voz baja—: Encontré algo más entre los restos del *Perséfone*. Algo que no era parte de la vajilla, ni una lata de té abollada. Johnny no lo vio; siempre he sido el que nadaba mejor de los dos, y logré bucear hasta una parte del pecio a la que él no se acercó por no poder pasar tanto tiempo sin respirar. Al principio pensé en contárselo a Hadley y a él...

—Pero te diste cuenta de que nunca te sería más sencillo conseguir una buena cantidad de dinero —adivinó Lionel—. Me imagino que así hemos empezado todos.

—¿Y de qué se trataba? —preguntó Oliver con interés—. ¿Era un objeto valioso?

En vez de responder, Jay se levantó la sotana de monaguillo para sacar algo que guardaba en uno de los bolsillos del pantalón. Se lo alargó dubitativamente a Alexander.

—Lo he llevado encima desde entonces. Cuando encontramos muerto a Johnny me dio miedo que me pasara lo mismo por haberme quedado con algo que pertenecía al *Perséfone*. Decidí devolverlo al Mississippi, pero temía que se perdiera y que las almas en pena de los marineros no consiguieran dar con él. Y no quiero enfurecerlos aún más.

Alexander tardó un momento en reconocer el objeto que Jay dejó en su palma. Al darle la vuelta comprendió que se trataba de un reloj de bolsillo. Estaba tan sucio que apenas se distinguía la esfera de cristal, y las algas adheridas durante todos aquellos años habían cubierto con una capa viscosa los intrincados dibujos de la tapa. Soltó un silbido.

—Vaya, no me extraña que supusiera una tentación para ti. Es una pieza magnífica.

—¿Es de plata? —preguntó Oliver a Lionel cuando este lo cogió en su propia mano.

—Me parece que sí, aunque está demasiado sucio para saberlo —dijo su amigo. Lo levantó para que le diera la luz—. Alexander, ¿podrías dejarme tu pañuelo?

El profesor lo sacó de su chaleco. Tuvo que observar con resignación cómo Lionel lo dejaba inservible a base de frotar el reloj para tratar de arrancar la costra que lo cubría.

—Efectivamente, es de plata, y de la buena. He visto algunas piezas parecidas en

las subastas de Londres y todas eran anteriores a la guerra civil. Tiene que proceder del *Perséfone* a la fuerza. —Entonces Lionel miró a Jay—. ¿Has tratado de abrirlo alguna vez?

—No —murmuró el chico, a quien la mera idea parecía espantarle—. Después de lo que le pasó a Johnny casi no me atrevo a tocarlo, aunque lo lleve encima todo el tiempo.

—Entonces no te vendrá mal que te echemos una mano. ¿Tienes por ahí una navaja?

Jay asintió con la cabeza. Salió de la sacristía para buscarla y Alexander y Oliver se acercaron más a Lionel para seguir observando el reloj mientras lo limpiaba. El barro le estaba ensuciando cada vez más los dedos, pero continuó con la tarea hasta que el cristal quedó despejado, dejando entrever las agujas detenidas hacía cuarenta y tres años.

—Muchas veces estos relojes de bolsillo se mandaban grabar por dentro para servir como recuerdo de una ocasión especial —siguió explicando Lionel—. Ya sabéis, «para tal persona de parte de sus compañeros de tal regimiento», «con motivo de la jubilación de uno de los miembros de tal hospital»... Tal vez nos ayude a avanzar en la investigación.

—Supongo que no perdemos nada por echar un vistazo —comentó Oliver—. Aunque sigo sin tener claro lo que pretendes. ¿Para qué nos va a servir una simple dedicatoria?

—Con un poco de suerte, para conocer el nombre de uno de los asesinos de Reeves.

Se oyeron pasos en el corredor y Jay regresó con un cuchillo. Se lo dio a Lionel y después se quedó mirando con los ojos muy abiertos cómo deslizaba la punta por debajo de la tapa grabada con hojas de vid. Hizo palanca hasta que al fin consiguió que se abriera.

—Hecho —anunció devolviéndole el cuchillo—. Fijaos en esto: el agua no consiguió colarse debajo de la tapa. El interior está tan seco como si acabara de salir de la relojería.

Alexander volvió a coger el reloj y comprobó que, efectivamente, no estaba mojado por dentro. Pero lo que más le llamó la atención fue la inscripción que escondía.

Pour
Charles Édouard Delorme
avec amour de son père Jacques

1 juillet 1860

Y después, en una caligrafía más curvilínea que se adaptaba a la forma de la

esfera:

*Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?
Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!*

—Baudelaire —murmuró Oliver cuando le tocó el turno de examinarlo—. Son los dos últimos versos del poema «Le voyage», de *Les fleurs du mal* de Baudelaire. Muy adecuados para alguien que se disponía a hacerse a la mar...

—Y al que le acabó pasando lo que rezaba el poema —corroboró Alexander—. «Caer al fondo del abismo, Infierno o Cielo, ¿qué importa? ¡Al fondo de lo desconocido con tal de encontrar lo nuevo!» Quién sabe en cuál de los dos lugares se encuentra.

—Siendo miembro de la tripulación del *Perséfone*, lo más probable es que se haya quedado entre ambos —comentó Lionel—. Charles Édouard Delorme. ¿Quién podría ser?

—Ni idea —reconoció Oliver—. Pero una cosa está clara: era un marinero francés. Me imagino que su padre, Jacques Delorme, mandaría grabar este reloj para él la primera vez que se embarcó.

Mientras hablaban, Alexander le dio la vuelta al reloj. Las agujas que Lionel había dejado a la vista marcaban las diez y media, y Oliver le había dicho que, según todos los artículos aparecidos en la prensa de la época, el *Perséfone* se había hundido en el río la noche del 10 de abril de 1862. ¿Sería aquella la hora exacta en la que Mississippi se los tragó a todos, al barco y a sus marineros, sin devolver nada de ellos?

No abandonaron la iglesia de Saint Patrick hasta una hora más tarde, y cuando lo hicieron Alexander llevaba el reloj de Charles Édouard Delorme a buen recaudo en uno de sus bolsillos. Había convencido a Jay de que se lo diera por si acababa resultando útil de cara a la investigación, lo que no fue demasiado complicado: el muchacho estaba deseando librarse de una vez de él. A cambio el profesor le entregó un billete de diez dólares con el que también compró la promesa de que Jay no volvería a marcharse de la casa de su tío hasta que fuera lo bastante adulto para decidir por sí mismo lo que quería hacer en la vida. Él se comprometió a cumplir con su parte del trato y después los acompañó a la calle, con los ojos haciéndole chiribitas y la primera sonrisa auténtica que le habían visto esbozar.

Una vez fuera de la iglesia, Alexander, Lionel y Oliver echaron a andar sin prisas por Camp Street hablando de lo que habían escuchado en la sacristía.

—Casi hemos tenido que sacarle la verdad con sacacorchos —comentó Lionel—, pero me alegro de que el pájaro haya acabado cantando. Debía de estar pasándolo muy mal.

—Ahora las cosas serán más sencillas en casa de los Jackson —asintió Oliver con los ojos clavados en el cielo encapotado, que empezaba a adquirir un preocupante color morado—. En cuanto a nosotros, supongo que no nos queda nada más que hacer aquí. Será mejor que volvamos a Vandeleur para preguntar a los vecinos si han oído hablar de alguien apellidado Delorme que aún viva por esa zona.

—¿Y de qué serviría eso? —preguntó Lionel—. Todo el mundo asegura que la tripulación del *Perséfone* se hundió con el barco. ¿Qué te hace pensar que pudiera haber habido supervivientes y que precisamente Delorme se contara entre ellos?

—No me refiero a Charles Édouard Delorme, sino a sus descendientes. No tendría nada de particular que siguieran viviendo en Vandeleur como antes de su desaparición.

—En el supuesto de que Charles Édouard Delorme fuera de Vandeleur —le advirtió Lionel—. Pero es mucho suponer, Twist. Que el capitán Westerley viviera en la plantación de su esposa no quiere decir que todos sus hombres hicieran lo mismo. Además, Chris Garland nos explicó anoche que las cabañas de Vandeleur pertenecen a los descendientes de los antiguos trabajadores de la plantación. ¿Qué te hace pensar que el capitán decidiera reclutar a esos marineros entre sus vecinos en vez de...?

Lionel dejó la frase en el aire. En aquel momento estaban atravesando de nuevo Lafayette Square, donde ya no había parejas bailando entre los parterres y los músicos se apresuraban a recoger sus partituras antes de que empezara a llover. Sus ojos se habían posado sobre una dama con una sombrilla de encaje a juego con su vestido de seda negra, que acababa de dejar atrás la solitaria estatua que presidía la plaza.

—Conque le dolía la cabeza, ¿no? ¿Cómo puede ser tan embustera?

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —reconoció Alexander. Los tres se detuvieron para seguir con los ojos a la señorita Stirling cuando abandonó la plaza por el extremo opuesto para enfilear Saint Charles Avenue—. Supongo que tendría sus buenos motivos para querer venir sola a la ciudad, pero... no deja de ser bastante sospechoso.

—Para volver a mentirnos, querrás decir —repuso Lionel—. Aunque no sé por qué me sigue extrañando esto. ¿Cuántas veces nos ha demostrado que no es de fiar?

Mientras hablaban la señorita Stirling se perdió en medio de la marea de personas que se apresuraban por la avenida. Lionel se ajustó el sombrero de ala ancha y anunció:

—Voy a enterarme de lo que se trae entre manos. Os veré más tarde en Vandeleur.

—Lionel, déjala en paz —le dijo Alexander en tono de advertencia—. Sabes que no le hará ninguna gracia descubrir que la has estado siguiendo, y esta investigación ya es lo bastante complicada de por sí. No quiero tener que soportar más peleas entre vosotros.

—Como si fuera la primera vez que me convierto en su sombra. No te preocupes por lo que pueda pasar; sé cómo controlarla. Esta vez no me dejaré engañar por sus mentiras.

La expresión con la que Alexander y Oliver lo vieron alejarse dejaba claro lo que ambos pensaban de su bravata, pero ninguno de los dos se molestó en añadir nada. Lionel se apartó de sus amigos y se sumergió en la riada humana de Saint Charles Avenue, una Babel en la que uno podía oír hablar en inglés, francés y alemán a la vez. El borde del vestido negro de la joven aparecía y desaparecía cada pocos segundos entre las piernas de los viandantes, pero Lionel consiguió apañárselas para no perderla de vista.

Esta vez la persecución resultó bastante más corta. Al cabo de unos diez minutos la señorita Stirling se detuvo, consultó algo que llevaba apuntado en un trozo de papel y entró en un edificio situado a la derecha de la avenida. Lionel tuvo que alejarse un poco para distinguir el nombre del establecimiento: Western Union Telegraph. Aquello le dejó tan perplejo que estuvo a punto de ser arrollado por uno de los tranvías que descendían por Saint Charles Avenue. Se apresuró a regresar a la acera, preguntándose qué podía ser tan urgente para que la señorita Stirling prefiriera decirlo por cable antes que por correo tradicional. Lionel se hacía una idea de a quién estaría dirigido aquel mensaje, y eso le hizo fruncir el ceño mientras se apoyaba en una de las columnas del soportal más cercano, aguardando a la joven. Puede que Alexander tuviera razón y lo mejor fuera poner las cartas sobre la mesa para averiguar de una vez qué estaba tramando.

Cinco minutos más tarde la señorita Stirling regresó a la calle. Se disponía a abrir su sombrilla cuando reparó en Lionel, y la sorpresa casi hizo que se le cayera al suelo.

—No me puedo creer que sea usted tan desvergonzado. ¿Qué está haciendo aquí?

—Me parece que esa pregunta debería hacérsela yo —replicó Lionel con las manos en los bolsillos de la chaqueta—. Si la señora Garland le ha dado algo para combatir el dolor de cabeza, debe de ser la mejor medicina del mundo. ¿No dijo que quería acostarse?

—Cambié de idea —contestó la señorita Stirling con vaguedad—. Tengo derecho a hacerlo, ¿no cree? Y en cualquier caso, ¿qué se le ha perdido a usted en esta calle?

—También tengo derecho a recorrerla cuantas veces quiera en mis investigaciones.

—No si tienen que ver conmigo. Ha vuelto a seguirme, señor Lennox, y ya sabe qué opinión me merece eso. ¿O es que necesita que mi Carmilla y yo se la recordemos?

Echó a andar rápidamente por la avenida, y Lionel se apartó del soportal para no quedarse atrás. Mientras la esperaba, el cielo se había oscurecido aún más y las primeras gotas comenzaban a mojar los adoquines.

—¿A quién le ha puesto ese telegrama tan importante? ¿A su príncipe Konstantin?

—En realidad era un mensaje para los miembros de mi harén masculino particular. Les decía que como probablemente el asunto del *Perséfone* se alargue más tiempo del que esperaba, lo mejor será que se trasladen también a Vandeleur. Soy una amante tan posesiva que no puedo pasarme sin ellos más de dos semanas... ¿Usted qué cree? —dijo la joven de mal humor—. Por supuesto que era un telegrama para Su Alteza Real, aunque no sé por qué tengo que darle explicaciones. Lo que quiera decirle no le incumbe.

—Así que sigue postrada a los pies de ese niño con delirios de grandeza. —Lionel sacudió la cabeza con incredulidad—. Esperaba que en estos dos años hubiera madurado usted lo suficiente para darse cuenta de que no es más que un crío, pero ya veo que me equivocaba. Está tan cegada por sus riquezas que es incapaz de pensar en nada más.

—Y me lo dice el hombre que pierde el norte en cuanto se cruzan unos pechos en su camino —comentó la señorita Stirling sin mirarle—. Para su información, los diecinueve años de Su Alteza Real no son más que una cifra carente de sentido; en cuanto le oyera hablar, comprendería lo maduro que es. Mi relación con él es más estrecha que la de ningún otro miembro de su corte y lo conozco bien. Sé cómo es... —La señorita Stirling pareció dudar un instante antes de añadir—: y cómo puede llegar a ser.

—Que pertenezca a la dinastía de los Dragomirásky no quiere decir que se parezca a sus antepasados —señaló Lionel. Había reparado en aquel cambio en su expresión, un repentino nubarrón que no tenía nada que envidiar a los del cielo—. Los hijos no tienen por qué ser una copia de sus padres, especialmente los que nunca pudieron conocerlos en persona. Ya sé que para usted el príncipe László era poco menos que un ídolo, pero...

—¿Qué quiere decir con eso? —La joven se detuvo en el acto—. ¿Qué está insinuando?

—Me lo dejó claro usted misma la primera vez que me habló de su antiguo patrón y de cómo murió antes de que naciera el príncipe Konstantin. Tengo muy buena memoria para lo que me interesa. Y la cara con la que me está mirando ahora mismo —la señaló con la barbilla— confirma mi teoría. Empieza a ser como un libro abierto para mí.

En lugar de contestarle, la señorita Stirling comenzó a caminar de nuevo, esta vez tan rápidamente que estuvo a punto de llevarse por delante a un vendedor de periódicos.

—¿Y cuál es esa teoría, si se puede saber? —preguntó tras unos instantes de silencio.

—Estuvo enamorada del príncipe László cuando era una niña, y se empeña en tratar de recuperarle a través del hijo al que sirve ahora mismo. Pero la realeza no se mezcla con la plebe, eso debería saberlo mejor que nadie; y aunque así fuera, dudo mucho que el príncipe Konstantin tenga demasiadas cosas en común con su antepasado. Pierde el tiempo si se empeña en seguir anteponiendo la lealtad a la felicidad. A su propia felicidad.

—Qué sabrá usted de los Dragomirásky, y qué sabrá usted de mí —contestó ella en un susurro mientras cerraba la sombrilla; las gotas de lluvia eran cada vez más gruesas y no tenía sentido tratar de detenerlas con encaje—. Debería agradecerle que se preocupara por mi bienestar, pero no creo que pueda darme lecciones de lealtad alguien capaz de...

—Cállese un momento —susurró Lionel de repente, alzando un brazo para detenerla.

Al igual que le había sucedido antes con la señorita Stirling, se acababa de fijar en una persona que les miraba atentamente desde la otra acera, una silueta inmóvil en medio de la muchedumbre. Su túnica roja ya no estaba manchada de barro, pero seguía teniendo el aspecto de alguien que perteneciera a otra dimensión. La señorita Stirling miró a Lionel con el ceño fruncido.

—¿Se puede saber qué le pasa ahora? —Y después miró en la misma dirección que él, aunque no pareció ver nada desconcertante al otro lado de la avenida—. ¿Para qué me manda callar si lo único que hace después es quedarse quieto como un pasmarote?

—Esa niña de ahí enfrente —dijo Lionel en voz baja—. La vi anoche en Vandeleur. Estaba espiándonos detrás de uno de los robles del hotel. Sé que era ella.

—¿La que va vestida con unos harapos rojos? No es más que una pequeña mulata, una mendiga seguramente. Las hay a montones en Nueva Orleans. ¿Por qué le llama la...?

Antes de que pudiera decir nada más, la niña echó a correr entre los viandantes, y a Lionel le faltó tiempo para hacer lo mismo, agarrando de la mano a la señorita

Stirling.

—¡Señor Lennox! —gritó ella mientras le daba un tirón para cruzar la carretera. Un tranvía se acercaba procedente de Lafayette Square, y Lionel se apresuró a hacerla subir junto a él a la acera de enfrente—. Pero ¿qué diantres está haciendo? ¿Se ha vuelto loco?

—Esa niña —logró decir él entrecortadamente— nos está siguiendo por alguna razón.

—Y usted ha hecho lo mismo conmigo hace un rato, y por lo que dijo tenía todo el derecho del mundo a hacerlo, ¿no? —La señorita Stirling aferró con fuerza su sombrilla cuando chocaron con cuatro caballeros que casi les hicieron perder el equilibrio antes de continuar corriendo—. Esto es absurdo, por Dios —siguió rezongando—. Seguramente no sea más que una pequeña carterista a quien le ha llamado la atención la manera en que vamos vestidos.

—¿Realmente piensa que a una carterista le merecería la pena remontar el río desde Vandeleur para tratar de vaciarnos los bolsillos? No, hay algo más detrás de esto. Tiene que haberla enviado alguien para averiguar qué hacemos. Y voy a descubrir quién es.

Las piernas de la niña eran mucho más cortas que las de ellos dos, pero al ser tan pequeña podía colarse entre las personas que recorrían la avenida como si se tratara de una criatura hecha de humo. Lionel y la señorita Stirling la siguieron por Saint Charles Avenue lo más rápidamente que pudieron, en medio de una tormenta que no hacía más que empeorar, sacudiendo las ramas de los árboles y las enseñas de las tiendas, y que cada pocos segundos inundaba el cielo de luz con relámpagos. De vez en cuando la niña giraba la cabeza hacia ellos y Lionel, sin dejar de correr, volvía a sorprenderse de que alguien con la piel tan oscura pudiera tener el pelo tan rubio y los ojos tan azules.

—Es como si fuera un fantasma —murmuró mientras rodeaban tras ella una plaza circular cubierta de hierba, con la escultura de un general confederado colocada en lo alto de una columna—. Aunque me... me consuela que también la pueda ver usted.

—Si fuera un fantasma no sería corpórea —casi jadeó la señorita Stirling, que seguía cogida de la mano de Lionel—. ¿No se ha fijado en que está sujetando un ramo de flores?

Lionel había distinguido algo de color morado que la niña apretaba contra su pecho como si temiera que se lo pudieran quitar, aunque no había reconocido qué era. Tras un par de minutos de persecución (ella les sacaba una distancia cada vez mayor, pero Lionel no estaba dispuesto a dejar que se les escapara) se dieron cuenta de que acababan de entrar en un barrio muy diferente. La pequeña mulata los había conducido a una avenida casi desierta flanqueada por mansiones neoclásicas envueltas en unos jardines densos y fragantes que servían de escudo contra la lluvia. Entre los mirtos y las enredaderas se distinguían grandes frontones griegos, con sus capiteles rodeados por una maraña de capullos que casi hacían temer que las casas

podrían venirse abajo, presas de la vegetación que las devoraba desde mucho antes de la guerra civil. Las pocas personas que recorrían aquella avenida, parapetadas debajo de sus paraguas, vestían de manera mucho más elegante, y se quedaban mirándoles con asombro mientras pasaban de largo.

Aún siguieron corriendo durante unos minutos más hasta que, al doblar la esquina de una de las mansiones, se encontraron con que no había nadie ante ellos. La pequeña se había desvanecido en medio de la lluvia como si realmente nunca hubiera estado allí.

—No me lo puedo creer —rugió Lionel, deteniéndose en el acto—. Después de... haber recorrido media Nueva Orleans tras ella... ¿no podemos haberla perdido en un segundo!

La señorita Stirling no pudo contestarle; se había apoyado en los barrotes de la verja más cercana y se llevaba una mano al pecho mientras trataba de recuperar el aliento.

—No se habrá colado por aquí, ¿verdad? —Lionel se acercó a ella para inspeccionar los barrotes—. No, es imposible; no hay un hueco lo bastante grande para que pase.

—Si es de Nueva Orleans tiene que conocer mil y un rincones donde esconderse hasta que nos hayamos marchado —repuso la señorita Stirling con las mejillas encendidas—. Esto es lo más absurdo que he hecho en mucho tiempo, y todo por su culpa.

—No iré a decirme ahora que me guarda rencor por una pequeña carrera. —Lionel la miró de reojo con una sonrisa torcida—. La verdad es que no le sienta mal ese rubor, ni tampoco quedarse sin aliento. Me hace imaginarla jadeando por motivos muy distintos.

La señorita Stirling le asestó un sombrillazo que a duras penas pudo esquivar. No obstante, estaba casi tan desconcertada como Lionel, y no dejaba de mirar a su alrededor.

—Si nos encontráramos en una calle secundaria pensaría que alguien la ha hecho pasar a una de estas casas a través de una puerta de servicio —comentó—. Pero lo que hay en esta avenida son entradas principales. Es imposible que se haya metido en un jardín.

—¿Y si uno de esos coches de caballos la ha recogido nada más doblar la esquina?

—No había ninguno por aquí, señor Lennox. Lo habríamos oído alejarse, si hubiera estado tan cerca. Y en un área residencial como esta no hay callejones ni escondrijos...

Acababa de decirlo cuando reparó en algo que había en medio de la calzada, y le agarró de nuevo la mano a Lionel para que dejara de mirar entre los barrotes de la verja.

—Fíjese en eso —le dijo en voz muy baja—. Hansel nos ha dejado una miguita

de pan.

Lionel comprendió en el acto a qué se refería. Se acercó muy despacio a la calzada y se agachó para recoger el pétalo de una violeta. La niña había dejado caer en su precipitación algunas flores sueltas que se habían escapado del ramo.

Al alzar la cabeza se fijó en que unos metros más allá había otro pétalo, y un poco más lejos una flor entera, aplastada por un pequeño pie descalzo antes de desaparecer.

—Ha debido pasar por aquí hace un momento. Cruzó la calzada como acabamos de hacer nosotros... y siguió corriendo por la otra acera hasta encontrar un escondite.

—Lionel reparó entonces en que una manzana más allá había otra verja que, a diferencia de las que habían dejado atrás, no estaba cerrada con llave. La puerta metálica se mecía adelante y atrás sobre unos goznes chirriantes, sacudida por los envites de la tormenta—. Tiene que estar en esa mansión. Aunque no entiendo cómo han podido dejar la entrada tan desprotegida.

—Eso no es una mansión —murmuró la señorita Stirling—. Es... algo muy diferente.

Solo cuando se acercaron a los barrotes Lionel comprendió a qué se refería. Al otro lado de la verja también había árboles, y frontones de mármol, pero las construcciones que podían distinguirse bajo la lluvia no pertenecían al mundo de los vivos. La pequeña mulata había hallado cobijo en otra ciudad dentro de su ciudad. Una ciudad de muertos.

—«Lafayette» —leyó la señorita Stirling sobre la puerta del recinto abierta de par en par, en grandes caracteres de hierro retorcido—. ¿No era también el nombre de una plaza?

—Supongo que llamarían así a los dos sitios en honor a algún tipo importante —le contestó Lionel, dándose la vuelta para mirar la avenida—. Alexander me habló de este cementerio durante el viaje en tren. Me dijo que estaba en una de las áreas residenciales más lujosas de Nueva Orleans, Garden District o Garden Quarter o algo por el estilo, y que todos los vecinos de la zona se hacían enterrar en él. Un cementerio para aristócratas.

—El mismo en el que el señor Garland nos contó que sepultaron a Viola Vandeleur.

No hizo falta que se dijeran nada más. Lionel cruzó el umbral y la señorita Stirling lo siguió de cerca, inclinando su sombrero hacia delante para que el ala cuajada de rosas negras la resguardara de la lluvia. De la verja partía un sendero sitiado por hileras y más hileras de panteones que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, enmascarados por las ramas de unos árboles que susurraban con el viento. Mientras avanzaban se cruzaron con unas cuantas personas que se daban prisa en alcanzar la salida, pero no distinguieron ninguna mancha roja que delatara la presencia de la niña. Las pesadas gotas de lluvia aplastaban sin piedad las delicadas flores colocadas en jarrones delante de las tumbas, y apagaban una a una las velas que marcaban un camino de luz en la penumbra.

—Qué extraño es este cementerio —se asombró la joven—. Casi todo son panteones...

—Alexander me explicó que eso se debe a que la mayor parte de Nueva Orleans está situada por debajo del nivel del mar. Durante las inundaciones que se produjeron hace años, los ataúdes depositados en la tierra a veces eran encontrados a millas de distancia. A los familiares de los muertos no les debía de hacer mucha gracia tener que recogerlos.

La señorita Stirling hizo una mueca de asco, pero antes de que pudiera contestarle se percató de algo que la hizo detenerse. Lionel se volvió hacia ella con cierta impaciencia.

—¿Qué pasa ahora? ¿Teme que pueda ocurrir lo mismo esta tarde? No se preocupe por los difuntos; se necesita mucho más que una tormenta como esta para desenterrarlos.

—No se trata de eso —le respondió la señorita Stirling. Lionel volvió la cabeza en la dirección en que ella estaba mirando, pero no vio nada que le llamara la atención; nada más que la nuca de un hombre que se alejaba por otro de los senderos—. Me ha parecido reconocer a ese hombre —siguió diciendo ella—. Solo lo he visto durante unos instantes, pero...

—¿Es que incluso en Nueva Orleans se las ingenia para conocer a todo el mundo?

—No es de Nueva Orleans. Es de Nueva York, o eso creo recordar. Coincidimos en la propiedad que mi patrón compró hace tres años en Washington Square; era uno de los miembros más veteranos del servicio. No sabía que hubiera dejado de trabajar para él.

—Me pregunto por qué será —contestó Lionel sarcásticamente, y volvió a coger a la señorita Stirling de la mano para que continuara caminando—. Apuesto a que las idas y venidas de su séquito resultan apasionantes, pero ahora mismo tenemos otras cosas de las que ocuparnos. No pienso descansar hasta saber qué quiere de nosotros esa niña.

Mientras tiraba de la joven reparó en un par de sepultureros que en ese momento se disponían a colocar una pesada cruz de mármol sobre una tumba reciente. Lionel se detuvo a su lado para preguntarles si habían visto pasar por allí a una pequeña mulata vestida de rojo, y ellos asintieron con la cabeza señalando hacia la derecha. Caminaron más deprisa entre los panteones, doblaron otras dos esquinas, pasaron por encima de los restos de una pared que se había venido abajo hacía tiempo, y de repente...

—Lo sabía —murmuró Lionel dando un paso hacia uno de los panteones, y después otro—. Estaba seguro de que esa cría tenía algo que ver con nuestra investigación.

Había una palabra esculpida a los pies de la cruz que remataba la construcción: «Vandeleur». Las letras seguían la curvatura del remate superior y debajo se encontraba la puerta, pero no contaba con una reja como las de los mausoleos ingleses sino que la entrada había sido completamente tapiada. Las losas de mármol que la cubrían se habían descascarillado por el paso del tiempo y los ladrillos que había debajo quedaban a la vista, aunque aún podían descifrarse algunos nombres grabados en ellas.

—Es curioso que ninguna de estas inscripciones sea anterior a mil ochocientos —observó Lionel.

—Probablemente los primeros Vandeleur se hicieron enterrar en un recinto cercano a la plantación —le contestó la señorita Stirling—. No era algo extraño en las propiedades europeas de la época, así que me imagino que aquí sucedería lo mismo. Y tampoco creo que este cementerio tenga mucha historia a sus espaldas; está demasiado bien conservado.

—Aunque en este caso, como nos explicó Christopher Garland, no quede con vida ningún Vandeleur dispuesto a asegurar estas losas antes de que se sigan viniendo abajo.

—Tal vez no, pero... los muertos de la familia aún tienen a alguien que los recuerda.

Mientras hablaba, la señorita Stirling se había agachado al lado del panteón. Lionel reparó entonces en que en uno de los dos jarrones colocados a ambos lados de

la entrada había un ramo de flores. Violetas empapadas por la lluvia, depositadas como ofrenda con cierta precipitación a juzgar por cómo habían sido aplastados algunos de los tallos.

—Su pequeña amiga —siguió susurrando la señorita Stirling— debe de estar realmente encariñada con los Vandeleur si es capaz de atravesar media ciudad para traerles flores.

—Eso es imposible. ¿Cuántos años puede tener una niña como ella? ¿Diez, como mucho doce? ¿Qué puede importarle esa familia si ha pasado casi medio siglo desde que el último de sus miembros fue sepultado aquí? No tiene ningún sentido, a menos que...

—A menos que no haya venido por voluntad propia, sino para cumplir el encargo de otra persona. Alguien mayor que ella que sí pudiera haber conocido a los Vandeleur.

La señorita Stirling se puso en pie mientras recorría las inscripciones con los dedos.

—Solo aparecen seis nombres en estas losas. Los más antiguos son los de Georges y Marie-Claire Vandeleur, ambos muertos al mismo tiempo, en mil ochocientos cincuenta y tres. Seguramente fueran marido y mujer, y después vienen los nombres de la siguiente generación... —Guardó silencio antes de rozar la losa inferior con el índice—. Mire esto: «Sus hijos Philippe, Viola y Muriel». ¡Tuvieron tres descendientes, no una sola hija! Y justo debajo está...

—«Su yerno William Westerley. Que Dios los acoja en su seno» —concluyó Lionel.

Era extraño pensar que, después de haber cruzado un océano en pos de la historia protagonizada por el capitán Westerley y su tripulación, se encontraban por fin delante del lugar donde descansaba su ataúd vacío. Al otro lado de aquellas losas había una caja forrada de seda que no albergaba más que preguntas sin respuesta, mientras el cuerpo del corsario se descomponía en su sudario de barro del Mississippi. Allí estaban también los huesos renegridos de Viola, cobijando las cenizas de otra criatura que nunca pudo ver la luz del día. Lionel acercó también los dedos para acariciar su nombre, debajo del cual habían sido esculpidas la fecha de su nacimiento, 1837, y la de su muerte, 1862. ¿Quién se había encargado de esa clase de cosas después de que la plantación se convirtiera en una pira funeraria? ¿Lo habría hecho la misma persona que había enviado a la niña al cementerio?

Mientras permanecían callados ante el panteón, se había levantado el viento y la cortina de agua se había vuelto aún más densa. La señorita Stirling acabó diciendo:

—Bueno, es evidente que aquí no hay nada más que hacer. Si la pequeña aún estaba en este lugar, le hemos dado la oportunidad de alcanzar la salida aprovechando que estábamos distraídos. Nosotros deberíamos hacer lo mismo antes de que llueva más.

—¿Quiere que regresemos sobre nuestros pasos en medio de esta tormenta? —le

dijo Lionel elevando la voz por encima del viento—. ¿No sería más sensato esperar un poco?

—¿Y dónde, si se puede saber? ¿Ha visto alguna capilla en esta parte del cementerio?

En lugar de responderle, Lionel señaló algo por encima de su hombro. La señorita Stirling se volvió en esa dirección y reparó en otro panteón situado a escasa distancia del de los Vandeleur, que había perdido por completo el muro de ladrillos de la entrada.

—Ah, no, de ninguna manera. ¡No pienso meterme en una sepultura abandonada!

—Deje los melindres para otro momento —replicó Lionel, apoyando una mano en su espalda para empujarla hacia allí—. Cualquiera cosa será mejor que seguir a la intemperie.

El sendero se había convertido en un pantano en miniatura. Llovía tanto que a la joven no le quedó más remedio que hacerle caso, acercándose al maltrecho panteón con un brazo levantado para seguir sujetándose el sombrero y recogiendo con la otra mano su vestido empapado. Lionel la siguió después de asegurarse de que no había nadie por aquella zona, aunque lo más probable era que se hubieran ido incluso los sepultureros.

«Aún deben de faltar un par de horas para que cierren —pensó mientras alzaba los ojos hacia un cielo tan oscuro como si se fuera a hacer de noche en unos minutos—. Nos dará tiempo a marcharnos si el cementerio no acaba siendo engullido por el Mississippi.»

—Dios mío, tenemos un aspecto horrible —se lamentó la señorita Stirling. Se quitó el sombrero para pasarse una mano por el complicado recogido, perlado de gotas de lluvia—. No quiero pensar en lo que dirá la señorita Quills cuando me vea. Debo de tener el aspecto de una auténtica sufragista. ¡Puede que hasta se sienta orgullosa de mí!

—Lo dudo mucho —sonrió Lionel sin dejar de mirarla—. Veo más probable que nos tome el pelo preguntándonos qué hemos estado haciendo durante tanto tiempo a solas.

—Turismo por Nueva Orleans. ¿Qué otra cosa podrían hacer en una tarde como esta dos personas tan encantadas de pasar cada minuto de su tiempo juntas como nosotros?

—Tiene toda la razón. Turismo por el lugar más romántico del mundo. Al menos no estamos acompañados de cadáveres aquí dentro. —Lionel señaló los nichos horizontales dispuestos uno sobre otro en las paredes laterales del panteón, en los que no había más que algunos pedazos sueltos de madera de ataúd—. No puede tener ninguna queja: me he portado como un caballero y he buscado para usted el rincón más exquisito de la ciudad.

La señorita Stirling se echó a reír mientras apoyaba la espalda en uno de los nichos.

—No me malinterprete, señor Lennox. Los muertos no me dan tanto miedo como la suciedad que pueda haber en este sitio. Le recuerdo que nuestro primer encuentro se produjo en una necrópolis. A estas alturas tendríamos que estar acostumbrados.

—Un comienzo de lo más prometedor —se mostró de acuerdo Lionel, reclinándose contra la pared opuesta. Aquel panteón era tan estrecho que apenas había espacio entre ellos, y sus piernas se enredaban en los pliegues del vestido de la joven—. Nunca hemos hablado de cómo lo hizo —siguió diciendo pasados unos segundos—. Hemos tenido tantas personas a nuestro alrededor en los últimos días que no he encontrado un momento para preguntarle cómo se las ingenió para espíarme en Egipto. Cuando me atacó en el Valle de las Reinas sabía perfectamente quién era y qué estaba haciendo dentro de la tumba...

—Por supuesto que sí —sonrió la señorita Stirling, dejando el sombrero en uno de los nichos vacíos y la sombrilla apoyada contra una de las esquinas del panteón—. A estas alturas debería saber que me tomo los encargos de mi patrón muy en serio. Durante todo aquel tiempo me alojé en el hotel Luxor, el que estaba enfrente del suyo. De esa manera podía estar al tanto de lo que hacía cada vez que regresaba de la excavación.

—Cómo no —resopló Lionel—. Tenía que escoger el hotel más caro del lugar. No es capaz de renunciar a los lujos ni siquiera cuando se supone que está trabajando, ¿verdad?

—Tampoco es que usted me dejara mucho tiempo para disfrutarlos. He perdido la cuenta de las noches que pasé en la calle por su culpa, siguiéndole por esos antros que tanto le gustaba visitar. ¿Qué problema tenía con las bailarinas de la danza del vientre?

—¿Cómo dice? —dejó escapar él—. ¿También estaba cerca de mí... en esos momentos?

—Claro que lo estaba, y no sabe los problemas que tuve por su culpa. No es que los egipcios estén muy acostumbrados a que las mujeres nos dejemos caer por esa clase de tugurios. Suerte que siempre solía ir acompañada por un par de criados de confianza.

—Bueno, si hubiera sabido que estaba tan deseosa de tenerme con usted en todo momento, me habría mostrado más considerado. Podría haberla invitado a tomar algo en mi habitación, por ejemplo... aunque —añadió cuando ella abrió la boca— teniendo en cuenta lo pobre que resultaría en comparación con la suya, seguramente preferiría ser la anfitriona.

—Es exactamente lo que me disponía a decirle —respondió la señorita Stirling con una sonrisa cada vez mayor—. ¿Ahora resulta que tiene la capacidad de leerme la mente?

—¿Nunca ha oído decir eso de que conviene tener cerca a los amigos pero aún más a los enemigos? Últimamente paso tanto tiempo con usted que dudo que pueda seguir haciendo cosas que me sorprendan. Ya le advertí que es como un libro abierto

para mí.

—Supongo que tiene razón: los cerebros maquiavélicos funcionan de una manera bastante parecida. Lo cual me recuerda que todavía nos queda por aclarar una cuestión...

Mientras hablaba la señorita Stirling se había apartado de la pared, acortando poco a poco la distancia que la separaba de Lionel. A él se le abrieron mucho los ojos cuando se encontró de repente con sus manos apoyadas en las solapas de su chaqueta.

—Ah... —consiguió articular sin poder dejar de mirarla—. Me imagino que se referirá a cierto asunto relacionado con un piano. Es mucho más rencorosa de lo que pensaba...

—No puede pretender que me olvide así como así de lo que ocurrió. ¿Realmente no piensa reconocer que se comportó de una manera completamente inadecuada conmigo?

—Yo diría que es lo más adecuado que he hecho en la vida. Aunque no lo crea, aún sigo paladeando el sabor de ese beso. Es mi mayor conquista hasta la fecha.

—Siempre tan obsesionado con saquear tesoros que no le pertenecen —suspiró la señorita Stirling mientras sus dedos ascendían con deliberada calma por las solapas. Él tragó saliva cuando la joven enlazó los brazos alrededor de su cuello—. Creo que no entiende qué me molestó realmente de ese beso —prosiguió en un susurro cargado de intimidad—. Le advertí en Irlanda que no me gusta pelearme por lo que los demás codician sino reclamarlo como mío. Porque yo tampoco estoy hecha para recibir... sino para saquear.

Cuando quiso darse cuenta lo había atraído hacia sí para sellar sus labios con otro beso que le arrebató el escaso aliento que quedaba en sus pulmones. Lionel se tambaleó contra su cuerpo, demasiado perplejo para reaccionar. Las manos de la señorita Stirling se posaron a ambos lados de su cuello para asegurarse de que no se alejaba, aunque él no lo habría hecho ni aunque le fuera la vida en ello. La sangre parecía incendiársele más en las venas con cada movimiento de aquella boca en la que se estaba hundiendo, y que le besaba de una manera completamente desconocida, más lenta y más profunda que nada que hubiera experimentado antes. Era un beso capaz de hacer que le temblaran las piernas, que recorriera su cuerpo como un cosquilleo hasta las puntas de los pies. ¿Cómo era posible que aquello le pareciera lo más erótico que había vivido en toda su vida?

«Maldita», pensó Lionel casi con rabia, agarrándola bruscamente por las caderas para apretarla contra su cuerpo. Había olvidado dónde se encontraban, había olvidado la tormenta que sacudía Nueva Orleans y los huesos de los Vandeleur que descansaban a unos metros de distancia y hasta a los amigos que estaban esperándole. Cuando la joven por fin se apartó un poco, y los dos abrieron los ojos a la vez, Lionel se sorprendió del reflejo que le devolvían sus iris: el rostro de un hombre consumido por un hambre voraz.

—No entiendo cómo ha podido hacerlo —logró susurrar contra su boca—. No

entiendo cómo ha conseguido que la desee tanto desde el mismo instante en que nos conocimos.

La señorita Stirling dejó escapar una suave carcajada parecida a un ronroneo que solo logró provocarle más. Lionel no entendía cómo era capaz de resistir la tentación de subirla al altar adosado a la pared del panteón para hacerla suya de una condenada vez.

—¿Tan cegado puede estar un hombre por la lujuria? ¿Qué hay de lo que le hice en el Valle de las Reinas? ¿Qué hay de Carmilla, de la princesa Meresamenti, del espejo que le robé?

—Me dan exactamente igual —le aseguró Lionel a media voz—. Ninguna de sus maldades hará que deje de estar hambriento de usted. Por retorcida que sea, por mucho que disfrute haciéndome sufrir..., la deseo más de lo que nunca he deseado a una mujer.

Desesperado, se agachó para capturar de nuevo la boca de la señorita Stirling, pero ella se apartó antes de que lo hiciera. Sus oscuros ojos relucían divertidos.

—Eso es exactamente lo que pretendía hacerle decir —susurró dando un paso atrás.

Lionel, confundido, abrió la boca para preguntarle de qué hablaba, pero lo adivinó en cuanto la señorita Stirling volvió a apoyarse en la pared con una sonrisa triunfante.

—Resulta fascinante presenciar cómo pierde el control alguien como usted. Parece que este libro abierto aún cuenta con capítulos capaces de sorprenderle, señor Lennox...

—¿Qué diablos está diciendo? —Lionel la observaba con la respiración aún alterada—. ¿Ahora resulta que esto no era más que un juego para usted?

—Oh, vamos, no se lo tome tan a la tremenda. Simplemente quería demostrarle que no me conoce tanto como creía, pero será mejor dejar esta conversación para más adelante. Deberíamos aprovechar que la tormenta ha amainado para marcharnos de aquí.

Dicho esto, la señorita Stirling se puso de nuevo el sombrero, recogió la sombrilla y estaba a punto de abandonar el panteón cuando se dio cuenta de que Lionel no parecía dispuesto a seguirla. Al volverse observó que ni siquiera se había movido.

—No juegues conmigo, Stirling —le advirtió en un susurro—. Sírvete de tus encantos cuanto quieras con los demás hombres, pero a mí no trates de manejarme a tu antojo. No pienso ser el pelele de una mujer que un día me da una de cal y al siguiente una de arena.

—Por favor, eso ha sonado realmente melodramático —se rio la joven—. Pero puedes estar tranquilo; en este beso había tanto sentimiento como en el que tú me robaste a mí.

Hubo un momento de silencio, y después Lionel dijo:

—No sabes lo que daría a cambio de que eso fuera cierto.

La sonrisa de la señorita Stirling se esfumó poco a poco cuando le alcanzó el

sentido de sus palabras. Su expresión divertida fue sustituida por el desconcierto, pero Lionel se sentía demasiado cansado de repente para añadir nada más. Salió del panteón sin molestarse en mirarla de nuevo, deseoso de abandonar aquel lugar donde sus esperanzas habían sido tan pisoteadas como las violetas del jarrón que no pudo evitar tirar de una patada cuando pasó al lado de la sepultura de los Vandeleur.

—Lennox —oyó decir a la señorita Stirling a sus espaldas. También ella salió del panteón, corriendo para que no la dejara atrás—. ¡Lennox, espera un momento, por favor!

—Me imagino que nos veremos esta noche en el pueblo. Que tengas un buen viaje.

—No, Lennox, espera. ¡No quiero que nos separemos de esta manera! ¡Escúchame!

Pero la lluvia era clemente y lo envolvía todo en un ruidoso manto de agua que no le permitía entender lo que decía.

La cabaña no era más que un cuchitril de madera mal ensamblado con una única ventana por la que se colaban los hambrientos dedos de las plantas de la ciénaga que se extendía más allá. El suelo era de arena, el techo estaba formado por troncos cubiertos de musgo y las paredes desiguales habían sido construidas con maderos arrastrados por el río. Su aspecto hacía pensar en un juguete fabricado por un niño conocido como Mississippi que lo hubiera abandonado en la ribera cuando se cansó de él.

Pero como todos los niños, también el Mississippi era caprichoso, y un buen día había decidido regresar para recuperar lo que le pertenecía. Era noche cerrada cuando el vapor procedente de Nueva Orleans dejó a Alexander y a Oliver en Vandeleur, por lo que tuvieron que hacer casi a tientas el camino hasta la cabaña en la que había muerto John Reeves.

—Al final estaba más lejos del pueblo de lo que pensábamos —comentó Alexander de pie en el umbral—. Tanto como para que ninguno de los vecinos pudiera oír sus gritos.

—Qué lugar tan desolador para morir —murmuró Oliver. Dio unos pasos cautelosos sobre la arena de la cabaña, girando sobre sus talones para observar el interior—. Quiero decir, cualquier sitio es desolador en un momento así, incluso un palacio..., pero para Reeves los últimos instantes de su vida debieron de ser una pesadilla. ¿Qué crees que pudo ver?

—¿El espíritu de un marinero? ¿La silueta del *Perséfone* en medio del río, o el agua subiendo por la ribera para inundar su hogar? —comentó el profesor, no muy convencido a juzgar por su tono de voz—. Si quieres que te diga la verdad, Oliver, cuantas más cosas descubrimos de este caso, menos seguro estoy de que podamos dar con la solución. Nos hemos enfrentado a sucesos muy extraños en estos años, pero... este los supera con creces.

La luna asomaba de vez en cuando por los resquicios abiertos entre las nubes. Apenas les permitía distinguir lo que había a su alrededor, pero aun así se dieron cuenta de que la policía de Nueva Orleans lo había dejado todo impoluto antes de marcharse: no había rastro de los charcos de barro de los que Jay Jackson les había hablado, ni ningún objeto que hubiera pertenecido a Reeves. Los únicos muebles con los que contaba la cabaña eran un jergón colocado en una de las esquinas, unas cajas de madera colgadas con alcayatas de la pared para usarlas como alacenas, y una pequeña mesa con un taburete que Reeves seguramente habría rescatado de la basura. Oliver sintió una punzada de amargura al pensar en la existencia que se había visto obligado a llevar aquel chico.

—Y pensar que mi cuarto del Balliol College me parecía pequeño. Ahora mismo casi me siento avergonzado por haberme atrevido a soñar tan a menudo con una vida mejor.

—No tienes por qué hacerlo. —Alexander palmeó el hombro de su amigo mientras se daban la vuelta para marcharse—. Todo lo que tienes ahora lo has conseguido gracias a tu talento y tu trabajo, Oliver. Aunque reconozco que es una pena que no todo el mundo pueda ver cómo se cumplen sus sueños. ¿Qué habría hecho Reeves de haber nacido en un sitio muy distinto a este? ¿Quién dice que no podría haber sido escritor, o científico?

—Si hubiera seguido dedicándose a saquear barcos hundidos, lo más probable es que fuera arqueólogo. ¿Seguro que ningún antepasado de Lionel emigró hace siglos a Luisiana?

El profesor no pudo evitar reírse mientras emprendían el regreso a Vandeleur en medio de la penumbra, procurando no pisar las pendientes más embarradas de la ribera. El pantano le había ganado terreno al Mississippi en aquella zona y los robles casi nacían al borde del agua, retorciéndose sobre unas raíces tan gruesas que hacían pensar en las piernas cubiertas de líquenes de una criatura submarina. Mientras Alexander y Oliver se encontraban en la cabaña, la lluvia había arreciado y el agua creaba una película difusa que emborronaba los contornos de las cosas. «¿Será esto lo que ha confundido a los vecinos de Vandeleur tanto como para hacerles pensar que el *Perséfone* navega de nuevo sobre el río? —reflexionó el profesor, apartando las largas ramas de un sauce—. ¿Y si en el fondo lo que han creído ver no era más que la silueta de un barco muy diferente?»

Cuando desembocaron delante de la fonda, los dos estaban tan empapados que Christopher Garland y su hijo no pudieron contener la risa. Se habían acodado sobre la barandilla del porche para refrescarse un poco después de estar toda la tarde trabajando.

—Santo Dios, sí que han escogido ustedes un buen día para hacer turismo por la ciudad —exclamó el señor Garland—. Vamos, pónganse a cubierto con nosotros. Espero que al menos tuvieran suerte en sus investigaciones aunque hiciera un tiempo de perros.

—No podemos quejarnos —reconoció Alexander, subiendo los peldaños del porche con cansancio—. Nos hizo usted un gran favor presentándonos a Hadley, señor Garland.

—Ya sabía yo que les resultaría interesante hablar con él. No es que sea un hombre muy leído, pero es un buen tipo y cuesta mucho más dar con lo segundo que con lo primero. Antes de que se siente, señor Saunders —Garland se volvió hacia Oliver cuando se disponía a tomar asiento en una de las mecedoras del porche—, ha venido alguien hace un rato preguntando por usted. Pareció disgustarse tanto al oír que pensaba pasar la tarde en Nueva Orleans que le propuse esperarle en nuestra sala de estar.

—¿Alguien me está esperando? —preguntó Oliver con sorpresa—. ¿De quién se trata?

—Me temo que no tengo más idea que usted —se disculpó Garland encogiéndose

de hombros—, aunque parecía una dama a juzgar por el velo de encaje con el que se cubría.

—Y venía del hotel —añadió Christian—. Debe de ser una de las invitadas de la boda.

Señaló con el pulgar la constelación de luces encendidas detrás de los barrotes de la verja de la antigua plantación. La lluvia las hacía temblar como luciérnagas. Oliver miró a Alexander, que parecía tan extrañado como él, pero se limitó a empujar sin decir nada la puerta de la fonda. El interior estaba tan lleno de humo como siempre y las mesas atestadas de parroquianos que jugaban a las cartas. Se dirigió hacia la escalera, subió al primer piso apretándose la coleta para que el agua dejara de chorrearle por la espalda y después de dudar un segundo ante la puerta de la sala de estar la abrió sin hacer ruido.

La repentina claridad de la chimenea que la señora Garland había encendido unas horas antes no le permitió distinguir a nadie al principio. Pero al cabo reparó en que había una silueta de pie ante el fuego, frotándose las manos delgadas y pálidas con lo que parecía una evidente ansiedad. Cuando Oliver se aclaró la garganta, la silueta se volvió hacia él y comprobó que, efectivamente, se trataba de una mujer, ataviada con un elegante vestido granate cubierto de pedrería sobre el que se había echado un abrigo.

—Yo... mmm... el señor Garland me avisó de que me estaba esperando —comenzó a decir Oliver. Aunque el velo de la mujer le tapaba la cara, se daba cuenta de cómo le atravesaba con los ojos—. Pero me parece que no nos conocemos...

—Se equivoca, señor Saunders. Nos hemos encontrado en muchas ocasiones a lo largo de estos días, pero nunca había tenido la oportunidad de hablar a solas con usted.

Cuando echó hacia atrás el velo, Oliver se quedó paralizado. El resplandor de la chimenea reveló una piel blanca, un cabello de un castaño rojizo y unos ojos que siempre le habían parecido los más tristes del mundo.

—¡Lady Silverstone! —dejó escapar, inclinando la cabeza ante la dama cuando por fin salió de su estupefacción—. Vaya, esto sí que es una auténtica sorpresa. No esperaba volver a verla tan pronto. ¿Cómo ha adivinado que mis amigos y yo nos alojamos aquí?

—La señorita Quills ha estado en el hotel esta tarde, y mientras tomaba el té con mi hija le contó que permanecerían durante estos días en la fonda del pueblo —contestó lady Silverstone en voz queda—. Sé que no es muy cortés presentarme de esta manera, pero...

—Por favor, no se preocupe por eso. Para nosotros es todo un honor que nos visite.

Tras unos segundos de incómodo silencio, Oliver se acercó a ella para ayudarla a desprenderse de su abrigo empapado.

—¿Le apetece sentarse para tomar algo caliente? ¿Quiere que le pida a la señora

Garland que le suba una bebida, o que le dé algo para cubrirse mientras se seca su ropa?

Lady Silverstone negó con la cabeza sin apartar los ojos de Oliver. Había algo en su mirada que cada vez le resultaba más inquietante, y de repente se acordó de lo que le habían dicho Veronica y Lionel en el *Oceanic* sobre lo que tal vez podía estar temiendo que sucediera entre lady Lillian y él. «Pero no puede haber venido hasta aquí por eso...»

—A nosotros también nos sorprendió la lluvia —logró decir en medio de su creciente confusión—, pero por suerte el profesor Quills y yo pudimos subir a un vapor antes de que empezara lo peor. He estado con mis amigos en Nueva Orleans para hacer algunas pesquisas y he aprovechado la visita a la ciudad para enviarle unas cartas a mi esposa...

Ella asintió con la cabeza, aunque parecía estar pensando en cosas muy distintas.

—Una mujer increíble, mi esposa —continuó Oliver atolondradamente—. Mágica, lo mejor que tengo. No se imagina lo... lo satisfecho que estoy con mi matrimonio. Tendría que estar loco para prestar atención a otras mujeres por muy encantadoras que puedan...

—Me alegro de que su vida conyugal sea tan magnífica, señor Saunders, pero no he abandonado a escondidas el hotel Vandeleur para preguntarle por ella. Hay algo de lo que necesito hablar con usted cuanto antes. Algo que nos atañe estrechamente a los dos.

Oliver se quedó callado. Lady Silverstone se desprendió del todo del velo, revelando los largos pendientes de rubíes que siempre solía llevar. También había rubíes entre sus cabellos, recogidos en un complicado moño en lo alto de la cabeza. El joven reconoció por primera vez unas cuantas hebras plateadas que le hicieron preguntarse qué edad tendría aquella mujer que aún podría pasar por hermosa si sonriera alguna vez.

—Lily también me contó, la última noche que pasamos en el *Oceanic* —comenzó a decir ella por fin— que estuvo hablando con usted de nuestra familia en uno de los cafés.

—Fue una conversación muy breve, y también estaba presente el profesor Quills —se apresuró a decir Oliver—. Lady Lillian nos habló de sus hermanas mayores y de cómo se casaron hace tiempo con dos hombres de negocios, tal como va a hacer ella mañana...

—Y también de su hermano. El que Lily no conoció, el único varón que he tenido.

—Cierto —admitió Oliver—, aunque fue muy discreta con ese tema. Solo nos dijo que por desgracia nació muerto y que aquello supuso un duro golpe para su esposo y para usted...

—No hubo ninguna muerte —le interrumpió lady Silverstone con un hilo de voz.

Por segunda vez, Oliver se quedó en silencio. Cada vez estaba más confundido.

—¿Cómo? —consiguió decir al cabo—. ¿A qué se refiere con eso? Lady Lillian... Ella nos dijo que le dieron sepultura en la capilla que posee su familia dentro de una iglesia...

—No —murmuró lady Silverstone. Sus pendientes tintinearón cuando sacudió con desazón la cabeza—. Lo que hubo fue un entierro con un ataúd vacío. Una mentira con la que tratamos de encubrir la desaparición de una criatura que me fue arrebatada al nacer.

Oliver la miró sorprendido. Ella se había detenido al lado de la mesa camilla sin dejar de mirarle con sus ojos castaños repentinamente arrasados en lágrimas. En ese momento lo entendió: la pobre mujer se había quedado tan destrozada con lo que ocurrió que aún no había sido capaz de superarlo. Por eso siempre tenía aquel aire como de otro mundo, por eso su esposo siempre se erguía como un centinela a su lado, para asegurarse de que no sufriera ninguna recaída, ni de que inventase quimeras como esa.

—Sabía que esto sería complicado —siguió susurrando la dama—, pero no imaginaba hasta qué punto. Supongo que para usted no seré ahora mismo más que una histérica.

—No diga eso, se lo ruego. Lo que yo pueda pensar no tiene importancia...

—Sí que la tiene, señor Saunders, y no sabe cuánto. No se hace una idea de hasta qué punto me importa su opinión. Tanto como para estar dispuesta a contarle la verdad.

—¿La verdad...? —empezó a decir Oliver, aunque se quedó sin palabras cuando lady Silverstone se acercó poco a poco, con los ojos cada vez más vidriosos, y se detuvo ante él. Alzó la mano derecha para acariciarle la mejilla, y entonces lo comprendió... y sintió que el corazón le daba un vuelco—. No —consiguió articular, apartándose—. No, lo que creo que está pensando... no tiene ningún sentido. Tienen que ser imaginaciones suyas.

—No he estado tan segura de nada en toda mi vida —susurró ella—. Creo que lo supe desde que le puse los ojos encima, aunque me obligara a apartar esa idea de mi cabeza.

—Lady Silverstone, debe de haberse puesto enferma por culpa de la lluvia. Déjeme avisar a los Garland para que me ayuden a hacerme cargo de usted. Necesita que...

—¡Lo único que necesito es que me mire a los ojos y se dé cuenta de que le estoy diciendo la verdad! —casi gritó ella. Oliver se detuvo, y tras unos instantes en los que la dama trató de tranquilizarse siguió susurrando—: Lily también me contó que el profesor Quills mencionó de pasada que es usted huérfano.

—Como cientos de personas. Miles en toda Inglaterra, seguramente. No entiendo qué le ha hecho pensar que yo, precisamente yo, tenga algo que ver con su hijo perdido.

—Es idéntico a su padre —le respondió la dama—. Parecen sacados del mismo

molde.

Antes de que Oliver pudiera salir de su aturdimiento, la puerta se abrió para dar paso a la anciana señora Garland. Llevaba unas toquillas recién planchadas en los brazos, pero cuando se encontró con la extraña estampa que conformaban se quedó muy quieta.

—Lo siento —les dijo en voz baja, mirando alternativamente a Oliver, que se había puesto pálido, y a lady Silverstone, que parecía al borde del desmayo—. Debería de haber llamado a la puerta antes de entrar. No se preocupen por mí; puedo volver cuando hayan acabado.

—Me parece que no será necesario —contestó lady Silverstone sin apartar sus ojos de los de Oliver—. Yo... debería regresar al hotel con los demás. Seguramente se estarán preguntando dónde me he metido, y una buena madre no puede dejar solos a sus hijos.

Lo dijo de una manera que hizo que al joven se le encogiera aún más el corazón, pero seguía demasiado aturdido para reaccionar. Lady Silverstone recogió su empapado abrigo del diván y se dirigió hacia la escalera envolviéndose la cabeza con el velo. Solo entonces Oliver pudo correr tras ella.

—No se marche de esta forma, por favor... —La agarró con suavidad por un hombro para que se detuviera. Ella se quedó quieta en lo alto de la escalera—. Lo siento mucho, lady Silverstone. No quería ofenderla, ni hacer que se sintiera mal. Pero debe entender que lo que me ha dicho no tiene ni pies ni cabeza. Es absolutamente imposible que yo...

—Puede que tenga razón —contestó ella sin mirarle, aunque Oliver se dio cuenta de que no creía nada de lo que le decía—. Tal vez me esté volviendo loca, como a mi esposo le encanta recordarme cada día. Lamento haberle molestado, señor Saunders.

—Espere —insistió Oliver, interponiéndose en su camino—. ¿Cómo voy a dejar que se marche sin que me haya contado antes qué le hizo llegar a esta conclusión?

—Algo que dijo Lily en el barco: «Es increíble cómo nos parecemos, mamá. Al hablar con él me he sentido como si estuviera haciéndolo con un amigo al que no veía desde hacía tiempo». —Lady Silverstone se echó de nuevo el velo sobre la cara—. Por supuesto, ella no sabe nada de esto. Toda mi familia piensa que la pequeña tumba sin nombre de la que Lily le habló contiene realmente el cadáver de un bebé. Supongo que no tiene sentido contarle también a ella lo que ocurrió.

Entonces apoyó una mano en la balaustrada mientras con la otra se cerraba más el cuello del abrigo. Seguramente quería impedir que los parroquianos repararan en la pedrería de su vestido.

—Debo marcharme ahora mismo, o mi esposo vendrá a por mí con nuestros criados para averiguar por qué me he marchado de la fiesta. Dentro de unos días, cuando Lily esté casada y todo haya acabado... hablaremos. Si realmente quiere que lo hagamos.

Oliver asintió con la cabeza, aunque cuanto más lo pensaba más seguro estaba de

que aquello era un disparate. Lady Silverstone no dijo nada más; le dio la espalda y comenzó a bajar la escalera con unos pasos tan inseguros que por un momento temió que pudiera caerse. Pero consiguió alcanzar la planta baja de una pieza y Oliver tuvo que conformarse con seguirla a cierta distancia, viendo cómo salía al porche donde Christopher Garland y su hijo continuaban charlando con Alexander.

—¿Era lady Silverstone? —preguntó el profesor cuando Oliver se detuvo junto a él con los ojos puestos en la silenciosa silueta que se dirigía hacia el hotel—. ¿Qué quería?

Su amigo no contestó. Alexander frunció el ceño al reparar en su creciente palidez.

—Oliver, ¿te encuentras bien? ¿Qué ha pasado ahí arriba? ¿Qué quería contarte?

—Nada que tuviera el menor sentido —consiguió contestar el joven con una voz que no parecía suya—. Me ha confundido con otra persona, nada más. No tiene importancia.

—Vaya, pues a juzgar por la cara que tienes ahora mismo yo diría que sí. Pero no sé cómo puede haberte alterado tanto esa mujer. Siempre me pareció algo peculiar, pero...

—Peculiar no es... la palabra que yo usaría para describirla. Está enferma, más de lo que lord Silverstone pueda imaginar. Necesita ayuda..., pero yo no sabría cómo dársela.

—¡Miren, sus amigos acaban de llegar! —oyeron decir al hijo de Garland de repente.

Alexander parecía más extrañado a cada momento, pero dejó de mirar a Oliver para volverse en la dirección que les señalaban. En efecto, uno de los vapores procedentes de Nueva Orleans acababa de detenerse en el embarcadero del pueblo, y de él se apeaban dos personas a las que pudieron reconocer pese a la distancia. Lionel caminaba a buen paso por la plataforma de madera y la señorita Stirling lo seguía un poco rezagada, con una expresión en el rostro que el profesor nunca le había visto. Casi parecía angustiada.

Mientras Oliver hablaba con lady Silverstone la lluvia había amainado un poco, así que salieron del porche para encontrarse con ellos en el sendero que conducía a la fonda.

—Hola —dijo Lionel con cara de pocos amigos—. Hemos tardado un poco en volver.

—No importa; nosotros también nos hemos entretenido más de lo previsto —dijo el profesor—. Oliver y yo nos acercamos a la cabaña de Reeves cuando bajamos del barco. No es que haya mucho que ver en ella, pero tiene sentido que Hadley pensara que el Mississippi tuvo algo que ver en la muerte de su amigo; el río está tan cerca que podría llevársela por delante en cualquier momento. ¿Y vosotros qué habéis hecho?

—Investigar también, aunque en un sitio bastante más siniestro. Es demasiado

largo de explicar, así que os lo resumiré diciendo que hemos visitado el cementerio del que me hablaste en el tren, el de Lafayette. Un plan perfecto para una tarde como esta.

—Encontramos el panteón familiar de los Vandeleur —añadió la señorita Stirling en voz baja—, aunque tampoco nos sirvió de mucho. Hace cuarenta y tres años que no se usa.

A Alexander le sorprendió que Lionel se empeñara en no mirarla, y aún más que ella no hiciera más que mirarle a él, sin perder aquella expresión avergonzada tan impropia de ella. Ahí había sucedido algo que escapaba a su comprensión.

—¿Y Veronica dónde está? —preguntó Lionel volviéndose hacia el porche de la fonda.

—Debe de seguir en el hotel Vandeleur. El chico de los Garland me ha dicho que la vio dirigirse hacia allí poco después de que nos marcháramos. Puede que se le ocurriera alguna manera de infiltrarse entre los invitados para echar un vistazo.

—¿Tu sobrina, haciéndose pasar por una aristócrata? —repuso Lionel—. No me hagas reír, Alexander. Antes se pondría a repartir octavillas de propaganda para convencer a esas ladies empingorotadas de que se afiliaran a la Unión Política y Social de la Mujer.

—No descarto que lo haya hecho —suspiró Alexander, sacudiendo la cabeza—. Por lo que veo la tarde ha sido bastante más improductiva que la mañana. Al menos tenemos el reloj de Jay Jackson para interrogar a los vecinos sobre el tal Charles Édouard Delorme.

—¿Un reloj? —La señorita Stirling frunció un poco el ceño—. ¿De qué está hablando?

—De la visita que hicimos a la iglesia de Saint Patrick antes de que Lionel la viera atravesar la plaza que hay al lado. Hadley nos hizo un gran favor al hablarnos del otro chico que solía acompañarles a Reeves y a él. Nos estuvo contando su propia versión de lo que ocurrió, y nos dio algo que encontró por su cuenta entre los restos del *Perséfone*.

Sacó del bolsillo el reloj de Delorme para que la señorita Stirling lo cogiera. Como aún seguían cayendo unas cuantas gotas retrocedieron para ponerse a cubierto debajo de la techumbre del embarcadero. La joven se detuvo bajo uno de los faroles que colgaban de lo alto mientras daba vueltas al reloj, deslizando una uña bajo la tapa para levantarla.

—«Au fond de l’Inconnu pour trouver du nouveau...» ¿Qué significa esto? —Miró al profesor con desconcierto—. ¿Había algún francés entre los miembros de la tripulación?

—Eso es lo que esperamos descubrir mañana, si es que en Vandeleur se sabe algo sobre lo que le sucedió. Hasta ahora no conocíamos más que el nombre del capitán del *Perséfone* y el detalle de que no dejara descendientes, pero puede que no ocurriera lo mismo con sus hombres. Será complicado seguir ese rastro, por supuesto,

pero aun así...

—Equivaldría a sacar al *Perséfone* del río para saber de una vez qué le pasó —adivinó la señorita Stirling—. Las familias de los marineros que iban a bordo podían estar al tanto de si sucedió algo extraño antes de su último viaje. Es una gran idea, profesor.

Le dio la vuelta al reloj para seguir inspeccionándolo, recorriendo con un dedo la esfera de cristal que cubría las agujas. Lionel había clavado los ojos en su rostro de una manera tan sombría que Alexander aprovechó que estaba distraída para alejarlo de ella.

—¿Se puede saber a qué viene esta actitud? —le preguntó en un susurro admonitorio.

—Haz el favor de no venirme otra vez con recriminaciones —replicó Lionel. Oliver los siguió como un autómata—. He sido un idiota, lo admito. Quise creer que podríamos llegar a entendernos, pero me he dado cuenta de que resulta completamente imposible.

—Lionel, esto no tiene ningún sentido. No quiero meterme en tu vida privada, pero no me entra en la cabeza que entre vosotros haya pasado algo tan terrible como para no ser capaz de aguantarla. ¡Cuando estábamos en Irlanda no podíamos apartarte de ella!

—Cuando estábamos en Irlanda era aún más idiota, y ella una actriz digna de estar a la altura de Sarah Bernhardt. Pero por suerte se me ha caído la venda de los ojos, y lo ha hecho para siempre. No voy a dejar que me maneje a su antojo. —Entonces se fijó en Oliver, que seguía sumido en sus propios pensamientos—. Al menos no soy el único que está en otra dimensión esta noche. ¿Papageno echa de menos a su Papagena?

—Déjale en paz —le advirtió Alexander al ver que Oliver no pensaba decir nada—. Ha sido un día extraño para todos..., tanto que estoy deseando meterme en la cama de una vez.

—Y yo también, aunque en mi propio dormitorio —murmuró Oliver—. No sabéis lo que daría en estos momentos por estar de vuelta en Oxford para hablar con Ailish.

—Sí, creo que nos lo has dicho unas cien veces. Realmente no haría falta que te...

Lionel no llegó a acabar la frase. Un repentino estruendo ahogó sus palabras y un alarido de la señorita Stirling lo siguió de inmediato, tan ensordecedor que casi se les paró el corazón. Al volverse hacia ella los tres se quedaron sin habla: unas manos acababan de salir del agua para agarrar los tobillos de la joven y tirar de ella hacia el Mississippi.

—¡Stirling! —vociferó Lionel, el primero en salir de su estupor, echando a correr hacia ella con los ojos desorbitados por lo que estaba viendo—. Por todos los demonios, ¿qué...?

La señorita Stirling había caído de bruces sobre la plataforma, sin dejar de gritar aterrorizada mientras aquellos brazos cubiertos de barro seguían tirando de sus piernas con una fuerza que parecía superar a la de cinco hombres fornidos. Dejó caer el reloj al suelo para agarrarse con una mano a una de las columnas que sostenían la techumbre, mientras los tres ingleses la sujetaban por los brazos y tiraban de ella en la dirección opuesta al borde de la plataforma. El resplandor del farol no bastaba para reconocer las facciones de la oscura silueta, aunque su complexión recordaba a la de un hombre de mediana edad.

La señorita Stirling solo se quedó paralizada unos segundos; después comenzó a dar patadas a diestro y siniestro mientras Lionel la rodeaba por la cintura para tratar de incorporarla. Cuando resultó evidente que ninguno de sus golpes conseguía debilitar al hombre que la arrastraba hasta el agua, deslizó una mano entre los pliegues del vestido para sacar su pistola de cachas de carey. Se retorció sobre sí misma para darse la vuelta.

—¡Señorita Stirling, no! —exclamó Alexander sin soltarla—. ¡Con esta luz no debe...!

El ruido del disparo acalló su voz. La bala se había hundido en el agua, un par de centímetros por encima de donde debería estar la cabeza de su atacante. Apretando los dientes, la señorita Stirling se aferró a Lionel con una mano mientras con la otra volvía a disparar una vez, dos veces, tres veces, logrando acertar por fin en uno de los brazos.

—¡Le dije que no hiciera eso! —volvió a exclamar el profesor mientras ayudaban a la joven a incorporarse un poco. Ella seguía con los ojos muy abiertos, jadeando mientras Lionel la apretaba fuertemente contra su pecho—. ¡Casi se dispara en su propio pie!

—Alexander, ¿quién era ese? —murmuró Oliver casi sin aliento. No podía dejar de mirar el astillado borde de la plataforma—. ¿Cómo ha sido capaz de oír lo que hemos...?

—¡Stirling, no! —oyeron gritar a Lionel cuando los brazos reaparecieron de nuevo.

Esta vez la señorita Stirling no tuvo tiempo para agarrarle. El tirón que le dieron a sus piernas fue tan repentino que consiguieron arrastrarla hasta el agua, que golpeaba ruidosamente los maderos sobre los que se levantaba el embarcadero. El río se volvió a cerrar sobre su cabeza ahogando sus alaridos. Lionel soltó una maldición mientras corría hacia allí y, para perplejidad de sus amigos, se sumergía también en el fangoso río.

El agua estaba mucho más fría de lo que había imaginado. Al abrir los ojos le costó reconocer lo que había a su alrededor, pero en la penumbra que el farol del embarcadero descomponía en cien fragmentos distintos de verde acabó localizándola. Su atacante la arrastraba hacia el centro del río, sin que los forcejeos de ella pudieran hacer nada para detenerlo.

Lionel braceó con todas sus fuerzas para alcanzarlos. Cuando reconoció su rostro en medio de las burbujas que escapaban de su boca, la señorita Stirling se revolvió aún más para tratar de soltarse. Sus manos se encontraron con las de Lionel, que tiró de ella para ayudarla a zafarse de una vez de aquel hombre que al darse cuenta de lo que estaba pasando afianzó aún más los brazos alrededor de su cintura. «Suéltala, maldito hijo de perra —le habría gustado gritarle— ¡o acabaré contigo si es que el río no lo ha hecho ya!»

En aquel momento estaba demasiado pendiente de la señorita Stirling para pensar con claridad en la identidad de su atacante. Sin dejar de pelearse con la corriente, Lionel apoyó un pie en uno de los brazos del desconocido hasta que sintió cómo algo se quebraba en su interior. Inmediatamente una de las manos se soltó de la cintura de la joven y la otra no tardó en hacer lo mismo; entonces Lionel la ayudó a nadar lo más rápidamente que pudieron hasta los maderos sobre los que se levantaba el embarcadero.

Cuando sus cabezas asomaron por encima del agua, la luz los deslumbró tanto que Lionel pensó que se quedaría ciego. Alexander continuaba estando allí, pero de Oliver no había ni rastro; probablemente habría ido a pedir ayuda a los vecinos de Vandeleur.

—¡Santo Dios! ¿Estáis bien los dos? ¿Qué ha pasado ahí abajo? ¿Quién era ese...?

—Ayúdala a salir, Alexander —consiguió articular Lionel, sin dejar de toser—. Puede volver en cualquier momento, y si lo hace tenemos que estar lejos de aquí. Por favor...

El profesor no se hizo de rogar. Agarró a la señorita Stirling, que estaba lívida, y la puso de pie a su lado, pero cuando estaba a punto de hacer lo mismo con Lionel, la criatura del Mississippi volvió a la carga. Esta vez fue a él a quien atrapó, tirando tan bruscamente de uno de sus pies que se le rasparon las manos contra el borde astillado de la plataforma. Lionel se hundió de nuevo en el río, con la diferencia de que en esta ocasión no era una persona la que trataba de ahogarle sino dos, a juzgar por las manos que se cerraron alrededor de su garganta mientras otras lo sujetaban como habían hecho momentos antes con la señorita Stirling.

Trató de zafarse de la presión en torno al cuello, pero no lo consiguió, y lo mismo sucedió con sus piernas. Desesperado, asestó una patada a ciegas que impactó contra algo blando: había carne cubriendo aquellos huesos. El hombre que le sujetaba las piernas permaneció quieto durante unos segundos antes de impulsarse hacia Lionel para clavarle unas uñas afiladas como agujas en el costado. Pudo sentir cómo la

sangre se confundía con el agua, y el dolor lo sacudió de tal manera que abrió la boca dejando escapar el poco aire que aún le quedaba. Y estaba empezando a pensar que realmente moriría de aquel modo, ahogado en el Mississippi, cuando sus atacantes se detuvieron.

Algo había caído al agua con un chapoteo, y descendía poco a poco hacia el lecho de barro en el que se encontraban. Algo redondo que la lejana claridad del farol rompía en mil destellos de plata, pese a la costra de suciedad que lo había cubierto durante años.

Inmediatamente las manos que apretaban la garganta de Lionel se retiraron hacia las sombras que se adueñaban del río. Lo mismo hicieron las que le acababan de arañar el costado, y cuando quiso darse cuenta se encontraba solo. Los dos hombres se habían esfumado como si de alguna manera supieran cómo disolverse en el agua. Y el reloj de Charles Édouard Delorme, según comprobó al nadar hacia lo alto, tampoco seguía allí.

Lo primero que oyó al sacar de nuevo la cabeza del agua fue un grito de la señorita Stirling, y después a Alexander diciéndole algo mientras tiraba de sus brazos para que pudiera alcanzar la plataforma. Lionel se quedó tumbado durante unos instantes, con el aire entrando y saliendo dolorosamente de sus pulmones y la difusa sensación de estar rodeado por muchas personas de repente. Supuso que Oliver acababa de regresar con algunos vecinos, porque también le llegó su voz y la de Garland, que parecía estar horrorizado. Entonces abrió los ojos, tendido sobre la espalda, y le sorprendió encontrar siete lunares temblorosos justo delante de su rostro. La señorita Stirling le rodeaba con los brazos para tratar de incorporarle. También ella estaba cubierta de barro y de algas.

—Por favor, dime que te encuentras bien —articuló en un tono que, pese a ser más quedo que las demás voces, oyó con mucha más claridad—. ¡Por un momento creí...!

—Estoy entero —contestó Lionel, aún jadeante—. Solo me han... magullado un poco.

Cuando consiguió sentarse, apoyándose en la joven, tuvo que morderse los labios para no gemir. Se sentía como si le hubieran dado la peor paliza de su vida. Alexander se agachó a su lado para agarrar su otro brazo, y entre los dos consiguieron ponerle en pie.

—Estoy bien, de verdad —siguió diciendo para que le dejaran en paz—. Los he visto marcharse al mismo tiempo, así que el peligro ha pasado..., al menos por esta noche.

—Señor Lennox, ¿quiénes eran esos hombres? —preguntó Christopher Garland. A su lado estaba Hadley, pálido como un muerto, lo que no era de extrañar; Lionel supuso que aquello debía de parecerle una segunda versión de lo ocurrido a John Reeves—. ¿De dónde han salido esas personas? El señor Saunders nos ha dicho que estaban tranquilamente charlando en el embarcadero cuando aparecieron de la nada

para llevarse a la señorita...

—Querían matarme —logró decir la señorita Stirling con dificultad—. No ha sido un intento de secuestro. Querían arrastrarme con ellos al fondo del río... con el *Perséfone*...

—Santa María, Madre de Dios —murmuró Hadley mientras hacía la señal de la cruz.

Un murmullo recorrió a la confusa multitud que permanecía de pie. Algunos vecinos habían acudido con faroles, que se balanceaban inundándolo todo de naranja. Christian, al lado de su padre, contemplaba con ojos como platos el borde de la plataforma convertida por un momento en una entrada al infierno.

—Hay que volver a avisar a la policía —oyeron decir a un anciano—. Si esos criminales se han instalado en nuestro pueblo no podremos descansar en lo que nos queda de vida.

—Por lo pronto convendría organizar una batida —comentó Garland, tomando las riendas de la situación—. Deberíamos recorrer la ribera en grupos de tres o de cuatro para asegurarnos de que no han acampado cerca de Vandeleur. Y también arreglar cuanto antes este desaguisado —señaló con la cabeza las astillas arrancadas— antes de que esos aristócratas se presenten aquí mañana por la tarde para embarcarse rumbo a la catedral.

—Al diablo con los aristócratas —murmuró una mujer—. Más me preocupa lo que nos pueda pasar a nosotros. ¡Estos pobres muchachos han estado a punto de morir ahogados! ¡Fijaos en cómo tiene la camisa él, ha podido sucederle algo terrible...!

Alexander y Oliver no se habían fijado hasta entonces en ese detalle, pero cuando se lo oyeron decir a la vecina no pudieron contener una exclamación. Una mancha roja había aparecido en el chaleco de Lionel, y se extendía poco a poco por su costado. La señorita Stirling se cubrió la boca con una mano.

—Ya os he dicho que no es nada —protestó Lionel cuando tanto Garland como sus amigos insistieron en examinarle—. Lo único que han hecho ha sido clavarme las uñas cuando trataba de soltarme, pero no es más que un rasguño. No necesito ningún médico.

—Deja las bravuconadas para otro momento —dijo Alexander mientras se pasaba por los hombros uno de los brazos de Lionel para llevárselo del embarcadero. La multitud se apartó a su paso como un solo hombre—. Vamos a comprobar ahora mismo que no has sufrido daños graves, y después pensaremos con calma en lo que tenemos que hacer.

—No creo que debamos quedarnos más tiempo en su casa, señor Garland —susurró Oliver—. Ya ha visto lo que ha pasado por nuestra culpa, aunque en ningún momento fuera nuestra intención causarles problemas. Si esos desconocidos regresan...

—Si lo hacen, nos encontrarán preparados para plantarles cara —exclamó el

anciano que había hablado antes, y los demás mostraron su conformidad.

—Aun así, Oliver tiene razón: sería demasiado arriesgado para ustedes —coincidió el profesor. Garland los escuchaba con atención—. Ya hemos abusado demasiado de su paciencia. Será mejor que nos repleguemos para no causar más trastornos al vecindario. Por supuesto, tendremos que continuar con nuestra investigación, pero...

—¿Qué ha ocurrido? —oyeron decir de repente a una voz conocida—. Lionel, ¿qué...?

Veronica se acercaba por el camino que conducía a la fonda, pero al observar lo que estaba pasando y al ver cómo su tío y Oliver sujetaban a Lionel, se quedó completamente quieta. Enseguida echó a correr hacia su amigo, apartando a la señorita Stirling a un lado sin miramientos. También ella dejó escapar un pequeño grito al fijarse en la sangre.

—Veronica, no me voy a morir por esto —le aseguró Lionel con paciencia—. Es una picadura de mosquito en comparación con otras cosas por las que he tenido que pasar.

—Tú siempre tan engreído, incluso cuando te acaban de herir. Haz el favor de cerrar el pico y dejar que los demás nos ocupemos de ti. ¡La última vez que me aseguraste que no había sido nada te tuvieron que sacar una bala del hombro! ¡Estate quieto de una vez!

Lionel se dejó hacer, aunque reparó en que la señorita Stirling palidecía aún más.

—Creo que lo más sensato será irnos a pasar la noche al hotel —continuó diciendo Veronica—. Echaremos de menos su casa, señor Garland, pero la seguridad de ese lugar es absoluta. Y si vamos a meter en problemas a alguien más, prefiero que sea a un ricachón antes que a ustedes.

—Supongo que no nos quedará más remedio que hacerlo —comentó Oliver mientras se ponían en camino—. A fin de cuentas... es el edificio de Vandeleur más alejado del río.

Alexander pensó que sería complicado que los dejaran entrar en un hotel de lujo con el desastrado aspecto que presentaban Lionel y la señorita Stirling, pero no parecía el mejor momento para protestar. Garland y unos cuantos vecinos más los acompañaron hasta la verja y después se quedaron mirando tras los barrotes cómo hacían solos el resto del camino. Cuando por fin alcanzaron la recepción y Veronica le explicó al asombrado empleado lo que acababa de ocurrir (unos ladronzuelos sin escrúpulos habían atacado a sus amigos al descender del vapor de Nueva Orleans) lograron conmovérselo lo bastante para acceder a registrarles. Les dio las llaves de cinco habitaciones del segundo piso y ordenó a unos botones acercarse a casa de los Garland para recoger lo que necesitaran.

Subieron rápidamente a pie hasta la habitación de Lionel, cuyos ventanales daban sobre el frontón de la entrada. Pese a lo ansiosos que estaban todos por examinar su herida, no pudieron evitar quedarse con la boca abierta. El cuarto era casi tan grande

como la sala principal de la fonda, con una cama adosada de madera oscura a juego con los muebles sureños diseminados sobre las alfombras. Un gran frutero descansaba sobre una mesa, junto a una botella de champán y una caja de bombones de bienvenida.

—Vaya, por lo que veo ha sido buena idea mencionar a los Silverstone al hablar con el recepcionista —comentó Alexander, impresionado—. Debe de haber pensado que somos unos invitados más de la boda de su hija y por eso ha querido tratarnos a cuerpo de rey.

—Más bien se acuerda de haberme visto pasar con Archer hace unas horas —repuso Veronica empujando a Lionel hasta la cama— y no querrá ganarse una reprimenda suya.

—¿Cómo has dicho? —se asombró Oliver—. ¿Has conocido a Reginald Archer júnior?

—Sí, he tenido ese dudoso honor, pero ahora no hay tiempo de explicarlo. No me voy a quedar tranquila hasta saber si Lionel está en peligro de marcharse al otro barrio.

Sin prestar atención a sus protestas, le obligó a recostarse sobre los almohadones y a desabrocharse el chaleco y la camisa ensangrentada. Cuando su pecho quedó por fin al descubierto, comprobaron con alivio que Lionel tenía razón: no era más que un rasguño, por muy aparatoso que pudiera parecer. Las uñas del misterioso atacante habían trazado unos amplios surcos en su costado sin conseguir atravesar más que las primeras capas de piel. Veronica limpió la sangre con una toalla del cuarto de baño mientras Alexander llamaba a un camarero para pedirle que les llevara algo con lo que desinfectar la herida.

La señorita Stirling se quedó en pie en medio de la habitación, sin apartar los ojos de Lionel. Les había asegurado que se encontraba bien, aunque su aspecto era digno de lástima: se le había deshecho el recogido y su vestido había quedado reducido a jirones.

—¿Qué creéis que ha sido... eso? —Fue Oliver el primero que se atrevió a formular la pregunta que rondaba por las cabezas de todos—. ¿Quiénes os han atacado de repente?

—Sean quienes sean, no hay duda de que tienen fuerza —reconoció Lionel. Veronica se había sentado en la cama a su lado sin soltar todavía la toalla—. Mucha más de la que pensé en un primer momento. Tendrías que haber visto cómo me apretaban la garganta.

—No podían ser personas de carne y hueso —les dijo Alexander—. Si lo eran, ¿cómo sabían lo que estuvimos haciendo en la iglesia de Saint Patrick? ¿Cómo se enteraron de que teníamos en nuestro poder un reloj que había pertenecido a uno de los marineros?

—¡El reloj! —se acordó Oliver—. La última vez que lo vi lo tenía usted en la mano, señorita Stirling, pero con todo lo que pasó después le perdí la pista. ¿Dónde

está ahora?

—Lo dejé caer al suelo cuando me agarraron por primera vez —murmuró ella—. Siento haber sido tan descuidada..., pero no pude reaccionar a tiempo. Después, cuando el señor Lennox estaba a punto de ahogarse, al profesor Quills se le ocurrió arrojarlo al río. En cuanto alcanzó el agua, esas criaturas dejaron marchar a Lennox y desaparecieron con él.

—No me lo puedo creer —dijo Oliver mirando a Alexander—. ¿De manera que lo que nos contaron Hadley y Jay Jackson es cierto? ¿El Mississippi ataca a cualquiera que se atreva a saquear el *Perséfone* para recuperar lo que le ha sido robado?

—Técnicamente nosotros no lo hemos saqueado —matizó Lionel sin moverse aún de la cama—. Ya sabéis lo que suele decirse: quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón.

—Nosotros no hemos robado nada —ratificó el profesor—. Le compramos ese reloj a Jay Jackson con mi dinero. Es cierto que el chico se apoderó de algo que pertenecía a la tripulación, pero consiguió salvar el pellejo marchándose de aquí, a diferencia de John Reeves. Y en cualquier caso, Oliver, no es el río el que está atacando a la gente. Son las criaturas que lo habitan..., aunque todavía no sepamos si están vivas o muertas.

—Ya hablamos de esto en la sacristía, y creo que llegamos a la conclusión de que ningún ectoplasma posee suficiente corporeidad para realizar ataques físicos —dijo el joven—. En especial ataques capaces de hacer sangrar a alguien, o de asfixiarle casi...

—Entonces, ¿de qué estamos hablando? —preguntó Veronica mirando a su tío—. ¿Lo que hay en el río son fantasmas? ¿Cadáveres reanimados? ¿Monstruos de los pantanos?

—No lo sé —reconoció el profesor—. La verdad es que todo esto suena algo ridículo.

—Me alegro de que lo admitas, porque me estaba empezando a sentir como una atea en medio de una comunidad de creyentes. En comparación con lo que habéis estado haciendo en Nueva Orleans, mis investigaciones han resultado bastante prosaicas, pero puede que os interese saber unas cuantas cosas que he descubierto sobre los Vandeleur.

Veronica se levantó de la cama para entreabrir los cristales, dejando que la brisa acariciara las lágrimas de cristal de la araña suspendida sobre sus cabezas. Les habló de cómo había convencido a Archer de que la acompañara al trastero, de su extraordinario contenido y de la colección de retratos que había encontrado detrás de un diván. Como había imaginado, la noticia de que Viola Vandeleur había tenido dos hermanos llamados Philippe y Muriel dejó pasmados a su tío y a Oliver. Lionel y la señorita Stirling, por su parte, confirmaron lo que estaba diciendo: eran los mismos nombres que habían leído en las losas del panteón. Cuando acabaron de hablar,

Alexander guardó silencio un instante.

—Me temo que esto puede suponer una vuelta de tuerca al asunto. ¿Significa que hemos estado equivocados todo el tiempo? La mujer que aparecía en aquella fotografía junto al capitán, la que sirvió de modelo al mascarón... ¿se llamaba Muriel Vandeleur?

—No hay manera de saberlo —contestó Lionel, incorporándose un poco sobre los almohadones—. Con las pistas que tenemos ahora mismo, solo podemos hacer conjeturas. ¿Qué decían exactamente los periódicos que consultaste en el *Oceanic Twist*? ¿Recuerdas si aparecía su nombre?

—Creo que no —contestó Oliver, aunque no parecía muy convencido—. El último día que pasamos a bordo regresé a la biblioteca para copiar esas noticias, así que podría ir a por mi cartapacio para asegurarme..., pero me parece que lo primero que encontré sobre la señora Westerley en el *Evening Delta* era que antes se la conocía como Vandeleur. Y en el artículo en el que hablaban de cómo había ardidido la plantación, la misma noche en que se hundió el *Perséfone*, decían que durante mucho tiempo estuvo desaprovechada y que consiguió remontar de nuevo gracias a Viola, la heredera del anterior propietario...

—Pero eso no quiere decir que las dos mujeres de las que hablaban fuesen la misma —le recordó Veronica—. Hemos sido nosotros quienes siempre lo hemos dado por hecho.

—Y si se parecían tanto, el asunto se complica aún más. ¿Crees que eran gemelas? —preguntó Alexander.

—No, tío, Viola era mayor. Unos cuatro o cinco años, según los retratos. En el que aparecían con Philippe Vandeleur era una mujer adulta de unos veinte, más o menos como yo, mientras que Muriel seguía siendo casi una adolescente. Y eran idénticas, sí, pero porque en ese momento posaban vestidas de una manera muy parecida...

—Y del tal Philippe no sabemos nada —comentó Lionel—. Nadie nos ha hablado de él.

—Debió de morir antes, si es cierto lo que decía el *Evening Delta* de que Viola se convirtió en la heredera de la familia. De lo contrario, aún en el supuesto de que fuera más joven, le habrían correspondido todos los bienes de los Vandeleur por ser un varón.

—Esta tarde pude fijarme en las fechas registradas en el panteón —susurró la señorita Stirling, tan de improviso que los cogió por sorpresa—. Sus padres murieron en mil ochocientos cincuenta y tres, y Philippe tres años más tarde, en mil ochocientos cincuenta y seis... y Muriel un año antes que su hermana, en mil ochocientos sesenta y uno.

—Eso despeja las dudas —contestó el profesor—. Si Muriel murió un año antes del naufragio y el incendio de la plantación, la que se casó con el capitán tuvo que ser Viola.

—¿Y quién ha dicho que la mujer del capitán no muriera antes de que lo hiciera él?

—Archer —dijo Veronica de repente—. Cuando entramos en el trastero me contó que habían encontrado a Viola Vandeleur carbonizada en la antigua biblioteca, abrazada a su vientre como si tratara de proteger a su hijo. Claro que —añadió en un tono de voz más displicente—, teniendo en cuenta lo poco que le importan a ese hombre las cosas que no tengan que ver con sus negocios o con sus apetitos, yo no me fiaría de su testimonio.

—La fotografía que les enseñé en Caudwell's Castle del capitán Westerley y de su esposa estaba fechada en mil ochocientos sesenta y uno —recordó la señorita Stirling, cruzándose de brazos—. Por supuesto, cabe la posibilidad de que, si era Muriel, falleciera a los pocos meses, de ahí la fecha de su sepultura. En ese caso la Viola que murió en el incendio un año más tarde solo tendría relación con el capitán por ser su cuñada, la hermana de su difunta esposa.

—Pero entonces, ¿de quién era el hijo que Viola estaba esperando? —quiso saber Oliver.

Tuvieron que callarse cuando la puerta se volvió a abrir y el camarero regresó con una palangana y un pequeño botiquín. Veronica se puso manos a la obra, sentándose de nuevo junto a la cabecera de Lionel para comenzar a limpiar la herida de su costado con agua y jabón antes de empapar un algodón en yodo.

—Supongo que ahora que estamos aquí —siguió diciendo Alexander después de que se marchara el camarero— tendremos más posibilidades de descubrir qué pasó realmente entre William Westerley y los Vandeleur. Lástima que Archer haya guardado todos esos recuerdos de la familia bajo llave. Nos vendría muy bien hacer otra visita a ese trastero.

Por toda respuesta, Veronica carraspeó de un modo muy expresivo. Su tío la miró.

—¿Se te ha ocurrido alguna manera de convencerle de que nos deje subir también?

—No exactamente. Es solo que —metió la mano en uno de los bolsillos de su falda azul— no importa demasiado que haya cerrado con llave. Soy una mujer muy previsora.

Cuando les enseñó la que había guardado en el bolsillo, todos se quedaron perplejos.

—No me lo puedo creer —se maravilló Oliver—. ¿Conseguiste que te la diera Archer?

—Claro que no. La saqué del manojito de llaves que le dieron en recepción, después de que nos fuéramos del trastero. Me imaginé que podría sernos muy útil, y por lo que veo no me equivocaba. Esta noche puedo regresar cuando todo el mundo se haya metido en la cama; según me dijo el propio Archer, no hay ninguna habitación en la buhardilla.

—No me parece mala idea —admitió su tío—, pero esta vez te acompañaré. No

quiero que te metas en más líos por nuestra culpa, Veronica. Lo que has hecho puede volverse en tu contra si Archer lo descubre. Y en ese caso nos echarían de una patada a los cinco.

—Por favor, no sobrevalores a ese tipo —resopló la joven—. Además, mañana tendrá cosas más graves de las que ocuparse, como convencer a un sacerdote y a los Silverstone de que realmente siente algo por lady Lillian cuando les coloquen los grilletes a los dos.

—Sigo sin entender cómo lo has hecho. —Oliver se acercó a Veronica para recoger la llave de su mano—. Si dices que estaba dentro de un llavero, ¿cómo la sacaste de ahí?

—Bueno, Archer se lo había guardado en el bolsillo del pantalón después de cerrar.

—¿Cómo que en el pantalón? ¿Es que ahora resulta que estás hecha una carterista?

—Oliver, en serio, sabes que te adoro, pero a veces eres más inocente que un chiquillo. ¿De verdad que no se te ocurre cómo conseguí acceder a su pantalón?

Lionel dejó escapar una risotada, hundido aún en los almohadones. Oliver se puso tan rojo cuando comprendió lo que quería decir Veronica que ella chasqueó la lengua.

—Creía que habrías espabilado un poco a juzgar por el ruido que metéis Ailish y tú cada noche debajo de mi ático, pero veo que necesitas unos años más de matrimonio...

—No me puedo creer que te hayas atrevido a hacer algo así —profirió Alexander con los ojos clavados en su sobrina—. ¿Te has entregado a ese hombre a cambio de una llave?

—Eso suena realmente anticuado, tío —repuso Veronica—. Pero no, no lo he hecho, si es que te preocupa tanto. Lady Lillian me parece demasiado buena persona para participar en un engaño semejante. Además —añadió con desenvoltura—, hay muchas cosas que una puede hacerle a un hombre sin pantalones para distraerle durante unos minutos...

—Creo que no quiero saber más —murmuró Alexander, pasándose una mano por la frente con cansancio—. Si sigues contándome más cosas acabaré abofeteando a ese tipo.

—Descuida, a mí tampoco me apetece recordarlo.

En algún recodo del pasillo, un reloj desgranó diez campanadas. Veronica guardó en el botiquín el yodo y las tijeras con las que había cortado una tira de gasa y le dijo a Lionel que no se la quitara de la herida durante un rato. Alexander se dirigió hacia la puerta.

—En fin... supongo que lo mejor será que descansemos un poco. Avisaré a otro de los camareros para que nos traiga algo de cenar antes de que nos vayamos a la cama.

—Y yo iré a cambiarme de ropa —añadió Oliver—. Aún sigo calado hasta los

huesos.

Su rostro había vuelto a mostrar la misma preocupación que lo había embargado después de hablar con lady Silverstone, ahora que la tensión producida por el extraño encuentro en el embarcadero se había atenuado. Salió del cuarto sin decir nada más y Alexander hizo lo mismo. La señorita Stirling se disponía a seguirles cuando pareció dudar un instante. Se volvió hacia la cama de la que Veronica se estaba levantando en ese momento, y a Lionel le sorprendió, al volver la cabeza hacia ella, que una persona tan segura de sí misma pudiera mostrar un aspecto tan vulnerable.

—¿Seguro que estarás bien? —le preguntó a media voz. Esta vez él no fue el único que la miró con sorpresa; Veronica también lo hizo—. ¿No deberíamos avisar a un médico?

—No ha sido más que un arañazo —contestó el joven, confundido—. Nada por lo que haya que preocuparse. Probablemente mañana ni siquiera tenga que recurrir a las gasas.

—Pero no sabemos con qué te han herido. Ni siquiera hemos visto si esos... esos hombres empuñaban alguna clase de arma. Cuando me agarraron me pareció que tenían las manos desnudas, pero... ¿qué uñas son tan afiladas para hacer arañazos así?

Veronica cruzó con Lionel una mirada incrédula antes de retirarse discretamente hacia la puerta de la habitación, donde se apoyó para contemplar los cuadros del pasillo.

—En serio, Stirling, no ha sido más que un susto —volvió a decir Lionel cuando los dejó solos—. Tengo muchas cosas que echarte en cara esta noche, pero haberme puesto en peligro por ayudarte no es una de ellas. ¿Crees que podría dejar que te ahogaran en el Mississippi antes de ajustar todas las cuentas que seguimos teniendo pendientes tú y yo?

Ella no pudo reprimir una sonrisa, aunque enseguida volvió a ponerse seria. Dio unos pasos hacia la cama pero se detuvo al pisar algo pequeño y duro. El chaleco y la camisa que Veronica le había quitado a Lionel seguían tirados en la alfombra, y de uno de los bolsillos se había escapado un diminuto objeto metálico que la señorita Stirling se agachó para recoger. Cuando comprendió que se trataba de una bala se quedó de piedra.

—Esta bala... es del mismo calibre que Carmilla... —Y entonces lo miró a los ojos sin poder creérselo—. ¿La has llevado contigo desde lo que ocurrió en el Valle de las Reinas?

Lionel abrió la boca para darle una respuesta ingeniosa, pero la mente se le había quedado en blanco. Los dedos de la señorita Stirling se curvaron lentamente en torno a la bala.

—Lo siento —le dijo con voz entrecortada—. De verdad. Todo. Lo siento mucho todo.

Cogió la mano de Lionel y dejó la bala en su palma antes de cerrarle los dedos. Y

entonces se dio la vuelta y se marchó en silencio de la habitación, arrastrando los restos de su vestido sobre la alfombra del corredor. Cuando se hubo marchado, Veronica volvió a entrar con el ceño fruncido. Se sentó de nuevo en la cama, al lado del perplejo Lionel.

—¿Y a lady Lunares qué mosca le ha picado? ¿Desde cuándo tiene tan buen talante?

Lionel no contestó. Hizo desaparecer la bala entre las sábanas antes de que su amiga la viera; aún no le había contado a nadie que la señorita Stirling había tenido algo que ver con la herida de su hombro y aquel no parecía un buen momento para hacerlo.

Por desgracia, Veronica le conocía demasiado bien. Sacudió la cabeza con pesar.

—Ya veo. Al final ha acabado sucediendo. Tenía esperanzas de que aún faltara un poco más, pero no contaba con sus encantos, ni con tu fascinación por las misiones imposibles.

—¿De qué demonios hablas? —preguntó Lionel, aunque se hacía una idea.

—Lo sabes de sobra. Puedes negarlo delante de mi tío y Oliver, si quieres; puedes negarlo ante ti mismo si eso te hace sentir mejor. —Veronica se agachó para mirarle a la cara—. Pero a mí no trates de hacerme creer que no te has enamorado de ella.

Por segunda vez en un minuto, Lionel abrió la boca para negarlo..., pero no pudo hacerlo. Tuvo que guardar silencio mientras Veronica, suspirando con resignación, le besaba en la frente antes de marcharse también del dormitorio. Al quedarse solo supo lo que tenía que haberle dicho a la señorita Stirling cuando le dio la bala, lo que más le dolía por ser la verdad: «Era lo único que me quedaba de ti».

IV

Seis semillas de granada

Tal como habían acordado, Alexander y Veronica esperaron a que los clientes del hotel y los miembros del servicio se retiraran a sus habitaciones para subir en silencio a la buhardilla. No tardaron en estar de regreso en el cuarto de Lionel, donde Oliver y él los estaban esperando después de cambiarse de ropa. Llevaban con ellos algo que Veronica pensó que podría serles de utilidad: la colección de cuadernos con tapas de cuero chamuscado en los que se había fijado aquella tarde, abandonados en el arcón que contenía las pocas cosas de la casa que habían quedado intactas después de ser arrasada por el incendio. Posiblemente se tratara de documentos privados que su dueño no había guardado en la biblioteca, sino en algún lugar más alejado del fuego. A Oliver se le encendieron los ojos cuando se los pusieron en las manos, y se los llevó a su habitación sin molestarse en tomar nada de la bandeja de fiambres y la ensalada que les había subido otro camarero. La señorita Stirling no hizo acto de presencia; en opinión de Veronica, lo más probable era que se pasara horas metida en la bañera hasta asegurarse de que se había quitado de encima todo el barro que había llevado consigo del Mississippi.

Si había sido así, la bañera debía de ser lo más terapéutico del mundo, porque a la mañana siguiente la señorita Stirling reapareció en toda su gloria. Los demás se habían reunido en el comedor del primer piso que solía destinarse a los desayunos, una amplia estancia construida en el mismo lugar en que se encontraba la antigua biblioteca. Tres de las paredes habían sido decoradas con pinturas campestres y la cuarta daba acceso al porche que recorría la fachada, en el que también había mesas y butacas de mimbre blanco y carritos con toda clase de ahumados, repostería y fruta. Lionel estaba a punto de llevarse a la boca una uva cuando escuchó el repiqueteo de sus tacones, y al volver la cabeza hacia la puerta la vio entrar con una sonrisa que hizo que le doliera el corazón.

—Vaya, me alegra verte tan animada esta mañana —comentó después de que la joven saludara a los demás y tomara asiento a su lado—. La verdad es que me tenías preocupado.

—Hace falta mucho más que el ataque de un marinero ahogado para conseguir minar mi ánimo —contestó ella, rechazando la tetera que le alargó Alexander y cogiendo en su lugar una jarrita de chocolate caliente—. Aunque, si me lo vuelvo a encontrar, no pararé hasta rematarlo. Ese vestido negro de la Casa de Worth era uno de mis favoritos.

Lionel no pudo evitar reírse. Ella dejó la jarrita sobre la mesa y se volvió hacia él.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó en voz más baja—. Me imagino que te dolerá, ¿no?

—Muchísimo —le aseguró Lionel—. Estoy pasando por una agonía espantosa. El dolor de mi costado se está convirtiendo en ardor, pero lo más curioso es que ha empezado a extenderse por todo mi cuerpo. Concretamente desde el momento en que

has aparecido.

La señorita Stirling se detuvo cuando estaba a punto de dar el primer sorbo. Sus ojos negros relucieron divertidos tras las espirales de humo que desprendía el chocolate.

—¿En serio, Lennox? ¿No sería mejor que hicieras caso a lo que te aconsejé anoche y hablaras con algún médico para que te dijera cuál es el remedio que más te conviene?

—Ya lo he hecho, y su diagnóstico fue muy claro: este ardor solo se me pasará volviendo a un panteón del cementerio de Lafayette para acabar lo que dejé a medias allí.

La señorita Stirling se atragantó con el chocolate, y estaba tosiendo y riéndose a la vez cuando Oliver entró en el comedor. A nadie le llamó la atención que tuviera unas profundas ojeras aquella mañana, aunque todos notaron su satisfacción.

—Bueno, ha sido todo un acierto que te acordaras de esos cuadernos, Veronica. No te haces una idea de hasta qué punto vamos a avanzar en la investigación gracias a ellos.

—Deduzco que has pasado la noche en vela leyéndolos —dijo Alexander, y le tendió la tetera que había rechazado la señorita Stirling. Oliver se llenó una taza con la precipitación de un beduino que acaba de encontrar un oasis—. ¿Tan interesantes te han resultado? Cuando les echamos un vistazo anoche no me pareció que contuvieran más que anotaciones relacionadas con la administración de la plantación.

—Había un par de libros de cuentas entre esos volúmenes —asintió Oliver—, pero son los menos interesantes; no he encontrado en ellos nada que pudiera sernos de utilidad.

—¿Y de qué trataban los demás? —preguntó Veronica desde el otro lado de la mesa.

—Eran diarios —dijo el joven, y todos se quedaron mirándole con sorpresa—. Cuatro diarios que Viola Vandeleur comenzó a escribir en mil ochocientos cuarenta y nueve, cuando acababa de cumplir doce años. Ni en mis mejores sueños habría podido imaginar semejante golpe de suerte.

Antes de que los demás reaccionaran, Oliver puso sobre la mesa el cartapacio en el que había estado tomando notas de madrugada. Alexander se alegró de que se le hubiera ocurrido hacerlo, pues no habría sido discreto ponerse a consultar delante de los camareros lo que habían escamoteado del trastero.

—La verdad es que la Viola real es muy distinta de la que tenía en mente después de oír lo que el segundo de a bordo del *Oceanic* nos contó sobre ella. Creo que era una mujer muy fuerte, muy segura de sí misma, pero al mismo tiempo más sensible de lo que podían apreciar las personas que no la conocían a fondo. Siempre tuvo muy claro lo que se esperaba de ella, y convirtió el éxito de la plantación en su absoluta prioridad.

—Si ese periódico que consultaste aseguraba que Viola fue la responsable de

sacar a flote el negocio familiar, me imagino que sería una mujer de armas tomar — dijo Lionel.

—O sus antepasados unos administradores pésimos —comentó la señorita Stirling.

—Creo que las dos cosas —contestó Oliver—. Viola no solía quejarse de su familia, pero cuando se refería a ella, en especial a sus padres, siempre empleaba un tono curioso, una mezcla de resentimiento y resignación. Me parece que tenía demasiado asumido que era una *rara avis* rodeada de gente extravagante.

Mientras hablaba sacó de su cartapacio un fajo de papeles manuscritos que colocó sobre el mantel de hilo blanco, apartando la taza de té que había apurado casi de un sorbo.

—Lo que he deducido de sus padres, Georges y Marie-Claire Vandeleur, es que no les hicieron nunca mucho caso, ni a Viola ni a sus hermanos. Los dos eran primos, hijos a su vez de primos segundos y terceros, y se casaron siendo muy jóvenes. La felicidad debió de durarles muy poco; pronto Georges acabó buscando la suya en otros brazos, en muchos otros brazos, como recordaba Viola a menudo con amargura, mientras que su madre se dedicó a la cómoda vida de la bella sureña, relegando a sus hijos al cuidado de las ayas negras. Nadie se preocupaba lo más mínimo por la plantación, ni trataba de estar al tanto de lo que ocurría con los esclavos y los trabajadores libres que vivían en el pueblo. El superintendente cometía toda clase de desmanes, los capataces hacían la vista gorda y de esta manera el negocio cada vez iba peor. Cuando contraían deudas, en lugar de invertir en añil para recoger una buena cosecha al año siguiente, Georges Vandeleur prefería mutilar sus propias tierras para ceder parcelas a sus vecinos a un precio irrisorio. Era muy manera sencilla de conseguir dinero a corto plazo, pero que en realidad delataba una carencia absoluta de visión de futuro por parte de su propietario.

»Tuvo que ser Viola quien, siendo todavía muy joven, se ganara la confianza del superintendente para pedirle que le enseñara a manejar la plantación. Muchas veces se quejaba en su diario de las continuas trabas que le ponía por ser una mujer, pero el caso es que consiguió aprender cómo funcionaba Vandeleur en menos tiempo del que necesitó su hermano Philippe para aprender las reglas del *bourré* con el que se entretenía por las noches en el pueblo. Conocía los nombres de los esclavos, sabía qué papel desempeñaba cada uno en el negocio y tenía un instinto especial para adelantarse a las fluctuaciones que el menor acontecimiento político produciría en el mercado del añil. Resumiendo, durante los últimos años de la vida de sus padres, y también de su hermano, la que movía los hilos invisibles de la plantación era Viola, mientras los demás se regodeaban en su creciente prosperidad sin preguntarse cuáles serían las causas.

—De manera que Philippe Vandeleur era un inútil al que le importaba un comino lo que pudiera pasarle a la propiedad —comentó Lionel—. Murieron con poco tiempo de diferencia sus padres y él, ¿verdad? ¿Viola dijo algo sobre lo que les

ocurrió?

—Hizo una única entrada en septiembre de mil ochocientos cincuenta y tres explicando que sus padres habían fallecido en el transcurso de unos días. No me he detenido mucho en esa parte por ser muy anterior a lo que nos interesa, pues Viola solo tenía dieciséis años por entonces, pero parece ser que aquel año hubo una epidemia de fiebre amarilla en Nueva Orleans que se llevó por delante a miles de personas. En el caso de Philippe, que murió tres años más tarde, Viola no aclaraba cuál había sido el motivo, aunque me parece haber deducido que ni siquiera los propios médicos lo sabían. Desde luego, ella no pareció echarle de menos, porque desde que lo enterraron en el cementerio de Lafayette no volvió a escribir su nombre en el diario. Debió de producirse algún enfrentamiento bastante serio entre ellos poco antes de la muerte de Philippe, pero no he podido averiguar cuál fue la razón.

—Seguramente tampoco tenga mucha importancia para nuestro caso —comentó la señorita Stirling, arrellanándose más en su butaca de mimbre y cogiendo una pasta de la bandeja que le ofreció Lionel—. ¿Y qué hay de Muriel? ¿Con ella Viola se llevaba mejor?

—Parece que no se llevaban, a secas. Muriel Vandeleur debió de ser una muchacha muy extraña. Su hermana mayor apenas hablaba de ella, aunque la diferencia de edad no parecía ser la causa de ese distanciamiento; no la acompañaba en ninguna de las visitas a las demás plantaciones, era huraña con los vecinos y descortés con los esclavos, y siempre solía estar sola. Con el fallecimiento de Philippe, el único nexo que aún pudiera haber entre las hermanas se rompió sin que ninguna hiciera nada por remediarlo. Eran como dos desconocidas obligadas a compartir la misma casa, con la misma sangre pero corazones orientados en direcciones opuestas.

»De hecho, la conclusión a la que he llegado es que la única familia que Viola se atrevía a considerar suya era la formada por sus esclavos. Habían estado con ella en sus peores momentos, la habían acogido en sus barracas como una más y la habían hecho reír con sus cuentos y sus ritos africanos. Casi todo el tiempo que no dedicaba a estudiar los libros de cuentas, a leer en la biblioteca o a rezar en la capilla construida en los jardines de la plantación, lo pasaba en sus casas, donde nunca le faltaba un plato ni una cara sonriente que preguntara cómo le iba al día a la señora. Por ejemplo... —De repente Oliver se detuvo, y pareció azorado; Alexander le animó a seguir con un gesto y el joven continuó en voz más baja—: Por ejemplo, en una de las entradas de su diario Viola explicaba cómo una de las esclavas más respetadas, una tal May Queen que aún era bastante joven, fue quien estuvo a su lado cuando..., bien, cuando a los catorce años se convirtió en una mujer. Marie-Claire Vandeleur había pasado la noche divirtiéndose con sus amigas en el desfile del Mardi Gras, y cuando regresó a casa cargada de collares de cuentas estaba demasiado achispada para preocuparse por el tema. “Nunca la perdonaré”, escribió Viola en su diario al día siguiente. “No lo haré aunque viva mil años.” Por desgracia para las dos, poco más

tarde se produjo la epidemia y Marie-Claire se marchó de este mundo a la vez que su esposo, sin darse cuenta seguramente de hasta qué punto había herido los sentimientos de una hija a la que nunca conoció de verdad.

—Todo esto resulta muy interesante —dijo Lionel de repente—, pero no nos sirve de mucho en el asunto del *Perséfone*. Viola tenía que haber hablado también del capitán...

—O de la guerra —coincidió con él la señorita Stirling—. Si se desvivía tanto por el negocio familiar, no debía de estar muy tranquila con la posibilidad de que se entablaran conflictos con el ejército norteamericano. Eso echaría por tierra todo lo que había construido en los últimos años, por muy unida que estuviera a los mismos esclavos a los que explotaba.

—Sí que hablaba de la guerra, aunque el avance de las tropas de la Unión no parecía preocuparle tanto como lo que pudiera pasarle a la propiedad si los yanquis se apoderaban de ella y la convertían en un cuartel improvisado, como sucedía cada día en la mayor parte de los estados del Sur. Creo que estaba tan angustiada por lo que les pudiera pasar a sus esclavos que de buena gana los habría dejado marchar antes de que Lincoln aboliera la esclavitud si así hubiera estado segura de que no sufrirían daño alguno.

La señorita Stirling dejó escapar un resoplido de incredulidad. Era evidente que no se creía nada de aquella semblanza que Oliver les estaba trazando de una esclavista.

—Al igual que las demás damas de Luisiana, también Viola colaboró cuanto pudo con la causa sureña —siguió diciendo Oliver—, y lo hizo con tanto fervor como si tuviera un hermano o un esposo combatiendo en el frente. Dejó constancia en su diario de las pequeñas cosas en las que participaba: «Hoy he asistido a un baile destinado a recaudar fondos con los que poder costear más armas de fuego», «he participado en una subasta en beneficio de nuestros soldados con los gemelos y los alfileres de corbata de papá», «he entregado dos docenas de calcetines que Pansy y yo estuvimos tejiendo estas semanas...».

—¿Quién era Pansy? —quiso saber Veronica—. ¿Otra de las esclavas de la plantación?

—No, era una amiga de Viola, la única con la que de verdad contaba. Había nacido en la propiedad de los De la Tour, que estaba bastante cerca de aquí, de manera que de pequeñas se veían a menudo en cumpleaños y barbacoas y cosas por el estilo. Y por lo que he leído esta noche —Oliver cuadró meticulosamente las hojas sobre la mesa— es probable que Viola no hubiera conocido nunca al capitán Westerley de no ser por Pansy.

—Ah, esto empieza a ponerse interesante. ¿De modo que fue ella quien los presentó?

—No exactamente. Se conocieron la noche del nueve de mayo de mil ochocientos sesenta y uno, un mes después de que comenzara la guerra. Pansy se había empeñado

en que su amiga la acompañara a la Ópera Francesa para asistir a una representación de *Le pardon de Ploërmel*, y a Viola no le quedó más remedio que aceptar aunque por lo que decía tenía muchas cosas de las que ocuparse en Vandeleur esos días. Como veréis, no es que empezaran con buen pie...

Oliver se aclaró la garganta antes de leerles una de las entradas que había copiado:

La señora Merleau no suele admitir un no por respuesta, y como Pansy tiene un miedo atroz a su futura suegra, no se atrevió a decirle que me gustan las óperas de Meyerbeer tanto como el sonido de la carcoma en los muebles de la sala de estar al caer la noche. Eugène Merleau no pudo estar con nosotras; al parecer ha experimentado en estas semanas una nueva recaída en la enfermedad que le ha impedido alistarse para plantar cara a los yanquis. Parece que es aún más soporífero de lo que pensaba, pero supongo que la fortuna del pobre Eugène no le acabará resultando tan aburrida a Pansy cuando por fin se casen, aunque en mi opinión debería mostrarse mucho más discreta en su comportamiento.

Esta noche sus coqueteos han sido tan vergonzosos que no me explico cómo la señora Merleau no se ha dado cuenta de nada, por muy pendiente que haya estado de la representación. Cuatro palcos a la derecha del nuestro se encontraba Phil Dodger, ese reportero inglés que colabora con el *Daily Crescent* y que se come con los ojos a Pansy cada vez que nos cruzamos con él en la ciudad. Cuando vio que nuestra carabina nos dejaba solas en el entreacto, le faltó tiempo para venir a saludarnos con sus amigos. Quise morirme de vergüenza cuando Pansy se puso a decirles lo mucho que se alegraba de poder pasar la velada rodeada por unos caballeros tan atractivos, después de haber estado tejiendo calcetines hasta que los dedos casi se nos cayeron a pedazos.

Pero lo más interesante de la noche vino después. Mientras Dodger se sentaba al lado de Pansy para hacerle la corte y sus amigos se acomodaban a su alrededor, uno que no había tenido oportunidad de presentarme se quedó mirando cómo me abanicaba con una sonrisa que no me gustó en absoluto. Cuando le pregunté qué le parecía tan divertido, me contestó que en su opinión había maneras mucho más efectivas de echar una mano a los soldados de Luisiana que tejiéndoles calcetines. No era probable que ninguno muriera de un resfriado por no ponérselos por la noche, me aseguró.

«Debería predicar entonces con el ejemplo, señor —le contesté de malos modos—. Si tanto simpatiza con la causa tendría que estar en estos momentos en el campamento de nuestros aliados como haría un hombre joven y fuerte, en lugar de quedarse en casa con los ancianos, los tullidos y los cobardes, y los extranjeros como el señor Dodger.»

Al oír esto su sonrisa se acentuó aún más. Debo reconocer que su rostro era muy agradable, y que tenía unos ojos castaños muy expresivos que podrían haber pasado por hermosos de no haberme mirado de aquella forma tan... ¿me atreveré a escribirlo? ¿Lasciva?

«Ya veo lo que quiere darme a entender. Si la naturaleza la hubiera dotado de algo más, habría sido la primera en vestir el uniforme gris.»

«Si no me deja en paz ahora mismo, me encargaré de que la gente del teatro lo ponga en la calle en menos de un minuto. ¿Por qué está tan deseoso de hablar conmigo si lo que estoy haciendo por el Sur le parece ridículo? Todos los demás palcos están llenos de señoritas en edad casadera que se reirían como unas tontas con sus ocurrencias.»

«Precisamente por eso decidí acompañar a Dodger hasta aquí. Porque nada más ponerle los ojos encima me di cuenta de que no podía ser como las demás. Me llamó la atención que, a diferencia de la mayor parte de las mujeres que me han presentado, aún siga soltera, mientras que las vecinas de su edad deben de ir por el segundo o el tercer hijo.»

Cuando oí este nuevo insulto no pude resistirlo más: me puse inmediatamente en pie y, sin importarme lo que pudieran pensar los cientos de personas que teníamos alrededor, lo aparté de mí con un empujón que casi le hizo caer de espaldas desde el palco. Dodger y sus amigos se quedaron callados, y a Pansy se le abrió la boca de par en par, pero cuando el desconocido se echó a reír con ganas todos acabaron haciendo lo mismo. Hasta los caballeros de los palcos cercanos sonreían, y sus mujeres susurraban tras los abanicos.

«Aquí tienen la prueba de que no me equivocaba en lo que he estado toda la tarde tratando de hacerles entender —exclamó el muy insolente—. Las damas del Sur pueden hacer mucho más por la causa que quedarse encerradas en sus casas cosiendo día tras día. ¡Una docena de estas en nuestro

ejército y a los yanquis les faltará tiempo para retirarse con el rabo entre las piernas!»

«Siempre puedes llevarte a la señorita Vandeleur contigo, Westerley —le dijo Phil Dodger sin dejar de reír—. Aunque puede que en lugar de burlar el bloqueo de los nortehños acabéis hundiendo a toda la flota...»

Cuando oí esto me temblaron las piernas. Que yo supiera, no había más que un hombre en Luisiana que hubiera conseguido burlar el bloqueo de los barcos de la Unión alrededor de nuestra costa, pero no era posible que el corsario del que todos hablaban, el valiente héroe que aparecía en los periódicos después de cada una de sus proezas...

«¡Capitán Westerley! —oí exclamar de repente a la señora Merleau, que acababa de regresar al palco—. ¡Qué honor tenerlo de nuevo con nosotros! ¡Ah, veo que ya conoce a nuestra querida Viola Vandeleur!»

«Ha sido un encuentro muy breve, aunque bastante intenso. Tanto que en estos momentos no sé si hincar la rodilla en tierra para pedir su mano o compadecer al incauto al que algún día le sea concedida.»

Hubo más risas en el palco, pero yo estaba demasiado furiosa para escuchar nada más. Recogí mi chal y mi bolso y me marché con tanta rabia que casi tiré al suelo a la señora Merleau, que no parecía darse cuenta de nada de lo que sucedía. Durante todo el viaje de regreso a casa no dejé de preguntarme cómo puede llevar a cabo actos tan heroicos un hombre que después se comporta como un grosero y un miserable. Realmente espero no encontrarme más con él o puede que en la próxima ocasión no me conforme con darle un buen empujón.

—Me cae bien el capitán Westerley —exclamó Lionel mientras Veronica se partía de risa con lo que acababan de escuchar—. Él sí que sabía lo que les hacía falta a las pobres y recatadas señoritas sureñas. Menos mal que el paso del tiempo le acabó dando la razón...

—Aún no sabemos con quién se casó realmente —le recordó Alexander. Se volvió hacia Oliver para indicarle que siguiera, y el joven regresó a su montón de anotaciones.

—La siguiente mención al capitán la he encontrado casi una semana más tarde. En los días que siguieron al encuentro en la Ópera Francesa la señorita Vandeleur estuvo muy ocupada en la plantación. Una de las esclavas que se ocupaban de la limpieza de la casa se había puesto de parto y parece ser que hubo algunas complicaciones. Hizo venir a un médico de Nueva Orleans para que examinara al pequeño, que sufría una afección cutánea transitoria, y se pasó casi todo el tiempo en la barraca de la familia hasta estar segura de que se encontraba fuera de peligro. La tarde del catorce de mayo pasó lo siguiente...

Mientras le explicaba a Sally cómo tenía que lavarle con la esponja que le había dado, y las horas a las que el médico me había dicho que teníamos que suministrarle la medicina, May Queen apareció en la puerta de la barraca con la pequeña Alma pegada a las faldas. Me dijo que un caballero acababa de llegar a la plantación y que me estaba esperando en la puerta de casa. Cuando los criados le preguntaron si prefería hacerlo dentro, se echó a reír y les contestó que no creía que a la dueña le hiciera mucha gracia eso, y que si quería saber de quién se trataba le dijeran que había venido «su amigo de la ópera».

Evidentemente, yo no me reí; tuve que devolverle el bebé a Sally antes de que se me cayera de tanto como me temblaban las manos de rabia y después me marché de la barraca en dirección a la casa. Iba dispuesta a ponerle los puntos sobre las íes, pero cuando me di cuenta de que estaba charlando con Muriel me quedé quieta. Ella iba más desaliñada de lo normal, ¡creo que hasta iba descalza de nuevo!, y al ver que me acercaba a ellos torció el gesto mientras se escabullía sacudiendo su desordenada melena.

Esto, por supuesto, le dio a Westerley otra arma con la que herirme.

«Su hermana es una criatura extraña, señorita Vandeleur. Cuando ha venido a hablar conmigo y se ha enterado de que soy marino, se ha puesto a hacerme toda clase de preguntas sobre los métodos de tortura

empleados por la Inquisición europea. Tiene una mirada que casi da miedo, como si pudiera doblegar la voluntad de quien la escucha con un parpadeo.»

«Debería pedirle que me enseñara ese truco. Me vendría muy bien para echar de mi casa a los indeseables que vengan a importunarme.»

Tal como imaginaba, él se echó a reír de nuevo.

«Ya veo que no es de las que olvidan una ofensa, ¿eh? Bueno, me imagino que entonces ha sido una buena idea acercarme a presentar mis respetos a su familia. Mañana me embarcaré en otro viaje hacia el Viejo Mundo en busca de suministros para nuestro ejército, y antes de marcharme he pasado por las plantaciones de los De la Tour y los Merleau para despedirme de ellos. Es lo que haría un caballero, ¿no?»

«Un caballero no se atrevería a molestarme después de las cosas que me dijo. Ni siquiera si hubiese venido para pedirme perdón por...»

«No tengo por qué pedirle perdón. Fue culpa suya no entender el cumplido que le dirigí. Cuando le dije que me extrañaba que aún no se hubiera casado a su edad, no lo hice con ánimo de hacerla sentir como una solterona, sino que quise dar a entender que los hombres de Luisiana deben de ser más estúpidos de lo que imaginaba. En Georgia nadie se quedaría de brazos cruzados mientras nuestra mayor belleza sigue estando disponible. Creo que nos mataríamos unos a otros por usted.»

Me avergüenza reconocer que me puse roja como una adolescente. ¿Yo, una belleza? De ninguna manera, y así se lo hice ver; Pansy de la Tour ha sido siempre la beldad de este condado y la opinión de los vecinos, por desgracia para ella y su modestia, es unánime en ese sentido. Pero el capitán Westerley me contestó que como Pansy hay cientos de chicas; todas ruidosas y atolondradas, aunque pocas tan coquetas como ella.

«Aquel día no debió de haber una sola persona en la ópera que no se diera cuenta de cómo provocaba a Phil Dodger con cada cosa que le decía. Hasta su futura suegra estaba avergonzada, y eso que no me ha parecido demasiado aguda a la hora de percibir estas cosas. Si yo fuera la señora Merleau, arrastraría a mi hijo de la mano hasta el altar para asegurarme de que no se le escapaba esa muchacha. Por lo que me han contado, llevan nada menos que seis años prometidos.»

«Desde los diecisiete, así que Pansy también entraría conmigo en la categoría de vejstorios —contesté de mal humor—. Pero no ha sido culpa suya no haberse casado aún con Eugène Merleau. El chico siempre ha sido de naturaleza enfermiza; cuando era muy niño tuvo escarlatina y nunca pudo recuperarse por completo. Por eso no está en el frente con los demás, y créame que se siente muy frustrado por ello...»

«Un brote de escarlatina no convierte a un muchacho en una tierna flor de invernadero como él. La señorita De la Tour no sabe dónde se ha metido si es que aún cree que puede cumplir con sus expectativas.»

«Es usted un hombre horrible —exclamé, haciéndole reír una vez más—. ¡No puede presentarse en mi casa para reconciliarse conmigo y ponerse a insultar a mi amiga! ¡Tendría que ordenar ahora mismo a mis criados que le echaran de la propiedad!»

«Prefiero que sea usted quien lo haga, señorita Vandeleur. Además de que, si no me acompaña hasta la verja, nunca podrá estar segura de que realmente me he marchado. ¿Cree que podría dormir tranquila a partir de ahora sabiendo que tal vez estoy merodeando por los terrenos de la plantación, trepando hasta su alcoba en mitad de la noche para ganarme a pulso mi deshonor?»

De nuevo me ruborizo al escribir que aquello me provocó un raro escalofrío de repente. Le acompañé por el camino de los robles hasta la verja, donde nos quedamos hablando durante un rato. Me explicó que su barco estaba amarrado en el puerto fluvial de Nueva Orleans, que lo había bautizado hacía cuatro años como *Calipso* y que no volvería a tierra hasta dentro de un mes. Sería tiempo más que suficiente para que yo decidiera enterrar de una vez el hacha de guerra, me aseguró, y para que a su regreso comenzáramos de cero con nuestra relación.

«Aún no estoy segura de que quiera hacerlo. Me acostumbré siendo muy niña a la franqueza y eso ha sido lo que me ha hecho ganarme el favor de mis esclavos, pero en su caso la franqueza está separada de la grosería por una línea muy delgada, capitán Westerley. —Entonces me vino una idea a la cabeza, y añadí sin pensarlo—: Tráigame algo cuando vuelva. Algo que me demuestre que no se está riendo de mí.»

«¿La cabeza de Lincoln será suficiente para la sanguinaria Viola Vandeleur? ¿O prefiere lo que me pediría cualquier otra mujer: unos vestidos parisinos, unas joyas venecianas, unos perfumes exóticos...?»

«No podría ponerme vestidos ni joyas elegantes para trabajar en la plantación, y el perfume que más me gusta es el de las plantas de añil floreciendo con más fuerza cada año. No, quiero algo distinto. Usted

me dijo en la ópera que yo le parecía diferente a las demás, así que lo lógico es que me traiga algo diferente. Algo que no haya visto nunca.»

Durante unos segundos se me quedó mirando con tanta intensidad que casi temí que me prendiera fuego. Pero entonces oí ruido de pasos en el camino y al volverme hacia la casa observé que se nos acercaba el superintendente, seguramente para preguntar qué había pasado con el bebé de Sally y los honorarios del médico. No me quedó más remedio que despedirme del capitán Westerley con un apretón de manos que le cogió por sorpresa cuando se disponía a besar la mía, pero que le hizo sonreír aún más, de esa manera que consigue que se le ilumine la cara.

Qué estúpida me estoy volviendo. Un mes es mucho tiempo para un hombre, y ni siquiera la supuesta beldad de Luisiana sería capaz de mantener vivo el interés de alguien como Westerley durante más que unos cuantos días. Pero, de todas formas, ¿qué más me da a mí eso?

—¡La fría y perfecta Viola Vandeleur se nos está enamorando! —exclamó Veronica.

—Haced el favor de no tomaros esto como un folletín —le echó en cara su tío ante las carcajadas de Oliver y de Lionel y la sonrisa de la señorita Stirling—. Os recuerdo que esta historia no tiene final feliz, como tampoco la tuvo la del pobre John Reeves. Ni la suya, señorita Stirling, si ayer Lionel hubiera tardado un poco más en sacarla del agua.

—No necesito que me lo recuerde, profesor —contestó la joven, mirando a Lionel de reojo antes de ponerse seria de nuevo—. Es solo que nunca pensé que se nos presentaría la oportunidad de conocer a uno de nuestros objetos de estudio de manera tan profunda.

—Yo quiero saber si el capitán Westerley conoció a Viola... aún más profundamente que nosotros —añadió Lionel—. ¿Qué más has encontrado en su diario acerca de él, Twist?

—Durante las semanas que siguieron a este encuentro, nada en absoluto —explicó Oliver pasando las páginas que había sobre la mesa—. Probablemente tenía demasiado de lo que ocuparse, o no quería caer en la tentación de ponerse a fantasear sobre él. Pero tres semanas más tarde sucedió un imprevisto. El *Calipso* del capitán Westerley regresó a Nueva Orleans antes de tiempo... o más bien lo hizo lo poco que quedaba de él. Antes de empezar a remontar el Mississippi el barco se vio inmerso en un fuego cruzado y los cañones de la Unión lo destrozaron casi por completo. Westerley perdió a unos cuantos hombres durante la refriega, y él mismo fue herido en la cabeza, aunque no de gravedad.

—Vaya, parece que no tenía demasiada suerte cuando se hacía a la mar —comentó Veronica arqueando una ceja—. Me imagino que Viola lo pasaría muy mal al enterarse...

—Peor que mal. Se fue a Nueva Orleans inmediatamente después de que la señora Merleau le diera la noticia mientras tomaba el té en la plantación. El siete de junio por la noche escribió cómo había corrido hasta la pequeña casa del Barrio Francés en la que su vecina le había dicho que se alojaba el capitán. Cuando estaba a punto de subir se encontró con ese tal Phil Dodger, el periodista inglés del *Daily Crescent* con el que coqueteaba Pansy, que se disponía a visitar también a Westerley.

Había escrito esa misma mañana una crónica de lo que le había pasado al *Calipso* y le aseguró que el capitán se estaba recuperando.

Oliver revolvió durante un momento las páginas hasta dar con la que estaba buscando:

Un niño negro de unos diez años nos acompañó escaleras arriba, hasta la habitación en la que el capitán estaba descansando. No tenía muy buena cara, pero cuando me vio entrar se le dibujó una sonrisa que hizo que casi me echara a llorar allí mismo, conmovida ante la imagen de su cabeza envuelta en una venda que otro esclavo un poco mayor le estaba cambiando en ese momento. Creo que no se dio cuenta de que Dodger estaba con nosotros hasta que se puso a hablar de cómo se había preocupado la gente cuando la noticia del bombardeo del *Calipso* llegó hasta la ciudad, y de las explicaciones que tuvieron que dar su jefe y él a todos los que se acercaron a la redacción del periódico para enterarse de si seguía con vida. Pareció tardar una eternidad en irse, pero finalmente recordó que tenía unos cuantos papeles importantes sobre la mesa de su despacho de los que tenía que ocuparse antes de que cerraran la edición del día siguiente.

Cuando al fin nos dejó solos nos quedamos mirándonos de un modo que hacía que las palabras carecieran de sentido. Después él me dijo:

«He cumplido mi promesa, beldad de Luisiana». Supe de inmediato a qué se refería, y traté de ayudarle cuando se incorporó para agitar una campanilla que tenía en la mesilla, pero no me lo permitió. «Ya no podrá decir de mí que soy un hombre sin honor. Le he traído algo que sé que no ha visto nunca, como tampoco ninguno de sus vecinos.»

«Capitán, eso no tiene importancia ahora. Me basta con... con que usted haya regresado sano y salvo. Cuando la señora Merleau me dijo lo que le había pasado, no sabe lo culpable que me sentí, ni cómo...»

Me quedé callada cuando otro esclavo, en esta ocasión una negra que apenas me llegaba por la cintura, acudió a su llamada llevando en brazos un frutero tan grande que casi no podía con él. Cuando lo dejó sobre la mesilla y se fue, no pude evitar mirarle con desconcierto.

«Espero que lo que voy a decirle no le parezca grosero, pero no me esperaba que alguien como usted, que nunca ha poseído una plantación, tenga tantos esclavos en su casa. Sobre todo siendo tan pequeña como esta.»

«Se equivoca —me contestó con una sonrisa—. No son mis esclavos.»

«¿Cómo que no lo son? El niño que nos abrió la puerta antes, el que le estaba curando cuando entramos... ¿qué relación tienen con usted?»

«Yo no soy un esclavista, señorita Vandeleur. He viajado mucho, y he visto que más allá de nuestras costas existe otro mundo donde las diferencias entre amos y esclavos por suerte han desaparecido. Estos muchachos son mis criados, a los que pago con el dinero que recibo del gobierno confederado a cambio de burlar a la Unión. Los tres se pueden marchar de aquí cuando quieran, eso lo saben de sobra, pero sé que nunca lo harán. Me deben tanto a mí como yo les debo a ellos.»

Esto me desconcertó tanto que se vio en la obligación de explicarse.

«Hace dos años me encontré en el puerto con Boy, el niño que se encarga de abrir mi puerta. Estaba escondido entre unos barriles, con la ropa hecha harapos y temblando de frío y de miedo. Me lo llevé a casa y solo con mucha paciencia conseguí que me contara la verdad: su madre había muerto y su amo se había puesto en contacto con el dueño de otra plantación que quería adquirirlo para su propiedad. El niño se había escabullido en plena noche de allí, y sabe tan bien como yo lo que les sucede a los esclavos fugados. Comprendí que lo estaban buscando y que solo sería cuestión de tiempo que dieran con él, así que le invité a quedarse en mi casa a cambio de un dólar al mes con la condición de que jurara que lo había comprado si alguien le hacía preguntas.»

«Eso fue muy noble por su parte —tuve que admitir, más asombrada de lo que me gustaría reconocer—. ¿Los demás también son fugados?»

«Sí, Jimmy se escapó primero para evitar que le dieran una tunda, y cuando empezó a trabajar para mí regresó a su antigua plantación a recoger a Lizzie, su hermana. Creo que están contentos aquí, aunque la mayor parte del tiempo la casa esté cerrada en mi ausencia y no se atreven a salir demasiado. En fin —suspiró mientras rebuscaba en el frutero—, ahora que he arruinado por completo mi reputación delante de usted demostrando que en el fondo soy un sensiblero, supongo que tendré que darle lo que me encargó. Es algo efímero, por desgracia.»

Fue una auténtica suerte que no me estuviera mirando a la cara en ese momento. Estoy segura de que

todos mis pensamientos acababan de aparecer escritos sobre mi rostro, pero tuve que conformarme con respirar hondo para mantenerme serena mientras el capitán sacaba de debajo de las manzanas un extraño objeto que puso en mi mano. Al darle vueltas comprendí que era una fruta que conocía, aunque no la había visto nunca en persona. Westerley había cumplido su promesa.

«¿Es una granada?» —me maravillé—. «¿Dónde la ha conseguido?»

«Cuando regresaba de Francia hice una breve escala con el pobre *Calipso* en la costa de Andalucía. No sé por qué me llamó la atención cuando la vi en el mostrador de una frutería; supongo que me recordó a usted, con la piel tan incandescente, tan dura y fuerte por fuera y tan repleta de maravillas por dentro. Tan distinta a todas las demás.»

«Es la fruta de Perséfone —le dije en voz baja, y cuando me miró con extrañeza añadí—: Los griegos creían que Perséfone, la esposa del dios del inframundo, había comido seis semillas de granada y por eso no podría marcharse nunca del infierno. Cuando alguien prueba la comida de los muertos no puede regresar nunca más con los vivos.»

«Entonces no sé si es buena idea que la pruebe —sonrió él—. Quizá sea más sensato que entierre las semillas en Vandeleur para que con el tiempo le permitan cultivar sus propias granadas. Serán mucho más frescas que esta, desde luego, que ha tenido que cruzar un océano...»

«Creo que lo haré —le contesté—, pero primero nos la comeremos usted y yo. Si nos vamos al infierno por esto, que sea estando juntos.»

Esto lo dejó tan sorprendido que ni siquiera reaccionó cuando me levanté para coger un par de platos y un cuchillo. Me senté de nuevo a su lado y partí con cuidado la granada, dejando que sus entrañas quedaran a la vista, más dulces que nada que hubiera probado antes.

Cuando le alargué su plato siguió mirándome a los ojos, y eso me hizo ser más consciente de las sensaciones que me embargaban en ese momento, desde el tacto pegajoso de la sangre de la granada en mis dedos hasta el calor del sol de junio sobre mi hombro derecho.

«Al menos yo he escapado del infierno —me dijo al fin, en voz muy queda—, y sé que ha sido por una razón. Porque usted me esperaba.»

Me sentía tan abrumada que no fui capaz de responderle, aunque realmente no hacía falta. Nunca el silencio me pareció más elocuente que en ese momento, en esa pequeña habitación del Barrio Francés que no tardó en llenarse de amigos del capitán y de soldados que se hallaban de permiso en Nueva Orleans y que querían saber cómo se encontraba. Tuve que marcharme a una hora prudente para no dar lugar a habladurías, pero durante todo el camino en carruaje hasta la plantación mi corazón siguió estando con él, partido en dos como esa granada...

Esta vez nadie se atrevió a reírse. Uno de los camareros más jóvenes se acercó para retirarles las tazas vacías, y los cinco se quedaron callados hasta que se hubo marchado.

—¿Y de dónde salió el *Perséfone* exactamente? —preguntó Alexander al cabo—. ¿Fue el segundo barco que compró el capitán después de que el *Calipso* fuera bombardeado?

—Eso parece —confirmó Oliver—. Mientras se recuperaba, Westerley se puso manos a la obra para conseguir otra nave con la que seguir burlando el bloqueo, y la señorita Vandeleur le ayudó en todo cuanto pudo. Pero los únicos datos que he encontrado sobre el *Perséfone* son que procedía de un astillero confederado de Nashville y que por aquel entonces aún no tenía mascarón de proa. La propia Viola lo comentaba en una de sus entradas después de contar que el capitán había decidido bautizarlo con un nombre que era muy especial para los dos. Estaba convencido de que le traería suerte en sus viajes.

—Debían de estar juntos por entonces —comentó el profesor, sacando brillo a sus gafas con un pañuelo—. Lo extraño es que en ese diario no aparezca ningún detalle sobre su matrimonio, teniendo en cuenta lo enamorada que estaba Viola de él...

—Aún no habéis escuchado toda la historia —advirtió Oliver en tono sombrío—. Las últimas entradas del diario fueron escritas el uno y el dos de julio de mil ochocientos sesenta y uno. Parece ser que en Vandeleur se celebró una fiesta en honor al capitán. Viola se había dado cuenta de que durante mucho tiempo la propiedad había permanecido cerrada casi completamente al público y creía que debía organizar algún evento como hacían sus vecinos. Debió de ser un éxito porque esa noche, cuando todo el mundo se había retirado a sus habitaciones, Viola escribió que la plantación nunca había resplandecido tanto y que se sentía como si un mundo nuevo estuviera a punto de sustituir al que había conocido siempre. Además estaba muy emocionada porque, justo antes de sentarse a su escritorio, cuando estaba asomada a su ventana, vio al capitán Westerley de pie en el porche, fumando durante un rato bajo las estrellas hasta que sacó algo de su bolsillo para mirarlo con atención. Pudo distinguirlo pese a la penumbra: era un anillo, un anillo que después volvió a guardarse antes de regresar al interior de la casa. —Oliver suspiró y luego añadió—: Después de esto Viola no escribió más que una frase al día siguiente, la mañana del dos de julio.

—¿Cómo que no escribió nada más? —se sorprendió la señorita Stirling—. ¿Qué pudo llevarla a abandonar su diario precisamente cuando empezaba la mejor etapa de su vida?

—Supongo que el hecho de que... nunca empezó. Viola no se casó con el capitán.

La señorita Stirling arrugó el entrecejo. Por toda respuesta, Oliver dejó encima de la mesa la última hoja con anotaciones para señalarles con el dedo la frase final copiada del diario de Viola. «Sábado, 2 de julio de 1861. Todo ha terminado.»

—¿Todo ha terminado? —repitió Alexander. Alargó una mano para coger la hoja, aún sabiendo que no tenía nada más escrito—. ¿Quieres decir que no hay más cuadernos?

—No —contestó Oliver—. Ese fue el final del cuarto. Viola tenía veinticuatro años en ese momento, y menos de un año después moriría entre estos mismos muros. Me temo que nunca podremos averiguar qué pasó en los siguientes meses.

—Estoy empezando a sentirme como si asistiéramos a una sesión de espiritismo de esas que August nos ha descrito tantas veces —comentó Lionel, cogiendo otra uva—. Lo único que hacemos es conjurar fantasmas, descubrir cosas sobre personas que tuvieron algo que ver con el *Perséfone* y acabar comprendiendo que como están muertas no hay nada más que puedan revelarnos. Primero el capitán, después Charles Édouard Delorme, ahora Viola...

—August nos habría sido de gran ayuda —añadió Veronica mientras se levantaban para abandonar el comedor—. No creo que exista un lugar en la tierra que reúna más requisitos para convertirse en un imán para las almas en pena que esta plantación. Debemos de estar totalmente rodeados por ellas ahora mismo.

Alexander no estaba muy seguro de eso, pero no pudo evitar acordarse de nuevo con pesar de los detectores de ectoplasmas que había dejado en Oxford. Estaban a punto de salir del comedor cuando oyeron a sus espaldas un «¡Señorita!» que les hizo volverse. Uno de los camareros uniformados de blanco que les había servido el desayuno se acercaba con algo de encaje en una mano.

—¡Mi chal! —La señorita Stirling regresó sobre sus pasos para recogerlo—. ¡Suerte que se ha dado cuenta! Estaba tan entretenida hablando que me olvidé totalmente de él.

—Me imaginé que sería eso, señorita. Debió de caerse al suelo desde el respaldo de su silla, pero no se preocupe: no ha dado tiempo a que se manchara. Deje que la ayude.

El camarero los acompañó hasta la puerta del comedor y extendió el chal para que la señorita Stirling se volviera. Acababa de ponérselo sobre los hombros cuando susurró:

—Espero no parecerles demasiado atrevido, pero necesitaba hablar con ustedes. Les he oído mencionar al *Perséfone* mientras retiraba sus tazas y...

Aquello los descolocó por completo. La señorita Stirling se volvió para mirar sorprendida al camarero. No debía de tener más de veinte años, y era un muchacho muy atractivo, con unos rizos castaños que la gomina apenas era capaz de mantener a raya.

—¿Conoce usted...? ¿Ha oído hablar alguna vez del *Perséfone*? —se asombró Oliver.

—Alguna vez —se limitó a contestar el joven. Entonces miró por encima del hombro para asegurarse de que no rondaba ninguno de sus compañeros por allí, y

continuó en un susurro apresurado—: Sé que esto les parecerá muy poco correcto, pero si no les importa, desearía poder hablar con ustedes a solas. Tiene que ver con lo que están investigando.

—¿Cómo ha adivinado que estamos metidos en una investigación? —preguntó Veronica.

—Ahora no tengo tiempo para explicárselo, pero conozco a alguien que les podría echar una mano en esto, tanto como ustedes podrían echársela a él. Siento no poder ser más claro —se vio obligado a añadir ante su confusión—, pero como se imaginarán, no se me permite molestar de este modo a los clientes. Aún tengo un par de horas de trabajo por delante y después me han encargado que acompañe a los invitados del señor Archer al embarcadero de Vandeleur, para que se marchen a mediodía rumbo a Nueva Orleans...

—¡Thomas! —oyeron decir a otra persona, al tiempo que un caballero también vestido de blanco se acercaba a ellos. Parecía indignado por lo que estaba presenciando.

—Tengo que marcharme —continuó rápidamente el joven—. Reúnanse conmigo ante la fonda de los Garland a las doce en punto, y trataré de escabullirme para presentarles a la persona de la que les hablo. Les aseguro que no se arrepentirán de hacerlo.

—Thomas Rice, ¿se puede saber qué te pasa hoy? ¡Deja de molestar a los clientes!

—No se preocupe, señor —contestó por él Alexander—. Solo nos estaba explicando dónde se encuentra el embarcadero. Anoche hicimos el trayecto desde la ciudad en coche y no sabíamos cómo llegar. —Y antes de volverse miró al joven a los ojos y asintió—. A las doce —le dijo en voz más baja—. En el porche de los Garland.

Él asintió a su vez antes de regresar al comedor delante de su jefe, que no dejaba de mirarle con suspicacia. Cuando los dos desaparecieron, Veronica comentó en un susurro:

—Esto sí que no me lo esperaba. De manera que estamos devanándonos los sesos para tratar de dar con la respuesta a todos estos enigmas... ¿y tenemos al lado a alguien que conoce lo que ocurrió con el *Perséfone*? ¿Cómo es posible que sea una casualidad?

—No estoy seguro de que lo sea —contestó su tío, mirando aún el comedor—. Cuanto más tiempo pasamos en este lugar más seguro estoy de que hay algo inquietante en él.

A falta de algo mejor que hacer, dedicaron la mañana a recorrer de un extremo a otro los terrenos del hotel. La comparación entre lo que Viola Vandeleur había descrito en su diario y lo que rodeaba a la casa en aquellos momentos demostraba que a Archer no le había temblado el pulso a la hora de imponer su criterio restaurador. Donde antes se encontraban los campos de añil había ahora un estanque con una aparatosa fuente de mármol rematada por una sirena, y la zona de las barracas de los

esclavos se había convertido en una prolongación de los jardines trazada al estilo francés, con unas avenidas cercadas por rosales que casi se extendían hasta el pantano. De la capilla que los antepasados de Viola habían mandado construir cerca de la casa no quedaba ni rastro.

Muchos invitados se entretenían paseando por los jardines antes de regresar a sus habitaciones a prepararse para la boda. Mientras recorrían una de las avenidas saludaron a lord y lady Silverstone, que parecieron sorprendidos de encontrarlos allí, aunque en ese momento estaban tan ocupados dando instrucciones a los camareros de Archer que no pudieron cambiar más de dos palabras con ellos. El único que se dio cuenta de cómo se había azorado lady Silverstone fue Oliver, que pasó por su lado con los ojos clavados en sus zapatos para no caer en la tentación de mirarla a la cara. En cuanto a lady Lillian, no se la veía por ninguna parte, aunque seguramente estaría arreglándose en su cuarto.

—O puede que haya sido más astuta de lo que piensan sus padres y su prometido y ahora mismo esté en un tren camino de Nueva York —comentó Lionel cuando a las doce menos cuarto Alexander propuso encaminarse hacia el pueblo. La señorita Stirling y él dejaron que los demás caminaran delante, avanzando por entre las dos hileras de robles que conducían a la verja—. Me encantaría ver a Archer júnior montando en cólera.

—Si hay alguien que se merece que lo dejen plantado en el altar, sin duda es él —se mostró de acuerdo la señorita Stirling—. Esa pobre chica no sabe dónde se está metiendo.

—Yo diría que sí, y que precisamente es eso lo que la hace sentirse tan desgraciada. Pero tampoco es que nosotros seamos el perfecto paradigma de la moral, así que será mejor que nos guardemos nuestras opiniones sobre ese tipo, por sinvergüenza que nos parezca.

Habían dejado que los invitados salieran del hotel un poco antes que ellos, y en aquel momento el embarcadero del pueblo era un hervidero de pamelas, sombreros de copa y sombrillas de encaje. Pese a la distancia, pudieron darse cuenta de que los vecinos de Vandeleur habían hecho caso a Christopher Garland y arreglado con unas tablas la plataforma. El vapor que Archer había contratado para la ocasión aguardaba al final de la pasarela, adornado con docenas de rosas blancas y cintas de raso que ondeaban en el aire.

—Ahora que hablamos de moral... —dijo la señorita Stirling—. ¿Me has perdonado ya?

—Déjalo ya, Stirling. No hay nada que perdonar —le contestó Lionel, aunque casi de inmediato añadió—: O bien pensado, hay tanto que perdonar que no acabaríamos nunca. Puede que lo mejor para los dos sea volver a empezar de cero.

—¿Por qué no? —le sonrió la señorita Stirling—. Podríamos simular que somos unos invitados que acaban de conocerse en la boda. Tú por parte del novio y yo de la novia.

—Me niego a tener nada que ver con un Archer, pero lo demás me parece bien. Lo más probable es que fuera yo quien te abordara. Le pediría a algún conocido común que nos presentara y después me las ingeniaría para acaparar tu atención durante toda la cena.

—Y yo sería encantadora contigo, aunque en realidad pensara que eres un pesado.

—Eso sería antes de que te deslumbrara con mi *savoir faire* y mi increíble labia, por no hablar de mis dotes como bailarín. Dudo que pudieras valsear mejor con ningún otro.

—De eso ni hablar —dijo la señorita Stirling, deteniéndose en el camino de repente.

—¿Qué ocurre, he dicho algo malo? —se sorprendió él—. ¿O es que no sabes bailar?

—Claro que sé, pero no me gusta. Procuero evitarlo siempre que puedo, porque no soporto ponerme en evidencia. Me temo que me hicieron bailar demasiado de pequeña.

—Vaya, la verdad es que esto no me lo esperaba —reconoció Lionel, sorprendido por aquel repentino arranque de sinceridad—. Nunca nos has dado detalles de tu vida privada.

—Y nunca lo haré, eso tenlo por seguro —le prometió la señorita Stirling—. Siento ser una aguafiestas, pero si tan interesado estás en valsear tendrás que buscarte otra pareja...

—Estás empeñada en infravalorarme. ¡No ha nacido la mujer que me diga que no!

Y entonces, ante la perplejidad de la joven, rodeó su cintura con un brazo, agarró con su mano la de ella y comenzó a dar vueltas delante de la verja.

—¡Lennox, esto no tiene ninguna gracia! ¡Suéltame antes de que me caiga!

—¿Cómo vas a desempeñar tu impecable papel de embajadora de los Dragomirásky si no te atreves a dar ni un paso en una pista de baile? ¿Te das cuenta de la cantidad de acuerdos que pueden cerrarse sin llamar la atención al compás de los vales de Strauss?

Unos niños del pueblo que pasaban corriendo en ese momento por delante de la verja se echaron a reír con ganas, deteniéndose al otro lado de los barrotes para mirarles.

—Vamos, vosotros dos, ¡dejad de tontear de una vez! —oyeron gritar a Veronica, y al volverse se percataron de que Alexander, Oliver y ella los esperaban desde hacía rato ante el porche de los Garland—. ¡No hace falta que nos deis más espectáculos!

—Lo que me faltaba por oír. Espero por tu bien que esto no me cause problemas si al final acepto ir contigo a la fiesta —le advirtió la señorita Stirling a Lionel mientras cruzaban la verja—. La señorita Quills es perfectamente capaz de empujarme al Mississippi si me acerco demasiado a su hombre.

—¿Cuántas veces voy a tener que decírtelo? —contestó Lionel, sacudiendo la

cabeza—. La relación que tengo con Veronica no es como te la imaginas. Ya viste que no le importó contarme lo que había hecho con Archer. ¿Por qué va a ponerse celosa por esto?

—Bueno..., tal vez porque esto no se parece a lo que hicieron ellos. —Y añadió con una sonrisa cargada de ironía—: Además a mí nunca podrás quitarme unos pantalones.

Lionel estuvo tentado de decirle cuatro cosas sobre lo que haría con sus elegantes vestidos de la Casa de Worth, pero la mirada recriminatoria que le dirigió Alexander lo redujo al silencio. Por suerte no tuvieron que esperar demasiado; pronto los invitados de la boda acabaron de embarcar y el vapor emprendió su camino Mississippi arriba, entre el humo de las chimeneas y los gritos de los niños que lo despedían desde la orilla. Casi al mismo tiempo, el camarero con el que habían hablado se apartó sin llamar la atención del grupo de criados que regresaba al hotel. Les hizo un gesto con la mano para que lo siguieran hasta la trasera de la fonda, donde les sería más sencillo pasar desapercibidos.

—Les pido perdón de nuevo por haberles citado de esta manera, sin darles ninguna explicación —les dijo en voz baja cuando dejaron de estar a la vista de los demás—, pero si no lo hacía en ese momento me temo que no hubiera tenido otra ocasión. Han sido muy amables al venir.

—No tiene que disculparse por nada —le tranquilizó Alexander—. La verdad es que nos ha tenido de lo más intrigados toda la mañana. Ah, yo soy el profesor Quills..., los señores Lennox y Saunders..., y las señoritas Quills y Stirling. Y usted es Thomas Rice.

—Sí, señor —asintió el muchacho, estrechando sus manos—. Y antes de que puedan pensar mal de mí, les prometo que nunca había espiado la conversación de unos clientes. Es la primera vez que lo hago en los siete meses que llevo trabajando en el hotel del señor Archer, pero cuando les oí pronunciar el nombre del *Perséfone* comprendí que no podían haber venido solamente para asistir a la boda de mi patrón.

—Si usted es de Vandeleur conocerá de sobra la historia del barco —comentó Oliver mientras Thomas los conducía por entre las cabañas criollas hasta un pequeño espacio abierto detrás de la fonda—. ¿Así que hay por aquí alguien que podría echarnos una mano?

—En efecto. He oído decir a los vecinos que ayer estuvieron recorriendo el pueblo para hablar con todo aquel que pudiera darles detalles sobre lo que ocurrió. Me imagino que, cuando llamaron a nuestra puerta, él prefirió hacer como que no se encontraba en casa.

—¿Se trata de alguien de su familia? —le preguntó Alexander con creciente interés.

—Sí, es un Rice, como yo..., aunque no siempre lo fue. —Y ante el desconcierto de los demás, subió los escalones que conducían al porche de una de las cabañas y empujó la puerta mientras decía—: Hace cuarenta y tres años se llamaba Charles

Édouard Delorme.

Alexander se detuvo en seco al escuchar esto, pero Lionel le dio un empujón en la espalda para que siguiera al muchacho. Cuando entraron se dieron cuenta de que se trataba de una casa realmente pequeña; solo contaba con una pieza que hacía las veces de sala de estar y de comedor, con una diminuta cocina a la derecha y una mesa camilla colocada delante de una ventana abierta a la izquierda. Al fondo, una escalera de madera conducía al primer piso, donde seguramente estarían los dormitorios.

—Ah, qué sorpresa, Tom —oyeron decir a alguien de repente, y al volverse hacia la mesa vieron que había un hombre sentado en un sillón al lado—. ¡Pensaba que no te volvería a ver el pelo hasta que hubiera terminado esa dichosa boda!

Era delgado, como Thomas, y llevaba el pelo blanco peinado hacia atrás. Encima de las rodillas sostenía una canasta con guisantes que estaba limpiando, aunque al percatarse de que el muchacho no venía solo se quedó muy quieto. Sus ojos pasaron de su rostro a los de sus acompañantes, y después regresaron al de Thomas con cierta alarma.

—Tom, ¿qué demonios significa esto? ¿Se puede saber quiénes son estas personas?

—Clientes del señor Archer, aunque estoy seguro de que no hará falta que te diga lo que los ha traído hasta aquí. Creo que son la comidilla de Vandeleur desde que llegaron.

—Ya entiendo. Deben de ser esos extranjeros de los que Garland nos habló, los que quieren escribir un artículo para no sé qué periódico. Siento no haberles abierto la puerta ayer, pero estaba demasiado ocupado recogiendo verduras en el huerto...

—No se preocupe por eso, señor Rice —respondió Alexander con educación—. Espero que este momento sea más propicio, aunque por lo que veo también tiene mucho trabajo.

—Tonterías —masculló el anciano, rehuyendo su mirada—. Unos guisantes se pueden limpiar perfectamente mientras se habla con los demás, aunque no entiendo qué quieren de mí. Las cotorras del pueblo deben de haberles contado ya cosas interesantes.

—No tantas como las que podría contarnos uno de los hombres que estaban a bordo del *Perséfone* cuando naufragó..., el único que consiguió sobrevivir de toda la tripulación.

—«Plonger au fond du gouffre, Enfer ou Ciel, qu'importe?» —citó Oliver acercándose un poco más al anciano—. Es lo que había grabado dentro de su reloj de bolsillo, ¿verdad?

De repente las manos del señor Rice temblaban tanto que unos cuantos guisantes se le escaparon de los dedos. Cuando alzó la cara de nuevo vieron que había palidecido.

—El río se lo tragó. El Mississippi lo arrastró a las profundidades, como hizo con lo demás..., con todos los demás... ¿Cómo lo han descubierto?

—Hace unas semanas un par de muchachos del pueblo estuvieron sacando cosas del pecio del *Perséfone* —siguió diciendo Oliver—. El reloj que le regalaron era una de ellas.

—Charles Édouard Delorme —añadió Alexander en voz más baja—. Ese es su nombre auténtico, y no Rice, ¿me equivoco? ¿Por qué lo ha ocultado durante todos estos años?

Por toda respuesta, el señor Rice dejó la canasta de los guisantes sobre la mesa y le lanzó al joven una mirada fulminante. Pero Thomas no pareció en absoluto amedrentado.

—Sabía que no te haría ninguna gracia hablar de esto con unos desconocidos, pero ya es hora de que pases página de una vez, padre —le aseguró. Cruzó los brazos mientras se apoyaba en la pared—. He tratado de ayudarte a hacerlo desde que tengo uso de razón, pero nunca has querido poner de tu parte. Bueno, puede que esta sea la mejor manera de superar de una vez lo que sucedió, por mucho rencor que me guardes a partir de ahora.

—¿Lo que sucedió? —replicó el anciano en un tono que apenas pasaba de un susurro—. ¿Crees que a un soldado que ha regresado con vida del frente le sirve de consuelo hablar de cómo murieron sus amigos?

—Señor Rice, le aseguro que en ningún momento hemos acudido a su casa con la intención de incomodarle —le dijo la señorita Stirling, atravesando la habitación para sentarse en el sillón que había frente al del anciano—. Y estoy convencida de que su hijo tampoco desea hacerlo. Lo único que queremos es que nos cuente qué le pasó al barco.

—Además, por muy doloroso que sea saberse vivo entre los muertos, sería mucho peor estar ahora mismo en el fondo del río —añadió Lionel—. Lo que ocurrió con el resto de la tripulación no fue cosa suya. Usted no tuvo la culpa de que murieran.

—Sí que la tuve —murmuró el señor Rice con los ojos clavados en sus manos—. Era responsabilidad mía que el bergantín llegara sano y salvo al puerto. Yo era el timonel del *Perséfone* —explicó al darse cuenta de que sus palabras los habían confundido—. El más joven de la tripulación. Pero no pude cumplir con mi obligación. No conseguí salvarles.

La voz se le rompió de repente, y durante un rato fue incapaz de decir nada más. Thomas aprovechó para preparar un poco de café, acercando más asientos para ellos y retirándose discretamente a la cocina en cuanto su padre se tranquilizó lo bastante para empezar a desgranar una historia que seguramente conocía desde hacía muchos años.

—Cuando el agua comenzó a anegar el casco y el *Perséfone* se hundió poco a poco en el Mississippi, pensé que sería mi final. Mis compañeros habían abandonado el barco a la vez que yo; era noche cerrada y no veía nada a mi alrededor, pero aún era capaz de oír sus gritos de auxilio, los mismos que siguen martirizándome por las noches. La oscuridad era completa y no había estrellas en el cielo, así que no sabía muy bien en qué dirección estaba nadando, pero el caso es que acabé alcanzando la orilla. El pánico se había apoderado de tal manera de mí que durante un rato permanecí tumbado en la ribera, con la cara hundida en el barro y temblando de los pies a la cabeza. Entonces me llegó el sonido de muchas voces, aunque no eran las de mis amigos; esas hacía tiempo que se habían acallado. Los vecinos de Vandeleur se habían dado cuenta de lo que había sucedido y corrían espantados hacia el río, pero a mí no me quedaban fuerzas para hacer ningún movimiento. Estaba más muerto que vivo cuando... —Rice se detuvo un instante antes de seguir diciendo en voz más baja —: cuando la oí hablar a ella. Hablarme a mí, solamente a mí. Una muchacha un poco más joven que yo se había apartado del grupo que permanecía de pie en el embarcadero y se había detenido a mi lado, y cuando quise darme cuenta había pasado uno de mis brazos por encima de sus hombros para tratar de ponerme en pie. Su padre no tardó en venir a ayudarnos, y unos minutos más tarde estaba tumbado en un diván en esta misma habitación, envuelto en una manta y sorbiendo un caldo que mi salvadora sin nombre me daba con una cuchara.

»Aún tardé unas cuantas horas en recuperarme, pero cuando lo hice y les pregunté qué había pasado, adiviné por sus expresiones que mis compañeros no habían tenido tanta suerte como yo. “El río no ha devuelto más cuerpos”, me explicó ella. “Has sido el único superviviente del naufragio”. ¡El único de quince hombres, todos mucho mayores y más fuertes que yo! No podía creer lo que oía, pero cuando me recobré lo bastante para regresar a la orilla, siempre apoyándose en la muchacha, comprendí que me decía la verdad. El Mississippi se había tragado al *Perséfone* como si no fuera más que un esquife. Y no había dejado nada: ni velas, ni un pedazo de mástil, ni un simple aparejo... Se lo había llevado todo a las profundidades, incluida la tripulación.

»Pero no fue la única desgracia que sucedió la noche del diez de abril de mil ochocientos sesenta y dos. Casi al mismo tiempo que se hundía el barco, un incendio desatado en la plantación de los Vandeleur la redujo a cenizas. Las llamas la devoraron por completo, tan hambrientas como el Mississippi. Los vecinos estaban tan conmocionados que a mi salvadora y a su padre se les ocurrió hacerme pasar por un primo lejano que habría venido de visita un par de días antes; nadie se había enterado todavía de que me habían acogido en su casa, y temían que si la noticia se daba a conocer, alguien pudiera pensar que había sido yo el que prendió fuego a la propiedad. Así que, mientras me recuperaba en este lugar, pasé a ser conocido como Charles Rice por parte de la comunidad. Y como me imagino que habrán deducido —

concluyó el anciano, mirándoles— con el paso del tiempo acabé siendo realmente un miembro de la familia. Me casé con mi salvadora, Rose, y me convertí en el hijo que su padre Robert siempre quiso tener. Desde entonces he estado trabajando en el huerto de la familia, tratando de convencerme a mí mismo de que lo que ocurrió no fue más que un sueño. De que de verdad fui siempre un Rice, y no un Delorme, y de que no hubo un *Perséfone* ni un capitán Westerley ni un naufragio que acabara con todo.

—Comprendo lo duro que ha debido de ser para usted —comentó Alexander después de unos segundos en los que ninguno de sus amigos se atrevió a preguntar nada—. Pero su historia no hace más que reafirmarme en mi opinión de que no tiene nada de lo que sentirse responsable. Fue muy afortunado por no perecer a la vez que sus compañeros.

—Si era el timonel del barco, supongo que conocería bien al capitán —dijo Oliver—. ¿Cómo era?

—¿El capitán? Una fuerza de la naturaleza. Un ciclón siempre en movimiento, tan capaz de sobrecogernos con su voz de mando como de hacernos reír a carcajadas con sus historias —contestó el señor Rice, clavando los ojos en el cielo a través de la ventana—. Un hombre valiente que por suerte no pudo ver cómo todo aquello por lo que había luchado se esfumaba cuando los unionistas ganaron la guerra. Ni tampoco cómo los Vandeleur, tan suyos como los Rice lo fueron para mí, desaparecían de este mundo como si no hubieran existido nunca.

—Ahí queríamos ir a parar —dijo Lionel de inmediato—. A los Vandeleur. Si tan bien se entendía con el capitán Westerley, supongo que le contaría cosas acerca de su mujer.

—No muchas, realmente. Era bastante callado en lo concerniente a su familia. Por supuesto, cuando uno pasa tantas semanas en alta mar acaba forjando unos lazos con sus compañeros que suelen dar lugar a muchas confidencias. Pero lo cierto es que, de todos nosotros, Westerley era el que menos solía hablar de lo que estaba esperándole en tierra.

—Aun así, todos ustedes debían de estar familiarizados con ella. ¡Era la mujer que los acompañaba en sus viajes, la que sirvió como modelo al mascarón de proa del barco!

Al escuchar esto los ojos del señor Rice dejaron de inmediato de observar el cielo.

—Díganme una cosa —continuó pasados unos instantes—, ¿qué saben ustedes de ella?

—A decir verdad, solamente estamos seguros de que era una Vandeleur —respondió el profesor—. Hemos hecho algunas averiguaciones sobre la familia, y hemos descubierto que al comienzo de la guerra había dos mujeres en la plantación, Viola Vandeleur y su hermana pequeña, Muriel Vandeleur. Pero aún no sabemos con cuál se casó el capitán.

—Con las dos —contestó Rice en un susurro—. Primero con una, y luego con la

otra.

Esto los dejó tan sorprendidos que no supieron cómo reaccionar, y hasta Thomas, que se acababa de levantar para ir a por más café, se quedó completamente inmóvil. Saltaba a la vista que su padre había omitido aquel detalle cuando le había hablado de los Vandeleur.

—¿Con... las dos? —consiguió decir Lionel—. ¡Vaya, sí que era listo el capitán!

—Eso no tiene sentido —contestó Oliver sacudiendo la cabeza—. Esta mañana, al leer el diario de Viola..., me parece que quedó muy claro que de quien estaba enamorado era de ella, y también que Muriel era una muchacha bastante extraña. ¿Cómo es posible que el capitán le hiciera tanto caso como a su hermana mayor, la primera en la que se fijó?

—No fue decisión del capitán. En todo ese asunto él no fue más que una víctima.

La voz de Rice sonaba cada vez más cansada, pero se limitó a cambiar de postura en el sillón antes de seguir hablando.

—Han dicho que querían saber la verdad, así que supongo que a Westerley, esté donde esté ahora mismo, no le importará que les cuente a estas alturas algo que me confesó en mil ochocientos sesenta y uno, meses antes de que se hundiera el barco. Estábamos a mediados de septiembre y acabábamos de hacer una escala en la costa oeste de Francia para aprovisionarnos como de costumbre de armas de fuego destinadas al ejército sureño. Aquella noche no podía pegar ojo, así que me puse a pasear por la cubierta y a eso de las tres me fui a charlar un rato con Smith, el que solía sustituirme al timón. Para mi sorpresa, me lo encontré en compañía del capitán... al que se le había ido la mano otra vez con la bebida. En los últimos meses parecía una persona muy distinta; seguía siendo igual de enérgico que siempre pero se había instalado una especie de nube en sus ojos que a todos nos llamaba la atención, porque no era normal en un hombre que acababa de casarse unos meses antes.

»El caso es que le ayudé a regresar a su camarote antes de que pudieran verle los demás marineros. Sabía que no le haría ninguna gracia descubrir al día siguiente que les había servido de tan mal ejemplo, pero para mi asombro me pidió que me quedara con él hasta que se le hubiera pasado el embotamiento. “No quiero estar solo más tiempo del necesario”, recuerdo que me dijo. “La cabeza me acabará estallando si no dejo de pensar.”

»Esto me desconcertó, pero le hice caso y me senté al lado de su cama, y mientras permanecía acostado con los ojos cerrados me puse a hablarle para distraerle de todo lo que nos esperaba en Nueva Orleans al final de nuestro viaje. Pero cuando mencioné a su esposa, aquella sombra que le oscurecía los ojos se hizo aún más profunda. “Charlie, por lo que más quieras, si piensas darme conversación, háblame de cualquier cosa menos de mi mujer. De lo contrario me acabaré arrojando por la borda y os quedaréis sin capitán.”

»“¿Cómo puede decir algo así?”, me escandalicé. “¡Solo han pasado dos meses

desde que se casó con ella! ¡Es muy poco tiempo para haberse hartado del matrimonio!”

»“Es un pequeño infierno”, me respondió él, “la antesala de uno mucho mayor”.

»Entonces se puso a hablar, a desvariar, pensé yo al principio, con los ojos clavados en el techo, y yo no era capaz de callarle, aunque realmente estaba tan perplejo por lo que me estaba contando que no podía soltar palabra. Al parecer, dos meses antes, había tenido lugar en la plantación de los Vandeleur una fiesta en su honor a la que habían acudido todas las familias importantes de la zona. El capitán me contó cómo las adulaciones de las que le hicieron objeto aquella noche no significaron nada para él; lo que realmente tenía en mente era más personal de lo que podían imaginar. Había pasado horas riendo, bebiendo y bailando con Viola Vandeleur, y el calor y la emoción se le habían subido tanto a la cabeza que cuando todos se retiraron a sus habitaciones tuvo que salir a fumar un rato al porche de la casa para tratar de despejarse. Allí sacó de su bolsillo un anillo que había comprado la tarde anterior en Nueva Orleans para la mujer a la que adoraba, un anillo de compromiso con el que, a la mañana siguiente, pensaba pedirle que se casara con él.

»Eran más de la cuatro de la madrugada cuando devolvió el anillo a su bolsillo y regresó al interior de la casa. Aún le temblaban las piernas al subir la escalera, pero su aturdimiento se esfumó cuando una de las puertas del corredor del segundo piso se abrió silenciosamente y una silueta apareció en el umbral. Me dijo que se quedó sin aliento al percatarse de que era Viola, su Viola, descalza y con el cabello negro suelto sobre los hombros, vestida solo con un camisón tan fino que la luz de la lámpara de gas que ardía en el corredor dejaba adivinar cada una de sus curvas. “Te he estado mirando a través de mi ventana”, le dijo en un susurro, “y estaba preguntándome cuánto tardarías en subir.”

»El capitán me juró que trató de mantener la sangre fría, y yo le creí; pero cuando una mujer se propone acabar con la cordura de un hombre, no hay nada que este pueda decir para hacerle cambiar de opinión. Cuando quiso darse cuenta le había rodeado el cuello con los brazos y lo estaba besando como nunca lo había hecho, con tanta pasión que acabó acallando a la voz de la conciencia que le decía que esperara un poco más, que esperara solo unos cuantos días más. La tomó en brazos y entró con ella en la habitación, y allí le quitó el camisón y la tumbó en la cama y le hizo todo lo que llevaba meses queriendo hacerle, hasta que el sol asomó por fin sobre los campos de añil y la luz se deslizó poco a poco dentro del cuarto, bañando de oro el hermoso rostro de ella.

»Fue entonces cuando el capitán quiso morir porque aquel rostro que le miraba no era el de Viola. Era uno muy parecido al suyo, tanto que podría haber pertenecido a su gemela, pero los ojos azules que le sonreían con picardía no podían ser más distintos. Se apartó de su lado como si le acabara de morder una serpiente, y Muriel se echó a reír diciendo que después de lo que habían hecho no tenía sentido que tratara de mantener las distancias, sobre todo teniendo en cuenta que pronto estarían

casados.

»“En el fondo, no será más que un pequeño cambio de planes. ¿Qué más da con cuál de las dos vayas a compartir tu vida si ni siquiera has sido capaz de distinguirnos?”

»Pero el capitán me aseguró que aquello era imposible. Era cierto que estaba algo borracho esa noche, pero nunca habría confundido a Viola con otra mujer. El cuerpo que había apretado contra el suyo era el de Viola, y el olor de su piel y el sabor de su aliento también eran los de Viola. No tenía ningún sentido, a menos que Muriel...

»“Tu hermana tenía razón al asegurarme que eras un demonio”, le susurró. “Aún no entiendo cómo has podido engañarme, pero estos trucos no te servirán de nada. Pienso pedirle que se case conmigo y nada de lo que hagas conseguirá que cambie de opinión.”

»“Ah, ¿de veras?”, le dijo ella sin perder su sonrisa. “¿Y qué pensará sobre esto?”

»Mientras hablaba apartó a un lado las sábanas para mostrarle la mancha roja que se extendía sobre el colchón. Parecía una amapola que alguien hubiera cortado para ella.

»“Y lo que es aún más importante... ¿qué pensará todo el mundo cuando empiece a dar gritos en el comedor y a acusar al capitán Westerley de haber entrado en mi cuarto para forzarme? ¿Crees que tendrán clemencia contigo y que pensarán que me he cortado a mí misma para derramar esta sangre? Puedo demostrarlo delante de quien sea, eso te lo aseguro... Y además”, siguió diciendo mientras se levantaba de la cama, “si te acaban encerrando por ser un despreciable violador, ¿cómo podrás volver a ver a mi hermana?”

»El horror lo había dejado completamente mudo, de modo que no pudo hacer más que mirarla con incredulidad cuando se acercó a él para abrazarle de nuevo, igual que lo había hecho unas horas antes en el corredor, aunque ahora su roce casi le hizo temblar.

»“Seré una buena esposa, Will, te lo prometo”, murmuró contra sus labios en un tono que le recordó al siseo de una serpiente. “Pronto la habrás olvidado por completo.”

»El capitán también me dijo que aunque Muriel se equivocaba, en sus palabras había algo de verdad: la Viola que recordaba desapareció como si nunca hubiera existido cuando aquella misma mañana le dijo que se reuniera a solas con él y, con una voz que parecía de otra persona incluso procediendo de sus propios labios, le pidió permiso para casarse con su hermana antes de que acabara la semana. No me contó cómo reaccionó Viola al escucharle, porque por entonces se le había puesto un nudo en la garganta que apenas le permitía seguir hablando. Tuve que taponarle con una manta y repetirle una y otra vez que todo estaba en orden para que se calmara, aunque mientras lo miraba dormir en los últimos estertores de la borrachera, no dejaba de sorprenderme que el más fuerte de los hombres que había en el *Perséfone* fuera realmente el más frágil.

—No puedo entenderlo —murmuró la señorita Stirling cuando Rice dio por acabada su historia. Se inclinó un poco hacia delante, sin dejar de mirar al anciano—. Lo que se supone que pasó, lo que el capitán creía que Muriel le hizo... ¿estaríamos hablando de...?

—De alguna clase de brujería —concluyó Lionel—. A menos, por supuesto, de que se tratara de una mentira con la que quisiera justificar su comportamiento ante sí mismo.

—¿Te refieres a que realmente fuera consciente de que estaba acostándose con ella?

—¿Tan extraño te parecería, Stirling? No sería ni el primer ni el último hombre que se acuesta con una mujer teniendo a otra en la mente y en el corazón. —Cuando se dio cuenta de cómo le miraba Veronica, con una ceja enarcada, se apresuró a añadir—: Pero de todas formas su agonía no pudo durar demasiado. El señor Rice nos ha dicho que el capitán se casó dos veces, así que la segunda tuvo que ser con Viola. En algún momento el chantaje de Muriel dejaría de surtir efecto y el capitán se separaría de ella...

—No lo llegó a hacer nunca —le interrumpió Rice, y Lionel se calló—. El capitán no era un hombre divorciado cuando se casó con Viola, sino viudo. Dos semanas después de que me contara esta historia, a comienzos de octubre, encontraron el cuerpo de Muriel en el pantano, destrozado a dentelladas. Los caimanes se habían ensañado tanto con él que la carne estaba arrancada casi por completo de los huesos. Nadie sabía qué la había llevado hasta allí, pues estaba simplemente de visita en su antiguo hogar en compañía de su marido y ninguno de los esclavos la había visto marcharse en plena noche, pero con su muerte el capitán Westerley pudo convertir por fin a Viola en su esposa. Aunque nunca volvió a ser el que era antes de conocerlas a las dos, y cuando pensaba que los demás no lo mirábamos, la sombra que antes solía perseguirle se cernía de nuevo sobre su cabeza, como si estuviera esperando el momento oportuno para arrastrarlo con ella a la oscuridad.

—De modo que después de cuatro años de investigaciones, cuando creemos que lo hemos visto todo gracias al *Dreaming Spires*, la realidad vuelve a sorprendernos —dijo Oliver cuando abandonaron la cabaña de los Rice media hora más tarde para regresar al hotel para comer—. ¡Una bruja! ¡Una auténtica bruja de Luisiana! ¡Aún no puedo creerlo!

—Y más vale que no lo hagas, Oliver —contestó Veronica en tono escéptico—. Ya sé que con tu imaginación estarás deseando escribir sobre Muriel Vandeleur, pero lo que nos acaban de contar no tiene ni pies ni cabeza...

—Usted nos dijo anoche que había visto algunos retratos de las dos hermanas en el trastero del hotel, señorita Quills —dijo la señorita Stirling—. ¿Realmente se parecían tanto?

—No —contestó Veronica de inmediato, aunque después pareció pensárselo—. No del todo, al menos en cuanto a sus cuerpos. Quiero decir que las dos tenían el pelo negro, los ojos azules y la piel muy blanca, pero Viola era más alta y redondeada, con formas de mujer, mientras que Muriel resultaba mucho más niña. Era imposible que el capitán las confundiera por muy borracho que estuviese. Yo estoy con Lionel: me da la impresión de que lo único que quería hacer con esa historia era tratar de justificarse delante de Rice.

—Pero no tendría por qué, siendo su subalterno —argumentó la señorita Stirling con expresión pensativa—. Además, por lo que nos ha dicho, fue él quien sacó el tema.

Habían dejado a Thomas en compañía de su padre. Estaba tan agotado después de haberse sincerado con ellos que a todos les pareció prudente retirarse para que pudieran pasar un rato a solas. Alexander se volvió cuando se disponían a cruzar la verja del hotel, aunque lo único que se distinguía de la cabaña desde allí era el tejado.

—Ese hombre está demasiado asustado —dijo en voz baja—. Creo que hay algo más que no ha querido contarnos.

—Alexander, yo también estaría muerto de miedo en su lugar —contestó Lionel, y comenzó a enumerar los hechos—. De las tres personas que hemos investigado desde que pusimos un pie en Vandeleur, la primera murió ahogada en un naufragio, la segunda abrasada en un incendio y la tercera devorada por caimanes. No sé cómo lo veréis, pero no parecen unos finales muy idílicos. Empiezo a preguntarme qué será lo siguiente.

Cuando entraron en el hotel se dieron cuenta de que estaba casi desierto. La mayor parte de los clientes se habían marchado a Nueva Orleans para asistir a la boda, así que tuvieron el comedor para ellos solos. Por lo que les contaron los compañeros de Thomas, aquella estancia se solía reservar para los desayunos y una mucho mayor de la planta baja para las comidas y las cenas, pero como en esos momentos la estaban acondicionando para el banquete nupcial, no podían atenderles

allí.

Al acabar de almorzar se dirigieron a la habitación de Oliver para seguir consultando los diarios de Viola, con la esperanza de encontrar alguna entrada que les permitiera comprender cómo había sido realmente su hermana pequeña. Durante más de cinco horas se dedicaron a escudriñar los cuadernos que se habían repartido entre ellos, pero lo único que sacaron en claro fue que Muriel Vandeleur era aún más inquietante de lo que habían imaginado. Las escasas menciones que Viola hacía de ella no dejaban constancia más que de anécdotas inconexas, aunque con eso bastaba para comprender que había algo retorcido en esa chica. Muriel, la que se paseaba siendo una niña por los campos de añil en plena noche, con las manos manchadas de tierra y una mirada feroz que amedrentaba a los esclavos que se acercaban para convencerla de que regresara a su cuarto. Muriel, la que se bañaba desnuda en el Mississippi con catorce años, a la vista de todos los trabajadores que vivían en Vandeleur, con un cuchillo en la mano que usaba para arrancar los ojos a los pobres peces que conseguía atrapar. Muriel, la que desaparecía durante tres días, sin dejar ni una nota ni dar una explicación a los criados, para ser encontrada por el superintendente en el fondo de una zanja, tumbada al lado de un perro muerto cuyo proceso de descomposición había estado observando hora tras hora con una atención digna de un forense. No era de extrañar que para una persona tan racional como Viola aquella criatura con su misma sangre resultara incomprensible.

Pero aquellas menciones no se quedaban en las extravagancias propias de una niña siniestra. También estaba lo relativo a la muerte de Georges y Marie-Claire Vandeleur. Oliver se quedó desconcertado al darse cuenta de que quizá su fallecimiento, pese a deberse a la epidemia de fiebre amarilla que había asolado Nueva Orleans, no había sido un accidente, al menos no para Viola.

—Esta madrugada he pasado demasiado deprisa por esta parte de los diarios —reconoció a eso de las cinco y media—, pero no entiendo cómo no me he fijado en este párrafo...

—¿Qué estuvo mirando Muriel esa vez? ¿La putrefacción de un gato? —preguntó Lionel.

—No, es peor, mucho peor. Viola no se atrevió a ponerlo por escrito, pero lo que se deduce de sus insinuaciones es que Muriel planeó una venganza contra sus padres por haberla castigado después de arrojar un tintero a la cara de su institutriz. Al parecer hizo creer a las cocineras que quería congraciarse con ellos preparándoles una tarta de frutas.

—¿Y qué hay de malo en eso? —volvió a preguntar Lionel—. ¿Le quedó tan espantosa que Viola lo tomó como un intento de asesinato? Porque si fuera así, Ailish nos debe de haber querido matar una docena de veces. Su tarta de ruibarbo podría contener arsénico.

—Pero no fresas robadas de los restos del último almuerzo que había compartido un matrimonio de Vandeleur antes de caer víctimas de la fiebre —contestó Oliver a

media voz, demasiado aturdido para ofenderse por el comentario de Lionel—. Georges y Marie-Claire se comieron la tarta... y menos de una semana después estaban muertos.

—¿Quieres decir que Muriel lo hizo a propósito? —Alexander parecía perplejo—. Si se contagiaron por culpa de esas fresas, ¿por qué no les pasó lo mismo a Viola y a ella?

—Puede que no las comieran. Ni siquiera la propia Viola parecía muy segura de lo que decía, pero estaba asustada, Alexander, temía a su propia hermana. Y no tenía a nadie a quien poder contárselo; Philippe solo se ocupaba de sus conquistas y sus cartas, y los esclavos no podían hacer nada contra la hija pequeña de sus antiguos amos.

—Precisamente acabo de encontrar algo sobre Philippe que les va a resultar igual de inquietante —dijo la señorita Stirling, cambiando de postura en su butaca—. Durante sus últimos años no debió de llevarse demasiado bien con Viola, pero su relación con Muriel era aún peor. Viola contaba el tres de febrero de mil ochocientos cincuenta y seis que los dos se habían pasado toda la tarde discutiendo y que casi la habían vuelto loca con los insultos que se dirigieron...

—¿Y después de ese episodio Philippe murió como sus padres? —preguntó Veronica.

—Dos semanas después, sí. De esa enfermedad que los médicos no fueron capaces de identificar, pero que lo consumió en cuestión de un par de días como si, en palabras de Viola, «alguien hubiera encendido un fuego dentro de su pecho». ¿No creen que son demasiadas casualidades? —preguntó la joven, alzando la vista hacia los demás—. ¡Las tres personas que se enfrentaron a Muriel acabaron sucumbiendo de una manera espantosa!

—No sé qué pensar —admitió el profesor, limpiando sus gafas como hacía siempre que estaba nervioso—. Nunca he oído hablar de algo como eso... de alguien capaz de convertir las energías negativas en auténtico daño físico.

Quizá, bien mirado, el capitán Westerley no estuviera tan equivocado al jurar que Muriel se había servido de sus trucos para atraerle hasta su cama, pensó Alexander. Al lado de lo que estaban averiguando, aquello parecía tan sencillo como un juego de niños.

Mientras permanecían en la habitación, el cielo se había oscurecido poco a poco y los criados del hotel habían empezado a encender los farolillos colgados de las ramas de los árboles. No tardaron en oír las risas y los parloteos de los invitados a los que el vapor había llevado de vuelta a Vandeleur. Parecía que al final lady Lillian no se había atrevido a escapar; oyeron a su padre decirle algo a Archer y después a este anunciar que el banquete los estaba esperando en el comedor de la planta baja. Media hora más tarde la señorita Stirling se marchó a su cuarto, argumentando que tenía que ocuparse de ciertos asuntos, y Lionel la siguió unos minutos después. Aunque los dos se fueron por separado, la mirada que cruzaron dejaba claro que no tardarían en verse

de nuevo, pero los otros tres estaban demasiado ocupados con los diarios para prestarles atención.

—Bueno, lo único que puedo decir a estas alturas es que me alegro muchísimo de no haber conocido a Muriel —comentó Oliver pasado un rato—. Tanto si era una bruja como si no, convivir con ella debió de ser un auténtico suplicio para la pobre Viola.

—Esperad un momento —dijo Veronica de repente con los ojos clavados en su libro. Miró después a Oliver—. ¿Has leído lo que ocurrió con su amiga Pansy de la Tour el veinte de junio de mil ochocientos sesenta y uno, unas semanas antes de que el capitán se casara con Muriel?

—Si te refieres a la última visita que le hizo a Viola para despedirse de ella, antes de fugarse a México con ese periodista, Phil Dodger, sí que lo he hecho —contestó él—. Pero como no me pareció que tuviera mucho que ver con lo nuestro, no le presté demasiada atención. Me imagino que para Viola supuso un duro golpe tener que separarse de ella.

—No me refiero a la fuga en sí misma, sino a lo que le pasó a Pansy esa tarde en la plantación. Según la narración de Viola, había estado reunida con el superintendente y los capataces y tardó un poco en ir a saludar a su amiga. Pero cuando por fin entró en casa se encontró con que había un gran alboroto dentro de la biblioteca. Escuchad...

Los ruidos se oían desde el vestíbulo, así que eché a correr hacia el primer piso de inmediato. Al darme cuenta de lo que estaba pasando me quedé de piedra: Pansy tenía agarrada a Muriel por una de las mangas del vestido y trataba de quitarle algo que mi hermana defendía con uñas y dientes, apretándolo contra su pecho como si le fuera la vida en ello. En una de las mejillas de Pansy se distinguía un profundo surco rojo.

«¿Qué está pasando aquí? —grité mientras trataba de interponerme entre ambas—. ¿Os habéis vuelto locas? ¿A qué viene este escándalo?»

«Tu hermana está completamente trastornada, Viola —dejó escapar Pansy, temblando de los pies a la cabeza—. ¡Es una demente que os enviará a todos al cementerio como no la encerréis de una vez! ¡Hace un momento, cuando estaba distraída, ha intentado acabar conmigo!»

Al escuchar esto sentí cómo se me paraba el corazón. Me hubiera encantado poder decirle a Pansy que se lo estaba imaginando todo y que Muriel no sería capaz de hacer algo así..., pero a estas alturas...

«No lo he intentado —respondió mi hermana con una sorprendente calma—. Si lo hubiese hecho no seguirías ahí de pie cacareando como una gallina clueca, y tu querido periodista se pasaría la noche entera esperándote con su coche entre la espesura. Podrías haberle invitado a tomar algo con nosotras; así nuestra reunión sería más entretenida.»

«Muriel, ¿de qué estás hablando? —pregunté mientras Pansy, a mi lado, se quedaba sin aliento—. ¿Cómo sabes que Phil Dodger está...?»

«Ya entiendo por qué no has querido presentarnos. Por mucho que te haga retorcerte en su cama cada domingo, a la hora a la que según lo que les cuentas a tus padres estás en misa en la ciudad, en el fondo te avergüenzas de que no pueda darte lo mismo que Eugène Merleau.»

«Muriel, ¡cállate! —exclamé poniéndome tan roja como Pansy. Era demasiado incluso tratándose de ella—. ¿Cómo te atreves a hablar así a mis amistades? Voy a acabar pensando que Pansy está en lo cierto; deberíamos encerrarte en un manicomio para que nos dejes en paz!»

«Creo que ni siquiera así lo lograríais. Mira lo que me ha hecho...»

Tratando de ahogar las lágrimas, Pansy apartó uno de sus oscuros tirabuzones para enseñarme el cuero cabelludo, y cuando lo hizo me di cuenta de que, efectivamente, había una zona desnuda y enrojecida.

«Me ha arrancado un mechón de pelo cuando estaba esperándote en el diván. ¡Se me acercó por detrás como una serpiente y de repente me dio un tirón tan fuerte que casi me caí al suelo! ¡Y entonces sacó esa cosa espantosa que tiene en las manos y se puso a murmurar y...!»

Enseguida comprendí a qué se refería Pansy, y me pareció que el suelo se movía debajo de mis pies. Había visto más veces artilugios como ese, por supuesto; los negros tienen una fe ciega en sus rituales paganos y el vudú está demasiado arraigado entre los que proceden de Haití, pero siempre he estado alerta para que todas esas creencias se queden al otro lado de la puerta de nuestra casa. No me explico de dónde pudo sacar Muriel un muñeco vudú que representara a Pansy.

«Le ha hecho un vestido rosa, Viola, un vestido idéntico al que dejé en tu casa después de que se me manchara en tu cumpleaños. ¡Estoy segura de que la tela es la misma! ¡Y ahora ha tratado de ponerle mi pelo para poder echarme después una de esas horribles maldiciones!»

«Pero no me ha dado tiempo a acabarlo —respondió mi hermana con la misma tranquilidad con la que podría habernos explicado qué estaba bordando en su bastidor—. Además aquí no tengo alfileres ni...»

Antes de que pudiera acabar de hablar me acerqué para arrebatarle el muñeco, pero Muriel pareció leerme el pensamiento porque de un salto retrocedió hasta la chimenea, apretándolo más entre las manos.

«Esto es demasiado —le advertí sacudiendo la cabeza—. He tratado de tener paciencia contigo, pero no puedo seguir tolerando ni un día más estas locuras. ¡Eres como un animal salvaje!»

«Un animal salvaje —repitió mi hermana a media voz—. Puede que estés en lo cierto, pero te recuerdo que la mordedura de un animal resulta más peligrosa cuanto más rabioso está. Ten más cuidado con lo que haces si no quieres comprobarlo. Estás jugando con fuego...»

Entonces alargó una mano para dejar caer aquella cosa dentro de la chimenea encendida, sin pestañear ante el alarido que soltó Pansy.

«Mete las manos ahí dentro para recuperarlo, si tanto te preocupa lo que pueda pasarle a tu amiga —me espetó antes de marcharse de la habitación—. Deberías tratar de acostumbrarte al calor de las llamas.»

—Después de esto Pansy se quedó tan horrorizada que Viola tuvo que pedirle a una de sus criadas que le llevara una tila —siguió diciendo Veronica—. El resto de la entrada la dedicaba a explicar cómo había tratado de convencerla de que se quedara en Luisiana y se casara con Eugène Merleau, como habían acordado hacía años, pero Pansy no quiso escucharla. Le aseguró que estaba realmente enamorada de Dodger y que tenían muchos planes para cuando se instalaran en México, así que lo más probable es que nunca más se volvieran a ver. Del asunto del muñeco vudú de su hermana no dijo nada más, pero estoy convencida de que Viola se había quedado tan sobrecogida como la propia Pansy.

—Vudú —murmuró Alexander. Miró a Oliver, que estaba aturdido—. Lo que nos faltaba por oír. Esto excede por completo nuestras competencias. No tengo ni idea de en qué consisten esos rituales de los que hablaba Viola, pero de algo sí estoy seguro: Muriel no pudo haberlos aprendido por sí sola. Alguien tuvo que enseñarle lo que sabía.

—Tío, ni siquiera sabemos si esos rituales realmente funcionaban —repuso Veronica sacudiendo la cabeza—. Yo también puedo arrancarte un mechón de pelo, ponérselo a un muñeco de trapo y clavarle alfileres para ver qué pasa. ¿Quién dice que eso surtiría algún efecto?

—Puede que tengas razón —reconoció el profesor—. Quizá no fuera más que una de las travesuras de Muriel, una bravata con la que quería asustar a su hermana y a Pansy.

—«Deberías tratar de acostumbrarte al calor de las llamas» —citó Oliver en voz baja, y los Quills lo miraron—. ¿Y si todo lo que hacía Muriel obedecía realmente a una razón?

—Ya salió el autor de novelas góticas —suspiró Veronica—. ¿En qué estás pensando?

—En que puede que supiera de algún modo que su hermana moriría en un incendio en la plantación. Y en que tal vez lo que Muriel quería desde el principio era acabar con una familia que nunca la aceptó. Consiguió enterrar a sus padres, a Philippe, a Viola...

—A Viola no —le recordó Alexander—. Los caimanes se encargaron antes de Muriel.

Cada vez hacía más calor, así que Oliver fue a abrir uno de los ventanales para que la brisa que peinaba los jardines entrara en la habitación, pese a arrastrar consigo aquel desagradable olor a agua estancada. Aunque era noche cerrada la oscuridad del pantano seguía siendo visible a lo lejos, como una cenefa que rematara el tapiz conformado por los jardines por los que habían paseado aquella mañana. Alexander y Veronica seguían hablando a sus espaldas, pero Oliver no podía apartar los ojos del horizonte. Allí habían acabado los días de Muriel, entre las fauces de los animales que la atacaron durante uno de sus misteriosos paseos nocturnos por la propiedad. Pero ¿qué la llevó de nuevo a Vandeleur después de casarse con el capitán y marcharse a vivir con él en su casa de Nueva Orleans? ¿Por qué quiso dirigirse al pantano?

No tenía sentido que siguieran haciéndose tantas preguntas por el momento. Oliver dio unos golpecitos con los dedos en la repisa, y estaba a punto de retirarse hacia el interior cuando de repente reparó en algo que le llamó la atención. El banquete nupcial debía de haber tocado a su fin y los invitados que no estaban bailando se dedicaban a pasear por los jardines. Al final de una de las avenidas, sentada al borde del estanque, distinguió a lady Silverstone, rozando el agua con los dedos.

—Por supuesto, cabe la posibilidad de que los vecinos de Vandeleur sepan algo sobre las antiguas tradiciones vudú —seguía diciendo Alexander—. Recuerdo que Garland dijo algo al poco de conocernos sobre un tipo cargado de amuletos que se presentó en su fonda una vez. Si algunas de esas creencias aún siguen dando que hablar en Luisiana...

—¿Qué haces, Oliver? —preguntó Veronica al ver que su amigo se apartaba sin decir nada del ventanal y se dirigía hacia la puerta de la habitación—. ¿Adónde vas?

—Acabo de recordar que tengo un asunto pendiente..., algo de lo que debería haberme encargado mucho antes. Seguid investigando sin mí; probablemente tarde en regresar.

—¿Estás seguro de que todo va bien? —se sorprendió el profesor—. ¿Necesitas que...?

Pero antes de que acabara de hablar, Oliver había abandonado la habitación y estaba bajando la escalera que conducía al vestíbulo. Sabía que no era el momento más adecuado para resolver aquella cuestión, pero si no aclaraba de una vez por todas el extraño malentendido en el que se había visto envuelto, no podría estar en paz consigo mismo, y menos aún encargarse de desentrañar los misterios de los demás.

Al llegar a la planta baja le sorprendió encontrarse con un ambiente que parecía más propio de una recepción en el palacio de Buckingham que de una fiesta en un hotel sureño. Por todas partes se veía a caballeros ataviados con esmoquin que llevaban del brazo a damas envueltas en seda y pedrería. La música de la orquesta que tocaba en la gran sala que había a mano derecha inundaba cada estancia, y se deslizaba hacia los jardines por los que se escabullían algunas parejas correteando entre los árboles llenos de farolillos. Oliver tenía demasiada prisa para prestar atención a lo que hacían los demás, pero cuando estaba a punto de alcanzar la puerta principal se le ocurrió volver la cabeza hacia el arco por el que se accedía al salón de baile... y entonces se detuvo en seco.

Tuvo que cerrar los ojos y volver a abrirlos para asegurarse de que su imaginación no le estaba jugando una mala pasada. Lionel estaba apoyado en el arco, jugueteando nerviosamente con unos gemelos que relucían sobre la tela negra de su esmoquin. Se había afeitado por primera vez desde que lo conocía, y entre eso y el pelo cuidadosamente repeinado parecía alguien muy distinto.

Cuando sus ojos se encontraron, su amigo se puso rojo.

—Una palabra a los Quills sobre esto, y te muelo a palos —murmuró cuando un incrédulo Oliver se le acercó despacio.

—No pienso decirles nada —le prometió él—. Además, estoy seguro de que nadie me creería. ¿Qué es eso que estoy oliendo? ¿Son unas gotas de la colonia de Alexander?

—He tenido que entrar a hurtadillas en su cuarto mientras él estaba en el tuyo —repuso Lionel de mal humor—. Ya sabes lo que suele decirse: quien algo quiere, algo le cuesta.

—Tampoco hace falta que te pongas a la defensiva conmigo. La verdad es que estás muy elegante ahora mismo, aunque en mi opinión te falta un poco de carmín. ¿Por qué no subes a la habitación de la señorita Stirling para pedirle que te deje ponerte el suyo?

—La idea es que su carmín acabe en mi boca esta noche, así que me da lo mismo que te empeñes en tomarme el pelo —declaró Lionel mientras Oliver se esforzaba por reprimir la risa—. Esta mañana le propuse llevarla a bailar, y no sabes lo que tuve que insistir para que me dijera que sí. ¡No pienso desaprovechar esta oportunidad!

—Adelante, Casanova. Haz lo que mejor sabes hacer, pero yo de ti me lo tomaría con calma. La señorita Stirling no es una mujer a la que se pueda engatusar fácilmente.

—Ni yo soy un hombre acostumbrado a apostar tanto —contestó Lionel—. Y ahora lárgate de aquí antes de que aparezca —continuó al reparar en su extrañeza— o echarás a perder mi estrategia. Mañana por la mañana veremos quién se ríe de quién.

Sacudiendo la cabeza, Oliver siguió su camino y salió a los jardines del hotel, que

estaban aún más llenos que cuando se había asomado a la ventana. Pasó lo más discretamente que pudo junto a dos jóvenes que se arrullaban en un banco, dejó atrás a unos caballeros que fumaban a los pies de un sicomoro y se adentró en una de las avenidas que desembocaban en el estanque. Por suerte ninguno de los invitados había llegado tan lejos en sus paseos, y la única que seguía estando allí era lady Silverstone. Su mano cargada de amatistas continuaba hundida en el agua. Estaba tan abstraída que no reparó en que Oliver se le acercaba hasta que lo vio a su lado, reflejado en la superficie del estanque. Se volvió de inmediato hacia él.

—Espero no haberla asustado —dijo Oliver en voz baja—. Me asomé a la ventana de mi habitación, la vi aquí... y se me ocurrió que tal vez podríamos hablar un momento.

Lady Silverstone enrojeció bajo los polvos de arroz con los que había cubierto sus delgados pómulos, pero asintió con la cabeza.

—Me sorprende que no esté con lady Lillian ahora mismo. Tenía entendido que pocas cosas enorgullecen tanto a las madres como presenciar cómo se casan sus hijas...

—Cuando lo hacen por amor, supongo que así es —contestó lady Silverstone—. Pero precisamente es el cariño que siento por Lily lo que no me permite estar sentada a su lado, dándole los consejos que se supone que no puede recibir más que de mí. ¿Cómo voy a mirar a mi pequeña a los ojos sabiendo que acaba de cometer el peor error de su vida?

—Pero es lo que ustedes escogieron para ella. Al igual que hicieron antes con sus otras hijas, decidieron que tendría que casarse con un importante hombre de negocios...

—Lo decidió su padre, no yo —le corrigió la dama—. Como siempre sucede con todo.

Dos ancianas envueltas en sedas y chales rodearon en ese momento el estanque y saludaron a lady Silverstone, que les dedicó una débil sonrisa. Cuando desaparecieron detrás de los rosales, Oliver se sentó a su lado después de asegurarse de que la única que podría espiar su conversación sería la sirena de piedra de la que surgía un chorro de agua.

—Me imagino —siguió diciendo lady Silverstone— que yo podría hacerle a usted la misma pregunta. ¿Qué le ha hecho abandonar su habitación para bajar a hablar conmigo?

—Eso lo sabe demasiado bien. Tenemos una conversación pendiente desde anoche.

—No podría olvidarlo, señor Saunders, pero si quiere que le diga la verdad, me sorprende que aún no haya ido a hablar con mi marido. Lo más sensato habría sido explicarle lo trastornada que estoy y cuánto necesito que me internen en un asilo.

—¿Por quién me ha tomado? ¿Realmente piensa que sería capaz de traicionar así su confianza? No me conoce, lady Silverstone. Un caballero nunca haría algo

semejante.

Ella había sacado la mano del agua y la había apoyado sobre el pretil, y tras dudar unos segundos Oliver deslizó la suya sobre el mármol para rozar la de lady Silverstone. Nunca podría olvidarse de cómo le miró cuando sus dedos entraron en contacto.

—He tratado de distraerme con nuestra investigación —susurró él—, pero no he sido capaz de dejar de pensar ni siquiera durante un minuto en lo que me dijo ayer..., lo de ese ataúd vacío que enterraron en la capilla de los Silverstone. —Ella guardó silencio, aunque sus ojos se nublaron de nuevo—. Habló de la desaparición de su hijo, pero no me explicó por qué se lo arrebataron tratándose de su único varón. ¿Cómo aceptó su marido que...?

—Ah —murmuró lady Silverstone—. Precisamente fue eso lo que hizo que Frederick tomara semejante decisión. El hecho de que fuera un varón..., pero no el que él deseaba.

—Ya entiendo —dijo Oliver a media voz—. Cuando me aseguró ayer que creía que yo era ese hijo, me dijo algo que al principio no comprendí: «Es idéntico a su padre». Pensé que no tenía sentido porque, sinceramente, no creo que haya dos hombres más distintos que lord Silverstone y yo. —Lady Silverstone se tapó la cara con la mano que tenía libre, avergonzada—. ¿Significa eso que su marido no era el padre de ese bebé?

Ella dejó escapar un gemido. Oliver se apresuró a susurrar:

—No tiene por qué responderme, milady; soy consciente de que para usted es muy penoso hablar de estos asuntos, pero tiene que entender que no puedo aceptar lo que me dice sin tener toda la información. No pienso juzgarla, se lo aseguro. Simplemente...

—Se llamaba Anthony —susurró ella de repente, y Oliver se quedó callado—. Anthony Parks. Era uno de mis mejores amigos cuando era pequeña y vivía con mis padres y mi hermana menor en nuestra propiedad de Northumberland. Era el hijo del mayordomo de la familia; se crio en las habitaciones del servicio y cada vez que teníamos oportunidad nos escapábamos corriendo más allá de los límites de la propiedad, por mucho que mi hermana Cassandra protestara cuando la dejábamos atrás. Por entonces no comprendía qué había de malo en lo que hacíamos; solo éramos unos niños a los que les encantaba pasarse las horas muertas juntos, escondidos en las copas de los árboles, comiendo fruta que cogíamos de las cocinas e inventando historias distintas cada día. Anthony tenía una imaginación increíble —dijo lady Silverstone con una triste sonrisa, clavando los ojos en la sirena que se peinaba con los dedos—. Conseguía que hasta el rincón más prosaico de nuestra mansión pareciera sacado de un cuento de hadas, que cada uno de mis días se convirtiera en una emocionante aventura en cuanto me cogía de la mano. Nada cambió cuando crecimos lo bastante para darnos cuenta de que lo que nos unía era más poderoso que la amistad. Por desgracia, a mis padres les faltó tiempo para tomar

cartas en el asunto cuando Cassandra, después de una de nuestras riñas, les contó que nos había visto besarnos detrás de uno de los manzanos.

—Me imagino que harían todo lo posible por separarles —dijo Oliver en voz baja—. Si su familia era de raigambre, no podían permitir que se relacionara tanto con un plebeyo.

—Le obligaron a marcharse de la casa. Hablaron con los padres de Anthony para que le enviaran a la de sus tíos, argumentando que sería lo mejor para los dos. Cuando unas semanas más tarde descubrí qué había realmente detrás de su repentina desaparición, me prometí a mí misma no volver a dirigirles la palabra en lo que me quedaba de vida.

—¿Y no se le ocurrió escaparse con él? Si estaban tan enamorados, es probable que...

—¿Cómo podría haberlo hecho? No tenía dinero propio, y sin contactos no habría pasado del pueblo más cercano. Además nadie me quiso decir dónde vivían los tíos de Anthony exactamente. No tenía ninguna dirección a la que escribirle. No me dejó nada.

»Poco a poco, la pena de haberle perdido se acabó convirtiendo en una especie de silencio que me envolvía día y noche. Una indiferencia hacia todo lo que me rodeaba que ni siquiera desapareció en el momento en que acepté casarme con lord Silverstone, casi siete años más tarde. Estaba convencida de que nunca volvería a ver a mi amigo, a mi alma gemela, mi semejante, así que ¿qué más daba que aquel marido que mis padres me eligieron no significara nada para mí si tampoco me atraían mis demás pretendientes?

»Por desgracia, el destino quiso darnos otra oportunidad. Ahora comprendo que habría sido mejor no reencontrarnos nunca; por lo menos me habría ahorrado los peores sufrimientos por los que he pasado, y mi existencia actual también sería muy diferente. Una noche, en la propiedad de los Silverstone en Oxfordshire, cuando estaba a punto de salir del dormitorio de Phyllis y Evelyn después de asegurarme de que estaban dormidas, oí el ruido de unas piedrecitas contra el cristal de la ventana, y al asomarme me encontré con que Anthony estaba allí, medio escondido en los arbustos.

—¿Consiguió dar con usted? —se sorprendió Oliver—. ¿Después de todos esos años?

—Yo tampoco podía creer lo que estaba viendo. Pensé que me había dormido en la cama de mis niñas y aquello solo era un sueño. «Arabella, he venido para rescatarte del dragón», me susurró mirando hacia lo alto. Era lo mismo que me decía de niños, cuando venía a buscarme para escaparnos de la propiedad de mis padres. Recuerdo que me eché a llorar sin poderlo remediar mientras corría por la escalera para arrojarme en sus brazos.

Había lágrimas en sus ojos, y por un instante Oliver creyó verla de joven, parecida a lady Lillian, con el pelo cobrizo suelto, descalza y en camisón.

—No quiero aburrirle con la historia de mi desafortunado romance —siguió diciendo ella—. El mundo está harto de Bovarys y Kareninas, y no me siento tan orgullosa de lo que hice para pretender que mi historia sea diferente de las suyas, que podía aspirar a un final feliz. Durante casi un año Anthony y yo continuamos viéndonos en secreto; había alquilado una pequeña habitación en el pueblo más cercano, aunque apenas tenía con qué vivir. Me contó que había tenido distintos oficios desde que se marchó de nuestra antigua casa, pero que lo que realmente le emocionaba era la poesía... Supongo que no podría haber hecho otra cosa, siendo siempre tan romántico, tan imaginativo. Figúrese: era un poeta. La clase de persona que mi esposo consideraba la escoria de la sociedad.

»Al parecer había sido mi hermana Cassandra quien le dio mi dirección cuando se encontraron por casualidad en Londres una semana antes. Por entonces ella estaba muy enferma de tuberculosis; sabía que no le quedaba mucho de vida y según Anthony quería reconciliarse con su conciencia porque se daba cuenta de que había sido culpa suya que nos tuviésemos que separar. Yo pienso más bien que lo hizo para herirme porque imaginaba lo que acabaría pasando. Siempre sospeché que fueron los celos los que la llevaron a traicionarnos; Anthony nunca le prestó la menor atención y Cassandra no podía soportar que la ignorara alguien en quien había puesto sus miras.

—¿Qué es lo que salió mal? ¿Lord Silverstone se enteró de lo que estaba haciendo?

—No —murmuró ella, sacudiendo la cabeza—. O por lo menos... no al principio. Aún no sé qué hice yo para que Anthony decidiera desaparecer de la noche a la mañana, tal como había vuelto a entrar en mi vida. Una tarde, aprovechando que mi esposo se había reunido con unos cuantos amigos en la biblioteca de la mansión, me acerqué a su casa para contarle que... que había descubierto que me encontraba en estado. Anthony había tratado de convencerme a menudo de que me escapara con él, de que empezáramos una nueva vida juntos en algún país muy lejano, ¿pero cómo podría abandonar a Phyllis y a Evelyn siendo tan pequeñas? Necesitaba contarle la verdad antes de tomar una decisión, la definitiva, pero nunca pude hacerlo. Anthony no estaba.

—¿Y no le dio ninguna explicación sobre su partida? —se extrañó Oliver—. ¿No le dejó una nota a nadie, ni dio instrucciones para que le dijeran por qué se había marchado?

—¿Qué más explicaciones necesitaba, señor Saunders? Ya le he dicho que Anthony quería que me fuera con él, y que yo no hacía más que darle largas y pedirle más tiempo para pensarlo. Supongo que se cansaría de esperar, sobre todo sabiendo tan bien como yo que mi esposo nunca renunciaría a mí. Pero esta vez el destino no quiso volver a unirnos.

A aquellas alturas lady Silverstone era incapaz de contener el llanto. Oliver aferró su mano con más fuerza, aunque no se le ocurría qué decir para tratar de aliviar su pena.

—Durante los meses siguientes —logró articular la dama a duras penas— me esforcé por disimular mi embarazo, pero no se puede engañar a un marido, sobre todo cuando se presenta en tu alcoba a medianoche después de estar casi medio año sin hacerlo. En una de esas visitas Frederick descubrió lo que trataba de ocultarle... No quiera saber cuáles fueron las consecuencias de mi engaño; prefiero guardarme esos recuerdos para mí, por ser demasiado vergonzosos, y decirle simplemente que meses después, cuando mi hijo nació por fin, ni siquiera me dejaron mirarle a la cara. Me lo arrancaron en cuanto la comadrona le limpió la sangre y lo envolvió en una manta y me dejaron sollozando en la cama, viendo cómo se lo llevaban para ponerlo en brazos del cochero de la familia. Mi esposo le había encargado que se lo llevara lejos de allí, que lo abandonara en medio de un camino, que lo entregara en un orfanato, lo que quisiera menos traerlo de vuelta. Ese hombre —dijo lady Silverstone mirando de nuevo a Oliver— se llamaba James Saunders.

»Nunca pude hablar con él para preguntarle qué había hecho con mi pequeño. El parto me había dejado tan débil que tardé casi un mes en poder levantarme, y cuando lo hice me enteré de que mi esposo le había buscado una nueva colocación en casa de unos amigos, aunque evidentemente no quiso decirme quiénes eran. Hasta entonces no había dejado mi cama más que para asistir a la pantomima de entierro que celebramos en la capilla de los Silverstone, con la que Frederick pretendía acallar cualquier posible habladuría sobre mi embarazo.

—Ha dicho que su cochero se apellidaba Saunders —murmuró Oliver. A pesar de que seguía estando sentado, el mundo parecía dar vueltas a su alrededor—. Cuando crecí lo bastante para interesarme por mi pasado... y les pregunté al señor y a la señora Johnson, los directores del orfanato de Reading en el que me crie, de dónde venía... me contaron que no sabían quién era el caballero que me dejó en sus brazos. Solamente que cuando la señora Johnson le preguntó si tenía algún apellido, se me quedó mirando con tristeza antes de contestarle que Saunders. Y después desapareció...

Para que su confusión fuera aún mayor, Oliver recordó de repente algo que Ailish le había contado al poco de conocerla, después de confesarle que era capaz de acceder a los recuerdos de las personas tocándolas con las manos desnudas. Cuando agarró por primera vez los dedos de Oliver sin sus guantes vio imágenes de su pasado, entre las cuales distinguió a su verdadera madre, llorando mientras trataba de retenerle junto a ella. En aquel momento Oliver estaba demasiado intoxicado por el amor para pensar en el tema, pues en el fondo no cambiaba lo que siempre había sabido: que era un bastardo, una criatura que no debería haber nacido, una mala hierba. Pero nunca se le habría pasado por la cabeza que dos años más tarde se encontraría con alguien capaz de completar su historia. Más aturdido a cada momento, levantó la cabeza para mirar a lady Silverstone. Se le había puesto un nudo en la garganta que no le permitía articular palabra, aunque no hizo falta que lo hiciera. Ella dijo en voz baja:

—Mi pequeño nació el doce de enero de mil ochocientos ochenta, a la una y media de la tarde. No sé si en los orfanatos se les suele dar a los niños esa clase de información, pero si fuera así...

Oliver tragó saliva. Su voz apenas pasó de un susurro cuando por fin pudo decir:

—Los Johnson me contaron que mi cumpleaños era el doce de enero. Que era la fecha en la que el desconocido montado en un coche de caballos me había dejado en su casa.

Lady Silverstone se tapó la boca con las manos. Las lágrimas le corrían por la cara mientras Oliver seguía mirándola en silencio, cada vez más mareado, hasta que la mujer no pudo contenerse más. Le echó los brazos al cuello para llorar sobre su hombro, apretándole contra sí como si quisiera completar el hueco que había dejado al serle arrebatado.

La señorita Stirling se retrasaba. Lionel se obligó a no mirar otra vez el gran reloj colocado sobre el mostrador de la recepción para que su impaciencia no le delatara. Era demasiado consciente de cómo la emoción le empezaba a atenazar el estómago, y dejar que la presa reparara en el nerviosismo del cazador no parecía la mejor de las estrategias.

Para distraerse se volvió de nuevo hacia el salón de baile, con la espalda apoyada aún en el arco. Desde allí podía observar a la multitud que danzaba debajo de las arañas de cristal y a los invitados que ocupaban las sillas colocadas contra las paredes. Al fondo de la sala distinguió a lady Lillian, ahora Lillian Archer, rodeada por media docena de señoras de edad que le estrechaban las manos y le daban palmaditas en la cara. Aunque sonreía a todo el mundo, Lionel se dio cuenta de que estaba aterrorizada; la mano que Archer había apoyado en su hombro daba la impresión de pesar una tonelada.

—Es demasiado tarde para tratar de rescatarla, ¿no crees? —dijo alguien de repente.

Lionel se volvió tan bruscamente que sintió un tirón en el cuello. La señorita Stirling acababa de bajar la escalera, arrastrando la cola de un vestido de seda plateada con adornos de terciopelo negro en forma de hojas. La única nota de color era el rojo de sus labios, que sonrieron ante su turbación.

—Pareces desasosegado, Lennox. ¿También estás nervioso por tu noche de bodas?

—Yo... —logró articular él. Todo lo que había pensado decirle se le había borrado de la mente como si lo hubiera escrito en agua—. Sé que te pareceré un idiota ahora mismo, pero... me he quedado sin palabras. Nunca te había visto tan preciosa como esta noche.

—Ya sé que no lo habías hecho, pero por lo que veo no soy la única que se ha arreglado con un esmero especial. ¡No me puedo creer que por una vez te hayas afeitado!

—Tengo intención de robarte un nuevo beso antes de que den las doce, y como te oí decir que te disgustaba el roce de la barba...

—Qué considerado por tu parte —se burló la señorita Stirling—. Y al mismo tiempo, qué presuntuoso. Pero la verdad es que no me apetece pasar la velada con un caballero.

—Esta sí que es buena. Si lo llego a saber, habría aparecido en mangas de camisa.

—Me refiero —siguió diciendo la joven— a que me paso la vida rodeada de caballeros, oyéndoles hablar como caballeros, dejándome adular por sus modales de caballero... Si estuviera interesada en hacer lo mismo de siempre entraría sola en ese salón, y antes de que pudiera dar un solo paso te aseguro que tendría a media docena de lores a mis pies.

—No me cabe duda —sonrió Lionel, ofreciéndole su brazo—, y por eso no pienso dejar que entres sola. Nadie me privará del placer de ser el afortunado que te saque a bailar.

Ella alzó los ojos con tanta resignación que Lionel se rio entre dientes. Entraron enlazados en la amplia estancia en la que docenas de parejas orbitaban unas alrededor de otras. Los ojos de la mayor parte de los hombres se quedaron prendidos en la señorita Stirling mientras avanzaban entre la multitud, y Lionel sintió un perverso placer al pensar que aquella arrebatadora mujer le pertenecía solamente a él, aunque no fuera más que por una noche.

Tratando de ignorar la voz interior que le preguntaba qué pasaría después, logró encontrar un espacio despejado cerca de una cristalera que se abría a los jardines para que pudieran moverse sin llamar demasiado la atención. Ella estaba nerviosa, por mucho que tratara de disimularlo, y su expresión cuando se detuvo frente a ella era de desconfianza.

—Vamos, cualquiera diría que estás a punto de subir a un cadalso —le echó en cara Lionel—. Si te empeñas en estar tan poco receptiva no disfrutaremos nada de esta noche.

—No es que me entusiasme esto, ya lo sabes —repuso ella.

—No te entusiasma porque hasta ahora no habías encontrado a ningún hombre que supiera moverse a tu compás. Piensa en este baile como si fuera el primero de tu vida.

Mientras hablaba empezaron a dar los primeros pasos delante de la cristalera. Le sorprendió comprobar que sabía bailar de maravilla, por poco que le gustara hacerlo. Aún no lograba entender por qué aquello le resultaba tan terrible a una mujer acostumbrada a asistir a todos los actos sociales organizados por la aristocracia europea, pero supuso que era otra de las miles de cosas que nunca sabría de ella. Pasados un par de minutos, no obstante, la señorita Stirling acabó sonriendo a regañadientes, y Lionel no pudo evitar hacer lo mismo.

—Te dije que no era para tanto. Estoy seguro de que la primera vez que empuñaste a Carmilla también estabas hecha un manojo de nervios. ¡Y años más tarde conseguiste acertarme a milímetros de la clavícula derecha disparando desde un caballo encabritado!

—La primera vez que empuñé una pistola no era Carmilla —le corrigió la joven—, y recuerdo que estuve a punto de volarle la cabeza a Jenö, el mayordomo de los Dragomirásky, al apretar el gatillo. Creo que a estas alturas sigue sin perdonármelo. —Una pareja se puso a girar también al lado de la cristalera, y Lionel atrajo más a la señorita Stirling hacia sí para no ocupar tanto espacio—. Realmente sabes bailar, Lennox. ¿Dónde has aprendido?

—Me entrenó una napolitana preciosa con el pelo y los ojos casi tan negros como tú.

—Ya sabía yo que tenía que haber una mujer detrás —suspiró ella—. Me imagino

que aprovecharías muy bien sus lecciones... tanto como lo que sucediera después de ellas.

—Quiero creer que sí, aunque muchas veces se desesperaba con mi testarudez. No sabes lo que le costó enseñarme a escribir —contestó Lionel, y sonrió ante la sorpresa de la señorita Stirling—. Hablo de mi tía Isabella, la que se hizo cargo de mi padre y de mí después de la muerte de mi madre. A ella le encantaba bailar; siempre solía quejarse de que mi tío lo hacía muy mal, así que me enseñó cuando era pequeño para que pudiera acompañarla en las fiestas de Nápoles. Después de fregar juntos los platos, nos quitábamos los zapatos y nos poníamos a dar vueltas por la cocina. Aún recuerdo el olor a jabón de sus manos y cómo se reía cada vez que la pisaba sin querer.

—Vaya —se asombró la joven—. Nunca se me habría ocurrido que un hombre como tú pudiera estar tan unido a su familia.

—Lo estaba —asintió Lionel—, pero por desgracia mis tíos murieron cuando aún era un niño, y mi padre no tardó demasiado en seguirles. También te diría que no hay un día en que no me acuerde de los tres antes de dormirme, pero prefiero no echar por tierra mi imagen de prodigiosa masculinidad. ¿Por qué no me cuentas cómo es tu familia?

—¿Mi...? —comenzó a decir la señorita Stirling, y Lionel se apresuró a sostenerla en sus brazos cuando dio un paso en falso—. Yo tampoco... tampoco tengo familia.

—¿Cómo? —se sorprendió Lionel—. ¿Tu madre también murió cuando eras una niña?

—No llegué a conocerla. Me dijeron que falleció por un ataque al corazón al poco de darme a luz, pero nunca supe dónde la enterraron, ni cómo se llamaba siquiera.

Lo dijo de una manera peculiar, como si estuviera demasiado cansada para sentir tristeza. Había clavado los ojos en los zapatos que asomaban bajo su vestido, sin dejar de moverse siguiendo el compás de la orquesta, hasta que Lionel la hizo levantar la cabeza.

—¿De dónde vienes tú, Stirling? —le preguntó en un susurro—. ¿Cuál es tu historia?

—No tengo historia —se apresuró a contestar ella—. Ya lo sabes todo sobre mí. Soy la mano derecha del príncipe Dragomirásky, le acompaño en sus viajes, le asesoro en sus asuntos y le hago de embajadora siempre que me lo ordena. No hay nada más que contar.

—Siempre hay algo más que contar. Tu historia no es la de los Dragomirásky. No te he preguntado de dónde viene Margaret Elizabeth Stirling, sino la mujer a la que en estos momentos estoy abrazando. La de carne y hueso, la que se esconde tras los encajes para que la vean y no la vean al mismo tiempo. ¿Quién eras antes de trabajar para ellos?

—No era nadie —repitió la joven—. Nací en el momento en que el padre del

príncipe Konstantin decidió convertirse en mi protector. Cada paso que he dado en la vida ha sido marcado por ellos. Todo lo que tengo ahora mismo, se lo debo a ellos. Pero no me apetece seguir hablando de estas cosas. Me deprime mucho pensar en el pasado.

—Como quieras —contestó Lionel con prudencia—, pero si te sirve de consuelo, te aseguro que eres una magnífica actriz. Apuesto a que nadie puede imaginar qué se esconde tras esa máscara de perfección.

—Casi nadie, diría yo —contestó la joven en voz baja—. Tú eres la excepción.

La orquesta acababa de concluir el vals y los invitados que abarrotaban el salón aplaudían, pero ninguno de los dos los imitó. Lionel se había quedado perplejo por el tono en que ella había hablado, aunque se conformó con contestar:

—Bueno, tampoco es que yo sea el mejor de los detectives. Si no hubiéramos tenido esta conversación, nunca se me habría pasado por la cabeza que en tu pasado hubiera...

—No —le interrumpió ella—. No me refiero a mi pasado, sino a mí misma. —Habían dejado de dar vueltas a la vez que los demás bailarines, deteniéndose al lado de la cristalera—. Creo que eres el único que siempre me ha visto como realmente soy.

La mano de Lionel seguía estando en su cintura. Durante unos segundos se miraron a los ojos en silencio, hasta que él apartó con los dedos uno de los mechones ondulados que enmarcaban el rostro de la señorita Stirling, sujetos con una diadema de plata, antes de atraerla suavemente hacia sí. Su piel seguía siendo una promesa con olor a sándalo.

Lentamente, inclinó la cabeza hasta que su nariz rozó la de ella. Pudo sentir cómo las pestañas de la joven le acariciaban las mejillas y su respiración alterada antes de susurrar:

—Sé que algún día nos arrepentiremos de esto. Puede que sea el mayor error que cometamos nunca, que lo destruya todo a nuestro alrededor... incluso a nosotros mismos...

La tenía a la distancia de un beso, tan cerca que Lionel pensó que podría nadar en su perfume, tan lejos como si perteneciera a otro universo. Demasiado abrumado por lo que estaba sintiendo para contestar nada, se inclinó para alcanzar sus labios cuando un estruendo sacudió el salón de baile, seguido de inmediato por un agudo grito que hizo que ambos se separaran antes de volverse instintivamente en la dirección de la que procedía.

Alguien acababa de romper los paneles de la cristalera, un hombre cubierto de barro que se había precipitado dentro de la habitación rodeando con las manos el cuello de uno de los invitados que había estado paseando por los jardines. A sus espaldas, otra silueta oscura dejaba caer sobre la hierba el cuerpo sin vida de una muchacha vestida de verde antes de deslizarse detrás de su compañero por entre los cristales destrozados.

La orquesta, que había comenzado a tocar otra pieza, se detuvo de repente y todo el mundo empezó a gritar a la vez, apartándose precipitadamente de la cristalera.

—¡Han vuelto! —dejó escapar la señorita Stirling. Se aferró al brazo de Lionel, que se había apresurado a ponerse ante ella—. Los que nos atacaron... ¡han vuelto a encontrarnos!

—¡Alfred! —chilló de repente una mujer, tapándose la boca—. ¡Dios santo, Alfred...!

El caballero al que había agarrado uno de aquellos hombres cubiertos de barro cayó cuan largo era al suelo. También había barro en su esmoquin y sus ojos estaban abiertos de par en par, pero había dejado de respirar. Alguien llamó a gritos a un médico, otros dijeron que había que avisar a la policía y unos cuantos hombres jóvenes echaron a correr hacia la cristalera, aunque no les dio tiempo a atrapar a los atacantes, que retrocedieron reptando por los huecos que habían abierto en los cristales y se perdieron silenciosamente en la noche, tan oscuros como si fueran dos sombras más.

—Yo conocía a ese hombre —exclamó la señorita Stirling de repente; Lionel casi no pudo oírla en medio de la histeria que se acababa de desatar—. ¡Era el conde de Berwick, un aristócrata con el que mi patrón y yo coincidimos a menudo en subastas!

—Me temo que ahora mismo su título es la menor de nuestras preocupaciones —le contestó Lionel. Para sorpresa de la joven, la agarró de un brazo para que se apartara de la cristalera en la que los invitados estaban tratando de abrir a patadas un hueco mayor por el que poder salir—. ¡Vamos, regresa ahora mismo a la habitación de Oliver con los demás!

—¿Qué dices? —soltó ella. Abrió mucho los ojos cuando Lionel se acercó de nuevo a la cristalera—. ¿Es que te has vuelto loco? ¿Pretendes echar a correr tras ellos?

—Es la única manera de detener esto. Hemos sido nosotros quienes los hemos traído a este lugar. Por nuestra culpa varias personas acaban de morir, y si no hacemos nada...

—No voy a consentir que te marches sin mí —declaró la señorita Stirling en el acto.

—Deja de decir tonterías y hazme caso. ¡Sube corriendo al piso de arriba, diles a los Quills que cierren la puerta con llave y no se te ocurra moverte de allí!

—¡No voy a quedarme de brazos cruzados sabiendo que estás en peligro! —Y antes de que Lionel pudiera decir nada más, la señorita Stirling sacó del cuerpo de su vestido a Carmilla—. Si vamos juntos tendremos más posibilidades de abatirlos. ¿Estás armado?

Por toda respuesta, Lionel sacó también una pistola del interior de su esmoquin. Ella asintió con la cabeza y dio una última patada a los cristales, haciéndolos añicos por fin y saliendo al exterior con los pocos invitados que se atrevieron a seguirles. La luz de la luna apenas iluminaba los jardines, pero aun así consiguieron reconocer a

dos siluetas que avanzaban rápidamente por las avenidas de los rosales en dirección a la oscuridad.

Lionel se quedó quieto de repente, y agarró a la señorita Stirling por una muñeca.

—El pantano. No están regresando al Mississippi. Están corriendo hacia el pantano.

—Entonces veremos quién corre más —contestó la joven. Para perplejidad de Lionel, agarró con la mano que tenía libre el borde del vestido, que se le había rasgado al atravesar los cristales, y arrancó de un tirón la parte inferior de la seda para que no la estorbara—. Ya es el segundo que se me destroza por su culpa, ¡así que espero que esto sirva para algo!

Echó a correr por una de las avenidas con la pistola en la mano, y Lionel la siguió de inmediato. Cuando alcanzaron el estanque que había en medio de los jardines vieron a Oliver sentado con lady Silverstone; su amigo les dijo algo en voz alta, pero ninguno se detuvo para contestarle. Lionel dejó escapar una maldición al comprobar que aquellos hombres, aunque llevaran muertos más de cuarenta años, seguían teniendo la agilidad de una persona de veinte. Pronto los vieron dejar atrás los últimos rosales y sumergirse en la muralla de cipreses que marcaba los límites de la propiedad y el comienzo del pantano.

No tuvieron que cruzar ninguna mirada para ponerse de acuerdo. Avanzaron a la vez en aquella dirección, dejando atrás a los invitados a los que la visión de las densas enredaderas parecía haber desanimado. Cuando comenzaron a abrirse camino entre los troncos de los árboles, pasando por debajo de las lianas rezumantes de musgo, los dos lo percibieron de nuevo: aquel espantoso olor que les había llegado nada más poner un pie en la propiedad, tan espeso y dulzón que les revolvió el estómago por parecerse demasiado al de la putrefacción. Era como si el propio pantano fuese un enorme animal que llevara siglos descomponiéndose bajo el sol, convirtiéndose en una golosina para los miles de mosquitos que Lionel y la señorita Stirling trataban de apartar a manotazos.

El silencio casi era total al otro lado de la muralla; lo único que podían oír era el croar de los sapos y el aleteo de las garzas nocturnas. Lionel empezaba a preguntarse si no sería mejor retroceder para pedir ayuda a los hombres de Archer cuando ella susurró:

—Allí. —Y levantó una mano para señalar hacia la derecha, por entre las retorcidas raíces de unos robles cercanos—. Esa figura que se acaba de detener entre los árboles...

Lionel comprendió enseguida a qué se refería. Desde donde se encontraban alcanzaban a distinguir un hueco abierto entre la espesura en el que había aparecido una de las siluetas. En el contraluz provocado por la luz de la luna la vieron doblarse unos segundos por la cintura, como si tratara de recuperar el aliento, y después echar a correr tan silenciosamente como un gato sobre el tronco inclinado de un árbol.

—Se está adentrando aún más en el pantano —murmuró Lionel mientras corrían

a su vez tras el hombre—. Es como si conociera perfectamente este lugar... como si supiera por dónde tiene que avanzar a cada momento. No es la misma primera vez que viene aquí.

—Pero eso no tiene sentido. ¡El *Perséfone* no se hundió en el pantano, sino en el río!

—Ya lo sé, Stirling. Lo único que se me ocurre... —Lionel dudó antes de añadir en voz más baja—: es que lo esté haciendo a propósito para que dejemos de perseguirle de una vez. Que sea una trampa.

La señorita Stirling tragó saliva, pero no se detuvo. Comenzaron a avanzar lo más rápidamente que podían por una zona donde el agua enlodada les llegaba por encima de las rodillas, arrastrando tal cantidad de ramitas y nenúfares que parecía estar cubierta por una costra putrefacta. Era evidente que el hombre sabía que le pisaban los talones; un par de veces lo vieron volverse hacia ellos, y cuando comprobó que cada vez les sacaba menos distancia, comenzó a servirse de las manos para agarrarse como un mono a las húmedas lianas que unían los troncos de los árboles. Durante un rato lo perdieron de vista, hasta que volvió a aparecer al lado de uno de los cipreses más alejados. Lionel comprendió que no serviría de nada seguir corriendo, así que levantó su pistola sin pronunciar una palabra.

La primera bala se hundió en el tronco del árbol. La señorita Stirling se detuvo a su lado para empezar a disparar a la vez, sin dejar de avanzar en aquella dirección, hasta que oyeron un grito entrecortado en la lejanía y un sonoro chapoteo cuando el hombre cayó al agua.

Eso fue lo que les hizo detenerse al mismo tiempo, y lo que les aterrorizó hasta el punto de mirarse con los ojos muy abiertos. La señorita Stirling se había puesto pálida.

—Ese grito —dijo en voz baja— no puede proceder de una persona que ya esté muerta.

Lionel estaba demasiado conmocionado para responderle. Se limitó a avanzar más en medio del barro en el que se habían hundido, sin apartar los ojos del lugar en el que unos segundos antes había desaparecido la silueta. Seguía llevando en la mano la pistola, aunque cuando rodeó los cipreses y se encontró ante la persona que había quedado tumbada sobre las raíces, estuvo a punto de dejarla caer por la sorpresa.

Porque aquel hombre no podía ser uno de los atacantes. No estaba cubierto por más barro que el que arrastraban Lionel y la señorita Stirling, y el hecho de que les hubiera parecido tan oscuro se debía a que tenía la piel del color del ébano. El blanco de los ojos resultaba casi espectral debido al contraste, pero era un hombre tan vivo como ellos dos.

—No me lo puedo creer —dejó escapar la señorita Stirling, horrorizada. Se llevó una mano a la garganta—. ¡Acabamos de disparar a un inocente al que perseguimos por error!

Lionel se arrodilló al lado del desconocido, que no había abierto la boca más que

para gemir. Era un poco más joven que él; llevaba puesta una camisa holgada y unos pantalones por los que se extendía una mancha de sangre. «Menos mal —pensó Lionel, aliviado—. Solo ha sido en la pierna.»

—¿De dónde ha salido usted? —preguntó la señorita Stirling poniéndose de rodillas al otro lado—. ¡Creíamos que era una de las personas que entraron en el hotel!

—No... —consiguió articular él—. Yo también me acerqué a la propiedad, pero no tuve nada que ver con lo que hicieron esas criaturas. Yo no estoy... muerto como ellas...

—Ya lo vemos —respondió Lionel—. ¡Y no sabe cómo nos alegramos de que sea así!

El hombre se mordió los labios cuando Lionel arrancó parte de la pernera para que la herida quedara al descubierto. La bala le había alcanzado en el muslo, pero por suerte lo había hecho de refilón. Mientras examinaba la herida en la escasa luz lunar que caía por entre las ramas, la señorita Stirling ayudó al joven a apoyarse en uno de los troncos.

—Esos seres..., las criaturas a las que se acaba de referir..., ¿sabe quiénes son? —preguntó ella, pero no obtuvo respuesta—. ¿Qué relación tienen con usted, y por qué se imaginaba lo que iban a hacer? —siguió preguntándole—. ¿De qué las conoce?

—¿Son los marineros ahogados con el *Perséfone*? —inquirió Lionel a su vez—. ¡Haga el favor de contestarnos! ¡Hay gente que ha muerto en el hotel! ¡Necesitamos saber...!

—Ya saben más de lo que deberían, Lionel Lennox... más de lo que les convendría.

Aquellas palabras sorprendieron tanto a Lionel como el filo metálico que sintió de repente contra la garganta. La señorita Stirling ahogó un grito, poniéndose en pie. Casi una docena de personas acababan de surgir de la espesura, tan silenciosas como podría serlo una serpiente, y una de ellas había agarrado a Lionel por el pelo mientras apretaba un cuchillo contra su nuez. Hombres y mujeres, todos de piel oscura, mirándoles con el ceño fruncido y enarbolando toda clase de armas que, aunque rudimentarias, parecían contundentes. Una mujer joven se agachó para coger la pistola que Lionel había dejado en el suelo para auxiliar al herido, y el hombre que lo agarraba le hizo una señal a la señorita Stirling para que se deshiciera de Carmilla, que temblaba en su mano.

—Vamos, suelte eso si quiere evitarse problemas. Es peligroso derramar sangre en el pantano, y creo que con la que ha perdido Jack es más que suficiente por una noche.

—¿Quiénes son ustedes? —exclamó ella—. ¿Y cómo... cómo saben nuestros nombres?

—Boy, suéltale —susurró de repente el tal Jack, y los demás le miraron—. No ha

sido una herida grave, y en cuanto me ayudéis a llegar a casa, la *mambo* me curará.

Aún con la cabeza echada hacia atrás, Lionel consiguió volverse para mirar a la cara a su captor, un negro alto entrado en la cincuentena, con remolinos blancos en el cabello y unos ojos feroces del color del azabache. «¿De qué me suena eso de Boy?»

—Parece mentira que no hicieras caso a lo último que ella nos dijo —increpó a Jack sin soltar todavía a Lionel—. ¿Qué pretendías conseguir acercándote tanto a la propiedad?

—Ya sé que ha sido una estupidez, pero pensé que... Bueno, nunca ha habido tantas señales como ahora, y se me ocurrió que si alguien hablaba con ellos...

—¿Hablar con lo que probablemente sea un hatajo de cadáveres vivientes? ¿Te crees capaz de plantar cara a unas fuerzas que ni siquiera nuestra *mambo* consigue controlar?

—No entiendo nada —murmuró la señorita Stirling. Muy a su pesar, acabó dejando a Carmilla en manos de otro hombre, sin apartar su mirada angustiada de Lionel—. No sé qué es una *mambo*, ni qué relación tienen ustedes con el *Perséfone*, pero les aseguro que nosotros no hemos atraído a esas criaturas a propósito. Si hubiéramos sospechado que...

—Las explicaciones más vale que se las den a otra persona —la cortó Boy, soltando por fin el pelo de Lionel y apartando el cuchillo—. Vamos, será mejor que nos movamos de aquí cuanto antes. Es un milagro que aún no se nos haya acercado ningún caimán.

—¡Nosotros no vamos a ir con ustedes a ninguna parte! —La señorita Stirling tiró de Lionel para que se incorporara—. ¿Creen que dejaremos que nos secuestren así como así?

Para su sorpresa, los negros se echaron a reír de buena gana. Hasta Jack esbozó una sonrisa mientras le ayudaban a ponerse en pie, conteniendo como podía sus gemidos.

—Por su propio bien, más vale que sí, Margaret Elizabeth Stirling. ¿O tendré que llamarla por su auténtico nombre para que me haga caso? —Al oír estas palabras la joven se puso del color de la cal, y no fue capaz de articular una respuesta—. En marcha —les ordenó Boy a los demás—. Ya hemos perturbado bastante al pantano, y me temo que en esta oscuridad acechan cosas mucho más peligrosas para ustedes que nuestros cuchillos.

Cinco toscas canoas les esperaban en una pequeña ribera detrás del grupo de cipreses, y Lionel y la señorita Stirling no tuvieron más remedio que subirse a ellas. Se apretaron como pudieron detrás de Boy en la que encabezaba la silenciosa comitiva hacia el corazón del pantano; cuanto más avanzaban más densa era la oscuridad, y los charcos de agua enlodada se convertían en auténticos meandros del Mississippi por los que en más de una ocasión vieron deslizarse un lomo escamoso y un par de ojos amarillentos. Por suerte los caimanes parecían estar demasiado adormilados para ir tras ellos, y el paseo entre los troncos podridos y los juncos que Boy sorteaba hábilmente con ayuda de una pértiga resultó más tranquilo de lo que habían imaginado.

A ninguno de los dos le pasó inadvertido el hecho de que estaban atrapados. No habría manera de regresar al hotel sin sus captores, y de hecho Lionel dudaba de que Archer tuviera la menor idea de lo que había en el pantano situado al norte de su propiedad. La señorita Stirling se volvió en cierto momento hacia Lionel, con la espalda apoyada contra su pecho en la diminuta canoa, y su mirada le hizo comprender que ambos pensaban lo mismo. A efectos prácticos habían pasado a estar en paradero desconocido para el mundo civilizado.

El trayecto no debió de durar más de veinte minutos, aunque pareciera extenderse durante horas. Finalmente Boy señaló con una mano hacia delante, y al mirar en aquella dirección repararon en que a unos cien metros de distancia el espacio entre los árboles se ensanchaba lo bastante para permitir que la luz de la luna atravesara el enramado.

Pero no era la única luz que tenían ante ellos. A la señorita Stirling se le abrió la boca al reparar en que había faroles encendidos colgando de la espesura, alrededor de los cuales bailaba una congregación de luciérnagas.

—Bienvenidos —oyeron susurrar a Boy sin dejar de remar— a nuestro reino privado.

Una isla había aparecido en medio de la bruma que parecía besar el agua. Cuando la proa de la canoa alcanzó la orilla, Boy ayudó a la señorita Stirling a salir y después hizo lo mismo con Lionel. Boquiabiertos, los dos alzaron los ojos hacia las copas de los altísimos árboles, en las que había docenas de cabañas construidas con madera rescatada del agua y unidas entre sí por pasarelas. Unos altos pilotes impedían que se vinieran abajo, de tal manera que las casas quedaban fuera del alcance de los caimanes. No había cortinas en las ventanas, y a través de aquellos huecos Lionel, cada vez más desconcertado, pudo distinguir unos cuantos rostros que los observaban en silencio, tan oscuros como los de sus captores. Entonces la señorita Stirling le tiró de una mano para que bajara la vista hacia una gran hoguera que ardía en medio del anillo delimitado por los árboles. También había negros sentados alrededor, mirando acercarse a Boy después de amarrar la canoa.

—*Mambo* Alma, no hemos conseguido llegar a tiempo. Las criaturas han matado de nuevo esta noche, pero hemos traído con nosotros a dos de los extranjeros que conoces.

—Haz que se acerquen —dijo la voz de la mujer que parecía presidir aquella reunión.

Estaba sentada de espaldas a ellos, y lo único que pudieron distinguir al principio fue su silueta recortada en negro sobre las llamas. Sin dejar de agarrar la mano de la señorita Stirling, Lionel rodeó poco a poco la hoguera para poder mirarla a la cara.

Se quedó sin habla al encontrarse con una mirada del color del hielo enmarcada por un rostro tan moreno como los demás. Aquellos ojos azules le observaban con una atención casi estremecedora, aunque no mostraban ninguna emoción. La mujer a la que se habían referido como *mambo* Alma debía de rondar los cuarenta y cinco años, y tenía el pelo muy oscuro y rizado, sujeto con un pañuelo también azul del que colgaba una cascada de borlas y flecos. Alargó hacia ellos una mano cargada de tintineantes pulseras.

—Sentaos. Llevamos toda la noche pendientes de vuestra llegada. Me imagino que estaréis cansados y asustados por todo lo que ha ocurrido, pero no tenéis que preocuparos. Mientras os encontréis con nosotros en nuestro hogar, nadie os hará daño.

—Es usted curiosamente comprensiva para ser una secuestradora —replicó Lionel.

Para su extrañeza, no pareció sentarle mal aquel comentario. Esbozó una sonrisa.

—Ya me imaginaba que no os haría ninguna gracia visitarnos de esta manera, sin saber quiénes somos ni por qué queremos hablar con vosotros. Pero os aseguro que no tenéis nada que temer; no sois nuestros prisioneros, sino nuestros invitados.

—Entonces supongo que es costumbre en Luisiana poner un cuchillo al cuello a los invitados para persuadirles de que le hagan a uno una visita —repuso la señorita Stirling.

—Es costumbre en Luisiana salvar la vida de aquellos que están en peligro —contestó la *mambo*—. Si Boy y los demás no os hubieran alcanzado, en estos momentos estaríais perdidos en el pantano, o sumergidos hasta el cuello en un lodazal.

—O despedazados por los dientes de un caimán —añadió Boy, aún malencarado—. Y lo más probable es que a Jack le hubiera pasado lo mismo por encontrarse con ustedes.

—Bueno, no seríamos los primeros a los que les sucede algo así. Es una pena que a esas bestias no les bastara con roer los huesos de Muriel Vandeleur hace cuarenta años.

Los murmullos que se propagaban alrededor de la hoguera se apagaron en el acto cuando Lionel pronunció aquel nombre. La *mambo*, en cambio, no pareció sorprendida.

—Sospechaba que habríais descubierto ciertas cosas estando en el hotel..., aunque creo que aún os queda mucho por saber, y que realmente no sois conscientes de hasta qué punto os habéis metido en un asunto peligroso. Si tu príncipe tuviera la menor idea de lo que realmente ocurre en Vandeleur —añadió mirando a la señorita Stirling— no se habría atrevido a involucrarte en esto. Pero el caso es que estáis aquí, nos guste o no.

—¿Y qué va a hacer con nosotros? —preguntó Lionel—. ¿Va a enviar a uno de sus secuaces al hotel mañana por la mañana para pedir un rescate a nuestros amigos?

—No, Lennox. —La sonrisa de la mujer se acentuó más, aunque parecía triste—. Aquí el dinero carece de valor, y no me interesa nada de lo que puedan darme ellos. Mañana por la mañana, cuando os haya contado lo que necesitáis saber, Boy os acompañará de nuevo en la canoa hasta los límites del pantano. Entonces podréis comunicarles a los demás lo que habéis averiguado... y decidir si merece la pena seguir con vuestra investigación.

—No vamos a echarnos atrás a estas alturas, por mucho que trate de asustarnos —le aseguró Lionel—. Ha habido gente que ha muerto esta noche en el hotel. Ayer fuimos nosotros los que estuvimos a punto de morir al ser atacados por dos de esas criaturas en el pueblo. ¿Realmente cree que seríamos capaces de embarcarnos de nuevo hacia Europa y olvidarnos de este asunto?

—Ya sé que no lo haríais. No quiero disuadiros, Lennox. Quiero preveniros. —Y la *mambo* se puso en pie, sacudiendo las borlas del pañuelo—. Pero como os acabo de decir hace un momento, lo más sensato será esperar a que sea de día para hablar de estas cosas.

Su tono de voz no admitía réplica, así que Lionel miró a la señorita Stirling, que se encogió de hombros, y acabó resignándose a pasar la noche allí. Sabía que no serían capaces de orientarse en el pantano en plena oscuridad, y además estaba seguro de que aquella mujer, por amable que se hubiera mostrado hasta entonces, no dudaría en azuzar a su pueblo contra ellos si se les ocurría desobedecerla. No les quedó más remedio que sentarse en los huecos que les dejaron al lado de la hoguera después de que la señorita Stirling se quitara los tacones y Lionel hiciera lo propio con su esmoquin y su chaleco.

Siguiendo las instrucciones de la *mambo*, unos chiquillos se les acercaron con dos tazones de madera y una olla de la que se escapaba un aroma tan delicioso que se les hizo la boca agua. Los dos se apresuraron a dar buena cuenta de aquel guiso con gambas al que sus extraños captores se refirieron como gumbo. Mientras tanto la *mambo* se ocupó de la herida de Jack, y tras asegurarse de que no quedaba nada más que hacer, desapareció en una de las cabañas colgadas de los árboles. Cuando Lionel se quedó solo, después de que unas mujeres se llevaran a la señorita Stirling para prepararle un baño y prestarle ropa limpia, se acabó acercando con cierta turbación a Jack, al que Boy estaba vendando la pierna en aquellos momentos.

—Al menos tenías razón al decir que no era una herida grave —refunfuñaba.

Miró de reojo a Lionel cuando se sentó a su lado sobre un tocón—. Suerte que su puntería no es muy buena que digamos, Lennox. ¡A la luz de la luna debía de ser un blanco perfecto!

—Normalmente es mi amiga la que suele dar en la diana —comentó Lionel, y añadió en voz más baja—: Jack, sé que se lo hemos dicho antes, pero siento mucho lo que ha pasado.

—No tiene que disculparse. —El joven se encogió de hombros—. Pronto estaré bien.

—¿Qué ha hecho exactamente esa *mambo* para curarle? Porque no la he visto usar ningún desinfectante, y no me parece que estando recluidos en este lugar cuenten con...

—¿Quién ha dicho que lo estamos? —repuso Boy, aún con el ceño fruncido—. Nadie nos ha obligado a quedarnos aquí; hemos elegido el pantano libremente, como también lo hicieron los padres de nuestros compañeros más jóvenes. Sabemos qué se espera de nosotros, y no somos tan egoístas como para querer desentendernos de esta misión.

—¿Una misión? ¿De manera que han creado este poblado por orden de alguien?

Boy prefirió no contestar a aquello. Se aseguró de que las vendas de Jack estaban bien ceñidas y después se echó hacia atrás para clavar los ojos en las pocas estrellas que se adivinaban entre la brumosa espesura de lo alto. Lionel siguió mirándole en silencio.

—Ahora lo entiendo —dijo de repente. Boy y Jack se volvieron hacia él, extrañados por su tono—. Sabía que su nombre me sonaba de algo, pero he tardado casi una hora en recordar dónde lo había oído antes. Esta misma mañana, consultando los diarios de Viola Vandeleur con mis amigos... En una de sus entradas ella explicaba que el capitán Westerley tenía a algunos niños de color en su casa. —Guardó silencio un momento antes de proseguir—: Uno de ellos se llamaba Boy. Usted era ese chiquillo.

Su interlocutor ni siquiera dejó de mirar las estrellas. Lionel se inclinó un poco más hacia él, incapaz de creer que fuera cierto, que las piezas encajaran de tal manera.

—Claro que lo era. Por eso ha aceptado quedarse aquí, tan cerca de la propiedad que perteneció a los Vandeleur. Para obedecer las últimas órdenes que le dio el capitán.

—Lennox, más vale que cierre esa boca —le contestó Boy mientras Jack sonreía con disimulo—. No tiene la menor idea de lo que está diciendo. Habla del capitán Westerley y los Vandeleur como si los hubiera conocido. No vio lo que pasó en este lugar. No sabe las cosas que nosotros sabemos. No cree porque sencillamente no está dispuesto a creer.

—¿Quién ha dicho que no? Por si no lo sabe, lo que nos ha traído a Luisiana a mis amigos y a mí es precisamente una investigación sobre asuntos paranormales. ¡Si

fuera tan escéptico como asegura, me habría quedado en mi despacho del museo Ashmolean!

—Como si eso le hiciera feliz. Sabe perfectamente que esto es lo que le gusta. Para usted es tan importante la aventura como el aire que respira. Ese museo no le retendrá.

—Ese museo acabará siendo mío, aunque tenga que esperar medio siglo para que el conservador actual me convierta en su sucesor. Pero ahora no estamos hablando de lo que he dejado en Oxford. ¿Cómo es posible que sepan tantas cosas acerca de nosotros?

—La *mambo* Alma sabe todo lo que hay que saber, como lo sabía su difunta madre antes que ella. Los vio acercarse en sueños atravesando el océano desde mucho antes de que Margaret Elizabeth Stirling viajara a su ciudad para hablarles del *Perséfone* por primera vez. Hay pocas cosas que se le escapen cuando tienen que ver con los Vandeleur.

Antes de que Lionel pudiera recobrase de la sorpresa, una de las mujeres que se habían llevado a la señorita Stirling se acercó a ellos, sujetando en sus brazos un amasijo de tela plateada y negra que el joven reconoció como los restos de su destrozado vestido.

—Su amiga ha mandado llamarle —le dijo mientras Lionel se ponía en pie—. Le está esperando en la cabaña a la que se sube por ese árbol de la derecha. Creo que tienen todo lo que necesitan; Lizzie y yo hemos dejado también algunas prendas limpias para usted.

—Más vale que no la haga esperar —añadió Boy, sonriendo a regañadientes—. Estoy seguro de que prefiere su compañía, por mucho que le interese lo que le estoy contando.

Como no parecía tener sentido rebatirle nada a aquel hombre, Lionel se conformó con dirigirse al árbol que le acababan de señalar. La escalera ascendía enroscándose en torno al tronco en medio de las grandes hojas que eclipsaban la luz de la luna. Cuanto más subía más puro parecía el aire, y las luciérnagas que bailaban a su alrededor hacían pensar en un extraño polvo de hadas. Cuando casi estaba en lo alto tuvo que hacerse a un lado para permitir que otra mujer saliera de la cabaña, pasando a continuación bajo una maraña de glicinas que caía como una cortina sobre la entrada.

No había ninguna puerta a la que pudiera llamar con los dedos, así que Lionel se detuvo en el umbral. Al otro lado de la única habitación, la señorita Stirling se asomaba con cautela por una de las ventanas sin cristales por las que se deslizaban unos atrevidos zarcillos de color escarlata. Se había envuelto en una toalla que le habían prestado las mujeres del poblado, y su pelo recién lavado caía en ondas sobre sus hombros desnudos. Al oír el ruido de sus pasos se volvió hacia él. Sonrió mientras se ceñía más la toalla alrededor del pecho.

—Hola —le saludó en voz queda—. Te he visto hablando con ese tal Boy durante

un buen rato, mientras me ayudaban a limpiarme. ¿Qué te ha contado?

—Demasiadas cosas —contestó Lionel—, y demasiado complicadas para poder llegar a una conclusión. Cada vez estoy más convencido de que nada de lo que está pasando es casualidad. Pero quien mejor podría responder a nuestras preguntas es la *mambo* Alma, así que supongo que lo más sensato será esperar a mañana para volver a hablar con ella.

—Es lo mismo que he pensado yo. Creo que esta noche ya ha dado bastante de sí.

Lionel asintió con la cabeza, paseando la mirada a su alrededor. Saltaba a la vista que aquella cabaña no se usaba a menudo; lo único que paliaba la desnudez de las paredes de troncos eran unas largas mosquiteras que se mecían en la brisa, cubriendo un jergón colocado en una esquina sobre el que descansaban algunas prendas limpias.

—Esas mujeres están siendo muy hospitalarias con nosotros. Aunque creo que han cometido un error: no nos han preparado más que una cama. Qué contrariedad.

—Es realmente un error espantoso —corroboró ella, sonriendo—. Me pregunto qué las habrá llevado a hacerse semejante composición de lugar. Que yo sepa no hemos dicho ni hecho nada que demostrara que somos algo más que buenos compañeros.

—Nada salvo el hecho de que no sea capaz de quitarte los ojos de encima cuando te tengo cerca de mí. Pero según me dijiste en el tren, lo hago con todas mis amigas, ¿no?

—Ya no recuerdo lo que dije —respondió la señorita Stirling, sacudiendo la cabeza con desenfado—. Esa vida parece haber quedado muy atrás. Ahora mismo me siento como si nos hubieran cubierto con una campana de cristal..., aunque no es una sensación desagradable. Como si un manto nos rodeara para protegernos. ¿Será cosa de la *mambo* Alma?

—Probablemente, aunque no pienso cuestionarme nada hasta que sea de día. Estamos vivos, y nada más importa.

La señorita Stirling tenía razón: en el corazón del pantano lo que había ocurrido apenas una hora antes en el hotel Vandeleur resultaba increíblemente lejano, como si lo hubieran presenciado dos personas muy distintas. Lionel se acercó más a la joven hasta apoyarse en el marco de la ventana, tan cerca que podía sentir cómo se le humedecía la tela de la camisa con el contacto de sus cabellos. La luna menguante asomaba entre las hojas de unos eucaliptos que lo inundaban todo con su perfume, y resplandecía tanto que el cielo parecía teñido de añil a su alrededor.

—Sé que no te apetece hablar de esto —susurró Lionel—, pero cuando Boy nos encontró... te dijo una cosa en la que no he podido dejar de pensar hasta ahora. Habló de tu auténtico nombre.

—Ya me imaginaba que no lo olvidarías —comentó la señorita Stirling—. A mí me sorprendió tanto como a ti, porque no tengo la menor idea de cómo se ha enterado de que... de que en realidad no me llamo Margaret Elizabeth Stirling.

—Seguramente también sea cosa de la *mambo*. Les he oído contar hace un rato

que gracias a sus visiones sabía que vendríamos a Luisiana desde antes de que nos visitaras en Oxford.

—¿Eso han dicho? Bueno, supongo que tiene sentido, siendo una especie de bruja. No es la primera vez que me encuentro con alguien que posee el don de la adivinación.

Volvió a quedarse callada, enlazando los dedos sobre el marco de la ventana. Lionel levantó una mano para apartar unos cabellos que le caían por la cara cuando ella susurró:

—Theodora. Me llamo Theodora. No Margaret Elizabeth.

Aquello le cogió tan desprevenido que ni siquiera se le ocurrió qué contestar. Ella soltó un profundo suspiro, apretando con los dedos la mano de Lionel contra su mejilla.

—Te dije mientras bailábamos que la señorita Stirling no tiene historia. No era una mentira, Lennox. La señorita Stirling no existe en realidad. No es más que una máscara detrás de la cual me he acostumbrado a esconderme, una personalidad que creé cuando era mucho más joven. Me acostumbré a ponérmela como un vestido más. La gente suele sentirse intimidada delante de las personas elegantes. Siendo Margaret Elizabeth Stirling me sentía a salvo... protegida por el álgter ego que yo misma había creado para ocultar a los demás lo que realmente soy.

—Theodora —murmuró Lionel. Al reparar en lo cansada que parecía de repente, la acercó más hacia sí para rodearla con los brazos. Ella apoyó la cara en su camisa, cerrando los ojos—. Es mucho más bonito que Margaret Elizabeth —le siguió diciendo en voz baja—. Tan exótico como toda tú. «Regalo de Dios.»

Theodora sonrió, aunque enseguida se puso seria de nuevo.

—Nunca se lo había dicho a nadie. La única persona que sabe la verdad, aparte de mí misma, es el príncipe Konstantin. Y nuestros misteriosos secuestradores, por supuesto...

—No te preocupes; tu secreto está a salvo conmigo. Aunque algo me dice que lo que ocultas es mucho más que un nombre. Tal vez la señorita Stirling no tenga historia, pero Theodora sí. —Y como siguió callada Lionel apoyó los labios en su frente—. No hace falta que me cuentes nada más. No lo necesito para conocerte. Sé todo lo que me importa de ti.

Algo humedeció de repente su camisa, algo que no era su pelo. Cuando ella alzó la mirada le sorprendió descubrir que había lágrimas en sus ojos.

—Por favor, no te apartes de mí. No quiero darme cuenta de que no sé quién soy...

En lugar de responderle, Lionel volvió a besarla en la frente, y estaba a punto de hacerlo por tercera vez cuando las manos de Theodora le rodearon el cuello para que se inclinara más. Y a diferencia de los anteriores besos que habían compartido, aquel no fue fruto de un saqueo; se lo dieron el uno al otro en medio de un silencio roto solamente por el susurro con el que la toalla de Theodora resbaló hasta el suelo

cuando sus manos dejaron de apretarla contra su pecho.

Poco a poco, aquel beso fue volviéndose más profundo, y cuando quisieron darse cuenta se estaban estrechando el uno al otro con una desesperación que no eran capaces de contener por más tiempo. Cuanto más fuertemente la abrazaba él, con más energía lo hacía ella, colisionando como dos fuerzas de la naturaleza que hubieran conseguido mantener durante siglos su equilibrio pese a comprender que no duraría para siempre.

Sin saber muy bien cómo, sin dejar de devorarse, lograron alcanzar el jergón a tientas. No había nada más que añadir que no pudiera decirse en el idioma de la piel. Lionel apartó de una patada la ropa que les habían dejado en la cama para tender a la joven sobre ella, amparados por la techumbre de ramas que permitía entrever las estrellas. El cuerpo de Theodora se había convertido en un incendio que parecía alimentarse del calor de él. La boca de Lionel fue descendiendo por su cuello, por los pechos en los que también tenía lunares, por la cintura salpicada de diminutas constelaciones a las que se prometió poner nombre algún día. Había oído hablar de cómo los antiguos creían que de las estrellas partían hilos invisibles que las conectaban a la cabeza de los seres humanos, y por eso su destino se encontraba escrito en las esferas. Ahora sabía que de ser cierto no tendría que mirar tan lejos: el suyo estaba ante sus ojos, oculto en aquel cuerpo en el que quería perderse para siempre.

Dejar de besarla durante los segundos que Theodora tardó en sacarle a tirones la camisa y arrojarla al suelo fue una tortura. Lionel la ayudó a desabrocharle precipitadamente el pantalón, desprendiéndose casi con rabia de la última prenda que los separaba antes de que la joven lo empujara para ponerse sobre él. La sorpresa que le causó descubrir que era el primero en conquistar aquella tierra salvaje lo dejó aturdido por un momento, tanto que ni siquiera pudo reparar en las cicatrices que recorrían la espalda por la que se deslizaban sus dedos ansiosos, presas de un ardor que no tardó en ser demasiado intenso para comportarse de manera racional. Pronto sus manos aferraron las caderas de Theodora para marcar el ritmo de aquella danza en la que estaba demostrando ser, aun con su inexperiencia, la mejor compañera que había tenido nunca. En el fondo lo que hacían no era más que bailar de nuevo, y la inercia con la que se movían no era muy distinta de la que les había guiado en el salón del hotel.

Podía verse reflejado en sus ojos, entornados por las mismas sensaciones que lo zarandeaban a él. Tenía las pestañas humedecidas por el sudor y estaba más hermosa que nunca, desnuda y abandonada a aquellas caricias que aceleraban sus jadeos a medida que se acercaban al final del camino. Escucharla pronunciar su nombre en el momento del éxtasis fue como música para sus oídos. Nunca habría imaginado que un acto tan carnal como aquel pudiera resultar a la vez tan embriagador.

Después, cuando la tormenta amainó, ella se quedó desmadejada sobre su cuerpo, con la respiración entrecortada y los dedos enlazados con los de Lionel sobre las

sábanas sudorosas. Ninguno de los dos pudo hablar durante un buen rato, no hasta que él acertó a pronunciar su nombre, su auténtico nombre, Theodora. Eso la hizo incorporarse a medias, con las manos apoyadas en el pecho de Lionel y una interrogación muda en los ojos que le hizo sentirse de repente el hombre más inútil del universo.

Porque le habría gustado poder decirle la verdad. «Me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida.» O tal vez fuera demasiado melodramático; tal vez fuera mejor «me he enamorado de ti», o simplemente «mataría por ti». Theodora seguía mirándole, y en ese momento supo que no se atrevería a hacerlo. No con aquella fuerza superior a él trabándole la lengua para evitar que se hundiera en un abismo tan peligroso.

—Nada —murmuró. «Cobarde», se gritó a sí mismo en silencio. «Cobarde, cobarde, cobarde.» Ella se quedó callada durante unos segundos, hasta que se inclinó de nuevo para agarrar su cara con las manos antes de besarle en la boca.

—Todo —le contestó en un susurro—. Todo... Lionel.

V
La princesa encadenada

Cuando el sol se elevó poco a poco sobre los terrenos del hotel Vandeleur dejó a la vista un panorama desolador. Archer había hecho avisar inmediatamente a la policía de Nueva Orleans de lo ocurrido, y desde el instante en que los agentes se personaron en la propiedad, esta se convirtió en una cárcel para los clientes. No era de extrañar teniendo en cuenta que una de las dos personas asesinadas, el conde de Berwick, era uno de los miembros más preeminentes de la Cámara de los Lores, y la otra, una bonita muchacha conocida como lady Hallward-Fraser, estaba a punto de emparentar con los Astor de Nueva York. Las consecuencias de aquel doble crimen, aunque nadie se explicara lo que había realmente tras él, podían llegar a ser mucho más graves de lo que se pensaba al principio. Hasta que se descubriera la identidad de los asesinos y se les pusiera en manos de la justicia, ningún invitado podía abandonar Vandeleur, sin importar su número de apellidos, los títulos con los que contara ni lo azul que fuera su sangre. Era evidente que el enlace Silverstone-Archer pasaría a la historia reciente de Estados Unidos como uno de los hitos de 1905, aunque no precisamente de la manera en que lo habían anunciado las crónicas de sociedad.

Y de Lionel y la señorita Stirling nadie sabía nada. Al rastrear los jardines la policía había encontrado la diadema de plata de la joven y un retal de seda que parecía haber sido arrancado de su vestido, pero nadie fue capaz de averiguar dónde se habían metido. Evidentemente, el asesinato de dos aristócratas constituía un asunto demasiado grave para que la desaparición de unos clientes que no tenían nada que ver con la boda se convirtiera en la principal preocupación de los agentes. Pero para Alexander, Oliver y Veronica la situación era muy distinta, y cada vez más angustiada.

—No me explico qué puede haberles pasado —murmuró el profesor por enésima vez a eso de las diez de la mañana, cuando los tres se encontraron en el vestíbulo del hotel después de haber sido interrogados por la policía—. No me entra en la cabeza que hayan sido tan inconscientes como para atreverse a perseguir a esas criaturas. Acabo de hablar con unos jóvenes que salieron a los jardines a la vez que ellos, pero les perdieron la pista en cuanto se adentraron en la oscuridad. Sabe Dios dónde estarán ahora mismo...

—Al menos nos queda el consuelo de que ningún policía con dos dedos de frente los consideraría sospechosos —resopló Veronica—. He oído decir que cuando se desató el caos estaban de lo más entretenidos el uno con el otro, sin importarles que la mitad del salón de baile los estuviera mirando. Me parece que han conseguido la coartada perfecta.

—Aún me cuesta creer que Lionel se saliera con la suya —susurró Oliver—. Me encontré con él cuando salía a los jardines y recuerdo que me dijo que estaba dispuesto a ir a por todas..., pero no imaginaba que la señorita Stirling pudiera ser tan ingenua.

—¿Realmente piensas que ella es la ingenua? —preguntó Veronica, mirando a Oliver con una ceja enarcada—. ¿Que en este asunto es la casta doncella seducida por Don Juan?

—¿Qué quieres decir con eso? Ya sabemos que nunca te ha caído muy bien, pero...

—Y nunca lo hará, aunque como esta historia con Lionel no irá a ninguna parte, no tendremos que soportarla cuando regresemos a casa. No está siendo más que su último juguete, pero me temo que el muy idiota es incapaz de darse cuenta.

—Lo dices como si la señorita Stirling lo tuviera planeado desde el principio —dijo el profesor, escéptico—. ¿Tan extraño te parecería que una mujer se enamorara de Lionel?

—No —tuvo que admitir Veronica, de mala gana—. Pero sí que esa mujer lo hiciera.

Mientras hablaban habían abandonado el vestíbulo y descendido poco a poco la escalera que conducía a los jardines. La policía seguía desperdigada por todas partes; a la derecha, al lado de la cristalera hecha pedazos del salón de baile, Archer continuaba respondiendo a las preguntas de los investigadores con el aspecto de un hombre que no ha pegado ojo en una semana. Hacía tiempo que la gomina había dejado de mantener su cabello en su sitio, y los oscuros mechones que le caían sobre un ojo le hacían parecer casi diez años más joven. A lady Lillian no se la veía por ninguna parte, aunque por lo que les había contado Oliver a sus amigos, había pasado la noche en la habitación de su madre, acompañadas por dos doncellas del hotel y con un camarero montando guardia delante de la puerta. Alexander y Veronica estaban tan pendientes de lo que sucedía a su alrededor que ni siquiera se les ocurrió preguntarle por qué se interesaba tanto por ellas.

—Lo que no consigo entender —dijo el profesor mientras avanzaban sin prisas por el sendero de los robles— es qué puede haber enfurecido tanto a los marineros del *Perséfone* para conducirles hasta nuestro hotel. Estaba seguro de que nos habíamos librado de ellos gracias al reloj de Delorme. ¿Qué más pueden querer de nosotros esas criaturas?

—¿Que nos marchemos cuanto antes a Oxford? —respondió su sobrina—. ¿Que los dejemos en paz para que sigan pudriéndose en el Mississippi durante toda la eternidad?

—No puede ser solamente eso, Veronica. Nosotros no representamos una amenaza para la tripulación. A diferencia de Reeves, no hemos saqueado su barco, ni los hemos perturbado de ninguna manera. Tampoco lo habían hecho esos pobres desgraciados, el conde de Berwick y lady Hallward-Fraser, que se han llevado la peor parte. Empiezo a preguntarme si no sería mejor que se lo contáramos todo a la policía. —Y ante la mirada perpleja de Veronica, el profesor añadió—: Sé que no nos creerían, pero por lo menos así me sentiría en paz con mi conciencia. Pensar que quizá seamos los responsables de...

—Si te sirve de consuelo, Alexander, ahora sí que estoy seguro de que la culpa no ha sido nuestra —susurró Oliver en un tono tan extraño que los Quills se volvieron hacia él.

Cuando Alexander siguió la dirección de su mirada también se quedó de piedra, y a su sobrina se le escapó un pequeño grito. Aún no habían llegado a la verja, pero desde donde se encontraban podían contemplar la panorámica de la ribera, con el Mississippi asomando como una cenefa parduzca sobre los tejados de las cabañas criollas. Casi todo el vecindario se había echado a la calle, arremolinándose en un ruidoso tumulto delante de la fonda de los Garland, con los ojos clavados en el precario embarcadero de madera...

Solo que aquella mañana no había un vapor de ruedas al final de la pasarela. Cada vez más sobrecogidos, los tres ingleses se quedaron mirando el extremo del palo mayor peligrosamente inclinado cincuenta metros sobre el agua, los restos de velamen de los que seguía chorreando agua, la proa que hendía el cielo como la hambrienta boca de un caimán. Mientras el hotel se sumergía en el caos, el *Perséfone* había vuelto a emerger de las profundidades como si un nigromante lo hubiera arrancado de su sepulcro acuático.

Además, la nave no permanecía varada al lado del embarcadero, sino que se deslizaba poco a poco con la corriente. Solo al cabo de unos segundos Alexander comprendió a qué era debido: una docena de gruesas sogas habían sido atadas a la estructura putrefacta, y tres vapores tiraban de ellas en la dirección en que se hallaba el delta del Mississippi para intentar sacar completamente a flote al bergantín.

—En nombre del cielo, ¿qué significa esto? —consiguió articular el profesor. Siguió caminando hacia el embarcadero como un sonámbulo, y Veronica y Oliver hicieron lo mismo con los ojos abiertos de par en par—. ¿Quién puede haberse atrevido a hacer esto?

—Alguien que no está al tanto de lo que le ocurrió a Reeves —musitó Oliver—, o que simplemente no cree en la maldición. Ahora entiendo por qué anoche pasó lo que pasó.

Veronica fue la primera en reunir el aplomo necesario para superar casi a la carrera los metros que los separaban del espacio abierto delante de la fonda, y tuvo que apartar a los vecinos a empujones para poder acercarse a la orilla. Allí se quedó de pie con la boca abierta, incapaz de apartar los ojos del poderoso monstruo medio tumbado en el agua. Algo en él recordaba a una enorme ballena agonizando en una playa, demasiado agotada para moverse.

Pero aquella no era una criatura agonizante, sino muerta. Los años pasados en el lecho del río habían cubierto al *Perséfone* con una costra de barro y de plantas acuáticas tan espesa que parecía imposible arrancarla del casco. Hacía tiempo que había dejado de ser un producto de la mano del hombre para convertirse en un cadáver, un organismo cuya muerte había dado vida a cientos de diminutos seres parasitarios que habitaban en él.

—Ahora sí que estamos metidos en un buen lío —murmuró Veronica. Después se volvió hacia el porche de los Garland, donde se encontraba el propietario de la fonda, tan aturdido como el que más; su esposa y su madre observaban la escena desde una de las ventanas—. Garland, ¿qué está pasando aquí? —preguntó la joven, acercándose más a él—. ¿Quién ha sido el estúpido que ha sacado al *Perséfone* del río en plena noche?

—No sé más que usted, señorita Quills. Le aseguro que esto nos ha descolocado por completo. Imagine la cara que se nos ha quedado al encontrarnos con este espectáculo...

—Pero tienen que saber quién está detrás de esto. ¡No me creo que nadie haya sido capaz de darse cuenta de lo que sucedía! ¡Casi todas las casas están al lado de la orilla!

—Con lo que pasó anoche en el hotel Vandeleur nadie era capaz de dormir —trató de disculparse Garland—, así que casi todos nos habíamos reunido delante de la verja para enterarnos del porqué de tanto alboroto y por qué la policía había venido desde Nueva Orleans. Es cierto que oímos los motores de unos cuantos vapores, pero pensábamos que se trataría de los procedentes de la ciudad. No se nos pasó por la cabeza que pudieran estar haciendo algo en el río hasta que, al regresar a nuestras casas al amanecer, nos dimos de bruces con esto. Parece sacado de una pesadilla.

—No ha sido nadie de Vandeleur —susurró el hombre que permanecía de pie al lado de Garland, y en el que Veronica no se había fijado antes: era Hadley—. Nadie sería tan imprudente como para hacer algo así. De hecho, apuesto a que ni siquiera es de Luisiana.

—¿Cómo está tan seguro, señor Hadley? —preguntó Alexander, abriéndose camino entre la multitud con Oliver—. ¿Es que han logrado hablar con los responsables?

—No, señor, pero ustedes pueden hacerlo si quieren. Ese caballero de ahí —señaló con la mano hacia la parte de la ribera por la que se llegaba a la cabaña de Reeves— debe de ser uno de los mandamases, porque no hace más que dar voces a los de los vapores.

Alexander se volvió hacia el hombre que Hadley le indicaba. Se había detenido al borde mismo del agua, observando cómo los barcos arrastraban lentamente al *Perséfone*. Un cigarrillo asomaba entre sus gruesos labios, y un sombrero panamá de color blanco le cubría la achaparrada cabeza.

El profesor se dirigió de inmediato hacia la ribera. Era consciente de cómo los ojos de los vecinos los seguían en silencio, aunque en aquellos momentos estaba demasiado pendiente de otras cuestiones. Al rodear el *Perséfone* se dio cuenta de que la corriente que había erosionado el barco año tras año había arrancado pedazos enteros de madera, como una de las tablas de la amura donde iba escrito su nombre. Lo único que podía descifrarse era «PERS», en grandes caracteres blancos. También faltaba el mascarón de proa, aunque a Alexander le llamó la atención que el soporte

que lo unía al barco no estuviera tan erosionado como lo demás. Aquel corte era demasiado recto, demasiado limpio; no podía haber sido el Mississippi lo que lo arrancara de allí. Pero ya habría tiempo para ocuparse de esos detalles cuando supieran exactamente quién estaba detrás del asunto.

—Buenos días —saludó al hombre del sombrero panamá, que se volvió hacia él con mal disimulada impaciencia—. ¿Es usted el encargado de dirigir la operación de arrastre?

—Así es, caballero. Aunque me parece que no es algo que les concierna a ustedes.

—Nos concierne más de lo que puede imaginar —replicó Veronica, dando un paso adelante con cara de pocos amigos y alargando un brazo hacia los vapores que humeaban en el centro del río—. ¿Va a decirnos que lo que están haciendo sus hombres y usted es legal y que tienen todos los papeles reglamentarios en orden? Si realmente es así, ¿por qué han esperado a que fuera de noche para actuar como una cuadrilla de ladrones de cadáveres?

El hombre pareció divertido ante aquel arranque. Miró a la joven de arriba abajo.

—Vaya, y yo que tenía entendido que todas las inglesas eran tan insípidas como su famosa sopa Windsor. No me importaría referirle los detalles en privado, señorita, pero me temo que en estos momentos estoy muy ocupado. Un barco no sale por sí mismo del fondo de un río, ¿sabe?, y si me descuido durante un minuto, esos cabestros son capaces de hacerlo pedazos por avanzar cada uno en una dirección. La cantidad que nos han ofrecido por realizar este trabajo es demasiado tentadora para tomarse el asunto a la ligera, ¿me sigue?

—No le seguiría ni a la vuelta de la esquina —le soltó Veronica. El hombre rompió a reír mientras les daba la espalda—. ¿Así que no son más que unos mercenarios que siguen las órdenes de alguien que pretende hacerse con el barco? ¿Cómo se llama su patrón?

—Como les acabo de decir, eso no les concierne. Ahora déjenme tranquilo para que pueda seguir con lo mío. Ya me han hecho perder demasiado tiempo con tanto parloteo.

—Vámonos —instó Alexander al comprender que Veronica parecía dispuesta a darle un empujón para que mirara al *Perséfone* más de cerca. Oliver y él la agarraron por los brazos para regresar con los demás vecinos—. No conseguiremos nada interrogando a este hombre; apuesto a que no tiene más idea que nosotros de lo que se trae entre manos quienquiera que le haya encargado esta operación. Estamos en un callejón sin salida.

A regañadientes, Veronica permitió que la apartaran de la orilla mientras el hombre se ponía a dar gritos para indicar a los vapores que acercaran más al *Perséfone* a la ribera.

—Hadley tenía razón: ese tipo ni siquiera debe de ser de Luisiana —comentó Oliver sin dejar de caminar—. ¿No os habéis dado cuenta de que su acento resulta

muy distinto?

—Me he dado cuenta de que es un imbécil, pero eso es lo que menos me preocupa en este momento —contestó el profesor en un tono muy sombrío—. ¿Qué se supone que le vamos a decir al príncipe Dragomirásky cuando se entere de que nuestra investigación no ha servido más que para atraer la atención de un coleccionista más ambicioso que él?

—¡Pero si no ha sido culpa nuestra! —protestó Veronica—. No hemos hecho más que seguir sus instrucciones. Además, ¿de dónde has sacado que se trata de un coleccionista?

—¿Qué otra persona se interesaría por una rareza como el *Perséfone*? Ya sé que la historia es conocida en todo el continente, pero ¿no os parece mucha casualidad que, en el momento en que nosotros logramos arrojar algo de luz sobre este asunto, aparezca de la nada alguien empeñado en hacerse con el barco? Han pasado cuarenta y tres años desde que se hundió en el río, y hasta ahora nadie había tratado de sacarlo de nuevo a flote...

—Ya podemos ir despidiéndonos de la sucursal neoyorquina del *Dreaming Spires* —se resignó Oliver—. Me temo que esto anula por completo nuestro acuerdo con el príncipe.

—Puede que la señorita Stirling aún sea capaz de arreglar las cosas. Es una mujer muy influyente, en eso estamos todos de acuerdo; y si tuviera los contactos necesarios...

—Querrás decir el dinero necesario, tío —le corrigió Veronica—. Hasta ahora no la he visto utilizar más armas. Sin el apoyo económico de su patrón, esa mujer no sería nada.

—Pero el dinero no siempre surte efecto —comentó Oliver con los ojos clavados aún en el *Perséfone*—. ¿Quién dice que este coleccionista no estará tan empeñado como el príncipe Dragomirásky en salirse con la suya? ¿De qué serviría entonces su contraoferta?

—No lo sé —reconoció el profesor—, pero no podemos quedarnos sin hacer nada. Me parece que lo mejor será regresar al hotel para comprobar si Lionel y la señorita Stirling también están de vuelta, y si es así pedirle que envíe un telegrama urgente a su patrón.

Ni a Oliver ni a Veronica se les ocurrió nada mejor que hacer, así que se dirigieron de nuevo hacia la verja. Cerca de las últimas cabañas se encontraron con el chico de los Garland acompañado por otros de su misma edad. Estaban tan nerviosos como los demás.

—Hola, Chris —saludó Veronica, apartándose un poco de su tío y de Oliver—. Ya nos extrañaba no encontrarte cerca del embarcadero con la que se ha armado esta mañana.

—Llevamos en pie desde las cuatro, pero nadie nos ha explicado todavía qué está pasando ahí abajo, ni quiénes son los hombres que tiran del *Perséfone* —contestó el

chico mordiéndose una uña—. ¿Esto tiene algo que ver con lo que están investigando ustedes?

—Mucho me temo que no. Al parecer alguien se nos ha adelantado.

—Bueno, pues me alegro de que haya sido así. Me caen bien y no me gustaría que también se murieran por acercarse demasiado a esa cosa.

—Por nosotros no tienes que preocuparte; somos incombustibles —contestó Veronica sonriendo a su pesar—. Pero, de todas formas, no creo que el hecho de mantenernos lejos del *Perséfone* garantice nada. Que nosotros sepamos, el conde de Berwick y lady Hallward-Fraser no tuvieron nada que ver con ese barco, y aun así...

—¿Quiénes son esos? —inquirió Chris. Veronica se quedó mirándole con extrañeza.

—Los aristócratas que fallecieron anoche en el ataque al hotel. Creía que te referías a ellos al mencionar a las personas que han muerto. ¿Es que ha ocurrido algo más?

Chris frunció el ceño, mirando alternativamente a Veronica y a sus compañeros.

—¿Me toma el pelo, señorita Quills? ¿No han oído lo que cuenta la gente?

—No hemos tenido tiempo para hacer demasiadas preguntas —dijo Alexander, con un desagradable presentimiento atenazándole el estómago—. ¿Anoche murió algún vecino?

—El señor Rice —les dijo en voz baja uno de los amigos de Chris. Estaba pálido y no dejaba de mirar en dirección al embarcadero—. Al amanecer, cuando nuestros padres se dieron cuenta de que el *Perséfone* había salido del río, se acercaron a la orilla y allí se encontraron con Rice. Estaba tumbado boca abajo, en la ribera. Había muerto ahogado.

—¿Qué? —exclamó Oliver—. ¿El Charles Rice que nosotros conocemos?

—No hay más Rice en el pueblo, aparte de su hijo, el que trabaja como camarero en el hotel —contestó Chris—. Mi padre envió a unos amigos a buscarle en cuanto vieron que Rice no respiraba. Lleva toda la mañana en su cabaña, hablando con la gente de la funeraria y los vecinos que se acercan a darle el pésame. Nosotros acabamos de hacerlo.

—Por el amor de Dios —murmuró el profesor—. Esto me está empezando a parecer un mal sueño. No puede ser otra casualidad. Charles Rice...

—Charles Édouard Delorme —le recordó Veronica en voz baja cuando Garland llamó a su hijo y los chicos se dirigieron hacia la fonda—. El timonel ha regresado a su puesto.

No tuvieron que decir nada más para ponerse de acuerdo. Los tres se dieron prisa en rodear la fonda para dirigirse a la cabaña en la que habían estado la tarde anterior, y que encontraron sumida en la desolación. El señor Rice debía de haber sido un vecino muy querido, porque su casa se había convertido en un punto neurálgico tan transitado como la orilla del Mississippi aquella mañana. Antes se habían quedado tan aturridos por la visión del *Perséfone* emergiendo en el centro del río que no

habían reparado en todas las personas que se amontonaban en aquella parte del pueblo, palmeando los hombros de un Thomas Rice destrozado por el dolor.

Cuando los ojos del joven se encontraron con los de Alexander se abrió camino como pudo entre la multitud para acercarse a ellos, aunque al tenerlos por fin delante no consiguió articular palabra. Veronica le agarró las manos para transmitirle su apoyo, y el profesor puso una mano en su brazo.

—Acabamos de enterarnos de... de lo que le ha ocurrido a su padre, Thomas. No sabe cuánto nos ha impactado la noticia.

—¿Qué le pasó? —murmuró Veronica mirando al joven—. Dicen que se ahogó, pero...

En lugar de responderles, Thomas sacudió la cabeza en una negativa muda, y les hizo un gesto para que le siguieran escaleras arriba. Aquello los dejó tan descolocados que tardaron un momento en reaccionar, pero finalmente le hicieron caso y entraron en la cabaña entre las miradas perplejas de todos los presentes.

Sintieron cierto alivio al comprobar que el cadáver de Charles Rice no se encontraba en la casa. Los empleados de la funeraria debían de habérselo llevado unos minutos antes para prepararlo, porque seguía habiendo coronas de flores por doquier.

—Thomas —dijo el profesor, volviéndose hacia el joven después de que este cerrara la puerta—, comprendo que ahora mismo se sienta destrozado, pero créame cuando le digo que nosotros también lo estamos. Si hubiéramos sabido que por nuestra culpa pasaría algo así... que por empeñarnos en sacar a la luz la historia del *Perséfone*...

—No se preocupen por eso —contestó Thomas con voz ronca—. No les he invitado a entrar para echarles en cara la muerte de mi padre. Sé que no han tenido nada que ver.

—Ojalá nosotros pudiéramos estar tan seguros como usted —dijo Oliver en voz baja.

Lentamente, como si hubiera envejecido treinta años en unas horas, Thomas se acercó al sillón en el que su padre había estado sentado cuando les contó la historia del capitán Westerley y de Muriel Vandeleur. La canasta de mimbre seguía estando sobre la mesa camilla, aunque ya no había guisantes en ella. Durante unos segundos Thomas se quedó completamente callado, hasta que Alexander se acercó para sentarse frente a él.

—Uno de los amigos de Christian Garland nos ha contado que lo encontraron en la orilla del Mississippi —susurró inclinándose hacia delante—. Nos dijo que estaba de bruces en el barro...

—Se ahogó en el río, entonces —murmuró Veronica mirando a Oliver, que parecía muy angustiado—. Después de haber sobrevivido al naufragio... de haberle arrancado casi medio siglo de vida al destino... lo engulleron las mismas aguas que se tragaron al barco.

—Ha sido un accidente lamentable —coincidió Alexander—. Me imagino que estar de nuevo delante del *Perséfone*, verlo surgir de repente del río como un fantasma, lo aturdió tanto que ni siquiera se dio cuenta de que se acercaba demasiado al agua. Aquella visión debió de ser demasiado para su padre. Probablemente perdería el conocimiento, caería boca abajo en la orilla, y al estar tan cubierta de barro, sin que hubiera vecinos cerca...

—Sí, eso es lo que todo el mundo piensa —contestó Thomas—, y me aseguraré de que sigan pensándolo, si está en mi mano evitar que algún día se sepa la verdad. Mi padre siempre fue un buen cristiano, y no estoy dispuesto a que un único acto de cobardía le impida ser enterrado en sagrado.

—¿Qué está diciendo? —se horrorizó Veronica—. ¿Insinúa que lo que realmente pasó...?

También Alexander y Oliver se habían quedado mudos, pero Thomas parecía algo más aliviado, como si el hecho de haber puesto por fin en palabras lo que llevaba toda la mañana callando le hiciera sentirse en paz consigo mismo. Sin dejar de mirar la canasta de mimbre, metió una mano dentro de su chaqueta para sacar un sobre que alargó a Alexander. Cuando este lo cogió, un poco dubitativo, reparó en que había sido abierto.

—Sé que estaba a su nombre y no al mío, pero tenía que saber... que comprender.

—¿Nos escribió una carta? —murmuró Alexander. No podía creer lo que tenía ante los ojos, aunque aquel sobre resultara dolorosamente palpable—. ¿A nosotros? ¿Para qué?

—Para contarles lo que prefirió guardarse para sí mismo ayer, cuando insistimos en que nos hablara del naufragio. Conocía bien a mi padre, profesor Quills, y desde el primer momento me di cuenta de que aquella no era toda la historia. Había algo que le torturaba tanto que era incapaz de compartirlo con nadie, ni siquiera conmigo. Durante años trató de olvidarlo, de convencerse a sí mismo de que nunca sucedió, pero al tener otra vez al *Perséfone* ante sus ojos... su muralla se derrumbó como un castillo de naipes.

Sin decir nada, Veronica y Oliver se acercaron más al profesor, que había sacado poco a poco del sobre dos hojas dobladas por la mitad. Alzó la vista hacia Thomas, que asintió con la cabeza, demasiado cansado para poder añadir nada más, y comenzó a leer:

Profesor Quills, señores:

Sé que les sorprenderá saber de mí de nuevo, y me imagino que les parecerá que ha sido deshonesto por mi parte esperar a que ocurriera algo como lo de esta madrugada para compartir con ustedes lo que me está devorando por dentro. En ningún momento quise traicionar la confianza que depositaron en mí, pero había demasiadas cosas que callar, demasiadas sombras con las que me había acostumbrado a convivir durante todos estos años... hasta que hace unas horas por fin he comprendido que mi espera ha tocado a su fin. Debo embarcarme de nuevo, pero sé que no seré capaz de emprender este viaje si no me libro de una carga que mis hombros ya no pueden seguir sosteniendo.

Porque ayer les mentí, profesor Quills. Lo que les conté acerca del final del *Perséfone* no era verdad, o al menos no lo era del todo. Les dije que mis compañeros abandonaron el barco a la vez que yo, pero lo

correcto habría sido añadir que abandonaron el barco porque yo lo había hecho antes que ellos. Porque el timonel se horrorizó tanto por algo que vio a bordo, en medio de la tempestad que de repente se había desatado en pleno Mississippi, que no fue capaz de continuar en su puesto como se esperaba de él, como habría hecho un valiente.

Ese pensamiento me está torturando desde hace casi medio siglo, clavado en mi cerebro día y noche como un alfiler que me recuerda lo que les pasó a mis compañeros. Aún me parece oír la poderosa voz del capitán Westerley cuando cierro los ojos: «¡Muchachos, vendeos lo más caros que podáis! ¡Hay que demostrarle a esa furcia de la guadaña que no nos dejaremos hundir así como así!». Yo estaba en mi puesto en ese momento, a apenas unos metros de distancia de él; y recuerdo cómo me temblaban las manos sobre las asas del timón y cómo aquellas olas salidas de no se sabía dónde inundaban una y otra vez la cubierta, y cómo Smith, el hombre que les he dicho hace unas horas que solía sustituirme, soltó un grito de repente para avisar al capitán de algo que estaba sucediendo en la proa del *Perséfone*. Y esa es la peor imagen de todas, la que aún me hace temblar de noche en mi cama, porque en comparación con ella la tormenta que nos hacía zozobrar no era más que un contratiempo.

¿Cómo puedo describirles lo que presencié sin que piensen que el sentimiento de culpa me ha hecho perder el juicio? ¿Me creerán si les digo que en medio de la noche, en medio del agua y la espuma, vi a una mujer que parecía haber salido directamente del infierno? Era una silueta imprecisa, como hecha de bruma, que descendía poco a poco del bauprés... una vaga neblina desprendiéndose de la madera en la que estaba tallada la única mujer que hasta entonces nos había acompañado, el mascarón de proa del *Perséfone*, y cobrando forma ante mis ojos espantados con una sonrisa que hería como un cuchillo.

Lo primero que pensé fue que mi imaginación me estaba jugando una mala pasada. El agua revuelta puede ser muy engañosa, y con el vaivén del barco uno no podía estar seguro de lo que tenía delante, pero cuando me di cuenta de que el capitán se había quedado quieto sentí que me faltaba el aire, porque eso quería decir que él también la estaba viendo. «Santa Madre de Cristo, ruega por nosotros —susurró con los ojos clavados en aquella aparición—. Este sí es nuestro final.»

Cuando echó a correr hacia ella, agarrándose con unas manos tan crispadas como las de un muerto a los aparejos que el viento sacudía sin cesar, traté de gritarle que no se le acercara, pero me di cuenta de que me había quedado sin voz. Totalmente mudo por el horror, me quedé mirando cómo se hundía en aquella masa vaporosa aferrando algo que solo después de unos segundos reconocí como una de las sierras con las que reparábamos los desperfectos del barco. El capitán trepó con ella sobre el bauprés, y encaramado encima de la proa del *Perséfone* comenzó a atacar con la sierra el soporte que mantenía al mascarón en su sitio. Debía de creer, al igual que yo, que el espectro había surgido de su interior, porque era idéntico a nuestra diosa... y también a la mujer que todos sabíamos que le esperaba en Vandeleur.

Ahora bien, los marineros somos supersticiosos, y supongo que no hará falta que les explique hasta qué punto resulta peligroso hacerse a la mar en un barco sin mascarón. Comprender que en unos minutos perderíamos a la única protectora que nos quedaba me hizo soltar el timón poco a poco, con el corazón latiéndome con tanta fuerza que aún no entiendo cómo no me desmayé. Entonces oí algo que me arrebató el escaso valor que pudiera quedarme: una risa femenina, una carcajada que se elevó por encima del estruendo de las olas y que hizo que mis compañeros se volvieran como un mismo hombre hacia la proa del barco. Nunca supe qué pasó después con el mascarón, porque unos segundos más tarde me encontraba en el río, luchando a brazo partido contra la corriente para alejarme de aquel navío que durante meses había considerado mi hogar y que de repente parecía haberse convertido en una puerta abierta al infierno.

Abandoné mi puesto por culpa del miedo, el mismo que he seguido sintiendo durante todos estos años. Abandoné al capitán Westerley y a mis hermanos, profesor, y los condené a una muerte más cruel que la que aquella criatura pudiera haberles reservado. Sin nadie que se aferrara al timón para seguir plantando cara a la tempestad, el barco se inclinó más sobre su costado, se empezó a hundir en el Mississippi y cuando conseguí alcanzar por fin la orilla había desaparecido por completo. A mis espaldas no había más que oscuridad y muerte...

Hasta que esta madrugada, al asomarme a la ventana de mi casa, comprendí que da lo mismo lo que un hombre haga para escapar de la oscuridad y la muerte; puede que no sean tan rápidas, pero sí mucho más pacientes, y siempre se cobran su presa. Durante cuarenta y tres años he tratado desesperadamente de acallar la voz interior que me recordaba que yo era el responsable de lo ocurrido, pero ahora me he dado cuenta de que no tiene sentido continuar con esta lucha. El *Perséfone* vuelve a navegar sobre el Mississippi, y la única razón por la que lo hace es porque seguimos teniendo una deuda pendiente. El bergantín necesita que su timonel continúe haciendo en la muerte lo que debería haber hecho en la vida. Me están esperando, el capitán y todos los demás; han venido a por mí para navegar juntos de nuevo.

Solo me queda rezar para que esta confesión no sea para ustedes el desvarío de un loco al que el sentimiento de culpa ha hecho perder la razón. Perdónenme si es que pueden hacerlo, profesor Quills; tendría que haber sido lo bastante valiente para aconsejarles dejar Vandeleur cuando aún estaban a tiempo. Existe un mal en este lugar al que no conviene enfrentarse. Yo no soy capaz de seguir haciéndolo, desde luego. «Enfer ou Ciel, qu'importe?» Me espere lo que me espere al final del viaje, me aseguraré de comportarme con más dignidad que aquel cobarde que arrastró al abismo a una tripulación.

Que Dios les proteja, si es que aún cuenta con poder para hacerlo.

CHARLES ÉDOUARD DELORME

Cuando Lionel entreabrió los ojos le costó un poco recordar dónde se encontraba y por qué se sentía tan bien aquella mañana. El sol calentaba con fuerza las copas de los árboles y unos cuantos rayos se abrían camino hacia el interior de la cabaña, bañándolo todo con un resplandor dorado. Se apoyó en un codo algo aturdido, pasándose una mano por el pelo revuelto, y de repente recordó lo que había pasado y vio la huella del cuerpo de Theodora sobre el jergón y el hueco dejado por su cabeza en la almohada que habían compartido. Entonces se dejó caer de nuevo de bruces, sonriendo mientras se abrazaba a la almohada para seguir aspirando el perfume oriental con el que la había impregnado.

Mientras el sopor lo abandonaba poco a poco le vinieron a la mente cien imágenes de la noche anterior, tan luminosas que durante unos segundos se preguntó si no habría sido un sueño. Pero sus músculos aún le devolvían el eco de lo que habían compartido; todavía podía sentir el calor del cuerpo de ella junto al suyo y escuchar su queda risa mientras permanecían tendidos bajo las estrellas, con las frentes muy juntas y las manos enlazadas en la penumbra. «Ahora es mía —se dijo a sí mismo con una sonrisa aún mayor—. Y seguirá siéndolo cuando todo esto termine, porque pienso matar a cualquiera que se interponga entre nosotros.»

Sus adormilados ojos recorrían mientras tanto el soleado interior de la cabaña. Al observar el jergón reparó en una pequeña mancha de sangre que le hizo acordarse de lo que el antiguo timonel del *Perséfone* les había contado de Muriel Vandeleur y el capitán Westerley. Entonces la realidad se abrió camino en su mente a machetazos y comprendió que más allá del pantano, fuera de la burbuja de paz que los envolvía, el hotel Vandeleur debía de seguir sumergido en la histeria más absoluta. Pensó en Alexander, en Oliver y en Veronica, y aquello le hizo ponerse en pie tan rápidamente que casi se mareó.

Al lado del jergón se encontraba la ropa que les habían prestado. La que Lionel se había puesto para el baile de la noche anterior estaba tan embarrada que seguramente sería irrecuperable, así que se apresuró a vestirse con unos pantalones oscuros y una camisa holgada y acercarse a la ventana de la cabaña.

El poblado había despertado hacía tiempo, y sus habitantes deambulaban entre los árboles sin preocuparles al parecer que pudiera haber dos extraños entre ellos. Lionel se estaba preguntando dónde se habría metido Theodora cuando sus ojos se detuvieron sobre alguien que lo estaba mirando con atención, sentado encima de un tronco caído. Casi se quedó sin aliento al reconocer a la pequeña mulata a la que habían perseguido dos días antes por Nueva Orleans, vestida con la misma ropa de color rojo y con la melena rubia cayendo sobre sus hombros en una maraña de rizos con los que jugueteaba en silencio.

Durante unos segundos los dos se miraron en silencio, hasta que Lionel se apartó de la ventana y comenzó a bajar la escalera que conducía al pie del árbol. Ella siguió

sin decir nada cuando se detuvo a su lado, alzando hacia él unos ojos increíblemente azules.

—Parece que al final has sido tú quien nos ha dado caza a nosotros —dijo Lionel—, o lo ha hecho tu gente, por lo menos. ¿Has estado siguiéndonos durante todo este tiempo?

—Solo cuando mi madre me lo pedía —contestó ella—. Cuando no estabais en el hotel.

—Por eso no te atrevías a ir más allá del camino de robles de la entrada. ¿Eres hija de la *mambo* Alma? Tus ojos son idénticos a los suyos.

La pequeña asintió con la cabeza, bajando del tronco.

—Me llamo Ethel —le dijo—. Y tú eres Lionel Lennox, y tu amiga se llama Theodora.

—¿Tú también tienes el don de la adivinación?

—Todavía no, aunque Boy siempre dice que es cuestión de tiempo que empiece a tener mis primeras visiones. En este lugar no puede dejar de haber una *mambo*, pero mi madre es humana, y no vivirá para siempre. —Entonces le agarró de la mano para que la siguiera hacia la espesura, lejos de los árboles con las cabañas colgantes—. Me ha pedido que te lleve con ella y con Theodora. Te están esperando para mostrarte algo importante.

Lionel prefirió no protestar mientras Ethel le llevaba hacia una parte del pantano parecida a la que habían recorrido la noche anterior pistola en mano. En cuanto avanzaron unos metros, el eco de las voces que se oían en el poblado se apagó poco a poco; solo sonaba a su alrededor el zumbido de los mosquitos y el eterno croar de las ranas desperezándose al sol. Pronto se encontraron ante un pequeño promontorio que sobresalía del agua embarrada como el lomo escamoso de un caimán. Ethel comenzó a subir hacia la cumbre bañada por el resplandor del sol, y cuando llegaron a lo alto Lionel se encontró con que Theodora, efectivamente, estaba hablando con la *mambo* Alma en el centro de un círculo de cipreses.

Cuando volvió a posar sus ojos sobre ella, una extraña y reconfortante sensación se extendió por todo su cuerpo. Seguía llevando el cabello suelto como la noche anterior, y también algo que descolocó por completo a Lionel: ¡unos pantalones rojos de hombre!

—Creo —dijo en voz alta, sacudiendo la cabeza— que ya no me queda nada por ver.

Al oír esto Theodora dejó de charlar con la *mambo* para mirarle con una sonrisa.

—Es exactamente lo que me imaginaba que dirías. ¿Estoy espantosa ahora mismo?

—Estás adorable —aseguró Lionel, y se acercó más a ella para rodearle la cintura con los brazos—. Si hubiera sospechado que los pantalones te sentarían tan bien, te habría dejado unos míos hace tiempo. Quién sabe —añadió besándola en la boca—, tal vez te equivocarás al decirme que nunca podría quitártelos como hizo Veronica

con Archer...

Theodora se rio en voz baja, pero no le devolvió el beso. Lionel se apartó un poco para mirarla con extrañeza. ¿Sería la presencia de la *mambo* lo que la inquietaba tanto?

—¿Qué te pasa? —preguntó con cierta preocupación—. ¿He dicho algo que te haya...?

—No es eso —le contestó Theodora, cogiéndole de la mano—. No me ocurre nada, no te preocupes. Es simplemente que... ¿no te has dado cuenta de dónde nos encontramos?

—En el pantano otra vez, como anoche. Pero no entiendo qué tiene de preocupante.

—Mira a tu alrededor, Lennox —dijo la *mambo* Alma de repente, abriendo los brazos como si quisiera abarcar con ellos el anillo de cipreses—. Mira... y dime qué ves.

A Lionel tanta teatralidad le parecía absurda, pero aun así hizo a regañadientes lo que la mujer le pedía. La luz que se filtraba por entre las copas de los árboles tenía una tonalidad verdosa de acuario que le recordó a la Casa de las Orquídeas de Oxford en la que se habían reunido con Theodora. Tardó un momento en comprender de qué hablaba la *mambo*: alrededor del pequeño claro, apenas visibles entre las raíces de los árboles, distinguió de repente unos extraños pedazos de madera clavados en el suelo. No había dos que tuvieran el mismo tamaño, y tampoco se parecían en el color; algunos estaban cubiertos por restos de pintura, pero la mayoría no llevaba señal alguna. Lionel arrugó un poco el entrecejo.

—¿Qué diantres significa esto? —dijo volviéndose hacia la *mambo*. Ethel se le había acercado en silencio, y su madre había colocado las manos cargadas de sortijas sobre los hombros de la niña—. No será... ¿no estaremos en un cementerio?

—Buena pregunta —contestó ella—. Supongo que en cierta manera es así, aunque no creo que hayáis visto ninguno como este en vuestros viajes. Aquí no descansa más que una persona. Lo que hay alrededor no son lápidas improvisadas con pedazos de madera.

—Ya me he fijado en que no tienen nada escrito, pero...

Las palabras murieron en la boca de Lionel cuando se dio cuenta de que en uno de los maderos sí se distinguían unas cuantas letras. Sin soltar la mano de Theodora, dio unos pasos en esa dirección, deteniéndose delante de lo que parecía ser el fragmento de una tabla que el agua había pulido y redondeado durante años, arrancando casi del todo la pintura que la cubría. Aun así fue capaz de distinguir el final de una palabra: «EFONE».

Y entonces lo comprendió por fin, y se quedó perplejo. Miró a la *mambo* Alma.

—Claro que es un cementerio. El lugar de enterramiento de un barco. ¡Lo que están custodiando en este lugar son los restos del *Perséfone* que el río ha devuelto a la orilla!

—Lo que el Mississippi ha querido entregarnos —asintió la mujer—. Lo demás sigue perteneciéndole, incluida la tripulación. Hay una fuerza poderosa que lo ancla al río y contra la que nosotros no somos capaces de luchar. Tratar de arrebatárselo sería el peor de los errores; no tiene más que pensar en lo que le pasó a ese muchacho de Vandeleur cuando se atrevió a bucear hasta el pecio del barco. Durante más de cuarenta años mi gente ha recorrido cada noche la ribera del Mississippi y ha traído a este lugar lo que ha encontrado durante sus paseos. Aquí, en el corazón del pantano, las *mambos* tratamos de canalizar nuestros poderes para calmar a las almas que se hundieron con el navío, pero no podríamos hacerlo sin la ayuda del resto del poblado. Nuestros rituales, nuestras salmodias, incluso nuestros amuletos... no valdrían nada sin no contáramos con su fe.

—Pues no parece que la fe de los suyos esté sirviendo de mucho. No sé si su magia habrá resultado útil en el pasado, pero no pudo evitar que el pobre John Reeves muriera a manos de esas criaturas, ni que anoche causaran estragos en el hotel del señor Archer.

—Si todo eso ha pasado pese a nuestros desvelos, Lennox... puedes hacerte una idea de cómo sería la situación en Vandeleur si nosotros no nos encontráramos aquí.

La voz de la *mambo* Alma de repente destilaba tanto cansancio que Lionel no se atrevió a hacer más comentarios. Fue recorriendo el perímetro del claro para examinar con más atención los despojos del *Perséfone*; vio un fragmento de madera astillado que seguramente perteneció a un mástil, unos pedazos de cuerdas colgados de las ramas más bajas, un asa procedente del timón manejado por Charles Édouard Delorme. Resultaba perturbador estar ante todo aquello, pero antes de que pudiera hablar Theodora susurró:

—Todavía no te has fijado en lo mejor... o en lo peor, según se mire. Date la vuelta.

Lionel obedeció, y al hacerlo estuvo a punto de dar un respingo. Había alguien más con ellos, medio oculto entre los árboles. Una mujer a la que hasta entonces no había visto más que en fotografías, con los pies hundidos en el suelo fangoso, como si se tratara de un ciprés más, y los brazos cruzados sobre el pecho. Lionel se acercó poco a poco a ella, incapaz de creer lo que estaba viendo.

—El mascarón de proa del *Perséfone* —dijo deteniéndose a sus pies. Casi le doblaba en altura—. ¿Cómo puede conservarse tan bien habiendo pasado medio siglo en el agua?

—En realidad solo fueron horas —contestó la *mambo* Alma en voz baja—. Esto fue lo primero que el río devolvió, el día siguiente al naufragio. Mi madre había estado de pie en la orilla, tratando de distinguir algo en el agua, de descubrir si algún marinero había logrado salvarse, y cuando estaba a punto de volver a su barraca... la vio flotando en el Mississippi, deslizándose poco a poco hacia la ribera como una sirena de madera.

—Por eso sigue teniendo restos de pintura —añadió Ethel.

—Viola Vandeleur —susurró Lionel. Estiró el cuello para tratar de distinguir mejor sus facciones, idénticas a la descripción que Veronica les había hecho de los retratos de la antigua propietaria de la plantación. Ethel tenía razón: los iris seguían siendo de un azul sobrecogedor, y los cabellos que revoloteaban en una brisa invisible, sujetos sobre la frente con una corona de hiedra, aún no habían perdido ni un ápice de su color.

—Es Viola Vandeleur por fuera —contestó la *mambo* con la mirada ensombrecida — y Muriel Vandeleur por dentro. Por tu propio bien, Lennox, te aconsejo que no te acerques demasiado a ella. No puedes hacerte una idea de la maldad que rodea a ese objeto.

Lionel había levantado una mano para colocarla sobre la granada, pero se detuvo antes de hacerlo. Theodora tiró de su brazo para que retrocediera sin dejar de observar el semblante de la escultura.

—Así que los diarios de Viola decían la verdad. Su hermana pequeña era capaz de realizar magia negra, y usted cree que de algún modo trasladó su esencia al mascarón.

—No era magia negra —contestó Ethel—. Era magia vudú. Muriel era una hechicera.

—Una aprendiz de hechicera, para ser más precisos —matizó su madre—. Tenía un potencial mayor que cualquier *mambo* que haya conocido en mi vida, pero carecía de lo más importante: un corazón en el que apoyarse. No había ni un resquicio de luz en ella.

—Antes ha dicho que su madre vivía en una barraca —intervino Theodora, dándole la espalda con recelo al mascarón—. ¿Era una de las esclavas de la plantación Vandeleur?

—Efectivamente. Se llamaba May Queen y era propiedad de Georges Vandeleur, el padre de Viola y de Muriel. Todos los negros de la zona la querían; muchos decían de ella que era una especie de hada madrina capaz de sanar cualquier herida y adivinar lo que les sucedería con solo mirarles a la cara. Además tenía un estatus del que carecía la mayor parte de los esclavos; en vez de trabajar en los campos de añil, lo hacía dentro de la casa como la primera doncella de la familia. Para Viola fue como una madre, y le dio más cariño que la propia Marie-Claire Vandeleur, que nunca le prestó la menor atención.

—May Queen —murmuró Theodora, y alzó la mirada hacia Lionel—. Ese nombre me suena de algo. ¿No aparecía en las entradas del diario que nos leyó el señor Saunders?

—Es probable —respondió él—, aunque no me acuerdo de lo que Viola decía de ella.

—Seguramente hablaría de cómo la ayudaba a curar a los enfermos —dijo la *mambo* Alma mientras echaba hacia atrás las borlas de su pañuelo—. Las recuerdo a las dos visitando las camas de aquellos que las necesitaban, poniéndoles paños empapados en la frente, ayudando a las comadronas en los partos con sus propias

manos... Para Georges y Marie-Claire, en cambio, mi madre no era más que una sierva como cualquier otra. Para Muriel no significaba nada... hasta el momento en que descubrió los poderes con los que contaba, y se dio cuenta de lo que podía llegar a hacer si obligaba a mi madre a enseñarle todo lo que había aprendido de la suya. En cuanto a Philippe, el hijo mayor...

—Era su padre —adivinó Theodora. La *mambo* Alma la miró con sorpresa, y Lionel también—. Me lo he imaginado desde que la vi por primera vez. Esos ojos azules no pueden proceder más que de los Vandeleur. Era poco probable que su madre pudiera relacionarse con más blancos aparte de los que vivían en la plantación, ¿me equivoco?

—No —admitió la *mambo* suavemente—, no te equivocas.

—¿De manera que Philippe Vandeleur tuvo amoríos con una de las sirvientas? —se asombró Lionel—. ¿Y sus padres qué le dijeron? ¿La reconocieron como una nieta suya?

—Puede que nunca lo descubrieran —comentó Theodora mirando a la mujer—. Te recuerdo que ambos murieron en la epidemia de fiebre amarilla de mil ochocientos cincuenta y tres. Pero Viola sí que debía de saberlo. Piensa en lo que escribió en su diario, el distanciamiento que tuvo con Philippe antes de que este también falleciera. ¿No te parece suficiente motivo el hecho de que dejara embarazada a una de sus protegidas sin reconocer después a su hija?

Se quedó callada al acordarse de que Ethel continuaba estando con ellos, aunque a su madre no parecía preocuparle lo que pudiera escuchar. Sacudió la cabeza con tristeza.

—Si solamente se tratara de eso, el asunto no habría sido tan grave. Pero mi madre no se quedó embarazada de Philippe Vandeleur por haber dejado que la condujera a su alcoba, como hacía siempre que le apetecía con las hijas de los trabajadores libres. Una madrugada, cuando volvió a la casa después de pasarse la noche bebiendo y jugando en el pueblo, se encontró con ella en las cocinas, ocupándose de sus tareas. Y allí mismo la arrinconó para forzarla, sin preocuparle cuánto pudiera gritar. ¿Quién iba a intervenir para ayudar a una esclava? ¿Otro de los esclavos, a los que seguramente darían la paliza de su vida por atacar a su señor? ¿El superintendente, que ni siquiera vivía en la propiedad?

—Viola tendría que haberlo hecho —dijo Theodora—. Si realmente May Queen era su amiga...

—Pero Viola no estaba en la casa esa noche —le explicó la *mambo* con amargura—. Se había ido a pasar unas semanas a Nueva Orleans con los De la Tour, una familia vecina.

—¿Y Muriel? ¿No movió ni un dedo para tratar de ayudarla?

—Muriel no habría movido un dedo más que para ayudarse a sí misma. No, mi pobre madre no pudo contar con más apoyo que el de los demás esclavos, quienes trataron de convencerla para que se lo contara a Viola. Era imposible que se tomaran

la justicia por su mano, pero probablemente a su protectora no le temblaría el pulso a la hora de plantar cara a un hermano por el que todos sabían que no sentía más que desprecio. Pero por entonces mi madre se había dado cuenta de que estaba embarazada, y se le ocurrió que quizá podría conseguir para mí un futuro mejor que el suyo. Fue a contarle a Philippe Vandeleur lo que había pasado, pidiéndole que cuando llegara el momento reconociera a su hijo y, si se parecía a su padre más que a su madre, lo ayudara a hacerse pasar por blanco en Nueva Orleans. Por supuesto, Philippe se echó a reír en la cara de mi madre, y le aseguró que si no le dejaba en paz la azotaría con su cinturón.

»Esto acabó con cualquier posibilidad de arreglar las cosas de manera civilizada. Furiosa por lo que le estaban haciendo y cediendo a la insistencia de los suyos, resolvió darle a Philippe su merecido sirviéndose de los mismos dones con los que normalmente sanaba a los enfermos. Que ella se dedicara a la vertiente más pura del vudú no quiere decir que no supiera cómo hacer daño cuando lo necesitaba, así que una noche, cuando los capataces y el superintendente se habían marchado ya a sus casas, mi madre hizo un muñeco de cera al que adhirió unos cabellos que Philippe había dejado en su ropa después de violarla. Con todos los esclavos salmodiando a su alrededor, puso el muñeco sobre la hoguera que ardía entre las barracas y comenzó a atravesarlo con un alfiler en el pecho, una y otra vez. Las mujeres que me narraron esta escena años más tarde me dijeron que nunca la habían visto así, como transfigurada por un deseo de venganza que no era capaz de reprimir. Pero cuando faltaba poco para que el muñeco se derritiera, mi madre dejó escapar un grito porque se había dado cuenta de que detrás de los esclavos acababa de aparecer una silueta vestida de blanco que la miraba en silencio.

»Al reconocer a Muriel pensó que sería su final. No habría forma de explicar qué estaban haciendo y confiar en que sus amos se mostraran clementes, por mucho que Viola quisiera intervenir en su favor. Pero para su sorpresa, Muriel no echó a correr para contarle a sus hermanos lo que acababa de presenciar. En lugar de eso, se quedó callada un largo rato, rodeada por los esclavos aterrorizados, hasta que le preguntó a mi madre si realmente lo que trataba de llevar a cabo le haría algún daño a Philippe.

»Antes de que ella saliera de su sorpresa, Muriel sonrió de una manera que hizo que a más de uno se le helara la sangre. Entonces se acercó a la hoguera y agarró con las dos manos el muñeco que estaba a punto de derretirse. Me dijeron que no hizo ningún gesto de dolor, pese al calor que desprendía, y que después se volvió hacia mi madre y le dijo con la mayor tranquilidad: “Si me enseñas todo lo que sabes hacer, me llevaré tu secreto a la tumba. Mi hermano no se enterará nunca de lo que querías urdir contra él. Pero si te niegas, te juro por mi alma que no pararé hasta conseguir que os desuelle vivos, a ti y a todos los demás. No es una elección difícil, ¿verdad?”. No tenía ni catorce años por aquel entonces. —La *mambo* sacudió de nuevo la cabeza, con más perplejidad que tristeza—. No era más que una niña, y ya resultaba más peligrosa que una serpiente. ¿Qué podía hacer mi madre más que obedecerla, si

de ello dependía tanto su vida como las de los demás?

—Así que May Queen se vio obligada a convertirse en su mentora —dijo Lionel sin poder reprimir una creciente inquietud. La mujer había tenido razón al decirles la noche anterior que aquel asunto era más turbio de lo que imaginaban—. Para su madre debió de ser muy doloroso hacer todo esto a espaldas de Viola, si realmente estaban tan unidas...

—Siempre me aseguré que eso era lo que hacía que se sintiera más culpable —corroboró la *mambo* Alma—. ¿Pero cómo podría haberse negado? No, Muriel la tenía atrapada en su telaraña, al igual que a los demás esclavos. Sin que Viola lo sospechara, se convirtió en el ama en las sombras, con tanto poder sobre ellos como su hermana mayor, aunque su poder no estaba basado más que en el miedo. Noche tras noche, mientras los Vandeleur dormían en sus camas, Muriel se escabullía hasta la barraca de mi madre para obligarla a compartir con ella todo lo que sabía. Absorbía sus conocimientos como una esponja absorbe la sangre, con un resplandor en la mirada que dejaba muy claro que no tardaría en poner en práctica todo lo que estaba aprendiendo. A nadie le sorprendió que Philippe cayera gravemente enfermo después de mantener una acalorada discusión con su hermana pequeña en la que acabó abofeteándola, ni que dos semanas más tarde se reuniera con sus padres en el panteón familiar. Ni que mi madre encontrara dentro de la chimenea del dormitorio de Muriel, mientras trataba de poner orden en aquel caos como cada mañana, los inconfundibles restos del muñeco de cera que se había llevado aquella primera noche y una docena de alfileres chamuscados. Ese es uno de los primeros recuerdos que aún conservo: el de mi madre entrando en nuestra barraca con las manos llenas de alfileres y las lágrimas corriéndole por la cara. «¿Qué es lo que he hecho?», me dijo en un susurro, mirándome con un horror que me hizo temblar. «¿Qué le he hecho al mundo?»

»La siguiente vez que la vi llorar, fue de alivio. Años más tarde, cuando Muriel ya estaba casada con el capitán Westerley y acababa de regresar a Vandeleur para pasar unas semanas en su antigua casa, desapareció una noche sin dejar rastro. No era algo extraño en ella, pero como tardaba tanto en volver, Viola no tuvo más remedio que pedir a los esclavos que la ayudaran a buscarla, aunque por entonces se habían distanciado tanto que ni siquiera se hablaban. Cuando encontraron su cuerpo en el pantano... —La *mambo* Alma guardó silencio unos instantes, respirando hondo mientras Ethel la miraba con atención—. Apenas parecía el cuerpo de un ser humano. Había caído en una de las ciénagas y los caimanes se habían dado un festín con él. Era un esqueleto sanguinolento envuelto en una mortaja de barro, pero los esclavos que la sacaron del agua le dijeron a mi madre más tarde que su mirada seguía siendo la misma. La mirada de un demonio.

Theodora no pudo evitar estremecerse, y Lionel la volvió a rodear con los brazos para acercarla más a él. Los dos se habían vuelto de nuevo hacia el silencioso mascarón.

—¿Pero qué había ido a hacer Muriel al pantano? ¿Querría encontrarse con

alguien?

—¿Con quién? No había nadie más en la propiedad aquella noche, nadie más que Viola, el capitán y los esclavos. Parecía que ese era el final de Muriel, pero mi madre no se quedó tranquila ni siquiera cuando los empleados de las pompas fúnebres se llevaron su cuerpo a Nueva Orleans para el entierro. «Esto podría acabar con alguien», recuerdo que me dijo ese día, «si no estuviera tan envenenado por el odio como ella. Esperemos un poco más para ver de qué es capaz. Temo que hasta la muerte le tenga miedo.»

—Y no se equivocaba —confirmó Theodora—. Meses más tarde, cuando su hermana estaba casada con el capitán Westerley y parecía que la vida por fin les sonreía, el *Perséfone* se hundió delante de la plantación. Y al mismo tiempo, la plantación ardió...

—Sí, y nadie con dos dedos de frente pensaría que se trató de una casualidad. Mi madre supo desde el primer momento que era cosa de Muriel. Que Muriel nunca había llegado a marcharse, que se había quedado anclada a los Westerley porque no había sido capaz de destruir el amor del capitán y Viola cuando aún estaba viva. Su espíritu lo siguió hasta el *Perséfone* cuando volvió a hacerse a la mar durante la guerra, y consiguió arrastrarle al fondo del Mississippi. Quería que fuera suyo, que estuvieran unidos para siempre. Y lo consiguió, porque incluso ahora, cuarenta y tres años más tarde, el capitán sigue atado a los restos del navío, al igual que su tripulación. Por culpa de la maldición de una mujer.

—Lo que no entiendo es cómo pudo prender fuego a la plantación. Si su espíritu, su fantasma, su aura de maldad, lo que fuera, se había hundido también en el Mississippi...

—¿Quién ha dicho que fuera Muriel quien provocó el incendio? —susurró la *mambo*.

Theodora y Lionel parecieron tan confundidos de repente que la mujer suspiró. Fue a sentarse encima de las raíces de uno de los árboles, y Ethel se acomodó en su regazo.

—Cuando el capitán se ahogó... Viola perdió lo que más amaba en el mundo. Con él desaparecieron sus sueños, sus esperanzas de futuro, sus ilusiones..., todo. Nunca olvidaré su cara mientras permanecía de pie en la ribera, observando impotente cómo el Mississippi se tragaba al *Perséfone*, centímetro a centímetro, sin devolver nada que ella pudiera enterrar. Nosotros también estábamos allí; mi madre le pedía en voz baja que la acompañara, que le dejara cuidar de ella, pero Viola ni siquiera la oía. Ya no quedaba nada en ella de la mujer a la que habíamos adorado. Entonces, de repente, se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, y todos la seguimos, porque teníamos miedo de que pudiera hacer una locura. Allí agarró una lámpara que ardía junto a la entrada y se nos quedó mirando en lo alto de la escalera que conducía al vestíbulo. «Marchaos», nos dijo, «ya nada os retiene en este lugar. Desde ahora sois hombres y mujeres libres. Marchaos de aquí antes de que sea demasiado tarde

también para vosotros.» Después entró en casa y cerró con llave la puerta, y nosotros simplemente nos quedamos de pie, sin dejar de mirarnos unos a otros. Nadie se atrevió a decir nada hasta que mi madre soltó un grito al darse cuenta de que a través de una de las ventanas del primer piso se distinguía la claridad anaranjada de un fuego, mucho más intensa que la que podría proceder de una chimenea. Viola había prendido fuego a las cortinas, habitación tras habitación, y luego se había sentado en el diván de la biblioteca a esperar a que la pira funeraria la devorara.

»Aquella fue la noche más larga que pasé en mi vida, pero cuando se hizo de día deseé que nunca se hubieran retirado las sombras. Apenas quedaba nada en pie de la casa: los muebles se habían convertido en cenizas que el viento arrastraba en remolinos hasta el Mississippi, las cortinas ondeaban en los marcos de las ventanas en un silencio sepulcral... y Viola yacía en el suelo, el cadáver de una mujer en el cadáver de una casa. Todavía sigo soñando a veces con mi madre arrodillada en el hollín, mirando en silencio aquella calavera que aún conservaba adheridos algunos mechones negros. No me lo dijo nunca, pero sé que se sentía culpable de lo ocurrido. Tal vez fue eso lo que la hizo convencer a los esclavos de que, aunque Viola nos hubiera liberado, teníamos una deuda con ella. No podía devolverla a la vida, pero podía ayudar a su alma a alcanzar la salvación sirviéndose de su magia, y también al capitán, y a la criatura que perdieron...

—Por eso May Queen decidió construir este poblado en el corazón del pantano —dijo Lionel paseando la mirada por el claro—. Para estar lo más cerca posible de la plantación sin que nadie se diera cuenta, y para velar en este lugar por los despojos del *Perséfone* devueltos por el río. Y por eso han seguido visitando a Viola desde entonces. —Lionel miró a la pequeña—. Cuando te encontramos en Nueva Orleans llevabas violetas a su tumba.

—Mi abuela siempre me decía que a Viola le habían gustado mucho —asintió Ethel.

—Pero su hija es más blanca que usted —se sorprendió Theodora, mirando de nuevo a la *mambo* Alma—. Si su padre no era un antiguo esclavo, ¿por qué vive también aquí?

—Él nunca ha vivido aquí —contestó la *mambo* con una triste sonrisa—. Ni siquiera sabe que este poblado existe. Es profesor en la Universidad de Loyola; hubo un tiempo en que estuve a punto de confesarle la verdad, pero mi madre me convenció de que no lo hiciera. Decía que no entendería la razón de ser de nuestro sacrificio... y tenía razón.

—Pero Ethel podría tener una vida muy distinta. ¿No cree que ya han hecho bastante por Viola Vandeleur? ¿Hasta cuándo van a seguir velando por su familia?

—Nosotros escogimos el pantano libremente —repitió la *mambo*, tal como había dicho Boy la noche anterior—. Mientras exista una *mambo* en este lugar, habrá una posibilidad de impedir que Muriel se salga con la suya. Mi madre nunca se perdonaría a sí misma traicionar de nuevo a Viola, y sé que tampoco me perdonaría a

mí si lo hiciera. Antes les he dicho que en este claro no hay enterrada más que una persona. —Y agachó la cabeza para contemplar la hierba que crecía entre los cipreses, rodeada por los restos del *Perséfone*—. Muchos de los que viven aquí piensan que es la fuerza de May Queen la que consigue neutralizar a Muriel incluso hoy en día, estando muertas las dos. No sé si será cierto; lo único que sé es que en su momento hicimos una elección, y nada nos hará cambiar de idea. Viola nos dio antes de morir la libertad para escoger por nosotros mismos. Y la escogimos a ella.

—¿Hasta cuándo piensan tenernos esperando como unos idiotas? —se enfureció Veronica, no por primera vez aquella tarde—. ¡Llevamos horas sentados aquí sin que nos den una explicación! ¡Entiendo que la policía tenga que hacer su trabajo, pero aun así...!

—Ten un poco más de paciencia —le recomendó su tío, removiéndose en la butaca de mimbre para tratar de ponerse más cómodo—. Es su obligación asegurarse de que no dejan ni un rincón de la propiedad sin registrar, incluidas las habitaciones de los clientes.

—Me parece estupendo, pero pensé que después de interrogarnos les había quedado claro que no tuvimos nada que ver con los asesinatos. ¿Qué esperan encontrar en mi dormitorio? ¿Las joyas de la difunta lady Hallward-Fraser entre mis carboncillos?

Después de comer la policía había acordonado el segundo piso del hotel, de modo que a los clientes no les quedó más remedio que esperar a que les dieran permiso para regresar a sus cuartos. Alexander, Veronica y Oliver se habían sentado en compañía de algunos invitados de la boda en el comedor del primer piso, donde fueron atendidos por unos camareros casi tan pálidos como sus uniformes. En toda la casa se respiraba una vaga inquietud; nadie se atrevía a levantar demasiado la voz, con lo que el ambiente del hotel hacía pensar en el de un velatorio. Por entre las columnas del porche se distinguían los mástiles del *Perséfone*, ahora completamente a flote. En aquel momento estaba varado al lado del embarcadero para espanto de los vecinos de Vandeleur, que aún no podían creer lo que estaba pasando a escasos metros de sus casas.

Mientras observaba tremolar a lo lejos los jirones de velamen que el sol empezaba a secar, Alexander se acordó una vez más de Charles Édouard Delorme. Seguramente lo enterrarían aquella misma tarde, aunque con todo lo que estaba pasando en el hotel no era probable que les permitieran asistir a la ceremonia.

—¡Ah, ya era hora! —oyó decir a su sobrina de repente, y al volverse se encontró con que dos agentes de policía acababan de entrar en el comedor. A juzgar por lo sombrío de sus expresiones, la investigación aún no había arrojado mucha luz—. Empezaba a preguntarme si no querrían tenernos secuestrados en este lugar para siempre.

—Sentimos causarles tantas molestias —contestó uno de los agentes—, pero comprenderán que con lo que ha pasado no nos quedaba más remedio que inspeccionar el edificio por completo. Por suerte para ustedes hemos dado por finalizado el registro de las habitaciones, así que pueden tomar posesión de ellas de nuevo.

Un matrimonio sentado a la mesa de al lado dejó escapar un suspiro de alivio y se incorporó para abandonar el comedor. Un caballero malencarado, que debía de haber

fumado una docena de cigarrillos desde que los ingleses se instalaron en la sala, también se dirigió hacia la salida sin dirigir una sola mirada a los agentes. Alexander estaba a punto de hacer lo mismo cuando el policía que llevaba la voz cantante se acercó a ellos.

—¿Son ustedes los señores Quills y Saunders, y la señorita Quills? —les preguntó mientras metía una mano dentro del uniforme para sacar un puñado de sobres—. Me imagino que les parecerá bastante indiscreto por nuestra parte, pero esta mañana nos vimos en la obligación de requisar esto. El inspector jefe nos pidió que revisáramos la correspondencia depositada en la recepción para averiguar si había algo revelador en ella.

—¿Qué es esto? —quiso saber el profesor, sorprendido—. ¿Estas cartas son nuestras?

—Llevan el remitente de dos de ustedes, pero antes de que me lo pregunten —añadió el agente cuando vio que Veronica iba a poner el grito en el cielo— les aseguro que no hemos violado su privacidad por considerarles sospechosos del asesinato del conde de Berwick y lady Hallward-Fraser. Hemos hecho lo mismo con todos los sobres que nos entregaron.

—Esto sí que resulta increíble —resopló Veronica—. ¿Es que los criminales de hoy en día se dedican a escribir cartas a sus abuelitas contándoles lo que están a punto de hacer?

—Le sorprendería saber la cantidad de cosas que uno puede encontrar rebuscando en los lugares más intrascendentes —respondió el policía con el ceño fruncido mientras su compañero trataba de sofocar una sonrisa—. En fin, supongo que no hay más que añadir. Cuando esto acabe podrán volver a entregar sus cartas para que las envíen.

—A este paso no saldrán hacia Oxford antes de la próxima Nochebuena —murmuró Veronica después de que los agentes se despidieran. Entonces se volvió hacia Oliver, que se había puesto muy rojo—. ¿Qué pasa ahora? —preguntó la muchacha, aunque no tardó en entenderlo—. Oh, ¿al famoso escritor Oliver Saunders le avergüenza que la policía se lo pasara en grande leyendo las efusiones amorosas que seguramente dedicaba a su musa?

—No pienso salir de mi habitación hasta que esos agentes se hayan marchado —dijo Oliver en un susurro que hizo reírse a Veronica—. Es la mayor humillación de mi vida...

—¿Cuántas cartas le has escrito a Ailish desde que nos instalamos en el hotel? —se sorprendió Alexander mirando el montón de sobres que su amigo sostenía en las manos.

—Cuatro —confesó Oliver, y se encogió de hombros—. Sé que le encanta recibirlas.

—Pero si le cuentas lo que haces día tras día, no tendréis de qué hablar cuando por fin estéis juntos de nuevo —exclamó Veronica mientras su tío recogía las cartas

con una sonrisa comprensiva—. Aunque sabiendo como sois, seguramente os entretendríais con...

—Oliver, aquí hay más cartas aparte de las tuyas —advirtió Alexander de repente, y Veronica se quedó callada. El profesor le dio la vuelta a la última, extrañado—. Esta es de la señorita Stirling, y está dirigida al príncipe Dragomirásky. Me imagino que la dejaría en recepción ayer por la mañana, antes de subir a desayunar con... — Alexander dejó de hablar cuando Veronica le arrebató la carta—. Un momento, ¿qué piensas hacer con eso?

—Me parece que salta a la vista —replicó su sobrina. Sacó el contenido del sobre: una delgada hoja doblada por la mitad y, para asombro de Oliver y de su tío, una pequeña fotografía de color sepia—. Esto sí que es curioso —siguió diciendo—. Mirad...

—Veronica, no deberías hacer eso —le advirtió Oliver un poco alarmado—. ¿No te dijeron nunca de pequeña que no es de buena educación espiar el correo de los demás?

La joven no se dio por aludida. Seguía mirando con interés la fotografía, que parecía haber sido tomada en una galería de arte o un museo. En ella se veía un retrato muy antiguo, a juzgar por la rigidez del caballero de larga melena rubia ataviado con armadura al que representaba. Veronica dejó la fotografía en manos de su tío y procedió a desplegar la carta.

—Esto no me gusta nada. ¿Qué piensas contarle a la señorita Stirling si se entera de lo que has hecho? —preguntó Oliver.

—Que fue la policía la que abrió el sobre, y en el fondo no estaría diciendo más que la verdad, ¿no? Ya os he repetido varias veces que no me fío de esa mujer. En todo este asunto del *Perséfone* debe de haber más intereses en juego para ella. — Veronica salió al porche con la carta para que le diera la luz, y comenzó a leer en voz baja—. *Uram: A pár sort hogy egyszer mondom...* Esto debe de ser húngaro. No entiendo nada de lo que dice.

—Trae eso —suspiró Oliver, cogiendo la hoja manuscrita—. No vas a quedarte tranquila hasta descubrir de qué habla, así que mejor acabamos cuanto antes.

Apoyó la espalda en una de las columnas del porche antes de empezar a traducir:

Mi señor:

Unas breves líneas para confirmaros que todo salió según lo previsto en Edimburgo, como os adelanté en el telegrama enviado ayer por la tarde desde Nueva Orleans. Sir Tristan Montrose ha sido más fácil de persuadir de lo que imaginábamos, aunque no creo que sus parientes se muestren tan comprensivos si algún día descubren que lo que tienen colgado sobre la chimenea del salón de su castillo no es más que una reproducción excepcionalmente bien hecha. Tampoco se puede decir que el joven Montrose me hiciera demasiadas preguntas; me parece que durante los tres días que pasé alojada en su hogar, lo último que se le pasaba por la cabeza era la razón de ser de nuestro gran interés por una de las piezas más polvorientas de la colección de su familia. Algo me dice que, con tal de seguir teniéndome cerca, me habría cambiado hasta su propia partida de nacimiento por una copia.

Hice que enviaran el retrato al taller parisino de Lefèvre, donde lo limpiarán a fondo antes de hacéroslo llegar. Me imagino que cuando regrese a Budapest lo encontraré esperándome en el palacio. Tenéis motivos para estar satisfecho; nada logra marchitar vuestra apostura.

Espero tener pronto novedades sobre el *Perséfone*. Hasta a vos os maravillaría lo perspicaces que son nuestros amigos ingleses.

Vuestra, mientras me quede aliento,

DORA

—¿Dora? —se extrañó Veronica, cogiendo de nuevo la carta—. ¿Quién puede ser esa?

—Seguramente no se trate más que de un apodo que le ha puesto su patrón —comentó Oliver, encogiéndose de hombros—. La letra es la de la señorita Stirling, desde luego, aunque nunca había oído que a una Margaret se la apodara Dora.

—Ese pobre sir Tristan Montrose se llevó la peor parte, al parecer. Seguramente se dejaría enredar por ella para que aceptara entregarle el retrato de la fotografía sin que su familia lo supiera —bufó Veronica, sacudiendo la cabeza—. Uno de los cientos, puede que miles, de antecesores que ha tenido Lionel. Todavía me cuesta creer que esté tan ciego.

Alexander no contestó. Seguía mirando con atención el retrato, que parecía haber sido pintado sobre tabla. El caballero representado, que rondaría la veintena, le devolvió la mirada con unos ojos grises que el profesor ya había visto antes. La melena peinada hacia atrás era tan rubia que casi se confundía con la capa de pieles blancas que recubría parte de la armadura. Daba la impresión de estar ataviado para partir rumbo a una batalla.

—Lo que más me extraña —siguió diciendo Veronica— es eso de «nada logra marchitar vuestra apostura». ¿Qué tiene que ver este cuadro con el patrón de la señorita Stirling?

—Es el retrato de un antepasado del príncipe Konstantin —dijo en voz baja su tío, y señaló con el dedo una inscripción en grandes caracteres góticos que recorría la parte inferior de la tabla—. Este caballero se llamaba Adorján Dragomirásky. Según lo que pone en el retrato, murió hace muchos siglos, en mil quinientos treinta.

—Bueno, supongo que tiene sentido que quisiera hacerse con esta obra, teniendo tanta relación con su familia —comentó Oliver—. Aunque tuviera que pedir a su mano derecha que se sirviera de sus encantos para convencer a los actuales propietarios.

«También es idéntico al retrato de László Dragomirásky que me enseñaron hace dos años en Irlanda», pensó Alexander, aunque antes de que pudiera decir nada oyeron el eco de unos pasos que se acercaban por el corredor y una voz muy familiar. Veronica se apresuró a quitarle a su tío la fotografía y a esconderla con la carta a sus espaldas justo cuando Lionel y Theodora entraban en el comedor. Los dos se detuvieron al encontrarles allí; y para sorpresa de los demás, iban cogidos de la mano.

—Mira esto —comentó Lionel con una sonrisa—. ¡Tenemos un comité de bienvenida!

—Debo de estar soñando ahora mismo —declaró Veronica mirando de arriba

abajo a Theodora, que todavía llevaba puestos los pantalones rojos—. De todas las cosas sobrenaturales con las que nos hemos topado, me parece que esta se lleva la palma...

—Solo son unos pantalones, señorita Quills —repuso Theodora con malicia—. Juraría que se encuentra bastante familiarizada con esta prenda, según nos contó usted misma.

Lionel se rio entre dientes. Alexander se acercó al umbral del comedor para cerrar las grandes puertas vidrieras de manera que nadie más pudiera escuchar su conversación.

—¿Dónde se supone que habéis estado? —les preguntó después en un susurro que no conseguía disimular su enfado—. ¿A quién se le ocurre marcharse detrás de esos seres en plena noche? Os hemos buscado por todas partes temiendo que también...

—Vaya, me alegra comprobar que no podéis pasaros sin nosotros —comentó Lionel.

—Sentimos haber desaparecido de esa manera, profesor —aseguró Theodora—, pero estábamos demasiado cerca de los asesinos para quedarnos de brazos cruzados. Cuando vimos que se dirigían al pantano, nos apresuramos a seguirlos por los jardines del hotel.

—Sí, eso lo vi con mis propios ojos —dijo Oliver—. Además la policía encontró entre los arbustos una diadema que algunos testigos reconocieron como suya, señorita Stirling.

—Cierto, la diadema... ¡Ni siquiera me había dado cuenta de que la había perdido!

A Veronica se le abrieron aún más los ojos al oír aquello. Su tío prosiguió:

—Me parece admirable que quisierais atrapar a esos seres, pero sigo sin entender por qué no regresasteis al hotel al perderles la pista. Sabéis tan bien como yo que el pantano es realmente traicionero, sobre todo para las personas que nunca lo han pisado. ¿Cómo se os ocurrió adentraros los dos solos en él? ¿Ha sido allí donde habéis pasado la noche?

—Ya veo que no te conformarás con una explicación breve —suspiró Lionel—. Creo que será mejor que os contemos toda la historia, por muy increíble que pueda pareceros.

Durante la siguiente media hora Theodora y él les relataron su aventura. El estupor del profesor no hizo más que crecer cuando les hablaron de la *mambo* Alma y del extraño círculo mágico que había creado sobre la tumba de May Queen para proteger a las almas en pena ancladas a los restos del navío.

—De manera —dijo Alexander en voz baja cuando acabaron— que eso fue lo que pasó con el mascarón de proa del *Perséfone*. La corriente lo arrastró hasta la ribera, donde lo encontraron los antiguos esclavos, y durante todo este tiempo ha estado en el pantano...

—Hasta esta mañana, para ser exactos —corrigió Lionel—. Ahora lo tenemos nosotros.

—Cuando la *mambo* terminó de contarnos su historia —siguió diciendo Theodora ante sus expresiones de desconcierto— nos dijo que parte de su labor había concluido, y que nosotros teníamos que hacernos cargo del mascarón. Ni Lionel ni yo entendimos qué quería decir con eso, pero finalmente accedimos. Hizo que algunos de los habitantes del poblado envolvieran la escultura en unas mantas y la transportaran en canoa con nosotros hasta los límites del pantano. Allí la hemos dejado de momento, medio escondida entre los cipreses; nadie que se acercara desde el hotel conseguiría dar con ella.

—Pero la verdad es que estamos tan confundidos como vosotros —reconoció Lionel encogiéndose de hombros—. ¿De qué nos va a servir una parte del *Perséfone* si el resto del barco continúa sumergido en el Mississippi? Puede que resulte interesante tratar de investigar si realmente esa escultura destila energías negativas, pero aunque fuera así...

Se calló de repente cuando Alexander, Oliver y Veronica se miraron entre sí de un modo bastante inquietante. Theodora también se dio cuenta de que pasaba algo raro.

—Esas caras no presagian nada bueno. ¿Ha ocurrido algo más en nuestra ausencia?

—Creía que lo habríais descubierto al regresar —dijo Alexander—. La gente no hace más que hablar del tema, incluso teniendo en cuenta los dos asesinatos cometidos anoche en este lugar. Me imagino que lo mejor será que lo veáis vosotros mismos. —Y alargó una mano hacia el porche sumido en la penumbra—. El mascarón no es lo único devuelto por el Mississippi.

Lionel frunció el ceño sin comprender nada. Theodora se apartó en silencio de su lado para acercarse al porche. La noche estaba a punto de caer sobre la propiedad y las sombras empezaban a ser tan densas que apenas se distinguía el río. Pero aun así, tras unos segundos de inspección, la joven reparó en los mástiles oblicuos que se inclinaban sobre el agua, y en la cubierta que hacía pensar en el caparazón vacío de una enorme tortuga. Un grito ahogado escapó de su boca, aunque lo acalló antes de que los policías que seguían merodeando por la escalera principal pudieran percatarse de lo que sucedía sobre ellos.

—¿Eso de ahí es... el *Perséfone*? —consiguió articular Lionel, colocando las manos en la balaustrada en la que se había apoyado Theodora, tan perplejo como ella—. Pero esto no tiene ningún sentido. El barco estaba encallado en el lecho del río. Nadie había sido capaz de moverlo en casi medio siglo. ¿Cómo ha podido salir de nuevo a la superficie?

—No lo ha hecho él solito, si es lo que estás pensando —contestó Veronica—. Ha sido cosa de tres vapores que se han pasado la mañana tirando de él. Tratamos de hablar con el responsable de la operación, pero era un mentecato que no nos hizo el menor caso...

—Tiene que haber alguien detrás de esto, entonces. ¡No puede ser una casualidad que precisamente ahora, cuando empezamos a comprender lo que pasó en este lugar, un desconocido decida hacerse con el barco antes de que conozcamos el resto de la historia!

Lionel se dio cuenta de que Theodora se había puesto pálida, y de que la mano que apretaba contra su boca temblaba. No le costó demasiado imaginar el motivo: aquello trastocaba por completo los planes de su patrón. Alexander también debió de pensarlo.

—Lo hemos hablado esta mañana, señorita Stirling, y creemos que sería prudente ponernos en contacto cuanto antes con el príncipe Dragomirásky. Después de invertir tanto en este viaje, sería una auténtica lástima, tanto para nosotros como para él, que todos nuestros esfuerzos cayeran en saco roto. Tal vez si hablara con la persona que está detrás de esto, y le hiciera una oferta tentadora a cambio de quedarse con el barco...

—Sí —murmuró Theodora, aún aturdida—. Supongo que... que será lo más adecuado.

—Ahora entiendo lo que pretendía la *mambo* Alma entregándonos el mascarón —dijo Lionel en voz baja—. Ella debía de saber gracias a sus visiones que el *Perséfone* había abandonado el lecho del río. Puede que lo que tengamos que hacer..., aunque parezca absurdo, lo reconozco..., sea reunirlos de nuevo a los dos. Al mascarón y al barco al que perteneció.

—¿Crees que serviría de algo? —preguntó Veronica con escepticismo—. ¿Que podría cambiar las cosas, o ayudar a la tripulación a alcanzar la paz? Ese mascarón fue lo que hizo perder el juicio al capitán Westerley, según lo que nos contó el señor Rice. Y por eso lo arrancó de la proa, sin importarle lo que pudieran echarle en cara sus hombres...

—¿El capitán arrancó el mascarón del barco? —se sorprendió Lionel—. ¿También él comprendió que tenía algo que ver con su primera esposa? ¿Cuándo habéis visto a Rice?

—No lo hemos hecho —le contestó Alexander con tristeza—, ni lo volveremos a hacer. Charles Rice, o Charles Édouard Delorme, murió esta madrugada. No pudo soportar la idea de tener que enfrentarse al peor de sus recuerdos, así que se entregó al Mississippi para que su fin fuera el mismo que el de sus compañeros.

—Pero antes nos escribió una carta —continuó Oliver— en la que nos explicaba que abandonó el timón del barco antes de que se hundiera, y que desde entonces se sintió abrumado por la culpa. Y también lo que hizo el capitán para tratar de librarse de Muriel.

Esto dejó a Lionel sin palabras. Mientras hablaban, el sol se había puesto detrás de las copas de los árboles y la oscuridad se había apoderado por completo de los jardines de la propiedad, haciendo que el *Perséfone* desapareciera de nuevo en la noche.

—La verdad —suspiró Alexander pasados unos segundos— es que lo único que parece tener sentido ahora mismo es lo que ha propuesto Lionel. No hay ninguna garantía de que sirva de algo, pero si os han entregado el mascarón tiene que haber sido por alguna razón.

—Esperaremos a que sea noche cerrada para recuperarlo —propuso Oliver—. Si lo habéis escondido en los límites del pantano, podemos adentrarnos un poco en él para rodear la propiedad hasta Vandeleur sin tener que escalar la verja. Así no correremos el riesgo de que la policía se dé cuenta de lo que hacemos, aunque en teoría todos estamos fuera de sospecha. Me imagino que tendréis que someteros también a un interrogatorio.

Lionel asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Oliver se percató de que seguía mirando a Theodora, así que les hizo un gesto a los Quills para que se marcharan con él. Cuando se quedaron solos, Lionel se acercó más a la joven para envolverla en un abrazo.

—Vamos, no te preocupes tanto —le dijo al oído, hundiendo la cara en su pelo—. Por lo menos nosotros seguimos estando vivos. Lo siento mucho por el pobre Rice, pero me importa más nuestra salud que la suya. Dentro de unos días esta locura habrá acabado...

—Esta locura no acabará tan fácilmente como crees —susurró Theodora—. Puede que nunca lo haga y que en el fondo estemos tan condenados como la tripulación del barco.

Entonces, como si saliera de un estado hipnótico, agachó la cabeza y se encontró con los brazos de Lionel a su alrededor. Se revolvió silenciosamente para que la soltara.

—Será mejor que suba a descansar a mi habitación. Me siento realmente agotada.

—Espera un momento. —Lionel la agarró por un brazo antes de que se alejase—. ¿Qué demonios te pasa conmigo esta noche? He tocado témpanos de hielo más cálidos que tú.

—Lionel, no me vengas con reclamaciones precisamente ahora. Acabo de decirte que estoy muy cansada, que este asunto del *Perséfone* me tiene harta y que lo que más deseo ahora mismo es echarme en mi cama. No es pedir demasiado, ¿no crees?

—Anoche los dos estábamos cansados, y eso no te impidió comportarte conmigo de una forma muy distinta —le echó en cara Lionel sin dejar de mirarla a los ojos. ¿Qué era lo que acababa de anidar en ellos? ¿Miedo?—. Sé que te preocupa algo de lo que hemos estado hablando —siguió diciendo—. Estás muy tensa.

—Tal vez no lo estaría si me soltaras antes de que alguien nos pueda ver. Esto no es el pantano... y hay demasiados ojos a nuestro alrededor. Lo sabes tan bien como yo.

Aquello le dolió a Lionel más que una bofetada. Increíblemente, dejó de aferrar su brazo sin darse cuenta, y Theodora alisó la manga de su camisa procurando no mirarle a los ojos.

—Tienes que estar de broma —susurró él—. Después de... de lo que pasó anoche entre los dos, y de todo lo que hablamos... no puedes pretender que vuelva a comportarme como si nada hubiera cambiado, como si no significaras nada para mí...

—Pero debes hacerlo —contestó Theodora en el mismo tono—. Y yo... yo también debo hacerlo, Lionel. Sé lo que estoy diciendo: será lo más sensato, al menos por el momento.

—¿Y hasta cuándo quieres representar esta farsa? ¿Hasta que deje de avergonzarte que los demás se den cuenta de que te has entregado a un hombre sin títulos ni fortuna?

Esta vez fue ella la que se enfureció. Sus ojos negros estaban llenos de reproche.

—Sabía que no lo entenderías. Para ti lo único que realmente importa es que la gente se entere de que anoche tuvimos algo más que palabras. No te preocupan los problemas a los que seguramente tenga que enfrentarme, ni mi sentimiento de culpa ahora mismo...

—¿Sentimiento de culpa? —dejó escapar él—. ¿Solo he sido una equivocación para ti?

Theodora iba a responder, pero algo en la expresión de Lionel la hizo quedarse callada. Sacudió la cabeza con desaliento mientras se alejaba hacia la puerta. Él la siguió en silencio con la mirada, sintiendo cómo el estómago se le inundaba de hiel.

—No te pido más que unas horas —susurró la joven con la mano en el pomo de la puerta—. Ahora no puedo explicarte lo que sucede. Hay demasiadas cosas en juego.

—Por supuesto —contestó Lionel en un hilo de voz—. Cosas realmente importantes, no como lo nuestro.

Al oír esto el dolor resultó aún más evidente en los ojos de ella, pero en vez de contestarle se fue del comedor como una sombra, dejando a Lionel entre unas paredes que de repente parecían representar el paisaje más desolador del mundo.

Oliver no se equivocaba al decirles que la policía estaría muy interesada en saber dónde se habían metido después de que el conde de Berwick y lady Hallward-Fraser fueran asesinados. Durante casi una hora Lionel fue sometido a un interrogatorio similar al de sus amigos por parte del inspector jefe, y después sucedió lo mismo con Theodora, a pesar de que, tal como habían imaginado los demás, los rumores sobre lo que habían estado haciendo en el momento en que los asesinos irrumpieron en el salón de baile los dejaban libres de toda sospecha. Tuvieron que asegurarles que los habían seguido hasta el pantano y que después se habían extraviado en él, sin conseguir encontrar el camino de vuelta hasta el día siguiente. No pareció que el inspector se creyera del todo su extraña historia, pero por una vez a Lionel le daban lo mismo los problemas que pudiera buscarse por tratar de engañar a las autoridades. Harto de dar vueltas de un lado a otro de su habitación, acabó saliendo del hotel antes de la hora a la que habían acordado reunirse en la trasera del edificio. La medianoche había quedado muy atrás y las estrellas hacían relucir como una cinta de plata el sendero que se puso a recorrer con las manos en los bolsillos.

En la penumbra las siluetas de los robles resultaban mucho más ominosas, pero Lionel se sentía en aquellos momentos ajeno a cualquier preocupación que no tuviera que ver con la que danzaba en su cabeza. Avanzó en silencio hasta alcanzar la verja del hotel, que los policías habían cerrado con pesados candados de hierro. Entre los barrotes, asomando como periscopios sobre los tejados de las cabañas, los mástiles del *Perséfone* le sirvieron de nuevo de recordatorio de lo que los había conducido allí.

Sus pensamientos eran tan sombríos como el Mississippi en aquel instante. Apoyó la frente en los barrotes, cerrando los ojos unos segundos, hasta que un repentino sonido le llamó la atención: el eco de unos pasos acompañado por el susurro de una tela sobre la gravilla. Supo que se trataba de ella antes de volverse. De nuevo llevaba el pelo recogido y uno de sus elegantes vestidos de siempre, negro con bordados plateados que representaban un paisaje lunar japonés. Lionel se obligó a respirar hondo.

—No deberías haber venido. Dos personas llaman más la atención que una sola, y si la policía nos ve desde alguna ventana, nuestra excursión nocturna puede irse al traste.

¿Realmente había pasado solo un día desde que la rodeó con sus brazos en aquel mismo sendero para hacerla bailar entre risas?

—Estaba esperando entre los rosales cuando te vi salir de la casa —dijo Theodora al estar más cerca de él—. Pensé que sería un buen momento para que hablásemos a solas, si es que aún quieres hacerlo...

—Déjame que lo piense: ¿necesito saber si le pasa algo a una mujer que una noche se duerme en mis brazos y al día siguiente me da a entender que le traigo sin cuidado?

Theodora suspiró como pidiéndole paciencia al cielo.

—Veo que has regresado a tus colores sombríos —continuó Lionel, señalando su vestido—. ¿Vas a pedirme que te llame de nuevo «señorita Stirling»?

—No digas tonterías —repuso la joven—. No te he seguido para discutir contigo, sino para tratar de aclarar las cosas. Sé que no me comporté bien hace unas horas, cuando me marché a mi habitación sin darte explicaciones. La aparición del *Perséfone* fue algo inesperado, y en ese momento solo podía pensar en... en lo que tendré que explicarle a mi patrón en mi próxima carta. Pero ahora no quiero hablar de eso.

—¿Piensas decirme entonces qué he hecho para decepcionarte tanto?

—Lionel, esto no tiene nada que ver contigo. Me temo que el problema es solo mío, por mucho que haya tratado de convencerme de que acabaría dando con una solución.

Parecía realmente abatida, apretando los brazos contra su pecho como si estuviera aterida de frío. Durante unos segundos guardaron silencio, hasta que Theodora susurró:

—Voy a casarme con el príncipe Dragomirásky. —Lionel ni siquiera parpadeó. Solo siguió mirándola, tan fijamente que la joven tragó saliva—. ¿No piensas contestar nada?

—Supongo que «enhorabuena» sería lo correcto —contestó Lionel en un hilo de voz.

—Sabes perfectamente a qué me refiero. Estas últimas horas han sido... han sido una agonía para mí. No hacía más que pensar en que tenía que contarte la verdad, en que te habías ganado el derecho a saberlo, pero con todo lo que está pasando...

—Enhorabuena, en serio. Esto será la guinda que coronará tu pastel. Vas a ser una princesa dentro de poco. ¡La esposa de uno de los hombres más adinerados de Europa!

—Lo dices como si se tratara de algo que hubiera perseguido —susurró ella.

—¿Y no ha sido así? ¿Pretendes que me crea que tu adorado patrón se te declaró y tú te permitiste el lujo de hacerte de rogar? Por supuesto, no sé ni cómo se me ocurre que a Margaret Elizabeth Stirling podría agradaarle la perspectiva de pasarse el resto de su vida envuelta en terciopelos, engalanada con joyas y viajando de un palacio a otro...

La rabia que subía poco a poco por su pecho casi le hacía atragantarse. Theodora le miraba mientras tanto con una expresión mezcla de rencor y de profundo pesar.

—No sé qué le agradaría a Margaret Elizabeth Stirling —le contestó por fin—, pero sé que no es una decisión que haya tomado Theodora. Solo es lo que se espera de ella.

—¿Cómo puedes ser tan cínica? —estalló Lionel de repente—. ¿Te atreves a mirarme a los ojos y decirme que estás muy apesadumbrada por lo que va a suceder entre vosotros dos? ¿Realmente me consideras tan imbécil como para creerme esa

patraña?

—Ah, ya veo que aún sigo pareciéndote una zorra manipuladora. Para ti todo lo que hago obedece a un plan, ¿verdad?

Aunque estaba enfadada su voz seguía conteniendo más dolor que ira. Lionel abrió la boca para lanzarle otra pulla, pero se quedó callado al reparar en algo que antes no le había llamado la atención. Nadie que la hubiera escuchado decir «voy a casarme con el príncipe Dragomirásky» habría deducido por su tono de voz que se sentía más dichosa que lady Lillian ante la perspectiva de su boda con Archer.

—Tú no estás enamorada de ese crío. Lo estuviste de su padre, el príncipe László, cuando eras una niña. Y por eso te estás obligando a ti misma a aceptarle...

—Ya te dije cuando me seguiste por Nueva Orleans que no tienes ni idea de lo que sucede con los Dragomirásky —replicó Theodora—. Lo que me une a Su Alteza Real es... es mucho más fuerte de lo que piensas, Lionel. Es una deuda de vida.

—¿Cómo que una deuda de vida? ¿Qué puede haber hecho por ti esa dinastía para que aceptes sacrificar tu propia felicidad por lealtad a ellos?

—Todo —contestó ella a media voz—. Antes de que el príncipe László diera conmigo, no era nada... menos que nada. Me compró hace veinte años en el mercado de esclavos de Antalya, en Turquía —añadió al reparar en la confusión de Lionel—. Apareció de repente en el puesto de mi amo con su esposa, lady Almina, pero nuestro encuentro no fue una casualidad: venían buscándome porque lady Almina me había visto en sus sueños. El príncipe László pagó quinientas monedas por mí, una fortuna teniendo en cuenta que solo era una chiquilla. Lo hizo porque su esposa le había dicho que sería una pieza clave en su futuro, y desde entonces se encargó de que no me faltara nada y de que recibiera la formación necesaria para que algún día, cuando su heredero se hubiera convertido en un adulto, me desposara como había hecho él con lady Almina. Fue ella quien me lo contó antes de morir, a los pies de la tumba de su esposo. Tengo que darle un hijo varón algún día, Lionel. Esa es mi parte del acuerdo.

—No puedo creer nada de lo que oigo —exclamó Lionel sacudiendo la cabeza—. ¡Hace casi un siglo que la esclavitud fue abolida en Europa! ¡Por mucho que pagara por ti, no eres de su propiedad!

—Siempre seré de su propiedad. Juré por mi alma que mientras me quedara aliento obedecería a los Dragomirásky. No podré dejar de hacerlo nunca, por ningún motivo...

—¿Por ninguno? —preguntó Lionel en voz más baja—. ¿Ni siquiera lo harías por mí?

Pero aquellas palabras le parecieron absurdas en cuanto las pronunció. ¿Qué mujer sería tan estúpida de renunciar a una vida de riquezas por él? ¿Qué mujer abandonaría a un príncipe por un don nadie? La mera idea era ridícula, pero para su sorpresa Theodora no se echó a reír.

—No has escuchado nada de lo que te he dicho —susurró—. Lo único con lo que

te has quedado es con mi decisión de seguir adelante con este matrimonio. Ni siquiera te has parado a pensar si a mí no se me partiría el alma también al separarme de ti...

—¡Pues no lo hagas! —Lionel se acercó más a ella—. ¡Aún estás a tiempo de cambiar de idea! No hay ningún Dragomirásky cerca; nadie tiene por qué enterarse de que has desaparecido hasta que sea demasiado tarde para encontrarnos.

—¿Me estás proponiendo que me fugue contigo? ¿Crees realmente que tendríamos oportunidad de dar esquinazo a uno de los hombres más poderosos del planeta?

—Podríamos hacerlo si estuviéramos juntos. Lo digo en serio, Theodora...

—¿Y después? —insistió ella, acercándose también a él—. ¿Qué sería de nosotros si lográramos desaparecer? ¿Tendríamos que pasar el resto de nuestras vidas en una cueva?

—No estoy hablando de lo que podría pasar después, sino... sino del ahora. Nuestro ahora, Theodora, el de los dos. No puedes pedirme que te deje marchar así. Porque yo...

Las palabras se le enredaron en la garganta, y Lionel volvió a quedarse en silencio mientras Theodora se pasaba una mano por los ojos con cansancio.

—Porque de nuevo vuelves a pensar en ti mismo, y en tus propios intereses. Eso es lo único que te preocupa: conseguir salirte con la tuya sin que los demás...

—Te quiero —dijo Lionel de repente, y aquello la hizo enmudecer—. Maldita seas, te quiero tanto que me duele pensarlo, pero... pero me negaba a reconocerlo porque me daba pánico que me pasara lo que siempre me había parecido absurdo en los demás. —Sacudió la cabeza, abrumado—. Ahora sé que era imposible que no sucediera; eres tan rastrea y tan mentirosa como yo, pero te quiero pese a eso. Bien pensado, puede que te quiera precisamente por eso, porque uno no puede deshacerse de sus defectos ni de sus vicios. Tú siempre serás el mayor de mis vicios, por muchos príncipes que te cortejen. No puedo renunciar a ti, como tampoco puedo renunciar a mí mismo...

—Lo único que has hecho ha sido describir mis sentimientos ahora mismo —contestó Theodora con ojos empañados—. Sé que estás hecho de la misma pasta que yo, o tal vez sea yo quien fue creada con la que sobró después de darte forma a ti. Pero que por fin nos hayamos dado cuenta no cambia nada, ni nos da derecho a...

Antes de que acabara de hablar Lionel le agarró la cabeza para besarla con una desesperación que la hizo tambalearse. Theodora trató de apartarle, pero no pudo impedir que la acorralara contra el tronco de un roble, apretándose contra ella mientras seguía besándola con un ardor que amenazaba con prenderles fuego a los dos. Solo al cabo de unos segundos Lionel se percató de que estaba sollozando. Temblaba entre sus brazos como un pájaro.

Muy despacio, se apartó unos milímetros para mirarla a la cara. En sus ojos había tantas lágrimas como en los de la joven.

—No pienso renunciar a ti, ¿me estás oyendo? —insistió, agarrándola por los

hombros—. Puedes sonreír a tu príncipe, decirle lo que quiera escuchar, repetirte a ti misma que es lo correcto, pero los dos sabemos que si estás atrapada de nuevo, será porque tú misma te has metido en esa jaula. Aún estás a tiempo de recuperar tu libertad.

—No se puede recuperar algo que nunca se ha tenido. Anoche, cuando estábamos en el pantano, quise creer que habría esperanzas para nosotros... pero cuando la *mambo* nos contó lo que su pueblo ha hecho por Viola, y el valor que le han dado a la lealtad...

—¿A quién le importa lo que decidieran hacer unos locos? ¡Ese es su problema, no el nuestro! ¡Viola está muerta, pero nosotros aún seguimos vivos!

—Ya lo sé —susurró ella, alzando una mano para acariciarle la cara—. Por eso sé que estoy tomando la decisión correcta... porque no quiero que dejes de estarlo.

Entonces le besó de nuevo, más despacio que antes, pero cuando Lionel trató de abrazarla Theodora se apartó bruscamente antes de echar a correr hacia la casa. Y lo único que pudo hacer él fue quedarse quieto bajo el dosel de los robles, contemplando cómo la distancia que lo separaba de lo que más amaba se hacía mayor a cada instante.

Alexander, Oliver y Veronica se dieron cuenta enseguida de que algo iba mal, pero fueron lo bastante discretos para no hacer preguntas. Mientras cruzaban los oscuros jardines Theodora seguía secándose los ojos, y cuando Veronica miró a Lionel él sacudió la cabeza sin decir nada, porque no quería que su voz le traicionase. Tardaron un par de minutos en alcanzar los primeros árboles que separaban la propiedad del pantano, y una vez que se adentraron en la espesura fueron avanzando con cuidado entre las raíces de los robles y los charcos de agua fangosa hasta detenerse ante lo que estaban buscando.

El bulto envuelto en mantas que los antiguos esclavos habían apoyado en uno de los cipreses hacía pensar en un cadáver ataviado con una mortaja. Demasiado nerviosos para decir nada, lo agarraron con cuidado entre los cinco, procurando repartir el peso de manera equilibrada para que no cayera al agua, y se dirigieron con él a cuestas hasta la parte del pantano que moría ante las primeras cabañas de Vandeleur. Por suerte no se encontraron con ningún vecino, ni vieron encendida ninguna luz detrás de los cristales de las casas. Era una noche de luna nueva, observó Alexander de repente, como cuando el *Perséfone* se hundió en el Mississippi. La coincidencia no dejaba de resultar alarmante.

—Tened cuidado al subir a bordo; me da la impresión de que la madera no podrá soportar nuestro peso durante demasiado tiempo —dijo en voz baja cuando se detuvieron en el embarcadero. El bergantín no era más que una concentración de sombras en medio de la oscuridad, pero aun así seguían sintiendo su peligrosa aura—. Creo que lo mejor será acabar cuando antes con esto —susurró el profesor—. Hay algo aquí que me da escalofríos.

—Tienes razón: estar a su lado es mucho peor que observarlo desde la orilla —susurró Oliver a su vez mientras subían por la pasarela—. ¡Y este hedor que lo impregna todo...!

Los deterioros producidos en el casco del *Perséfone* cuando el agua lo anegó hacían que se inclinara peligrosamente a estribor, de manera que tuvieron que avanzar cuesta arriba hasta conseguir agarrarse al costado opuesto de la nave. Solo cuando depositaron el mascarón sobre la cubierta se atrevieron a mirar a su alrededor con inquietud, y el espectáculo les encogió el estómago. La impresión de cadáver putrefacto atestado de parásitos que les había producido por la mañana no hacía más que acrecentarse en la penumbra, como si la quietud de la noche los volviera más conscientes de los miles de diminutos organismos que lo habitaban.

—De todas las situaciones en las que hemos estado hasta ahora, esta me parece la más espeluznante —murmuró Veronica mirando con aprensión sus dedos después de que se le hundieran en la pringosa superficie a la que se habían agarrado—. Es peor que un cementerio... mucho peor. Al menos en un cementerio los cadáveres no están a la vista.

—Aquí tampoco —le recordó su tío, que no parecía mucho más tranquilo—. No creo que nos vayamos a encontrar con el esqueleto de un marinero, sobre todo teniendo en cuenta que el personal que sacó el barco del agua debe de haber subido hace unas horas para echar un vistazo. Probablemente los cuerpos de la tripulación continúen en el río.

—Eso si esta noche no deciden salir a dar un paseo —dijo Oliver en voz baja—. Más vale que nos demos prisa, Alexander. Estamos tentando demasiado a la suerte.

El profesor no pudo dejar de darle la razón, de modo que hizo un gesto en silencio a Lionel y a Theodora, que aún no habían pronunciado palabra, para que les ayudaran a arrastrar el mascarón hasta la proa. Cuando estuvieron al lado de los restos del bauprés destrozado por el capitán Westerley se esforzaron por ponerlo en pie, apoyándolo contra la estructura entre jadeos y resoplidos. Alexander sacó entonces una navaja y procedió a cortar las cuerdas con las que los hombres de la *mambo* Alma habían afianzado las mantas alrededor de la escultura. Después tiraron de ellas para dejar al descubierto el rostro de Perséfone, el rostro de Viola y de Muriel, en medio de un silencio casi reverencial.

La *mambo* estaba en lo cierto, y Charles Édouard Delorme también: dentro de esa escultura había algo maligno. Alexander lo supo en cuanto le puso los ojos encima. Los rasgos eran hermosos, desde luego, y la mirada limpia, y los ojos muy azules..., pero la amenaza que exhalaba era tan palpable que los cinco notaron cómo se les erizaba la piel.

—Tened cuidado de no tocarla —advirtió Lionel cuando Alexander acercó una mano para apartar más las mantas—. La *mambo* Alma nos dijo que por nuestro propio bien sería mejor que no nos acercáramos demasiado a ella.

—¿Y qué se supone que tenemos que hacer ahora? —preguntó Oliver—. Ya los hemos reunido otra vez, ya está Perséfone a bordo... ¿pero cómo sabremos que todo ha acabado?

—Tal vez no acabe nunca —susurró Theodora—. Si ni siquiera una hechicera pudo...

No llegó a terminar la frase. Alexander levantó una mano de repente, y cuando los demás se volvieron hacia él vieron que se le había demudado el rostro. Tenía los ojos clavados en el otro extremo del barco, en la estructura medio derruida y cubierta de algas que había sido en su momento el castillo de popa. Enseguida comprendieron qué le había llamado la atención: a través de los cristales podía entreverse una débil luz.

—Dios mío —susurró Oliver acercándose poco a poco al profesor—. ¿Hay alguien más en el *Perséfone* ahora mismo? ¿Cómo no nos hemos dado cuenta hasta ahora?

—¿Creéis que se trata de uno de los tipos que lo sacó del agua? —preguntó Lionel.

—Lo dudo mucho —contestó Veronica en voz baja—. Al hombre con el que

hablamos le importaba un comino el *Perséfone*. No sabía nada de la historia del barco; lo único que le interesaba era ganar un buen puñado de dólares con la operación de arrastre. No le veo sentido a que decidiera pasar aquí la noche velando por la integridad de la nave.

—Solo hay una manera de averiguarlo —dijo Alexander, y comenzó a caminar hacia el castillo de popa lo más sigilosamente que pudo. A sus amigos no les pasó inadvertido lo inseguros que eran sus pasos... ni tampoco que no hubiera guardado aún la navaja.

No hizo falta que se pusieran de acuerdo; Oliver y Lionel lo siguieron de cerca, Veronica también lo hizo, y al cabo de unos segundos Theodora los imitó. En aquella parte de la estructura la costra de barro que lo recubría todo era mucho más espesa, tal vez porque la popa, según lo que les había contado Hadley en la fonda, había sido la que permaneció durante casi medio siglo hundida en el lecho del río. Teniendo cuidado de no resbalar sobre las tablas de la cubierta, Alexander consiguió alcanzar la puerta de la pequeña habitación, que colgaba casi de sus bisagras... y entonces se quedó muy quieto.

Había alguien en el interior, aunque como Veronica había adivinado, no era uno de los trabajadores que sacaron el barco del Mississippi. La pequeña lámpara de aceite que había dejado sobre una mesa destartada creaba un contraste que no permitía distinguir sus rasgos, pero aun así se dieron cuenta de que era una mujer. Tenía el cabello largo y del color de la nieve, y lo llevaba recogido en una trenza que caía por encima de uno de sus hombros, cubiertos por un camisón y una toquilla de punto azul.

—Buenas noches, profesor —les saludó—. Empezaba a preguntarme cuánto tiempo más tendría que esperar, pero estaba segura de que no me decepcionarían. Son ustedes muy agudos.

—Señora Garland —murmuró Alexander, dejando caer la navaja de inmediato al darse cuenta de que la anciana se había quedado mirándola con curiosidad—. Esto sí que es...

—¿Una sorpresa? Me lo imaginaba, aunque espero no haberles asustado. Puede que hubiera sido más prudente acudir al hotel para entrevistarme con ustedes, pero estaba tan convencida de que nos encontraríamos aquí esta noche que no me pareció necesario.

—De todas las personas de Vandeleur que podrían dejarse caer por este lugar, usted es la última en la que habríamos pensado —declaró Veronica, haciendo que la anciana sonriera para sí—. ¿Cómo se le ha ocurrido presentarse en el *Perséfone* totalmente sola?

—Supuse que mi hijo no estaría dispuesto a acompañarme, y que a mi nuera esto le parecería una locura. Además, como pueden ver, aún soy capaz de valerme por mí misma.

—Eso no hace que deje de ser menos arriesgado —le recordó Alexander—. Este

barco está muy deteriorado, señora Garland. Comprendo que la curiosidad sea muy grande para todos ustedes, pero debería marcharse a su casa antes de que sufra un accidente.

Al oír esto, la sonrisa de la señora Garland, que hasta entonces no había sido más que un atisbo, se ensanchó poco a poco inundando su semblante de una curiosa luz.

—Pero si lo estoy, profesor Quills. Estoy de nuevo en mi casa. —Y mientras hablaba acarició con una mano la superficie de la mesa, como si quisiera percibir a través de las algas cada una de sus muescas—. La casa de la persona a la que más he amado en mi vida.

«Esta pobre mujer está mal de la cabeza —pensó Alexander con preocupación sin dejar de mirarla—. La aparición del *Perséfone* le ha hecho perder el juicio.» Estaba a punto de pedirles en voz baja a sus amigos que regresaran al pueblo para avisar a los Garland de lo que estaba pasando cuando la anciana levantó los ojos hacia los del profesor. El resplandor de la lámpara los hacía relucir como el hielo, y revelaba algunos mechones en su trenza que aún no habían perdido del todo su tonalidad azabache. Entonces comprendió lo que quería darle a entender, y también por qué su rostro le parecía tan familiar de repente. Era el mismo rostro que les había devuelto la mirada al otro lado del barco, tocado con una corona de hojas de hiedra.

Y aquella revelación lo dejó tan paralizado que no fue capaz de reaccionar. Oliver debió de pensar lo mismo que él, porque lo oyó contener el aliento antes de murmurar:

—No es posible. Lo que trata de decirnos no... no tiene ningún sentido. Su hijo nos contó que todos ustedes proceden de Texas. No puede tratarse de la misma mujer que...

—Mi hijo no les mintió, por el sencillo motivo de que realmente piensa que somos de Texas —suspiró ella—. No me siento orgullosa de admitir que ha vivido en una mentira... por el miedo que tenía a que descubriera por qué me marché de aquí.

—¿Viola Vandeleur? —dejó escapar Theodora—. ¿Insinúa que usted es en realidad...?

—No puede ser —repitió Veronica, aturdida—. Viola Vandeleur está muerta, señora Garland. ¡Murió en el incendio que acabó con la plantación! ¡Nos han contado cómo encontraron su cuerpo en la biblioteca! ¡No quedaban más que unos huesos calcinados!

—Sí, yo también he oído las mismas historias. Supongo que su estancia en el hotel Vandeleur les habrá permitido averiguar algunos detalles interesantes del pasado de sus antiguos inquilinos. No obstante, aún están muy lejos de conocer toda la verdad.

Mientras hablaba levantó del suelo un sillón con el tapizado devorado casi por completo por los peces, y se dejó caer en él con un nuevo suspiro de cansancio. Alexander aún no había sido capaz de reaccionar; seguía mirándola de hito en hito, aunque al estar sentada más cerca de la lámpara pudo reparar en ciertos detalles que

hablaban por sí solos, como la estructura ósea de aquel rostro que había visto por primera vez en Caudwell's Castle bajo el marchito encaje de las arrugas.

—Sé que mi hijo les ha hablado de cómo hemos vivido hasta hace unos años en Kansas, donde teníamos una fonda parecida a la de este pueblo. Supongo que también les contaría que su difunto padre poseía un aserradero al sur de la ciudad del que tuve que desprenderme cuando cayó en la segunda batalla de Sabine Pass. —La anciana guardó silencio unos segundos antes de continuar—: No hubo ningún Garland que luchara contra las tropas de la Unión en ese lugar. El hombre que aparece en el retrato que tenemos en nuestra sala de estar no fue nunca mi esposo. Ni siquiera sé cómo se llamaba; compré el cuadro en una tienda de antigüedades de Kansas poco después de dar a luz, y cuando mi Christopher tuvo uso de razón le conté que era su padre, y que era un valiente que dio su vida por la causa confederada. En el fondo, no era muy distinto de la realidad...

—El auténtico padre de Christopher Garland era el capitán Westerley —dijo Oliver en apenas un susurro—. Su hijo ha vivido todos estos años en Vandeleur, creyendo que el *Perséfone* no era más que una leyenda...

—Sí, y no saben cómo me alegro de que haya sido así. Proteger a Christopher de su propio pasado ha sido siempre mi prioridad, y me tranquiliza comprobar que no me equivocaba. Cuando decidí desaparecer para siempre, lo hice por él. Saqué fuerzas para seguir adelante porque mi hijo me necesitaba.

—¿Qué ocurrió aquella noche en la plantación? —preguntó Alexander, poniéndose en cuclillas ante la anciana, totalmente fascinado—. ¿Cómo consiguió escapar?

—Bien mirado, a estas alturas aún sigo preguntándomelo. Fui yo quien prendió fuego a la casa cuando me di cuenta de que Will no regresaría nunca a mis brazos. Estaba desesperada, profesor; quería morirme cuanto antes para marcharme con él. Y lo habría hecho tal como les han contado a ustedes de no ser por... —Se llevó una mano al camisón, posándola sobre su vientre—. Por Christopher —siguió diciendo—, y por la patada que sentí en ese momento, sentada en el diván de la biblioteca envuelta en llamas. Era la primera vez que lo notaba moverse en mi interior. No espero que ustedes comprendan hasta qué punto un momento así cambia la vida de una mujer, pero cuando reparé en lo vivo que seguía estando, pese a que Will hubiera dejado de respirar... me di cuenta de lo que le debía. Él nunca me habría perdonado que acabara con su vida.

—De modo que consiguió escapar —dijo Veronica con mal disimulada emoción—. Y no se marchó solo de Vandeleur, sino también de Luisiana. Cruzó al estado de al lado para empezar una nueva vida con un nuevo apellido... Pero entonces —miró a su tío con desconcierto— ¿de quién era ese cadáver que encontraron carbonizado en la habitación?

—No lo descubrí hasta hace ocho años —reconoció Viola, apoyando la cabeza en una mano que pese a su delgadez seguía pareciendo enérgica—. Fue una tarde de

agosto, una de las más calurosas de mil ochocientos noventa y siete en Texas; mi hijo y mi nuera habían ido a hacer algunas visitas con Christian y yo estaba sola en la fonda cuando lo vi aparecer. Al principio no pude reconocerle, pero cuando me llamó en voz baja por mi antiguo nombre, el que tenía de soltera, recordé dónde había oído ese acento. Los años también habían pasado para Phil Dodger, aunque seguía teniendo el pelo dorado y los ojos claros que habían hecho que mi mejor amiga se olvidara de la fortuna de los Merleau. Hablamos durante casi una hora, pero no creí necesario decirle que hacía tiempo que no me llamaba Viola. «Con un poco de suerte se marchará pronto», pensé mientras limpiaba los vasos en el mostrador y él apuraba la segunda copa que le servía por los viejos tiempos. Pero antes de que lo hiciera se me ocurrió preguntarle por Pansy. Yo no había vuelto a saber nada de ella desde la tarde de mil ochocientos sesenta y uno en la que había acudido a la plantación para despedirse de mí, antes de fugarse con Dodger a México. Había imaginado que por entonces estaría convertida en una venerable matrona, puede que tan coqueta como siempre, y esperaba que feliz. Pero me llevé una sorpresa cuando Dodger se me quedó mirando con extrañeza. «¿Me toma el pelo, señorita Vandeleur? ¿Quién podría saber mejor que usted cómo está su amiga?»

»Naturalmente, esto me dejó descolocada por completo, pero no tardé en descubrir a qué se refería. El antiguo prometido de Pansy, Eugène Merleau, había sido encontrado muerto en extrañas circunstancias poco después de que ella se marchara a México con Dodger. La noticia había llegado a la redacción del periódico en el que acababa de ser contratado como corresponsal, pero temiendo el impacto que esto pudiera suponer para mi amiga, prefirió no contárselo. Sin embargo, Pansy lo descubrió unos meses más tarde, y tal como imaginaba, se quedó completamente devastada. Los dos sabíamos que tenía un gran corazón, por frívola que pudiera ser. De nada sirvió que Dodger tratara de tranquilizarla; Pansy se empeñó en decir que Eugène se había matado por su culpa, que le había roto el corazón y que lo mínimo que podía hacer era regresar a Luisiana para presentarle sus respetos. “Si no quieres acompañarme, me iré yo sola”, le dijo hecha un mar de lágrimas. “Ya sé que nadie querrá recibirme ni en casa de mi familia ni en la de los Merleau, pero por lo menos cuento con Viola. Ella entenderá por qué regreso.”

»Sin embargo, Pansy y yo nunca llegamos a encontrarnos. Cuando Dodger me contó esto, até cabos de inmediato: mi amiga había llegado a la plantación la noche en que se hundió el barco de Will, y al no encontrarme por ninguna parte decidió esperarme en la biblioteca, como había hecho unos meses antes, cuando vino a darme la noticia de que se marchaba con su amante. Esa fue la última decisión equivocada que mi pobre Pansy tomó en su vida —suspiró Viola, levantando la cabeza para mirar con tristeza a los ingleses y a Theodora, que la escuchaban en el mayor silencio—. Debía de seguir allí cuando prendí fuego a las cortinas, pero no la vi... Puede que el humo le hiciera perder el conocimiento; quizá se había desmayado detrás del diván, o... El hecho es que cuando Christopher me dio esa primera patada me encaramé a

una de las ventanas y me dejé caer a los jardines, y solo cuando estaba a punto de marcharme de Vandeleur al día siguiente, con la ayuda de una esclava conocida como May Queen que había prometido guardar silencio acerca de mí, oí rumores sobre el cuerpo que habían encontrado en la biblioteca. Decían que era el de la propietaria de la plantación porque tenía el pelo negro, una constitución parecida a la mía y por entonces se encontraba encinta como yo. Recuerdo que me eché a temblar preguntándome quién habría sido la desdichada que me había suplantado de cara a los demás... hasta que comprendí que, por lamentable que fuera aquel asunto, me había dado la posibilidad de desaparecer para siempre. Lo que aún no sabía era de quién eran esos huesos, ni que Phil Dodger estaría condenado a pasar el resto de su vida preguntándose qué habría sido de la joven a la que tanto había querido, y cuyo sentimiento de culpa por la muerte de su antiguo prometido había sido tan devastador como para impedirle regresar con él.

—De modo que esa es la mujer que descansa ahora en el panteón de su familia, en el cementerio de Lafayette —dijo Lionel tras unos segundos en los que sus amigos, muy conmovidos, se limitaron a guardar silencio—. Pansy de la Tour, olvidada por el mundo entero y sepultada con un nombre falso. Un triste final para alguien que lo tuvo todo...

—Pero previsible, teniendo en cuenta lo que había hecho Muriel —dijo Oliver con expresión sombría—. No puedo dejar de pensar en lo que hizo con ese muñeco vudú que creó con la tela de un vestido suyo y unos cuantos cabellos. Lo arrojó a la chimenea de la biblioteca, la misma habitación en la que Pansy moriría poco después...

—Dios —murmuró Theodora con aprensión—. ¿También pudo haber sido cosa suya?

Alexander iba a contestar cuando reparó en que los ojos de Viola se habían oscurecido. Al apretar los labios, las arrugas de su rostro se hicieron más visibles.

—¿Cómo se han enterado de lo del muñeco? Nunca se lo conté a nadie, ni siquiera a los esclavos en los que más confiaba. Y dudo mucho que Pansy se atreviera a hacerlo.

—Lo hemos leído en los diarios que encontramos entre los restos del incendio —dijo Veronica con un rubor muy poco habitual en ella—. Sus diarios... Sentimos haber tenido que hacerlo, señora Westerley, pero no sabíamos cómo continuar con esta investigación.

—No importa —murmuró Viola pasándose una mano por la frente—. En comparación con todo lo que sucedió en esa casa, que mis pequeños secretos cotidianos hayan salido a la luz no me quita el sueño. Pero por muchas cosas que hayan descubierto de nosotros gracias a esos cuadernos, sigue habiendo unas cuantas que no conocen... algunas tan espantosas que nadie se atrevería a recordarlas, ni mucho menos a ponerlas por escrito.

—Como lo que le pasó a Muriel la noche en que murió —dijo Theodora, y Viola

se volvió en el acto hacia ella—. Nos contaron que los caimanes la devoraron en una de sus incursiones nocturnas en el pantano sin dejar de ella más que los huesos. Pero nadie nos ha sabido decir qué la había conducido a la espesura. ¿Cómo pudo sufrir ese accidente?

—Ah —suspiró Viola. Sus manos recolocaron la toquilla en la que se envolvía, y el repentino temblor de sus dedos la hizo parecer mucho mayor de repente—. En eso estaba pensando precisamente: en lo que pasó con mi hermana. Supongo que si se han tomado en serio esa investigación de la que hablan, se habrán enterado de cómo era ella. —Cogió aire antes de continuar en voz más baja—: Muriel era el mal, el mal puro, nada más que eso. Era una demente que no encontraba satisfacción más que en herir a los demás. Hay muchas personas como ella en el mundo, por desgracia: desdichados incapaces de ser felices, cuya única fuente de placer consiste en destruir la felicidad que haya a su alrededor. Muriel lo estuvo haciendo desde el día en que nació... primero con mis padres, que nunca la quisieron, como tampoco me quisieron a mí... después con Philippe, nuestro hermano mayor, un ser casi tan abyecto como ella, aunque mucho más inofensivo en su estupidez... y finalmente con Will y conmigo, porque teníamos lo que a ella le había sido negado por culpa de su perversidad. Muriel no podía soportar que entre nosotros hubiera un sentimiento que su odio no fuera capaz de contaminar. Creo que se habría comportado de la misma manera con cualquier otro hombre que yo amara; no era Will lo que quería, sino el placer de arrebatármelo. Durante unos meses, cuando logró casarse con él mediante sus engaños, creyó que lo había conseguido para siempre, y me imagino que eso la convirtió en la mujer más feliz del mundo. Pero al mismo tiempo la hizo volverse engreída, y pensar que tenía sometido a Will de tal manera que nunca se atrevería a contarme lo que había pasado entre los dos cuando lo arrastró hasta su cama.

»Pero Will acabó confesándomelo todo, porque estaba desesperado. Vivía en un infierno desde aquel día, y a comienzos de octubre de mil ochocientos sesenta y uno, cuando estaba pasando una temporada en la plantación por insistencia de Muriel, que quería restregarme su triunfo por la cara todo cuanto pudiera, me vio salir de noche para dar un paseo y me siguió porque necesitaba hablar conmigo. Se mostró tan insistente que no me quedó más remedio que conducirlo a través de los campos de añil hasta el comienzo del pantano, para asegurarme de que mi hermana no nos veía. Y entonces supe por fin cuál había sido la razón de que el anillo que Will había comprado para mí acabara en su dedo. No había dejado de quererme nunca, y la vida al lado de Muriel solo había servido para que ese amor por mí fuera aún más intenso.

—Ella tuvo que enterarse de lo que estaba pasando, por discretos que fueran —dijo Alexander en voz muy baja—. Y por eso se acercó también al pantano en plena noche...

—Apareció entre las plantas de añil como una personificación de la muerte —susurró Viola con la mirada perdida. Los tendones de su delgado cuello se agitaron al tragar saliva—. Nunca supe cuánto tiempo llevaba ahí, pero probablemente lo había

oído todo, y nos había visto besarnos. Llevaba un cuchillo de la cocina en la mano...

—Los caimanes —dijo Lionel de repente, conteniendo la respiración—. Los caimanes no fueron los que acabaron con su hermana. ¡Solo sirvieron para encubrir su asesinato!

—Hirió a Will —siguió diciendo Viola temblorosamente—, se abalanzó sobre nosotros, y le clavó el cuchillo en un brazo cuando se puso ante mí para protegerme. Aún no he podido olvidarme de su expresión en ese momento... los ojos azules muy abiertos, los cabellos revueltos como el pelaje de una fiera. Will cayó al suelo y mi hermana se echó sobre él para herirle de nuevo, pero antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba haciendo conseguí arrancarle aquel cuchillo... y le corté la garganta allí mismo, entre los cipreses del pantano y los campos de añil. Su sangre parecía negra en la oscuridad, y me manchó tanto el camisón que cuando regresé más tarde a casa lo tuve que arrojar a una chimenea para que nadie descubriera lo que había pasado. También había sangre en la ropa de Will, y en la cara horrorizada con la que me miraba desde el suelo, y en mi propia cara... Por todos los santos, ¿cómo podía haber tanta sangre dentro de ella?

Las lágrimas que caían por el rostro de Viola casi ahogaban sus palabras, pero aun así pudieron entender todo lo que decía. Theodora había apretado una mano contra su boca mientras Lionel, sobrecogido por lo que estaba escuchando, se agachaba al lado de Alexander para mirar también a la anciana a los ojos.

—Tal como han adivinado —siguió susurrando al cabo de un instante, cuando recuperó la compostura—, los caimanes fueron un subterfugio perfecto para nosotros. Will y yo nos adentramos en el pantano con el cuerpo de Muriel, asegurándonos de que no dejábamos rastros de sangre a nuestras espaldas, y la abandonamos en una ciénaga en la que pensamos que no tardaría en hundirse. Pero enseguida empezaron a aparecer muchos ojos brillantes en la oscuridad, y reconocimos las escamas de aquellos animales abriéndose camino entre los nenúfares que cubrían el agua... La devoraron como si se tratara de la víctima de un ritual, pero Will no permitió que me quedara mirando. «Se ha marchado», recuerdo que me susurró mientras me llevaba abrazada a la casa, sin que yo pudiera dejar de temblar. «Se ha ido para siempre, Viola. Por fin volvemos a ser libres.»

—Si le sirve de consuelo, señora Westerley, no creo que tenga que sentirse culpable —aseguró Alexander mientras sus amigos se volvían hacia él con sorpresa. En su rostro había una expresión mezcla de pesar y de admiración—. Probablemente Muriel los habría matado a los dos si usted no hubiera tenido los reflejos necesarios para impedirselo.

—Alexander tiene razón —susurró Oliver—. Lo que hizo... fue en defensa propia, y ni siquiera un jurado podría haberla condenado si se hubiera dado a conocer lo que ocurrió.

—Aun así, era mi hermana —repuso Viola a media voz—. Una demente, pero mi única hermana... y yo acabé con ella como con un cerdo en una matanza. Pero les

aseguro que no fue el odio lo que guio mi mano esa noche, sino... —Al decir esto la anciana paseó la mirada a su alrededor, recorriendo el interior de la habitación en la que se encontraban. Alexander comprendió de repente que debía de haber sido el camarote del capitán—. Sino el amor —siguió murmurando Viola—. Lo que había entre Will y yo, lo que sigue habiendo pese a que muriera hace casi medio siglo... era amor, amor de verdad. Del que hace que la gente cometa locuras, el que puede salvar o condenar a las almas. Son ustedes demasiado jóvenes para comprenderlo, pero las pasiones de las que se habla en las novelas, los amores eternos... existen, aunque son tan escasos como los tesoros hundidos en el mar. Y por eso tenemos que luchar con todas nuestras fuerzas cuando los encontramos para ser dignos de ellos.

—Durante todos estos años —continuó diciendo la anciana— he tenido que convivir con los recuerdos de lo que sucedió en este lugar, repitiéndome a mí misma que debía ser fuerte por Christopher y construir para él una nueva vida que nos perteneciera a los dos. Pero lo que Phil Dodger me contó de Pansy, y el convencimiento que tuve de repente de que la maldad de Muriel había sido aún más honda de lo que yo imaginaba, hizo que por primera vez me preguntara si no debería regresar a Vandeleur. Casualmente mi nuera encontró un anuncio en un periódico en el que se decía que la antigua fonda del pueblo había sido puesta en venta a la muerte de su anterior propietario. No tuve que insistir demasiado para que nos mudáramos aquí; tanto Christopher como ella estaban deseosos de conocer sitios nuevos, y el vecindario nos acogió desde el primer momento con los brazos abiertos, sin sospechar que la anciana que se instaló en este lugar había sido su propietaria en el pasado. En cuanto a mí, me bastaba con estar cerca de este barco y de Will. Sentía que de alguna manera había regresado con él a mi hogar.

—¿Usted imaginaba que Muriel había tenido algo que ver con el naufragio? —preguntó Oliver acercándose más a la mesa—. ¿No creyó en ningún momento que fuera un accidente?

—¿Cómo iba a serlo si el Mississippi había estado completamente en calma hasta que el *Perséfone* pasó por delante de la plantación? No, no necesitaba saber qué estaba ocurriendo en el barco para comprender que, tal como Will y yo temíamos, ella seguía rondándole en las sombras, esperando su oportunidad para atacar. Puede que el vudú le permitiera prolongar su existencia más allá de la muerte, convirtiéndola en el eco aletargado de una conciencia, un espíritu vengativo anclado al bergantín...

—Estaba dentro del mascarón —dijo Veronica en voz baja, y la anciana la miró con desconcierto—. Hemos conocido a uno de los antiguos marineros hace poco, el único que pudo escapar con vida del naufragio. Nos contó que la vio en la proa momentos antes de que el barco se hundiera... como si fuera un espectro que acabara de surgir de la madera.

Aquello dejó a Viola sin palabras durante unos instantes, aunque acabó suspirando.

—No se me había ocurrido que pudiera haber hecho algo como eso, pero supongo que tiene sentido. Muriel ya me suplantó una vez para arrebatarme el amor de Will. Es lógico que quisiera repetir su mejor truco sirviéndose de una escultura de madera.

—Una escultura que, pese a que su esposo consiguiera arrancarla de la proa, está de nuevo en el barco —comentó Alexander con cierta ansiedad. Ya no estaba tan seguro de que hubiera sido una buena idea reunirlos—. Durante cuarenta y tres años ha estado en el corazón del pantano custodiada por sus antiguos esclavos, pero hace unas horas nos la entregaron para acabar por fin con este asunto. Aunque todavía no

sabemos cómo hacerlo...

—¿Mis esclavos? —Los ojos de Viola parecían aún más azules, abiertos de par en par por la sorpresa—. ¿De qué está hablando, profesor Quills? ¿Aún continúan en Vandeleur?

Antes de que pudieran explicarse se oyó una repentina algarabía en el exterior. Todos dieron un respingo, volviéndose hacia la puerta medio desvencijada del camarote del capitán. Hubo ruido de voces en el embarcadero y pisadas sobre la plataforma, y después el alarido angustiado de una mujer.

—Dios mío. —Alexander se dirigió hacia la cubierta tan precipitadamente que casi se llevó por delante a Theodora. Los demás le siguieron en el acto—. ¿Qué ha sido eso?

—Puede que haya problemas en el pueblo —dijo Veronica—. Quizás los vecinos han...

—No son ellos —la cortó Oliver. La oscuridad no les impidió darse cuenta de que se le había demudado la cara—. Reconocería esa voz en cualquier parte. Es lady Silverstone.

Fue a apoyarse en el costado de estribor, el que quedaba más cerca del agua, y sus amigos hicieron lo mismo. No tardaron en distinguirla a lo lejos: una silueta envuelta en un batín de seda que corría hacia la pasarela por la que se accedía al *Perséfone*.

—Ha venido para asegurarse de que estoy bien —murmuró Oliver, siguiéndola con los ojos—. No es para menos; anoche le estuve hablando del barco y de lo que nos ha traído a Vandeleur, y seguramente tenía miedo de que me pasara algo malo.

—¿Que le has contado qué a lady Silverstone? —exclamó Lionel—. ¿En qué demonios estabas pensando, Twist? ¿No te basta con airear nuestros trapos sucios en tus novelas?

Cuando Oliver se disponía a contestarle, repararon en una segunda silueta que se acercaba a la pasarela por la que lady Silverstone estaba empezando a subir. Todos se quedaron sin habla al darse cuenta de que era lord Silverstone, en mangas de camisa y con el cabello revuelto..., aunque no pudieron contener un grito que casi acalló los de la dama cuando los dedos de su marido la agarraron por el pelo para tirar de ella hacia atrás.

Al verla caer de espaldas sobre la plataforma iluminada por el resplandor del farol que colgaba del techo Oliver soltó una maldición y echó a correr hacia el embarcadero.

—¡Oliver! —trató de retenerle Alexander, alarmado—. ¡Espera un momento, Oliver!

—Esto no me gusta nada —dijo Veronica—. ¡Se va a meter en un lío espantoso por querer comportarse como un caballero si no hacemos nada por impedirlo!

Sin necesidad de ponerse de acuerdo, Alexander, Lionel, Veronica y Theodora se dirigieron también hacia la pasarela, dejando a Viola en el castillo de popa. Cada vez se oían más voces, y mientras bajaban del *Perséfone* repararon en que unos cuantos

vecinos se asomaban alarmados a sus ventanas.

—Maldita furcia mentirosa, ¿es que lo único que pretendes es dejarme en ridículo delante de los demás? ¿Crees que me voy a quedar de brazos cruzados mientras tú...?

—En nombre del cielo, lord Silverstone, ¡suelte a su mujer! —exclamó el profesor mientras acortaban los últimos metros que los separaban. Lady Silverstone sollozaba a los pies de su esposo, tratando de liberar sus cabellos cobrizos de sus manazas—. ¡No sé qué puede haber ocurrido entre ustedes, pero esta no es manera de solucionar las cosas!

Lord Silverstone pareció tan perplejo como furioso ante su aparición, pero no le dio tiempo a responder nada. Antes de que pudiera hacerlo el puño de Oliver surgió de la oscuridad para estrellarse contra su cara, haciéndole caer ruidosamente de espaldas.

—¡No se atreva a tocar a mi madre, o se las verá conmigo!

Decir que sus amigos se quedaron de piedra ante aquel arranque es poco. A Lionel se le abrió la boca mientras Theodora y Veronica se quedaban mirando con perplejidad cómo Oliver ayudaba a la llorosa lady Silverstone a ponerse en pie. Lord Silverstone, mientras tanto, había logrado apoyarse en un codo con una expresión aturrida en el rostro y el poblado bigote lleno de sangre.

—Como si no tuviéramos bastantes problemas —susurró Lionel, cerrando filas en el acto al lado de Alexander—. Siempre he soñado con partirle la cara a un aristócrata, pero...

—¿Es que te has vuelto loco, Oliver? —le echó en cara Alexander en voz baja—. Me parece admirable que quisieras proteger a lady Silverstone, ¡pero has ido demasiado lejos!

Para asombro de todos, lord Silverstone rompió a reír de repente desde el suelo.

—Ya veo que no nos equivocábamos respecto a usted, señor Saunders. Creo que mi esposa y yo sospechábamos lo mismo, aunque no lo habláramos en ningún momento entre nosotros. No tuve más que verle la cara en el *Oceanic* para entender qué pasaba.

A Veronica se le escapó un gemido de angustia cuando lord Silverstone consiguió ponerse por fin en pie. Al conocerle en el comedor del transatlántico les llamó la atención lo corpulento que era, pero ahora podían darse cuenta de que le sacaba casi una cabeza a Oliver. Aunque lo más curioso era que eso no parecía amedrentar a su amigo.

—Deberías regresar al hotel y quedarte con Lily, madre —dijo Oliver en voz baja—. Preferiría que no presenciaras esto...

—No, que se quede. Al fin y al cabo, es lo que siempre has querido, ¿no? —le espetó lord Silverstone a su mujer—. Recuperar lo que deberíamos haber enterrado dentro de ese diminuto ataúd..., lo que nunca tuvo ningún derecho a existir.

—Lord Silverstone, ¿de qué está hablando? —trató de interceder Theodora, aunque el hombre ni siquiera la miró—. ¿Qué tiene que ver el señor Saunders con

ustedes dos?

—Adelante —le retó Oliver en un tono tan agresivo como el suyo—. Cuénteles a mis amigos por qué ha golpeado esta noche a su mujer, y por qué no ha respirado tranquilo desde que nos presentaron pese a que yo aún no supiera lo que ocurría.

—Creo que nos hacemos una idea —aseguró Alexander, cada vez más perplejo—. No obstante, sigo pensando que este no es el mejor lugar para hablar del tema. Deberíamos volver al hotel para tratar de hacerlo como personas civilizadas, sin curiosos alrededor...

—Me da lo mismo lo que puedan pensar unos pueblerinos —repuso lord Silverstone—. En el fondo debería estar acostumbrado a las habladurías, a que me señalen con el dedo por haberme casado con una ramera demasiado acostumbrada a abrirse de piernas con cualquier poeta de tres al cuarto que se cruza en su camino. —Lady Silverstone soltó un sollozo, tapándose la cara—. ¿Por qué no les cuentas a estos caballeros lo que te traías entre manos durante todos aquellos meses, cuando te escapabas a casa de ese don nadie para revolcarte con él?

—Frederick, por favor —logró articular ella sin atreverse aún a mirarle a los ojos—. Si quieres seguir castigándome por aquello haz lo que quieras conmigo, pero no mezcles a Oliver en nuestros problemas. En este asunto, él no es más que una víctima...

—Sí, como lo fue también tu querido Anthony Parks, ¿verdad? ¿Realmente fuiste tan ingenua como para pensar que me quedaría de brazos cruzados ante tu traición?

Al oír esto lady Silverstone dejó de sollozar.

—¿Qué... qué estás diciendo, Frederick? ¿Cómo sabes que se llamaba Anthony Parks?

—Ya veo que no me equivocaba: eres aún más estúpida de lo que creía —soltó con desprecio su marido, pasándose una mano por el bigote ensangrentado—. Deberías haber imaginado que no serías el único objeto de mis represalias. No puedes insultarme de ese modo y esperar que me comporte como un pusilánime incapaz de tomarse la justicia por su mano. Si tanto confiabas en ese Parks, ¿no te extrañó que desapareciera de la noche a la mañana sin querer saber nada más de su amante? ¿Nunca te preguntaste dónde estaba?

—Claro que lo hice, pero pensaba que se habría cansado de esperarme... Creía que se había molestado conmigo por tardar tanto en darle una respuesta, y que por eso no...

Se quedó callada mientras lord Silverstone sacudía la cabeza, entre incrédulo y asqueado. Los dedos de Oliver temblaron al atraer más a su madre hacia sí.

—No puede ser verdad lo que insinúa... ¡Si se atrevió a hacerle algo a mi padre...!

—Descuide, señor Saunders; no fui yo quien lo hizo —replicó el aristócrata—. Solo me encargué de dar las instrucciones necesarias para que dejara de suponer un estorbo. Aún no tengo muy claro si lo arrojaron al río a la altura de Swinford o de

Kelmscott, pero supongo que en el fondo eso no cambia las cosas. Lo importante es que por fin conseguí librarme del peor de los engorros... Bueno, del peor no; ese sigue estando aquí, delante de mis narices.

—Miserable —susurró Oliver mientras su madre rompía a llorar a lágrima viva, agarrándose a su cuello como si las piernas no la sostuvieran—. ¿Cómo pudo..., cómo se atrevió a...?

—¿A hacer lo que cualquier otro hombre con honor habría hecho en mi lugar? ¿Les parece que no fui suficientemente clemente —añadió mirando a los demás, que se habían quedado paralizados— al no denunciar a mi esposa por aquello? Si lo hubiera hecho aún seguirías pagando las consecuencias, Arabella; te habrían procesado por adulterio y te lo habrían quitado todo, y nunca más habrías visto a Phyllis y Evelyn.

—Esto es completamente increíble —declaró Alexander, sacudiendo la cabeza con horror—. No se trata solo de que cometiera un asesinato, sino de que se siente realmente orgulloso de lo que hizo. ¿Cómo puede ser usted tan inmoral, milord?

—¡Inmoral! —Lord Silverstone volvió a soltar una carcajada que más parecía un ladrido—. ¡Me acusan de inmoral cuando mi prioridad siempre fue mantener unida a mi familia! ¡Cualquier hombre con sangre en las venas habría hecho lo mismo que yo!

A Oliver se le había subido la cólera a la cabeza, y estaba a punto de arrojarse contra aquel canalla para darle su merecido cuando su madre apoyó las manos en su pecho, negando silenciosamente con la cabeza. Tardó unos segundos en comprender por qué trataba de retenerle, pero cuando lo hizo se quedó sin aliento.

Al principio no lo había visto porque la luz del farol que iluminaba el embarcadero no delimitaba más que un estrecho círculo dorado, pero después reparó en que detrás del aristócrata había aparecido algo que ya había visto noches antes en aquel mismo lugar. Dos manos cubiertas de barro que se habían agarrado al borde de la plataforma y que no tardaron en reptar sobre la madera, acercándose poco a poco a él...

—Lo único que me consuela —seguía diciendo lord Silverstone, indiferente a lo que ocurría a sus espaldas y a la aprensión con la que todos lo miraban de repente— es que a Lillian le ha dado tiempo a casarse antes de que esto saliera a la luz. Los Archer ya han tenido bastantes problemas en los últimos años, y no estoy seguro de que un escándalo como este no les pareciera un motivo de peso para cancelar el compromiso que hemos...

Nunca llegó a terminar la frase. Las manos de la criatura cubierta de barro se cerraron en torno a sus tobillos, haciéndole caer de bruces sobre la plataforma como sucedió con Theodora, y después tiraron de su cuerpo para arrastrarle hasta el Mississippi.

En un acto reflejo, Oliver quiso acercarse al río, pero lady Silverstone le retuvo de nuevo para que no lo hiciera. Cuando la miró le sorprendió comprobar que, aunque

aún seguía sollozando, la expresión de su rostro era de profundo alivio.

—No —le pidió en voz baja. Después se volvió hacia los demás, tan atónitos como el propio Oliver—. Si realmente quieren salvarme, no lo hagan. Esta es la única solución...

—Lady Silverstone —susurró Theodora, acercándose más a ella—. ¿Está segura de lo que nos pide? ¿No se arrepentirá más adelante de esto? ¿Qué va a contarles a sus hijas?

—Mentiras —contestó la dama, más tranquila—. Igual que todos estos años, cada vez que me preguntaban si amaba a su padre. Si consiguiéramos rescatarle, no pararía hasta acabar conmigo y con mi hijo.

Debajo de la plataforma se distinguía una confusa sombra revolviéndose sin cesar y un montón de burbujas ascendiendo a la superficie. Pero al cabo de un rato el agua volvió a aquietarse y el cuerpo de lord Silverstone ascendió poco a poco, con la cabeza agachada y los brazos completamente inanimados. A lady Silverstone se le escapó un nuevo gemido, cerrando los ojos mientras reclinaba la frente contra el chaleco de su hijo. Durante unos instantes nadie se atrevió a añadir nada más... hasta que otra silueta asomó a la superficie del Mississippi, y las mismas manos crispadas que habían acabado con lord Silverstone regresaron de nuevo a la plataforma.

—¡Por Dios! —gritó Alexander, rodeando a Veronica con los brazos para protegerla mientras Oliver y lady Silverstone soltaban un alarido. Lionel y Theodora sacaron a la vez sus pistolas y comenzaron a disparar—. ¿Es que esto no acabará nunca?

—No mientras el *Perséfone* continúe a flote —exclamó Oliver.

Algo acalló su voz de repente. Una de las balas de Theodora se había hundido en la frente de la criatura, que soltó un quejido antes de quedarse quieta. Por un momento se mantuvo en la misma postura, a punto de encaramarse sobre la plataforma, hasta que se acabó deslizando al agua. Allí se reunió con lord Silverstone, aunque en su caso se quedó boca arriba. Muy despacio, sin atreverse a decir nada, los seis se acercaron al borde para comprobar si realmente la habían abatido. La vieron flotar lentamente en la corriente, con los brazos abiertos, y el profundo agujero que Theodora le había hecho en la frente sangrando sin cesar, tiñendo el agua de rojo a su alrededor...

Solo que no era posible que sangrara, no habiendo pasado casi medio siglo desde que había muerto por primera vez. Theodora y Lionel apartaron la vista al mismo tiempo para mirarse a los ojos, y supieron que estaban pensando lo mismo.

—Este hombre no era... no era un cadáver andante —acertó a decir ella—. Era alguien de carne y hueso.

—Ha gritado como lo haría cualquier persona al ser herida —coincidió Lionel. Tiró de Theodora para que se alejara del borde, pero ella siguió sin moverse—. Tenemos que contárselo lo antes posible a la policía. Esto es mucho más turbio de lo que pensábamos.

—Madre, adelántate —le susurró Oliver a lady Silverstone, que asintió atolondradamente—. Busca al inspector jefe y pídele que se reúna con nosotros, y que traiga a todos los hombres que pueda. Y después quédate con Lily; pronto me reuniré con vosotras.

Ella volvió a asentir, sin apartar aún los ojos de las dos figuras que se mecían en silencio con la corriente. Cuando por fin se dio la vuelta para marcharse, Oliver dijo a los demás:

—Cada vez comprendo menos lo que sucede. Es cierto que ese miserable se merecía algo así...

—Pero no a manos de un criminal como este —se mostró de acuerdo Veronica—. Ha sido una auténtica mala suerte, aunque no sabéis cómo me alegro de que lord Silverstone fuera el que estaba más cerca del agua. Nos hemos librado por los pelos.

—¿Y a ti qué te ocurre? —le preguntó Lionel a Theodora, que seguía de pie al borde de la plataforma, con Carmilla en la mano—. ¿No te alegras de habernos salvado a todos?

—Sí —murmuró Theodora—. Pero para hacerlo he tenido que matar a un hombre al que conocía, Lionel. —Y ante el desconcierto con el que todos la miraron añadió, guardándose la pistola dentro del vestido—: Este era el mismo hombre que me pareció ver la otra tarde en el cementerio de Lafayette. Se llamaba Ben Wilson y trabajaba para mi patrón.

—Lo reconocería en cualquier parte: ya te dije que era miembro del servicio de la mansión que Su Alteza Real compró en Washington Square. —Theodora hablaba en un tono tan entrecortado que les costó entenderla—. Pero no me explico qué estaba haciendo esta noche en Vandeleur... ni por qué tuvo que acabar con lord Silverstone.

«Es evidente —se dijo Alexander para sí, aunque aquella repentina sospecha hizo que el corazón le latiera con fuerza—. Ahora comprendo lo que ocurre...»

—Dentro de un momento esto estará a rebosar de policías —comentó Veronica con aprensión—. Por lo menos tenemos la seguridad de que no nos considerarán sospechosos del asesinato de lord Silverstone: su esposa les jurará que no tuvimos nada que ver con esto.

—¿Pero qué explicación vamos a darles sobre nuestra presencia aquí, a estas horas de la noche? —quiso saber Oliver—. ¿Cómo vamos a contarles lo de Viola y el mascarón?

—Eso es lo de menos ahora mismo, Oliver. Me preocupan mucho más las represalias que pueda tomar el príncipe Dragomirásky contra nosotros cuando se entere de esto...

—¿Cuando me entere de qué, exactamente? —dijo de repente una voz a sus espaldas.

Aunque no fue más que un susurro, consiguió que todos se volvieran en el acto, y al hacerlo se quedaron sin palabras. Alguien ataviado completamente de blanco se acercaba al embarcadero, pero no era ninguno de los vecinos. Caminaba con la elegancia de un hombre cuya vida ha discurrido entre recepciones en palacios y salones de conciertos, aunque cuando se detuvo a un par de metros de distancia y la luz del farol recayó sobre su rostro, vieron que todavía era muy joven. El largo cabello que caía por su espalda era casi tan blanco como el de Viola, pero sus rasgos seguían siendo los de un adolescente. Theodora dejó escapar una exclamación ahogada.

—Mi señor... —Y entonces, ante la perplejidad de los ingleses, cayó de rodillas a sus pies para besar la mano que el muchacho le alargó—. Mi señor..., nunca habría pensado...

—Contén tu efusión, querida; este suelo está demasiado sucio para ti —sonrió él, y con la otra mano le acarició suavemente la cabeza... «como si fuera una mascota», pensó Lionel, que aún no había reaccionado. Después el príncipe la ayudó a ponerse en pie, y Theodora se quedó muy quieta con los ojos clavados en sus zapatos—. No negaré que es un encuentro inesperado también para mí, aunque hubiera preferido conocerles en unas circunstancias menos... incómodas —continuó diciendo el joven—. ¿Podrían explicarme qué problema han tenido con uno de mis hombres? ¿Quién le ha matado de un disparo?

—Mi señor... —volvió a susurrar Theodora, haciendo que los ojos grises del

joven se posaran de nuevo en ella—. He sido yo quien ha acabado con Wilson, pero... no imaginaba que pudiera ser él. Apareció de repente en el embarcadero, atacando a lord Silverstone...

Al oír esto, la mirada del príncipe Konstantin se posó sobre el segundo cuerpo que se mecía boca abajo, entre los maderos que sostenían la plataforma. Habían flotado el uno junto al otro hasta quedar más cerca del charco de luz, y entonces todos repararon en un detalle que habían pasado por alto: una especie de máscara cubría la nariz y la boca de Wilson, y de ella salía un delgado tubo que descendía por su espalda. «Debe de ser alguna escafandra moderna —pensó Alexander, perplejo—. Por eso aguantaban tanto tiempo bajo el agua... y por eso se cubrían con barro, para que no viéramos sus caras.»

El príncipe Konstantin no se inmutó, ni siquiera cuando el profesor le dijo:

—Vuestro hombre se nos acercó cuando estábamos hablando con los Silverstone y arrastró al agua a la persona que tenía más cerca, pero podía haber hecho lo mismo con cualquiera de nosotros. En el fondo —añadió en un tono más quedo— es lo que han estado haciendo durante estos tres días. No eran los marineros del *Perséfone* los que salían del río para acabar con aquellos que los perturbaban. Eran hombres que trabajaban para vos.

—¿Qué significa eso? —exclamó Veronica con ojos desorbitados—. ¿Todo lo que nos ha pasado hasta ahora en Vandeleur había sido planeado mucho antes de traernos aquí?

—No —dijo Oliver en voz baja—. No puedo creerlo. Nadie podría ser tan retorcido...

Pero enseguida se dio cuenta de que sí. Konstantin Dragomirásky guardó silencio unos instantes antes de sonreír, sin reparar al parecer en la mirada perpleja de Theodora.

—Veo que lo que me habían contado de ustedes es cierto: son realmente agudos, teniendo en cuenta que son solo los reporteros de un periódico poco importante. Supongo que les debo una explicación, aunque no disponga de mucho tiempo. En unos minutos debo ponerme en camino hacia Nueva York para ocuparme de otros asuntos más productivos que este.

Al mirar a lo lejos, entre las cabañas de Vandeleur, Alexander reparó en que había un elegante coche de caballos de color blanco al lado de la verja del hotel. Dos hombres uniformados aguardaban junto a él. ¿Serían los mismos que los habían atacado en el embarcadero y al día siguiente en el salón de baile?

Después volvió a mirar al muchacho a los ojos, y recordó el extraño pensamiento que había acudido a su cabeza unas horas antes al observar el retrato de su antepasado...

—Efectivamente, nunca ha habido almas en pena en el *Perséfone*. Todo lo que se cuenta sobre sus apariciones nocturnas en el río es falso. Una leyenda en la que aun así necesitaba que creyeran si quería asegurarme de que esta investigación servía para

algo.

—¿De modo que eso es lo que habéis estado haciendo? —soltó Lionel, luchando contra el impulso de abofetearle—. ¿Asustarnos para que nos tomáramos más en serio este asunto?

—Lo dice como si fuera algo reprobable por mi parte, señor Lennox. ¿Me negarán que la presión que han sentido estos días, temiendo convertirse en las siguientes víctimas del *Perséfone*, ha sido un excelente acicate a la hora de proseguir con sus indagaciones?

—¿Un excelente acicate? —gritó Veronica—. ¡Casi nos matáis del susto!

El príncipe Konstantin dejó escapar una queda risa.

—Entonces habéis tenido que ser también vos quien contrató esos vapores para que recuperaran del Mississippi los restos del barco —adivinó Alexander. ¿Cómo no se les había ocurrido antes? ¿Quién más podría estar tan interesado en el *Perséfone*?—. Queríais que el miedo a lo que pudiera ocurrir nos hiciera avanzar más deprisa en nuestra investigación, averiguando así si merecía la pena adquirirlo por tratarse realmente de un barco maldito.

—Correcto, profesor Quills. Esa era mi mejor baza, aunque sospecho que para los vecinos de Vandeleur supuso una impresión aún mayor que los ataques de los marineros.

Alexander se acordó de repente de lo lívida que se había puesto Theodora cuando descubrió la tarde anterior que alguien se había apoderado del barco, acabando así con los planes que su patrón albergaba para él. Saltaba a la vista que aquello no se le habría pasado nunca por la cabeza; la expresión con que lo miraba seguía siendo de conmoción.

—Mi señor..., hace dos noches estuve a punto de morir por culpa de esos hombres...

—¿Realmente piensas que podría haber pasado algo así, querida? —sonrió el príncipe mientras agarraba la barbilla de la joven con los dedos. «Suéltala ahora mismo», estuvo a punto de gritar Lionel. «¡No te atrevas a ponerle las manos encima!»—. ¿Crees que por muy interesado que estuviera en representar esta farsa habría permitido que tú, mi bien máspreciado, pudieras sufrir el menor daño? El hombre que te atacó en este lugar sabía lo que se esperaba de él. Nunca estuviste realmente en peligro, Dora.

Aquella explicación no pareció tranquilizarla. Alexander se dio cuenta de que seguía mirándole con estupor, como si estuviera viendo a su patrón bajo una nueva luz.

—¿Y qué hay del conde de Berwick y lady Hallward-Fraser? —preguntó en voz baja el profesor—. Ellos no tenían nada que ver con el asunto del que hemos estado ocupándonos.

—Mi querida Dora me ha hablado mucho de los experimentos que ha desarrollado en estos últimos años, profesor Quills —continuó el príncipe sin perder

la calma—. Todos los artilugios que ha diseñado para experimentar con las nuevas ciencias... Supongo que para realizar sus investigaciones seguirá el camino habitual en los científicos modernos, un *modus operandi* que, como bien sabe, implica a menudo el uso de cobayas en los experimentos. Si los resultados son tan espectaculares como al parecer han sido, y los beneficios obtenidos merecen la pena... ¿piensa decirme que para los científicos como usted resultarían reprobables esos daños colaterales?

—¿Daños colaterales? —exclamó Veronica—. ¿Es que os habéis vuelto loco? ¡Estamos hablando de vidas humanas, no de ratones con los que se prueban los efectos de una nueva medicina!

—Me imagino que vuestros hombres también están tras la muerte de Reeves —añadió Oliver con evidente incredulidad—. ¿Por qué tuvieron que matar a ese pobre muchacho?

—Supuse que sería el primer chispazo que prendería la hoguera. Dora no sabía nada de lo que estaba pasando realmente en Vandeleur, así que no piensen que ha pecado de embustera con ustedes. Simplemente les contó lo que yo le conté a ella..., que un muchacho de este pueblo murió por haberse acercado demasiado a los restos hundidos del barco. A esas alturas conocía su manera de trabajar lo bastante bien para saber que acudirían a la llamada del misterio.

Levantó la cabeza hacia el barco, que continuaba meciéndose en el río. El blanco de su traje lo hacía resaltar sobre aquella masa oscura como una aparición angelical.

—Una lástima —dijo por fin, chasqueando la lengua— que todos estos esfuerzos no hayan servido para nada. Reconozco que tenía muchas esperanzas puestas en este navío, pero como sucede demasiado a menudo, todo se ha quedado en pura palabrería. No hay nada extraño en el *Perséfone*..., nada que lo diferencie de cualquier otro barco hundido.

—Pero sí hay algo extraño en vos —dijo Alexander de repente, haciendo que todos se volvieran hacia él—. Desde que estuvimos en Irlanda me he preguntado qué podía impulsar a una persona tan joven a recorrer el mundo en pos de objetos malditos y casas encantadas... y esta tarde, en el hotel, he dado con la respuesta.

—¿Y cuál es la explicación que se le ha ocurrido? —preguntó el joven suavemente.

Aunque su rostro seguía sin mostrar la menor emoción, el profesor reparó en su sorpresa. Theodora, por su parte, observaba a Alexander con aprensión.

—Que lleváis mucho tiempo haciéndolo —contestó con calma—, muchos más años de los que se supone que tenéis, Konstantin Dragomirásky... ¿o debería llamaros László?

—Profesor Quills... —dijo Theodora palideciendo.

—¿O quizá Adorján Dragomirásky, el antepasado que supuestamente murió en mil quinientos treinta y del que pintaron un retrato que vuestra mano derecha recuperó hace poco para vos? «Nada logra marchitar vuestra apostura.» Eso os decía

ella en su carta. —Alexander se volvió hacia Theodora como si quisiera pedirle disculpas—. No era nuestra intención espiar su correspondencia, pero ahora me alegro de que lo hiciéramos. De otra manera no habría comprendido qué existe realmente detrás de la pasión por lo sobrenatural de su patrón.

—¿Pero qué estás diciendo, tío? —exclamó Veronica, mirando a Alexander como si temiese que se hubiera dado un golpe en la cabeza—. Lo que insinúas parece la trama de uno de los relatos de Oliver. Las reencarnaciones no existen, si es a lo que te refieres...

—Cada vez estoy más convencido de que son ustedes unos visionarios —declaró el príncipe Konstantin, y Veronica se quedó callada en el acto. Para sorpresa de todos, la expresión de desconcierto de su rostro había dado paso a la complacencia—. Reconozco —siguió diciendo— que esto no me lo esperaba, pero tal vez era inevitable que acabara sucediendo. Quienes están en contacto todo el tiempo con temas que escapan a la comprensión humana tienen la mente lo suficientemente abierta para aceptar ciertos hechos. Con excepciones, por supuesto, como la señorita Quills, que probablemente sea la criatura más escéptica que he conocido nunca.

—¿Cómo no voy a serlo si lo que estoy oyendo es un disparate? —dijo Veronica de malos modos—. Ya no se trata solo de que seáis un ser completamente amoral, sino de que vuestra locura os lleva a consideraros superior a los demás, como un semidiós...

—Podría dar una docena de respuestas a lo que acaba de decir, pero supongo que equivaldría a arrojar monedas a un pozo..., y en cualquier caso no se trata de un tema del que convenga hablar con ligereza. Una nueva vida después de una nueva muerte... —El príncipe permaneció en silencio unos instantes antes de añadir, en un tono de voz más bajo que el que había empleado hasta entonces—: Es un precio más elevado de lo que puedan imaginar ustedes. Algo que supone tanto un don como una condena.

—¿Tú lo has sabido durante todo este tiempo? —preguntó Lionel de repente, dando un paso hacia Theodora. Ella se había vuelto hacia el *Perséfone* como si no fuera capaz de continuar mirándoles a los ojos—. Claro que lo sabías —siguió diciendo Lionel—. ¡Y aun así le has jurado lealtad eterna a un miserable que lo único que quiere es usarte como un peón en su diabólica partida de ajedrez!

—Lionel, haz el favor de callarte —le soltó Theodora, más como una advertencia que como un reproche—. Ya te he dicho antes que no sabes nada sobre lo que nosotros...

—Por eso la necesitáis. —Lionel se volvió hacia el príncipe, que había recuperado su sonrisa poco a poco—. Tiene que cumplir con su parte del acuerdo... ¡daros un heredero varón a cambio de lo que habéis hecho por ella! ¡Sois igual que el antiguo amo que la puso en venta como un simple vientre!

—Si fuera así, señor Lennox, tampoco me diferenciaría demasiado de usted —se rio entre dientes el príncipe—. Dudo que sea la inteligencia o la conversación de las

mujeres lo que más le atrae de ellas. Es una pena que su talento para la seducción no le sirviera de nada esta vez, por mucho tiempo que pasara con mi Dora.

Lionel habría dado lo que fuera por gritarle a la cara a aquel cretino lo que había ocurrido la noche anterior, pero la mirada de ella le hizo contenerse. «No digas nada —le advertía en silencio—. Por favor, no digas nada...»

—En fin —suspiró el príncipe, dando una palmada—, me temo que no me queda más tiempo para continuar con nuestra conversación. Como les he dicho, esta misma noche partiré hacia Nueva York para volver lo antes posible a Budapest. Hay cosas de las que debo ocuparme en la ciudad, al igual que Dora. —Y entonces se acercó a la joven y le pasó cariñosamente un brazo por los hombros—. Despídete de ellos, querida. No hace falta que te preocupes por tus cosas; escribiré al hotel para que nos las envíen por barco.

—No —susurró Lionel. Se apresuró tras ellos cuando el príncipe le hizo un gesto a una paralizada Theodora para que se dirigiera hacia el coche de caballos—. No, no os la llevaréis de esta manera. ¡No permitiré que la sigáis manejando como a una marioneta!

—¿Le parece que estoy secuestrando a mi prometida, señor Lennox? ¿Le he puesto cadenas y grilletes para que no sea capaz de escoger por sí misma lo que quiere hacer?

—Sabéis que no los necesitáis con ella. Habéis doblegado completamente su voluntad, pero no pienso consentir que lo hagáis... ¡no dejaré que la apartéis de mi lado así como así!

—Lionel, por favor —susurró Theodora de nuevo—. Ya te lo he dicho: no puedo...

—¡Y yo te he dicho que no voy a quedarme de brazos cruzados mientras vuelven a convertirte en una esclava! —estalló Lionel. Se le había puesto un nudo en la garganta al darse cuenta de que quizá no volvería a verla nunca más—. Mírame —le dijo en voz baja, y se detuvo ante ella para agarrarla por los hombros—. Mírame a la cara, Theodora, y dime que esto es lo que deseas. Si me dices que te marchas por tu propia voluntad...

No acabó la frase, aunque no era necesario. Pudo sentir cómo los hombros de la joven temblaban bajo sus dedos, y también los esfuerzos que estaba haciendo para tratar de mantener la calma. Cuando al fin habló, su voz volvía a ser la de la señorita Stirling.

—Siento que te hicieras ilusiones durante los días que hemos pasado juntos, pero me temo que esto es una despedida. Ya me has hecho perder demasiado tiempo, Lionel.

—No puedes engañarme, por mucho que lo intentes. Los dos sabemos lo que nos está ocurriendo. Te necesito tanto como tú me necesitas a mí...

—Por Dios santo, ¿otra vez estás con eso? ¿Cómo podré hacer que entres en razón?

Theodora soltó una risita que hizo sonreír al príncipe. No obstante, la mirada que la seguía uniendo a Lionel estaba cargada de dolor. Él dejó de agarrar sus hombros poco a poco al comprender que, por mucho que lo intentara, no podría retenerla.

Había tomado una decisión. No sabía si para salvarse a sí misma o para salvarle a él, pero para el caso daba igual. Sus caminos se separarían a partir de ahí.

—Si te vas con él —logró decir mientras Theodora echaba a andar de nuevo hacia el coche de caballos—, no vuelvas a buscarme nunca más, porque ya no podré confiar en ti.

Theodora continuó avanzando en silencio, sin responder a aquella amenaza, sin volverse para mirarle. Sus andares eran tan inseguros como los de una sonámbula.

—¡Si me vas a dejar, espero que sea para siempre! —vociferó Lionel—. ¿Me estás oyendo, Theodora? ¡No querré volver a verte nunca más! ¡Ya no serás nada para mí!

—Lionel, deja que se vaya —oyó susurrar a Veronica a sus espaldas antes de ponerle una mano en el hombro—. Te advertí que esa mujer no tiene corazón. No merece la pena.

El fuego abrasador que había estallado en su pecho hacía evaporarse el poco sentido común que aún le quedaba. Dos años antes, cuando se alejaba del puerto de Dublín, había temido no volver a verla nunca más. Ahora Lionel lamentaba que no hubiese sido así: se habría ahorrado el mayor dolor de su vida.

Como el *Perséfone*, también ellos habían tratado de luchar contra la fuerza del viento empeñado en separarlos. Y como el *Perséfone*, también ellos habían fracasado.

—Supongo que no queda nada más que añadir —comentó el príncipe Konstantin, y agachó la cabeza ante los cuatro ingleses. Alexander y Oliver se habían acercado también a Lionel, aunque a ninguno se le ocurría qué decirle—. Créanme que lamento tanto como ustedes no haber podido alcanzar el entendimiento que esperaba, pero quizá con el paso del tiempo se nos conceda otra oportunidad. La sucursal de Nueva York que les ofrecí...

—Podéis quedaros con ella, al igual que con vuestra protegida —declaró Alexander, agarrando a Lionel para que no se abalanzara sobre él—. No necesitaremos nada de vos.

—Orgullosos hasta el final, como auténticos hijos de la Gran Bretaña. En fin —dijo el príncipe, alejándose sin prisas del embarcadero—, espero que por lo menos la historia del *Perséfone* les sirva para algo, por prosaica que haya resultado ser. Y no se preocupe por nuestra Dora, señor Lennox; si le sirve de consuelo, le prometo que la cuidaré bien.

Un momento después subió al coche, donde Theodora le estaba esperando, e hizo un gesto a sus hombres para que se instalaran en el pescante con el conductor. Las ruedas del carruaje chirriaron sobre la gravilla cuando comenzó a moverse hacia la carretera paralela al Mississippi que unía el pueblo con la capital.

Solo cuando el vehículo se dio la vuelta, Lionel comprendió que la había perdido

para siempre. Lo último que distinguió de ella fue un movimiento tras los cristales, el de algo parecido a una mano apretándose contra unos ojos húmedos, pero se dijo que lo más probable era que lo hubiera imaginado. Veronica estaba en lo cierto: esa mujer no tenía corazón.

—Ven aquí —susurró su amiga, rodeándole con los brazos como habría hecho con un hermano pequeño—. Estoy segura de que en el fondo es lo mejor que ha podido pasarte...

—Por una vez en la vida, me temo que tengo que darle la razón a Veronica —asintió Alexander con tristeza—. Los dos pertenecéis a mundos muy distintos, Lionel. No habría salido bien, ni siquiera si consiguierais dejar atrás esas diferencias. Su patrón no lo habría permitido.

Oliver fue el único que no dijo nada. Se limitó a seguir mirando a Lionel con una compasión que nunca pensó que acabaría sintiendo por él, aunque un movimiento a su derecha atrajo de repente su atención. Se llevó una sorpresa al reconocer a Viola en la cubierta del *Perséfone*. «Seguramente la hemos asustado con todos estos gritos», pensó mientras la veía acercarse despacio a la proa. Se había levantado una suave brisa que hacía tremolar su camisón tanto como la llama de la lámpara que había en su mano.

El amanecer se acercaba a Vandeleur, y las luces que teñían el cielo de púrpura le permitieron darse cuenta de que se había detenido delante del mascarón. Alzó más la lámpara, como si quisiera observar de cerca aquel rostro que probablemente le resultaba tan familiar como angustioso. El rostro de su peor enemiga.

Y entonces hizo algo que a Oliver le encogió el estómago.

—Alexander —llamó en voz baja. La lámpara que Viola había inclinado sobre la cabeza del mascarón derramaba su aceite encima de la escultura, y el olor casi llegaba hasta el embarcadero—. ¡Alexander! —repitió, esta vez casi gritando—. ¡Viola va a...!

Antes de que acabara de hablar, la anciana dejó caer la lámpara. El fuego prendió de inmediato sobre la madera, envolviendo la escultura de Perséfone en una columna de llamas que iluminó de naranja el rostro de Viola. Había retrocedido unos pasos cuando el mascarón comenzó a arder, mirándolo como si no pudiera creer lo que había hecho.

—¡Santo Dios! —exclamó el profesor. Veronica dejó de abrazar a Lionel y los dos se volvieron a la vez hacia el barco—. ¡Baje ahora mismo de ahí, Viola! ¡Es demasiado...!

Entonces oyeron un alarido espantoso en la cubierta del *Perséfone*, aunque no podía proceder de Viola, que seguía observando sin separar los labios cómo las lenguas de fuego se enroscaban alrededor del mascarón. Mientras aquel grito de mujer desgarraba la noche, las llamas se extendieron por la cubierta, treparon por los mástiles medio desvencijados y se propagaron por el velamen. En un segundo el barco se convirtió en una bola de fuego, como si toda la estructura estuviera cubierta

de aceite.

«Pero no es posible —pensó Alexander, horrorizado—. El *Perséfone* ha estado más de cuarenta años bajo el agua. ¡No hay madera que pueda prender con tanta humedad!»

—¡Tío, tenemos que subir ahora mismo a por Viola! —trató de hacerse oír Veronica por encima del rugido que se había desatado—. ¡Se abrasará si no la sacamos del barco!

—¿Qué es eso? —dejó escapar Oliver—. ¿Veis lo mismo que yo?

No habría hecho falta que dijera nada. Todos se habían dado cuenta a la vez, y la perplejidad los dejó clavados en el suelo cuando se disponían a correr hacia la pasarela. Porque en el centro de la cubierta, entre las llamas que se revolvían como culebras, habían creído reconocer más de una docena de siluetas.

Muchos años más tarde, cuando recordaran aquel momento, asegurarían que no habían sido más que imaginaciones suyas. Que el hombre alto que le alargaba una mano a Viola en medio de la pira funeraria solo estaba hecho de sombras, y que los que estaban a sus espaldas tampoco eran más reales que ninguna de las figuras que el humo dibujaba contra el cielo del amanecer. Pero se acordarían como si aún la estuvieran viendo de la sonrisa que apareció en los labios de la anciana, y de cómo les había dado la espalda, sin oír al parecer sus gritos, para adentrarse poco a poco en las llamas, que se cerraron a su alrededor como los brazos de un amante que la hubiera estado esperando durante demasiado tiempo. Por fin Perséfone regresaba al infierno. Volvía a su hogar.

El bergantín continuó ardiendo durante horas como una tea encendida sobre el Mississippi. Cuando el sol se elevó por fin sobre el río, tiñéndolo de rosa y de oro, los vecinos que permanecían boquiabiertos en la orilla se encontraron con un esqueleto de madera renegrida que aún humeaba en sus últimos estertores, un monstruo marino que no tardó en hundirse del todo en el agua. Los Garland habían salido de la fonda a todo correr cuando les llegaron los gritos de los ingleses, pero lo único que pudieron hacer fue quedarse de pie a su lado hasta que el río se tragó los restos de los mástiles y del *Perséfone* no quedó más que el recuerdo. La revelación acerca de la verdadera identidad de su madre dejó a Christopher Garland sin palabras, aunque cuando comprendió lo que había ocurrido, y lo que la había conducido al barco la noche anterior, se dio cuenta de que no podía haber acabado de ninguna otra manera, por mucha desazón que le causase.

Por desgracia, los policías que seguían acampados en el hotel no se mostraron tan comprensivos. La muerte de lord Silverstone, apenas un día después que las del conde de Berwick y lady Hallward-Fraser, aumentó aún más el revuelo si cabe, y a los cuatro amigos y a lady Silverstone no les quedó más remedio que someterse a otro interrogatorio. No obstante, dado que todos los testimonios coincidían, el inspector jefe acabó llegando a la conclusión de que había sido aquel neoyorquino conocido como Ben Wilson quien asesinó al aristócrata, equipado con un sistema de buceo que le había permitido atravesar el Mississippi para atacarle con la intención de robarle su dinero o su reloj. La explicación también sirvió para tranquilizar a Archer, pese a que durante los interrogatorios se enterase de un pequeño detalle que trastocó por completo su universo.

Al llegar a sus oídos por primera vez los nombres de Alexander Quills, Lionel Lennox y Oliver Saunders se acordó de cierto proceso judicial relacionado con su padre que había tenido lugar dos años antes en Irlanda. Y el hecho de enterarse a la vez de que su esposa era la hermana de uno de aquellos hombres supuso un motivo de peso para anunciarle esa misma mañana que, lamentándolo mucho, no podían seguir adelante con su matrimonio. Su sorpresa y su indignación no tuvieron límites cuando lady Lillian se echó a reír como una histérica de puro alivio antes de arrancarse el anillo de casada y devolvérselo, saliendo a todo correr a los jardines para darles la noticia a su hermano y a su madre. Evidentemente, lady Silverstone se sintió tan aliviada como ella, y le prometió a Oliver antes de que este abandonara el hotel con sus amigos que en cuanto acabaran con las últimas formalidades se embarcarían rumbo a Inglaterra para reunirse con ellos.

El olor de las gardenias y de los eucaliptos los acompañó mientras recorrían por última vez el sendero de los robles. Estaban a punto de alcanzar la verja cuando Lionel distinguió por el rabillo del ojo algo que le hizo volverse, encontrándose de nuevo con que una persona los observaba entre la espesura. Ethel había vuelto a

aparecer detrás de uno de los árboles, pero en esta ocasión no estaba sola: la *mambo* Alma la acompañaba.

La sorpresa casi hizo que al joven se le cayera el equipaje al suelo. «Dadme unos minutos», les pidió a los demás antes de acercarse a ellas. Tal como imaginaba, habían acudido al hotel para agradecerles lo que habían hecho por Viola y la tripulación.

—Al menos ahora tenemos el consuelo de que se encuentran en paz —comentó la *mambo* Alma—. Y también mi madre, aunque haya tenido que esperar casi medio siglo.

—Usted sabía desde el principio que Viola aún estaba viva —dijo Lionel, y no era una pregunta—. ¿Por qué no quiso decírnoslo cuando nos contó lo demás en el pantano?

—Porque le prometí que no lo haría. Cuando regresó a Vandeleur me acerqué una noche a la fonda para hablar con ella sin que nadie nos viera, y le conté que era la hija de May Queen y que mi madre me había hecho partícipe del secreto de su antigua ama. Pero Viola no sabía que seguíamos en el pantano, ni sospechaba que habíamos estado practicando rituales para mantener controlada a su hermana. ¿No te parece que tenía derecho a contaros su propia historia después de haber callado durante tantos años?

—Supongo que sí... pero ¿qué harán a partir de ahora? Dado que todo ha acabado por fin, no tiene sentido que su comunidad continúe viviendo en el pantano, ¿no creen?

—No, me imagino que no —suspiró ella—. Lo he hablado con Boy y los demás esta mañana y están de acuerdo en que nuestra espera ha llegado a su fin. Será todo un reto abrirnos camino en el mundo exterior, pero estoy segura de que saldremos adelante.

Mientras hablaba sus ojos azules seguían clavados en Lionel como alfileres, y no le costó adivinar el motivo. Aquella mujer no necesitaba su magia para leer las mentes.

—No era el momento, Lennox. Las cadenas que tiene ahora mismo son demasiado pesadas para poder romperlas con sus propias manos, incluso si contara con tu ayuda...

—Nunca será el momento —contestó Lionel a media voz—. Le advertí antes de que se marchara que no querría volver a verla nunca más. Y a fin de cuentas, va a estar de lo más entretenida: un matrimonio real en Budapest, un heredero varón que no tardará mucho en concebir... Es poco probable que encuentre un momento para pensar en mí.

¿Cómo podían saber tan amargas aquellas palabras si en las últimas horas no había hecho más que repetírselas? La crispación de sus rasgos debió de ser tan palpable que la *mambo* Alma, suspirando, alzó una mano para acariciarle la áspera mejilla.

—Theodora y tú sois como planetas condenados a cruzarse una y otra vez en el firmamento, atraídos el uno por el otro pero sin poder escapar de vuestras propias órbitas. Allá donde vayáis, seguiréis sintiendo esa atracción. Es un magnetismo primigenio, casi cósmico. No podrás alejarte nunca de ella, al igual que ella no podrá alejarse de ti.

—¿Le han revelado todo esto sus visiones en el fuego? —preguntó Lionel, y antes de que ella pudiera decir nada añadió—: Si es así, no quiero saber lo que ha visto acerca de nuestro futuro, porque no me hará cambiar de opinión. Ella ha hecho su elección, y yo también he hecho la mía. Ya no tiene sentido preguntarse si podría salir bien alguna vez.

—Como quieras —respondió la *mambo* suavemente—. No te diré nada entonces, pero ten en cuenta que Theodora sí sabe lo que ocurrirá entre los dos. Me lo preguntó cuando nos quedamos a solas en el corazón del pantano, antes de que te reunieras con nosotras.

Lionel estuvo tentado de preguntar si no habrían sido aquellos presagios los que la hicieron abandonarle, pero prefirió no enturbiar más su último encuentro. Acarició con torpeza la cabeza de Ethel, se despidió de la *mambo* Alma en voz baja y regresó con sus amigos, que esperaban en silencio en medio del sendero. Cuando estaban a punto de cruzar la verja del hotel, no obstante, pareció pensárselo mejor y se dio la vuelta para comprobar si seguían estando allí, pero habían vuelto a desaparecer como dos espíritus. Y lo único que pudo hacer Lionel fue seguir a los demás hacia el embarcadero con un nudo en el estómago que le recordaba que aquella puerta se había cerrado para siempre.

Volvieron a Nueva York, volvieron a Liverpool y volvieron a Oxford, aunque los ánimos de los cuatro distaban mucho de ser como los que los habían acompañado poco antes en dirección contraria. Fue un alivio bajarse del tren en la estación y comprender que, para bien o para mal, el viaje había tocado a su fin. Pronto estuvieron dentro de un coche de alquiler que se dirigía hacia el sur; Oliver no podía aguantar un minuto más sin ver a Ailish, y Alexander y Veronica estaban tan preocupados por Lionel que no querían que se quedara solo más tiempo del necesario. Las cosas serían muy distintas a partir de entonces, aunque el profesor seguía sin tener claro si aquello les había servido para algo.

—Puede que sea interesante incluir una crónica sobre lo ocurrido con el *Perséfone* en el próximo número del *Dreaming Spires* —comentó mientras el coche avanzaba entre la riada de vehículos que se marchaban de la ciudad. El verano había estallado por fin en Oxford y hacía tanto calor que muchas familias preferían pasarlo en el campo—. Hasta ahora no habíamos hablado de sucesos paranormales registrados en Estados Unidos, y probablemente este les resulte interesante a nuestros lectores. La lástima será dar a conocer aún más el hotel de Archer; no soporto la idea

de hacerle publicidad a ese tipo.

—Mientras no mencionemos a ese crío del pelo blanco, me daré por satisfecha —repuso su sobrina—. No he podido dejar de pensar en lo que nos contó durante estos días.

—Tampoco yo —reconoció Alexander—. Aún me cuesta creer que mi sospecha fuera cierta. Cientos de años a sus espaldas y sigue con el aspecto de su antepasado Adorján...

—Pero si ha estado reencarnándose... no me puedo creer que esté diciendo esto... su cuerpo no sigue siendo el mismo —contestó Veronica—. Quiero decir que ahora posee la apariencia de un muchacho, pero antes ha tenido que ser un hombre lo bastante adulto para engendrarse a sí mismo, una y otra vez...

—Hay algo que no me acordé de preguntarte antes —le dijo Oliver a Alexander—. Esa noche le explicaste al príncipe Konstantin que había sido su extraño parecido tanto con Adorján Dragomirásky como con László lo que te había hecho adivinar la verdad. Pero nosotros no hemos conocido al príncipe László, ni hemos visto nunca un retrato suyo...

Alexander había pasado tanto tiempo pensando en lo que diría cuando llegara ese momento que tardó un rato en reaccionar. Finalmente, comprendiendo que sería mejor acabar cuanto antes con ello, metió una mano en el bolsillo de su chaleco para sacar un pequeño objeto plateado que relució en su palma cuando se lo enseñó a sus compañeros.

—Este guardapelo —dijo en voz baja— contiene el retrato del príncipe László. Estoy convencido de que os resultará familiar; lo tuvimos delante a diario hace un par de años.

—Es el colgante que solía llevar puesto mi suegra —se sorprendió Oliver mientras le daba vueltas en la mano con un respeto reverencial—. Lo reconocería en cualquier parte.

—Es verdad... Recuerdo que decidiste guardártelo poco antes de que nos fuéramos de Irlanda —asintió Lionel al cabo—. ¿Por qué nunca nos hablaste de lo que escondía?

El profesor no supo muy bien qué decir. Oliver apartó con cuidado la tapa medio desprendida para examinar la pequeña acuarela que había dentro. Pareció confundido.

—Pero no tiene sentido. ¿De qué conocía la madre de Ailish al príncipe László? ¿Y por qué llevaba todo el tiempo su retrato en vez de una fotografía de su difunto esposo?

—Solo tienes que sumar dos y dos, Oliver —contestó Veronica—. ¿No resulta obvio?

A Oliver se le abrió la boca. Miró a Alexander como esperando que reprendiera a su sobrina por atreverse a hacer una insinuación como esa, pero cuando fue evidente que no pensaba negarlo se quedó conmocionado. Al profesor no le quedó más remedio que contarles de una vez la verdad mientras el coche enfilaba Saint Aldate's

detrás de dos carruajes y un vehículo de una funeraria que ralentizaba bastante el tráfico.

—Ahora todo encaja. —Cuando su tío acabó de hablar, Veronica miró a Oliver con ojos brillantes—. Ahora entiendo por qué Ailish posee el don de la psicoscopia, por qué tiene visiones del pasado de las personas cada vez que las toca. ¿Cómo no iba a contar con un talento tan extraordinario la hija de un hombre que es un prodigio en sí mismo?

—¿Por qué no me lo has contado hasta ahora, Alexander? —se indignó Oliver—. ¿Es que pensabas que no tenía derecho a conocer algo tan importante de mi familia política?

—Estuve a punto de hacerlo unas cuantas veces —se disculpó el profesor—, pero no encontraba nunca el momento adecuado. Ten en cuenta que tu suegra me confesó todo esto en la más estricta confidencialidad, Oliver. Por supuesto que pensaba decírtelo más tarde o más temprano, pero temía traicionar la confianza que había depositado en mí...

—¿Confianza? ¡Ailish es mi mujer! ¡Tenía derecho a saber la verdad, y yo también!

—Pero Ailish adoraba a su padre —adivinó Veronica—. O mejor dicho, al hombre que la crio como si fuera su padre. Esta revelación haría que su mundo diera un vuelco.

—La verdad siempre es preferible a la mentira —replicó Oliver—, incluso cuando se trata de una mentira creada para protegernos. ¿No os dais cuenta de hasta qué punto esto lo cambiará todo? Acabo de descubrir que soy un bastardo, ¿y de repente resulta que mi propia esposa también lo es? ¿Una hija ilegítima con sangre real húngara en las venas?

El joven le tendió de nuevo el guardapelo a Alexander, pero él negó con la cabeza.

—Quédatelo —le dijo—. Ahora es tuyo, y también la decisión de contárselo a Ailish o no. Recuerdo que cuando descubrí todo esto me prometí hacerlo cuando alcanzara la mayoría de edad, pero... supongo que en el fondo tienes razón: ahora es tu compañera.

Oliver dudó un momento, pero asintió con la cabeza. Se metió el guardapelo en un bolsillo justo cuando el cochero tiraba de las riendas para detener a los caballos delante de Caudwell's Castle. Al fin podían distinguir a través de los cristales su familiar silueta dentada, que tras las semanas que habían pasado al otro lado del mundo resultaba curiosamente reconfortante. «Los viajes concluyen con el reencuentro de los amantes —pensó Alexander sin dejar de mirar a Oliver—. ¿Dónde he leído eso? ¿Es Shakespeare?»

—¿Qué vas a hacer, entonces? —quiso saber mientras el cochero les abría la puerta.

—Tengo que pensarlo —repuso el joven—. Por ahora, creo que nada. Veronica

tenía razón al decir que esto supondrá una conmoción para Ailish. Creo que lo más sensato será esperar a que nazca el bebé. No quiero que se preocupe por nada ahora.

Estaba a punto de bajar del coche cuando reparó en algo que le hizo detenerse. En el rostro de Lionel había aparecido una expresión muy extraña, una alarma que por una vez no parecía tener nada que ver con su drama personal.

—Lionel, ¿estás bien? —le preguntó—. ¿Por qué te has puesto tan pálido?

—Ese coche —susurró su amigo—. El que acaba de detenerse delante de nosotros. Hemos seguido sus pasos por todo Saint Aldate's y parece que... —Tragó saliva mientras los demás se inclinaban para mirar el coche en cuestión—. Parece que teníamos un destino común.

—¿De cuál estás hablando? —se sorprendió Veronica—. ¿Del que pertenece a una...?

Se quedó callada al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir. A Alexander le pareció que se le abría de repente un agujero en el estómago. Lionel tenía razón: aquel era el coche que habían seguido sin pretenderlo. Un enorme carruaje de color negro con paredes acristaladas, tirado por una pareja de caballos del mismo color. La guirnalda de una empresa de pompas fúnebres relucía en su parte trasera. Dos hombres sacaban en aquel momento un ataúd de su interior, y algunos de los vecinos que recorrían la calle se detenían para prestar atención. Unas ancianas se santiguaron, volviéndose hacia la casa.

«No —pensó Alexander de repente, mirando a un Oliver que había palidecido aún más que Lionel—. Por Dios, no... Que no sea lo que me estoy temiendo...»

—Probablemente haya muerto alguna de las señoritas Smith —oyó decir a Veronica en tono tembloroso—. Son bastante mayores, y recuerdo que una estaba muy enferma...

—Seguro que no tiene nada que ver con vosotros —dijo Lionel, observando con una preocupación cada vez mayor cómo Oliver bajaba del coche con unas piernas que parecían incapaces de sostenerle—. Tranquilízate, Oliver; no puede haber ocurrido nada en Caudwell's Castle. ¿Cuánto tiempo hemos pasado lejos de aquí? ¿Un par de semanas?

Pero se quedó callado al darse cuenta de que la puerta de la casa se había abierto y la señora Hawkins acababa de aparecer en el umbral. Iba vestida de negro de los pies a la cabeza, y apretaba un pañuelo empapado contra su boca mientras los hombres de las pompas fúnebres se acercaban cargando con el ataúd. Cuando reparó en el otro coche, y vio a los Quills y a Lionel mirándola con semblantes demudados, y vio que Oliver avanzaba como un sonámbulo por el sendero, no pudo contener un gemido de angustia.

—¡Señor Saunders! —Y echó a correr hacia el joven, hecha un mar de lágrimas. Se arrojó en sus brazos sin dejar de sollozar—. ¡Ay, señor Saunders..., lo siento tantísimo...!

—Señora Hawkins —murmuró Alexander reuniéndose con ellos—. ¿Qué ha

pasado?

—Una tragedia... Una complicación con la que nadie contaba... Vino el médico, pero por mucho que lo intentó no fue capaz de salvarla... ¡La hemos perdido, profesor Quills!

—No puede ser —articuló Lionel mientras Veronica miraba atónita al ama de llaves—. Esto no... no tiene ningún sentido. No me creo que en cuestión de días...

—Se nos fue —siguió sollozando la señora Hawkins mientras Oliver se soltaba de su abrazo para dirigirse en silencio hacia el recibidor—. Se nos apagó como una vela, y no hubo nada que pudiéramos hacer por ella, nada más que rezar. Sabe Dios lo que quería a esa criatura, una niña preciosa que nunca le habría hecho daño a nadie. —Y alzó sus ojos llorosos hacia Alexander—. ¿Qué vamos a hacer, profesor? ¿Qué será del señor Saunders?

Temblaba de los pies a la cabeza, pero Alexander estaba demasiado conmocionado para tranquilizarla. La dejó con los empleados de la funeraria, que se habían quedado extrañados por lo que sucedía, y entró en casa detrás de Oliver, seguido por Veronica y Lionel. Su amigo subía en aquel momento la escalera, sumido aún en aquel silencio que resultaba mucho más alarmante que un estallido como el de la señora Hawkins. La casa compartía aquella quietud de ultratumba, y casi todas las cortinas estaban echadas.

Cuando alcanzaron el primer piso, encontraron a Maud, la cocinera, apoyada en el quicio de la habitación que pertenecía a Oliver y Ailish. También ella había hundido la cara regordeta entre las manos, y su pecho subía y bajaba entre sollozos.

Oliver entró por fin en el dormitorio, donde se quedó completamente quieto. El sol había iniciado hacía poco su descenso sobre las agujas de la ciudad, despidiéndose con sus últimos resplandores de la alcoba y de la silenciosa figura que permanecía tendida en la cama. Una sábana la cubría por completo, y la débil corriente que soplaba desde el río Isis la hacía temblar sobre su rostro como si aún siguiera respirando. A Oliver no le habría hecho falta acercarse; habría reconocido el delicado contorno de aquella cabeza en cualquier parte, pero aun así consiguió arrastrarse hasta los pies del lecho, apoyando las manos en los muebles que le salían al paso, y aferrarse a uno de los postes de la cama.

Fuera, en alguna de las habitaciones del primer piso, se oía llorar a un bebé. Los demás se habían detenido en el umbral, demasiado aturridos para reaccionar. Alexander había rodeado con sus brazos al ama de llaves, que seguía hablando entre lágrimas pese a que Oliver no podía entender nada de lo que decía.

—Fue anoche, cuando estaba a punto de acostarme... Estaba rezando cuando la oí llamarme desde aquí, y al subir corriendo a la habitación me la encontré sentada en la cama en medio de un charco de sangre, aún me parece verlo... Mandé a Maud a buscar al médico, y diez minutos después lo teníamos con nosotras; dijo que se trataba de una infección que estaba acelerando el parto, y que con siete meses de gestación era muy difícil que el bebé sobreviviera. Cuando por fin pudimos verlo

todos pensamos que estaba muerto, porque no movía ni un dedo... ¡hasta que se echó a llorar!

—Pero la señora había perdido mucha sangre —siguió sollozando Maud—, tanta que ni siquiera tuvo fuerzas para mirarlo. Se nos fue al mismo tiempo que vino su criatura...

Todos los ojos estaban clavados en Oliver. Lo vieron alargar una mano para agarrar el borde de la sábana, tirando de ella lentamente para dejar al descubierto aquel rostro por el que habría dado un mundo.

Ailish estaba tan blanca que podría haber pasado por una escultura de mármol colocada sobre una losa sepulcral. Tenía las manos enlazadas sobre el vientre, que aún conservaba la hinchazón provocada por el embarazo. Oyeron respirar hondo a Oliver un par de veces, aunque para perplejidad de sus amigos siguió sin derramar ni una lágrima.

—Una septicemia, entonces —susurró Alexander, cada vez más horrorizado—. Debió de ser fulminante, pero si la hubieran llevado a un hospital... ¿Por qué no lo hicieron?

—No hubo tiempo, profesor Quills. El médico acababa de decir lo mismo cuando la oímos gemir por última vez, y al volvernos hacia ella comprendimos que se había ido...

—Tenía en la mano una de las cartas del señor Saunders —sollozó Maud—. Antes de caer enferma las iba dejando en la mesilla, todas las que le ha ido escribiendo estas semanas. Las releía antes de dormirse porque decía que la hacían sentirse un poco más cerca de él. «¿Qué hará ahora sin mí?», fue lo último que la oímos susurrar. «¿Cómo va a seguir escribiendo si no me tiene a su lado?»

Lionel y Veronica se volvieron hacia la cama y vieron una docena de cartas sobre la mesilla, unas con el membrete del *Oceanic*, otras con el del hotel Vandeleur, todas salpicadas de sangre. Una especie de jadeo salió de los labios de Oliver, que de repente cayó de rodillas a los pies de la cama, abrazándose sin decir nada a los tobillos de Ailish envueltos aún en la sábana. Alexander se agachó a su lado, apoyando las manos en sus hombros para tratar de detener los espasmos que se apoderaron de su cuerpo cuando por fin se dio cuenta de que lo que estaba pasando era real, de que aquellos pies contra los que apretaba la cara no recobrarían su calor por mucho que los besara. Pero ni siquiera entonces habló, y eso fue lo que más atemorizó a sus amigos, porque les hizo comprender que al perder a Ailish lo habían perdido también a él. Oliver, el escritor, se había quedado sin palabras.

Epílogo

Enterraron a Ailish al día siguiente en el cementerio de Saint Giles. Durante toda la ceremonia no dejó de llover y la pequeña congregación reunida alrededor de la fosa tuvo que decirle adiós debajo de sus paraguas. Las gotas golpeaban pesadamente la tapa del ataúd y se deslizaban como lágrimas sobre la lápida que rezaba su nombre. Aquellas dos palabras herían como un puñal; eran un testimonio casi más doloroso que su cuerpo sin vida en Caudwell's Castle, un recordatorio de lo que había sucedido que demostraba que no era una pesadilla, que todo había acabado realmente para ella. «Saunders», se leía en el mármol. Podría haber sido «O'Laoire», o «Silverstone», o «Dragomirásky», pero todos se mostraron de acuerdo en que aquello era lo que la joven habría querido. «Ailish Saunders».

Cuando el sacerdote pronunció las últimas palabras, y los sepultureros comenzaron a bajar el ataúd con ayuda de unas cuerdas, Veronica fue incapaz de seguir ahogando sus sollozos. Tuvo que apoyarse en Lionel mientras él la rodeaba con los brazos, al lado de Alexander, de la señora Hawkins, de Maud y de las Silverstone, que habían llegado a la ciudad aquella misma mañana y se habían encontrado con una escena dantesca en casa de los Quills. Lady Lillian lloraba calladamente detrás de una redecilla, sin dejar de mirar cómo la tierra cubría cada vez más el ataúd, pero su madre no tenía ojos más que para Oliver. Los dedos enguantados de lady Silverstone apretaban con fuerza los de su hijo, que aguardaba de pie al lado de la sepultura como si fuera un árbol más del cementerio. Su silencio debía de parecerle tan alarmante como a sus amigos, porque le miraba como si temiese que en cualquier momento pudiera arrojarse a la fosa.

Pero a Oliver ni siquiera le quedaban fuerzas para hacer algo así. Cuando la ceremonia concluyó, pidió a sus amigos que lo dejaran estar a solas unas cuantas horas, y ante la aprensión que se dibujó en sus caras añadió con la misma voz estrangulada que no se preocuparan por él, que no pensaba dirigirse al río Isis tan pronto. No pareció que nadie se quedara demasiado conforme, pero Alexander acabó asintiendo y se marcharon a Caudwell's Castle para esperarle en el que hasta entonces había sido su hogar. Bajo la tormenta de verano, con los ojos perdidos en los adoquines, Oliver se dirigió despacio a la casa de Polstead Road que Ailish y él habían comprado hacía unas semanas. Tenía en el bolsillo la llave que había cogido de su escritorio antes del funeral, y con ella entró en un edificio que de repente resultaba mucho más oscuro de lo que le había parecido en su momento. También allí se oía el pertinaz repiqueteo de la lluvia, que lo acompañó escaleras arriba mientras se apoyaba en la barandilla como lo haría un anciano agotado.

«Cuando pronuncie tu nombre después de la lluvia tendrá una sonoridad especial, como si todos estos años hubiera anidado entre mis labios esperando a ser proclamado en voz alta.» Era casi asfixiante la sensación de vacío que lo acompañaba, el hueco que había dejado Ailish al irse. Allí se habían detenido poco

antes, en el rellano donde estuvieron hablando con la señora Murray. «Todo es luminoso aquí», le había dicho su esposa. Pero ¿adónde se había ido la luz de repente? ¿Cómo se las había ingeniado Ailish para llevársela consigo?

Las piernas le temblaban al dirigirse al dormitorio principal. Oliver se sentó despacio en la cama que no habían llegado a compartir, rozando con los dedos las cortinas de color crema. Otro recuerdo irrumpió de repente en su cabeza: Ailish había dicho algo sobre que le gustaría que fueran azules. Paisajes irlandeses que quería que Veronica les pintara, y... flores en los jarrones colocados sobre la cómoda, eso era. Tantos planes y tantas ilusiones que ahora descansaban con ella en la tierra, condenados a no ser más que otro de los ensueños de los que la mente de Oliver se había alimentado durante años.

No se daba cuenta de cómo se le había acelerado la respiración. El aire entraba en sus pulmones a toda velocidad, y las manos que había abandonado a ambos lados de su cuerpo estrujaban inconscientemente la colcha de la cama. De manera que así acababa todo, pensó de repente mientras las lágrimas comenzaban a caerle por la cara. Como si nada hubiera cambiado en aquellos años, como si siguiera siendo un muchacho soñador que aún creía que habría una musa esperándole. ¿Por qué nadie le había advertido cuando la conoció de que las musas podían morir si se acercaban demasiado a los humanos?

—Ailish... —se encontró articulando, tan quedamente que casi fue un suspiro. Tuvo que tragar saliva para no ahogarse con las lágrimas—. Ailish, no puedo... Si no estás, yo...

«Y ahora, señor Saunders, vuelva abajo con la señora Murray y díglele que sí. Díglele que queremos esta casa y que queremos también la vida que nos espera en ella.»

—Ailish —estalló Oliver de repente, y tuvo que hundir la cara en las manos. Casi no era capaz de respirar—. Por favor, dime qué tengo que hacer. Por favor, dime que te has quedado aquí, que aún no me has dejado... No puedo seguir adelante, no puedo sin ti...

Ni siquiera le avergonzaba estar llorando. Al volver la cabeza casi le pareció verla de nuevo, caminando sobre el colchón con sus pies descalzos, parecida a la *banshee* con la que una vez la confundió. Había sonrisas en sus labios y vida en sus ojos, y el recuerdo de sus manos en las mejillas de Oliver era cálido, reconfortante.

Devorado por el dolor, tardó un rato en percatarse de que no estaba solo, aunque no fuera Ailish quien había acudido a su llamada. Su madre y su hermana acababan de entrar en la habitación. Debían de haberle seguido a Polstead Road, asustadas por lo que pudiera hacer allí, y se habían encontrado con la puerta de la casa abierta de par en par.

—El profesor Quills nos dijo que sería mejor que no te molestáramos —susurró lady Lillian con tristeza—. Pero temíamos que si te quedabas a solas con tus pensamientos...

Lady Silverstone permanecía completamente callada. Sujetaba contra su pecho un bulto envuelto en lo que parecía una toquilla blanca. Se movía levemente en sus brazos, y de vez en cuando emitía unos curiosos sonidos parecidos al gorjeo de un pájaro. Oliver lo miró unos segundos antes de alzar los ojos hacia el rostro preocupado y ojeroso de ella.

—Madre... —logró decir—. Mi Ailish... la he perdido...

—Mi pobre hijo —murmuró lady Silverstone—. Esto ha sido una tragedia. Cada vez que me acuerdo de todo lo que nos contaste en Nueva Orleans de ella, y de las ganas que tenías de que viniéramos a Oxford para poder formar juntos nuestra propia familia...

—Ha sido culpa mía. Todo lo que le ha ocurrido a Ailish ha sido culpa mía —sollozó Oliver mientras lady Lillian se sentaba a su lado—. Si no nos hubiéramos conocido en Irlanda, aún seguiría estando viva. He sido yo quien ha acabado con ella...

—No digas eso —susurró lady Lillian acariciándole el pelo—. Tú no has tenido nada que ver con lo que le pasó. El profesor Quills nos ha contado que murió por una septicemia...

—Y murió sola en nuestra cama, sin nada más que un puñado de cartas que le enviaba un idiota desde el otro lado del mundo. Tenía que haberme quedado con ella para asegurarme de que no le pasaba nada malo. ¿Cómo esperáis que siga viviendo con esta carga a partir de ahora? ¿Cómo podría perdonarme a mí mismo por lo que le he hecho a la persona a la que más amaba?

—Oliver, entiendo perfectamente cómo te sientes —susurró lady Silverstone, y se detuvo ante la cama—, pero no puedes dejarte arrastrar en una espiral de autodestrucción como esa. Lily tiene razón al decir que la responsabilidad no es tuya. Y si Ailish pudiera hablarnos de nuevo, estoy convencida de que te diría lo mismo. Lo que querría tu esposa sería que vivieras de ahora en adelante por ella... y que hicieras lo que ella no podrá hacer ya. —Mientras hablaba le alargó el bulto que sostenía en brazos—. Te ha dado antes de marcharse lo más valioso que tenía. Pero tú ni siquiera lo has querido mirar ni una sola vez. Por el amor de Dios, ¡ni siquiera te he visto parpadear cuando te han dicho esta mañana que es una niña, exactamente lo que Ailish y tú queríais tener!

Las manos que Oliver apoyaba en sus rodillas se crisparon aún más. Una oleada de rabia ascendió por su garganta, consiguiendo casi que se le evaporaran las lágrimas.

—¿Crees realmente que podría mirarla a la cara sabiendo que se trata de la parte mía que acabó con Ailish? ¿Lo que más detesto en estos momentos, lo que me gustaría haberme arrancado antes de que fuera demasiado tarde para ella?

—Creo que Ailish no podría perdonarte que te comportaras así —replicó su madre, y Oliver se quedó callado—. ¿Quién dice que no está ahora mismo aquí, con nosotros? ¿Piensas que se sentirá orgullosa de su marido y de lo que este está

diciendo?

Oliver conocía demasiado bien la respuesta, y eso hizo que los ojos se le llenaran aún más de lágrimas. Lady Silverstone guardó silencio unos instantes hasta que, suspirando, dejó con cuidado el amasijo de tela sobre el colchón. Le hizo una seña a lady Lillian para que la siguiera, y se dirigieron hacia la puerta del cuarto.

—Es tu decisión, ya lo sabes —añadió la dama antes de marcharse—. Eres lo bastante hombre para entender qué se espera de ti. Solo quiero que tengas en cuenta que aunque hayas perdido a tu Ailish... aún te queda algo suyo. Algo que sigue estando vivo.

Cerraron silenciosamente la puerta y regresaron escaleras abajo, aunque Oliver no las oyó salir al jardín. Era evidente que pensaban esperar el tiempo que hiciera falta hasta que entrara en razón. Pero no había bálsamo que pudiera curar unas heridas como las suyas, ni creía que con los años pudieran causarle menos dolor. Había oído decir muchas veces que el paso del tiempo acaba con todas las penas, pero Oliver sabía que aquello no funcionaría con él. No después de haber conocido junto a Ailish una felicidad que hasta entonces le había parecido imposible de alcanzar.

Durante un rato permaneció sin moverse, hasta que algo atrajo su atención. Los gorjeos del bebé que había a su lado empezaban a transformarse en gimoteos, tan quedos como los de un cachorro recién nacido. Oliver se obligó a clavar la mirada en sus manos temblorosas, pero por mucho que lo intentó no fue capaz de arrancarse aquel sonido de la cabeza. La niña debía de estar hambrienta, se le ocurrió de repente; la señora Hawkins había contratado a un ama de cría, pero desde antes del funeral no la habían alimentado. Había sido una imprudencia que su madre la llevara hasta allí. «¿Realmente espera que esto me haga entrar en razón ahora mismo?»

Pero por muy destrozado que se encontrara no podía ignorar por más tiempo esos gimoteos perentorios, lastimeros. A regañadientes, Oliver volvió la cabeza para mirar el lío de ropa que se sacudía suavemente encima del colchón. Hacía unos minutos que las farolas de Polstead Road habían cobrado vida, sumiendo el interior de la habitación en una penumbra anaranjada que apenas permitía distinguir nada; pero aun así reconoció unos dedos diminutos que se esforzaban por abrirse camino entre la tela. La criatura era voluntariosa, desde luego. Respirando hondo, Oliver se inclinó para apartar poco a poco los pliegues que le ocultaban el rostro. Se llevó una sorpresa al darse cuenta de que era realmente bonita, muy distinta de los demás bebés que había visto. Casi sin darse cuenta la tomó en sus brazos, asombrado de que al hacerlo la niña se tranquilizara. Una de sus pequeñas manos tembló en el aire, como si quisiera coger la suya. Oliver contuvo el aliento mientras alargaba un dedo para que la pequeña se agarrara a él.

Tardó unos segundos en percatarse de que estaba llorando de nuevo. Era Ailish en carne y hueso, tan parecida como podría serlo una gemela suya que acabara de nacer. La niña dejó escapar un ruido impreciso, mirándole aún de aquella manera que a Oliver no dejaba de parecerle extraña. Que él supiera, los recién nacidos no abrían

tanto los ojos, ni podían entender lo que sucedía a su alrededor hasta pasados unos cuantos días.

Entonces le vino a la cabeza el recuerdo del Mississippi, de Theodora arrodillada a los pies del príncipe Dragomirásky, de lo que les había revelado aquel adolescente que tenía en sus venas la misma sangre que su esposa. «Una nueva vida después de una nueva muerte. Es un precio más elevado de lo que puedan imaginar ustedes.» Y oyó de nuevo la voz de Maud diciendo que Ailish había muerto a la vez que nacía su pequeña...

Sintió cómo una garra se engarfiaba poco a poco alrededor de su estómago. Los ojos de Ailish continuaron mirándole unos segundos hasta que se cerraron suavemente como los pétalos de una flor. Una nueva vida después de una nueva muerte. «Oh, Dios.»

Agradecimientos

Como siempre, no puedo terminar esta novela sin dar las gracias a todas aquellas personas que me acompañaron durante el proceso creativo, comenzando por mis padres y por Guillermo, mis mejores aliados. Además de darme los consejos más sabios fueron mi contramaestre, mi timonel y mi vigía en este último viaje, y un capitán necesita una tripulación para poder llegar a puerto. Sin vosotros la travesía no hubiese sido la misma.

Gracias una vez más a Clara Largo por todas esas cosas que no acabaría nunca de enumerar, pero sin las cuales esta novela no habría existido: por ese ejemplar de *Lo que el viento se llevó* comprado en Florencia, por nuestras conversaciones sobre la guerra de Secesión y por ayudarme a crear a Pansy de la Tour. Gracias también por estar a mi lado con Celia Largo durante mis peregrinajes por el Jardín Botánico de Oxford, el hotel Randolph y el cementerio de Saint Giles. Por el mismo motivo, gracias a Javier Andrés por la casa de Polstead Road, un auténtico flechazo, y a Kate Pritchard por responder tan amablemente a mis preguntas sobre la Casa de las Orquídeas. A Marta Rodríguez Onís, por ser la mejor asesora sobre Nueva Orleans que podría haber encontrado y por ayudarme a crear un pantano en un parpadeo. A Zoraima Maldonado, por el nombre de Charles Édouard Delorme. ¿Qué podría ser más adecuado que haberlo bautizado en París?

Quiero dar las gracias asimismo a algunas páginas web que me resultaron de gran utilidad a la hora de llevar a cabo la recreación de ciertos aspectos de esta novela, como *Encyclopedia Titanica* (para encontrar todo lo que necesitaba acerca del *RMS Oceanic*), *Chronicling America* (un manantial inagotable de documentación sobre los periódicos impresos en los estados confederados durante la guerra de Secesión), *The Civil War Gazette* (de gran ayuda para estudiar a los corsarios confederados), *Hancock County Historical Society* (para la recreación de las cabañas criollas de Vandeleur), *Lafayette Cemetery Research Project* (para el cementerio de Nueva Orleans) y *Martin Jeffery – Ship’s Figurehead Carving* (para adentrarse en el fascinante mundo de los mascarones de proa, que me han ganado para siempre). Igualmente útiles resultaron algunos libros como *Victorian House Style Handbook*, de Linda Osband (David & Charles, 2007), a la hora de recrear el interior de las viviendas que aparecen en la novela.

Por último, no puedo dejar de dar las gracias a mi agente, Ella Sher, a mi editora, Silvia Querini, y a todo el equipo de Lumen, en especial a Cristina Anguita, que siempre tiene las mejores sugerencias. Y por supuesto, gracias a todos vosotros por el entusiasmo con el que habéis seguido mis historias desde el primer día.